Arturo Jauretche

ESCRITOS INÉDITOS

obras completas - volumen 6

CORREGIDOR

Arturo Jauretche

ESCRITOS INÉDITOS

Obras Completas
Volumen 6

Este libro ha sido publicado con el auspicio de
Nueva Dirección en la Cultura

Sumario

Prólogo

A fines de 1972, Arturo Jauretche publicó un libro "de memoria" –no de "memorias", pues modestamente no se juzgaba importante para esa tarea– como si fueran simples testimonios de un paisano que había vivido sus "Pantalones Cortos" en Lincoln. En cálidas pinceladas retrataba allí sus experiencias de niño y adolescente, extrayendo siempre de las anécdotas personales, la enseñanza cultural o política que nos permitiese un conocimiento cada vez más profundo de la patria.

Gozamos leyendo el libro, aprendimos, asimismo, con él y hacia el final, Jauretche nos anunció: "Con los pantalones largos salí del pueblo y desde Buenos Aires vi un paisaje más grande del país. Cómo mis ojos fueron aprendiendo a verlo, es lo que cuento en el que seguirá, con el título "Los años mozos" y el subtítulo "Verde, pintón y maduro", que se refiere a los cambios que hubo en mí, a medida que fui aprendiendo a ver y lo que vi, sin los anteojos deformantes que llevé antes de llegar a hombre. Su época es la que va desde 1914 hasta 1943. Quedarán para el tercero "Los altos años", que empiezan en esa última fecha hasta... donde me dé el cuero, Dios mediante".

Esperábamos ansiosamente la continuación de esta rica historia, vivida con pasión, compromiso e inteligencia, cuando el 25 de mayo de 1974, de puro patriota, don Arturo Jauretche se nos fue "para el silencio", como dice el poeta. Quedaron truncas, así, ricas enseñanzas, relatos sabrosos, testimonios valiosísimos donde su mirada perspicaz sabía apreciar lo fundamental para resumirlo en una conclusión reveladora.

Ahora, con motivo de cumplirse –el 13 de noviembre– un nuevo aniversario de su nacimiento, Editorial Corregidor ha querido brindarle un homenaje, rescatando páginas inéditas que nos permitan continuar conversando con Jauretche, burlando de este modo las limitaciones que pretende imponer la muerte. Esta es la razón de este libro: para que don Arturo continúe lanzando sus alfilerazos, sus cáusticas respuestas, sus demoledores argumentos.

Para ello, hemos recuperado un material de Archivo que constituye un borrador de ese segundo tomo "de memoria" frustrado, así como un reportaje inédito donde relata vicisitudes y experiencias que también corresponden a esos años. A ellos hemos agregado –para ser fieles a una práctica jauretcheana– como "yapa", algunos artículos periodísticos no reproducidos hasta ahora y que estimamos resultan de gran vigencia.

Inmersos en una crisis muy honda y por tanto urgidos de reflexiones profundas sobre la realidad nacional, recurrimos nuevamente a él, como cuando íbamos a su departamento de Esmeralda y Paraguay, en busca de verdades de a puño y le decimos, como antes y como siempre: "Hable, Don Arturo. Lo escuchamos".

NORBERTO GALASSO

I

Borradores de "Los años mozos"

(Continuación de *Pantalones cortos*)

Buenos Aires en los tiempos de Yrigoyen

Todavía, cuando llegué a Buenos Aires y muchos años después, la Avenida de Mayo era el centro de la ciudad, con su uniforme edificación de estilo francés fin de siglo que vino a ser alterado recién por el pasaje Barolo en el que el arquitecto Polante quiso tal vez hacer catalana una parte de la calle de los españoles. Pero esto lo veremos después, porque la Avenida de Mayo fue en primer término la calle de la política popular; por ella las multitudes habían arrastrado el coche de Yrigoyen en el trayecto del Congreso a la Casa de Gobierno en 1916 y en ella se celebraban casi todos los grandes mitines partidarios. Era además la calle de los diarios: *La Prensa, El Diario, La Razón, La Época* y más tarde *Crítica*, con sus pizarras y los tumultos ocasionados por sus noticias de la guerra y los escrutinios. La calle donde la gente se aglomeraba ante las noticias sensacionales.

Allí estaba la sirena de *La Prensa*. ¡La sirena de *La Prensa*! Cuando ella sonaba –lo hacía con poca frecuencia– la ciudad se conmovía porque acababa de ocurrir algún acontecimiento dramático. Aun de noche la ciudad se echaba a la calle. Imposible no oírla en el silencio de entonces. Es posible que hoy la sirena se oiga sólo como un zumbido y a pocas cuadras, apagado por el rumor urbano, aún en la alta noche. Lo que sé es que hace muchos años que no la oigo, pero su último recuerdo es de 1939. ¡Pero qué recuerdo! Serían las dos de la mañana cuando me desperté y me senté en el borde de la cama y con mi mujer nos pusimos a llorar. Era inevitable lo que se había esperado minuto por minuto: la guerra mundial. Yo no tengo fácil el llanto, pero la certidumbre que la sirena anunciaba desbordó todas mis defensas y me sacó hacia afuera de mí mismo como salía de la máquina el zumbido aterrador cuyo mensaje sobrevolaba la ciudad despertándola angustiada.

Como dije el principio, la Avenida de Mayo era esencialmente la calle de la política y sobre todo de los radicales; en sus numerosos hoteles –porque entonces también era la calle de la hotelería– se alo-

jaban los políticos postulantes de provincias como si quisieran acortar y hacer más directo el trayecto hacia la Casa de Gobierno, donde estaba don Hipólito, ahí a pocas cuadras derecho por ella. La Fronda "conserva" insistía constantemente buscando analogías entre el radicalismo y el islamismo y así decía: "bajo los toldos musulmanes de la Avenida de Mayo acampa la multitud de creyentes que viene a pedirle al «Profeta» sus milagros".

Había un hotel sobre todo que era un verdadero bastión radical: el España, en cuyo salón comedor, en el bar, y en las mesas de las veredas se oían todas las tonadas de los provincias argentinas aunque predominaban los hombres de la de Buenos Aires. La excepción de la avenida era un hotel, el París, en Salta y Avenida de Mayo, que era de los conservadores. Allí alcancé a ver a través de las vidrieras a algunos primeras figuras de la época y entre ellos –tal vez lo recuerde por lo pintoresco– al famoso Payo Roqué, que me mostraban como una curiosidad con su particular atuendo.

Por la Avenida de Mayo desfilaron las grandes manifestaciones radicales, ordenadas circunscripción por circunscripción. Iniciaba la marcha la Primera generalmente con un grupo bastante numeroso de gente de boina blanca a caballo, la mayoría de Mataderos, con Juan Bidegain a la cabeza. Después de la Primera, con sus escuadras a pie separada por un amplio espacio y encabezada como todas las secciones por profusión de banderas, la Argentina desde luego, la del Parque –verde, rosa y blanca–, la albirroja del 93 y retratos de Alem e Yrigoyen y numerosos estandartes correspondientes a las distintas agrupaciones de cada circunscripción, iban sucediéndose éstas hasta la veinte. El desfile se realizaba por Avenida de Mayo hasta Perú por donde tomaba siguiendo Florida hasta la Plaza San Martín. Era el mismo recorrido de los desfiles militares de la época, pero éste mucho más ruidoso de vivas, y también de mueras que se convertía en una silbatina sostenida cuando la columna llegaba a Perú donde dejaba la avenida. La silbatina era para *La Prensa* y repetida en todas las ocasiones.

Muchos años después rememorar esto me resultó muy aleccionador, cuando el gobierno de Perón expropió *La Prensa*, viendo cómo los radicales se afligían por lo que ellos hubieran querido hacer y no hicieron. Reflexión parecida me causó la cólera de los radicales por el incendio del Jockey Club, proyecto que en su corazoncito alimentaban siempre los participantes en aquellas manifestaciones. Nunca llegaron

a eso, pero había un acto que se reiteraba en cada uno de los desfiles como de ritual: cuando la sexta sección encabezada por Don Pedro Bidegain llegaba a la esquina de Lavalle y Florida se detenía dando tiempo para que la quinta –"la quinta de Fierro" decían entonces, a cuyo frente iban Joaquín Costa y el librero Pellerano– se adelantase dejando un espacio libre entre las dos secciones. Entonces un afiliado de la sexta, loco conocido del barrio de Boedo, ocupaba el centro de la calle frente a la puerta del Jockey y allí bailaba "la danza del odio", o lo que él entendía por tal según gesticulaba, se retorcía y movía los brazos y piernas amenazadoramente, contemplado por un grupo de socios desde el balcón que cubría la entrada. Al término del baile, que los socios seguros de su invulnerabilidad aplaudían entre risas, la sexta circunscripción reanudaba su marcha, pero como en la esquina cercana a *La Prensa*, con una uniforme música de silbidos.

Sin embargo, a pesar de esta connotación política, la Avenida de Mayo ya era la calle de los españoles. Mi paladar de adolescente guarda el regusto del chocolate con vainillas, tostados y churros y el nombre famoso de La Armonía, que con La Castellana, también de la avenida y el Seminario de Cangallo y Pellegrini perfuman de cacao mis recuerdos de esa época. Pero tampoco son extraños a éstos el puchero famoso del hotel España y su carne con cuero, una vez por semana, como ciertas natillas a la catalana, que prestigiaron sus mesas hasta que cerró.

Ricardo Llanes en su historia de la Avenida de Mayo nos explica las razones porqué ésta fue siendo cada vez más la calle de los españoles y desalojando a provincianos y radicales del primer plano. Entre estas razones cuento la cercanía con las viejas casonas del barrio sur, Victoria, Moreno, Alsina, Belgrano y las transversales, donde se había radicado el comercio mayorista y de registro en su mayor parte español. No descarto que el género chico, la zarzuela, el cuplé, de los teatros Lima y Avenida hayan influido aunque lo lógico es suponer lo inverso. Lo cierto es que después de 1930 la españolización de la Avenida de Mayo había primado sobre su carácter político o provinciano. Pero la guerra civil de España fue el escenario de encuentro de los bandos peninsulares y es por demás conocida la historia de los combates entre los habitués de la confitería del hotel Español –rebeldes– y los del café Mundial –leales–, que ubicados en las dos esquinas del sur de la calle se embestían de palabra para terminar dando

sucesivas cargas, sino a la bayoneta, con mesas, sillas y puños. Hubo que tender un cordón policial entre los dos bandos.

De este café Mundial tengo una anécdota pero no es de la guerra española. Es de un amigo con quien militábamos juntos en la misma tendencia radical hasta la fundación de FORJA. Es un radical típicamente apegado a formas que fueron un estilo en la vida del partido. Su ademán es reposado y es espacioso al hablar con tono de firme convicción. Delgado, alto y de abundante cabellera –se entiende para un hombre de su época y no de los de ahora–, viste elegantemente también con una elegancia de época: traje oscuro, cuello palomita, corbata plastrón. Una noche, el comisario de la sección se llevaba detenidos a dos parroquianos, seguramente radicales y conocidos o amigos del recordado. Mi amigo se dirigió en su tono habitual al comisario para protestar por las detenciones y como no tuviera éxito tuvo una salida muy de las suyas.

—Usted los lleva por radicales. ¡Lléveme a mí también!

El comisarlo le contestó:

—Hoy no llevo más que radicales. Mañana llevo a los boludos. Venga mañana.

Si este cuento tiene una moraleja es la siguiente: mi amigo era de esa época. El comisario, de todas.

Los cafés de Buenos Aires... y otra vez la policía

La esquina de Buenos Aires es Corrientes y Esmeralda. Ya se sabe, porque así lo decretó Scalabrini, cuando recostó en ella a "El hombre que está solo y espera", el porteño síntesis. Ahí lo encontré, servido, cuando todas las noches se preparaba para bajar la escalera del Royal Keller. Allí estaba también a la salida. Todos lo habíamos mirado al pasar, pero Raúl fue quien lo vio.

Había en Corrientes otras esquinas porteñas con sus variantes, en la muchachada.

En la otra cuadra de Corrientes, la esquina de Maipú, recalaban en el almacén de Suárez, los merodeadores de las milongas de la calle Maipú, el "Casino" y el "Maipú Pigall". En ese "estaño" de Suárez, a $ 0,30, la copa se abrevaba para entonarse, antes de entrar al cabaret donde valía $ 3. Estos muchachos de la noche eran algo encajetillados, los más garroneros que tenían que esperar hasta el cierre para saber si la amiguita estaba libre y acompañarla. No tan cajetillas como los que entraban al "Petit Salón" o al "Julien". Había muchas francesas por ahí (La divisa era fuerte todavía, pero pocos la tenían: francesa y divisa fuerte son inseparables. Esto no lo saben los economistas pero sí la gente de la noche. A mí me lo explicó un carabinero en Chile, hace cuarenta años, orientándome una noche. ¡Hay francesas!, me dijo. Por eso, no es para los chilenos).

Pero no es por la esquina de Maipú y Corrientes que ocurrió lo que voy a contar. Fue por Paraná, en esa época en que Corrientes era angosta.

Había también allí un almacén con despacho de bebidas como el de Suárez. Era en la esquina noreste. El famoso almacén de Socino, que había sido cuartel de don Cayetano Ganghi, el caudillo "posetive", como él decía de sí mismo, hombre de Benito Villanueva y Pellegrini, acopiador de papeletas electorales y enredador de atrios. Vivía aún, y sabía caer por allí, nostálgico de Don Carlos y don

Benito, con su alta figura y sus bigotes cocolichescos. Ya no tenía nada que hacer: gobernaban los radicales y el sufragio era secreto.

La esquina de enfrente, vereda sureste, era la del teatro Politeama, y hacia los fondos, sobre Paraná, estaba el café Sabatino que complementaba el teatro y seguía su arquitectura. Allí tuvo restaurante D'Arienzo. Le fue mal y se lo vendió a Nápoli.

(Manzi me contó que una vez, cuando ya era de Nápoli, entró con D'Arienzo al restaurante y estaba lleno. En el mostrador, D'Arienzo le dijo a Nápoli:

—Ves cómo es la gente. Cuando el restaurante era mío, no venía nadie. Y ahora, lo tenés lleno.

Nápoli le contestó:

—¡Eh! ¿Qué te parece si yo pongo una orquesta…?

D'Arienzo sabrá si es verdad la anécdota porque Homero tenía mucha imaginación, aunque también mucho que contar.)

Pero me estoy yendo del tema.

Ese café Sabatino era también melancólico. Allí estaba el refugio de los viejos tenores y barítonos que quedaban en Buenos Aires, añorando triunfos y esperanzas de alguna actuación en las temporadas de ópera barata del "Marconi". Solían acompañarlos viejos admiradores, apasionados del "bell canto". Entre las mesas se movían "dateros" y quinieleros, míseros oficios de la muchachada sin oficio, en un estado de desocupación endémico para la clase media pobre de Buenos Aires.

En la vereda de enfrente, como ahora, había varios restaurantes italianos, entre ellos "La Emiliana", a la que todavía no le había crecido el pelo.

Arriba, las casas de departamentos eran palomares. De allí salían "yirantas" revoleando la cartera y en la esquina se cruzaban con las que venían por Corrientes, del palomar grande, ése que todavía está entre Talcahuano y Libertad.

Más arriba, Paraná 420, estaba el café "Ambos Mundos". Allí se mezclaba la clientela habitual del barrio con los billaristas. Me parece que fue el primer café con mesa de match que hubo en Buenos Aires. No estoy seguro pero creo que allí empezaron a taquear Canitrot, Urbistondo, Friedenthal, todos campeones. Lo recuerdo porque empecé con ellos pero enseguida me quedé atrás. No me le animaba… También le mezquinaba al recule porque el miedo al "siete" me perseguía con la leyenda de que había que reponer el paño. Además, siempre fui crudo en todos los deportes, del fútbol y la pelota a la

colombofilia y la filatelia, que también deben ser deportes por el lugar que le asignan en los diarios.

Pero lo más típico de la esquina de Paraná y Corrientes eran los cafishios por eso de que era como un polo del yiro barato. Allí hacían la campana, que ya se sabe es lo más duro del trabajo; es como un control contable y a la vez, sentimental: cuidar que la mina produzca, para lo que es necesario no ser celoso, y ser celoso, a la vez, porque la infidelidad es el garrón…

Los cafishios paraban en dos cafés: el "Felsina", que estaba a mitad de cuadra, en Corrientes entre Paraná y Uruguay, y el "Domínguez", en la vereda norte de Corrientes, entre Paraná y Montevideo.

Esto que voy a contar ocurrió en el Felsina.

Con frecuencia caía la "patota", como le llamaban al grupo de "tiras" de "Leyes Especiales". Fernández Bazán, "el Cabezón" como lo apodaban, era Jefe entonces de la sección, y generalmente, caía al frente de la "patota".

Cuando éste entraba, en el café empezaban a oírse los ventiladores. Los cubiletes dejaban de golpear las mesas y todo el mundo se afanaba en leer meticulosamente los diarios. Alguno medio potrillo, se iba para el baño, pero lo mejor era quedarse quieto, como ausente, en la esperanza de pasar desapercibido.

Uno de la "patota" quedaba en la puerta y Fernández Bazán, con dos o tres "tiras", caminaba por el salón relojeando las mesas. De vez en cuando hacía una seña, y uno de los concurrentes se levantaba y marchaba en dirección a la puerta, donde quedaba al lado del "tira" que controlaba.

Después, la "patota" se iba con los clientes elegidos y enseguida, el café retomaba su fisonomía habitual.

Aquí es donde aparece el "Pibe" Andrade.

No creo que éste sea un cuento de "medio pelo", porque el "medio pelo" es otra cosa, según lo he teorizado en otra parte, pero puede serlo en cuanto entraña una sofisticación, el propósito de sustituir el personaje real por uno de ficción que se valoriza imaginativamente.

El "Pibe" Andrade tenía un berretín: ser cafishio. Y más que ser cafishio, ser tenido por tal, parecerlo. No tenía "mina", pero eso era lo de menos, porque lo importante era la reputación. Digamos, el status.

Necesitaba prontuario, prontuario de cafishio. Lo buscaba, como otros buscan el "barbijo", para fundar en él una reputación de cuchi-

llero. Estas ficciones son así y obligan a invertir la realidad, porque cuchillero, cuchillero de verdad, es el que hace el "barbijo", no el que lo recibe.

Cada vez que la "patota" entraba al Felsina el "Pibe" Andrade, a diferencia de los cafishios efectivos, hacía escombro para llamar la atención. Se rompía todo haciendo "bandera"...

Seguramente, Fernández Bazán lo había "calado", y no le daba "bolilla". Levantaba sus candidatos y la "patota" se iba.

Así fue cuatro o cinco veces, cuando ocurrió lo que voy a contar. El "Cabezón" ya se iba pero al echar una última mirada en el salón lo vio al "Pibe" que en su decepción hacía más bandera que otras veces.

Entonces, lo llamó desde la puerta.

—Vení, vos, "Pibe", dijo en voz alta.

Al "Pibe" se le iluminó el alma y empezó a caminar amacándose, amalevando el aire, como para desmentir la protesta verbal.

—¿Por qué me lleva, señor...? Usted me confunde.

Protestaba para guardar las formas, pero prudentemente, como con miedo de ser persuasivo... ¡Por fin iba a tener su prontuario de cafishio!

Lo que ocurrió fue bárbaro. Cuando el "Pibe" estuvo a su lado, Fernández Bazán señalándolo le dijo a uno de sus "tiras":

—A éste me le hace prontuario por puto...

Toda la nerviosidad contenida del café, se volcó en una carcajada.

....

Muchos años después, fui amigo de Fernández Bazán y un día le recordé el episodio que había presenciado en el Felsina. Lo tenía bien presente y se rió.

Enseguida, me contó el resto.

—¡Pobre "Pibe"! Lo tuve veinticuatro horas en el "buzón". Después lo hice traer a la oficina. Estaba blandito... ¡Mostrame las manos!, le dije. Me las mostró con las palmas hacia arriba. Le fui marcando los callitos, porque los tenía. ¿Ves estos callitos?, le dije. Son del laburo... Yo sé que sos un buen muchacho, que mantenés a tu madre y a tu hermanita. Dejate de berretines. Y ahora andate, pero no te olvides: ¡Si te vuelvo a encontrar en el Felsina, te hago prontuario por puto. No volvió más por el café –agregó Fernández Bazán–. Se le acabaron los berretines... Lo curé –dijo–, pero también había una cuestión de amor propio. No es cuestión de que creyeran que yo iba

de pelotudo al café. Quise que supieran que los conocía a todos y que sabía a quién tenía que levantar y porqué.

Yo no sé si querer pasar por cafishio sin mina y siendo laburante es "medio pelo". Pero lo cierto es que el "medio pelo", en otro ambiente, es lo mismo.

(De "Archivo Jauretche")

II

Reportaje

Realizado a Arturo Jauretche entre marzo y mayo de 1971, por el historiador Luis Alberto Romero, integrado al ciclo del programa "Historia oral", del Instituto Di Tella.

Los primeros pasos en el radicalismo

Periodista: *Me gustaría que comenzáramos por una visión un poco general de lo que fue el radicalismo y su llegada a él.*

Arturo Jauretche: El radicalismo era un movimiento multitudinario para 1912, época de la Ley Sáenz Peña. Pero ya durante los largos años de la tensión revolucionaria había tenido dirigentes por todo el país, producto de esa política que Yrigoyen hacía, de contactos personales. Él tenía hombres en todos los lugares del país, pero no multitudes y a veces, en los largos intervalos, después de cada fracaso, quedaban desvinculados, desconectados, aunque en cada pueblo, en cada lugar, se sabía que fulano era radical.

Eran, en general, hombres austeros, generalmente empobrecidos, sobrios, respetados y vistos un poco como personajes raros. Yo me acuerdo de don Esteban Godoy, en mi pueblo; me acuerdo de Patrón, en General Pintos; hombres económicamente venidos a menos, muy cuidadosos en su conducta y en su estilo de vida con una especie de señorío criollo, pero de poca gravitación política. El escenario, en general, había estado ocupado, por lo menos en la provincia de Buenos Aires, más por la lucha entre mitristas y vacunos. De esta falta de concurso multitudinario, recuerdo que después de la revolución del 30, cuando Yrigoyen se domicilió en la calle Sarmiento (entre Suipacha y Carabelas) que es donde murió, una vez, nos dijo, refiriéndose a una época posterior a 1905: "En realidad, habían quedado muy pocos radicales, yo diría que la mozada estanciera del sur de Buenos Aires, fue siempre uno de los baluartes, en general hijos de vascos y la oficialidad del Ejército". Porque esta es una cosa curiosa que los radicales han olvidado, el Ejército, siempre fue radical; la oficialidad vasca, en su mayoría, era radical y constantemente había jefes, a quienes los tenían como "expedicionarios del desierto", en las zonas de fronteras con el indio, en el Chaco, en Formosa, precisamente para que no estuvieran en guarniciones peligrosas. Además, es conocido el relato de Ricardo Caballero sobre el contacto que Richieri tuvo con Yrigoyen, parece que por consejo del general Roca. El

Ejército, en general, era radical y por eso, ese pequeño movimiento, en número ciudadano, era un constante peligro para el régimen. Eso debe explicar seguramente la actitud de Sáenz Peña y de Indalecio Gómez, de darle una salida política a un proceso que ya no podía subsistir, como lo que está pasando hoy (1971).

Ahora, cuando el radicalismo se hace multitudinario ocurren dos fenómenos paralelos, el gran aluvión de multitud virgen políticamente, que se vuelca en ese partido, viene de dos extracciones: 1) una de clase media, proveniente de los hijos de la inmigración. Los hijos de la inmigración encuentran un cauce político y la apertura para el ascenso social, que los esquemas de lo que Yrigoyen llamaba "el régimen", le tenían cerrado. Claro, no se intente con esto creer que cada hijo de inmigrante pensaba así; los hechos sociales se producen muy al margen de la conciencia; y 2) hay un reingreso a la política argentina del criollaje del interior, que había desaparecido desde la destrucción de los caudillos. Los defensores de la Ley Sáenz Peña suelen no entender este asunto del criollaje porque no entienden lo que significó, para las masas humildes, la libreta electoral. Desde la caída de los caudillos, el hombre de la plebe argentina quedó sin padrino, a merced de comisarios, de jueces de paz o de patrones, pero desde que tuvo libreta electoral, se convirtió en un voto y adquirió un valor y volvió a tener padrino, porque apareció el caudillo, que venía a conquistar votos. A su vez, el Juez de Paz, el comisario y el patrón no querían perder votos. Esa es una cosa curiosa, que los socialistas y los partidos que más o menos han querido representar el pensamiento social de Argentina no han entendido el significado social del sufragio, que fue mucho más importante que el significado político. Por eso, cuando vino el fraude después del 30 y el voto dejó de valer, también se perdían todas las conquistas sociales, como puede ocurrir ahora; la libreta de enrolamiento es una carta de valorización. Bueno, estas dos nuevas afluencias incorporan de hecho la población del país, la que proviene de la inmigración y la que proviene del criollaje. Y le dan una nueva arquitectura al espíritu político del país y desde que el pueblo participa, impone su tónica a la política y la política cambia totalmente de sentido.

Ahora, ¿eso ocurre recién en 1912?

Sí. Cuando viene el sufragio, se vuelca la avalancha y aquí el radicalismo cumple otra función muy importante, que tampoco se ha comprendido. Ricardo Rojas, en "La restauración nacionalista", señaló el

peligro que implicaba que la enseñanza fuera impartida por congregaciones religiosas extranjeras; acá vamos al problema de la enseñanza religiosa, pero no desde el punto de vista del ateo y del creyente, sino del punto de vista del argentino. La escuela pública, tal como se hizo, absorbió los descendientes de todas las colonias extranjeras, los mezcló y los barajó con los criollos, e impidió que se desarrollara la escuela extranjera, mantenida por los gobiernos de la inmigración. Es decir, la escuela laica fue un instrumento de desvinculación de los hijos del extranjero con su país de origen y de su vinculación con el nuevo país. La escuela uniforme para todos, los fusionó y entonces se produce este doble proceso: mientras la escuela fusiona a los niños, el radicalismo fusiona a los hombres. Porque también los hombres se alejaron de los problemas políticos de los países de origen de sus padres. Creo que estos dos factores han tenido una importancia fundamental en la formación de la nacionalidad argentina.

Ricardo Caballero, en su libro sobre la revolución de 1905, insiste mucho en el carácter criollo y anti-gringo, por lo menos, en Santa Fe, del radicalismo.

Pero ese es un fenómeno santafecino. Porque antes que el radicalismo creciera en Santa Fe tuvo importancia la Liga del Sur y la Liga del Sur era un movimiento de emancipación del Sur, lleno de inmigrantes, colonos, donde gravitaba enormemente la población extranjera del Santa Fe tradicional, con grandes estancias y donde gobernaba la oligarquía. Entonces, la Liga del Sur, que después fue el Partido Demócrata Progresista, era evidentemente gringa, tenía la mentalidad gringa, se sentían superiores a los criollos; el gringo, aleccionado por el sarmientismo, se sentía superior, había un desprecio; un fenómeno que le pasó al socialismo, el socialismo nunca entendió que el criollo podía ser un ciudadano.

"La política criolla", decía Juan B. Justo.

¡Claro! ¡Qué absurdo! ¿No? Porque la turca es turca y la francesa, francesa. Tiene los defectos y las características de cada una, la política irlandesa, bueno, o la de Estados Unidos. Mire si en Chicago va a haber otra política que no sea la de Chicago. Bueno, entonces la Liga del Sur fue un movimiento de hijos de inmigrantes. No fue como el radicalismo que se fusionaron. Y esto provocó una reacción criolla y Caballero, que además era de origen anarquista, muy criollista, fue el caudillo de los cargadores del puerto, de los changadores, de los cocheros y hasta de la gente de la calle Pichincha, de "la mala vida"

rosarina. Ahora, cuando triunfó el radicalismo en Santa Fe, en las elecciones del año 14, cuando subió Menchaca a gobernador, ocurrió que gran parte de los del régimen se volcaron al radicalismo, para impedir el triunfo de los del sur. Eso está muy bien explicado en el libro de Caballero y yo hago alguna referencia en mi libro sobre el "Medio Pelo".

Entonces hablábamos de dos afluencias al radicalismo en el momento de 1912, la de los hijos de los inmigrantes, que se incorporan a través del radicalismo a la vida política del país y también la de los criollos. Por eso, es un error la interpretación del radicalismo como partido exclusivo de las clases medias. En el Litoral, donde las clases medias son muy fuertes, tienen predominio, pero en el interior, están los criollos. Diría yo que el fracaso del socialismo en el interior es porque el radicalismo toma esa tónica. En Mendoza, habíamos tenido un socialismo bastante maduro, en San Juan, en Tucumán y se perdió porque no entendió a esas masas. Se convirtió en "cantonismo", en "lencinismo", "bascarismo". Bueno, cuando el radicalismo llega al gobierno en 1916, con Yrigoyen, hay radicales que perciben la nueva tónica y radicales que se quedan en el programa antiguo del radicalismo, que es el "sin programa", el partido sin programa.

El programa antiguo del radicalismo es el cumplimiento leal, correcto de la Constitución y la honestidad administrativa, es decir, reparar los dos grandes vicios del régimen: la falsificación de comicios o imposición hecha por el poder, desde arriba, y lo otro, la mala administración de los dineros públicos. Entonces, un sector del radicalismo está en simple programa, que es el cumplimiento de las premisas liberales, que vienen desde el 53. Pero Yrigoyen percibe lo otro, el fenómeno histórico social; primero es la vuelta, en cierta medida, de las montoneras, de las multitudes criollas y la incorporación de los nuevos. Y entonces presidido, tal vez, por un sentido propio, ya que él también proviene de una familia federal y de su filosofía, la actitud de su Gobierno cambia totalmente en el sentido social. Hoy no se puede entender la revolución que significó Yrigoyen, por ejemplo, en cuanto a los trabajadores. Habría que ir a leer los editoriales de *La Prensa* y *La Nación* y las informaciones del periodismo adversario para enterarse de la indignación que produjo Yrigoyen cuando entraron trabajadores en la Casa Rosada a conversar con él. Y cuando en un conflicto ferroviario –creo que fue en la huelga grande, aquella que duró

como sesenta días– recibió conjuntamente a los dirigentes gremiales y a las empresas. Era inconcebible.

Además, los ingleses, le pidieron autorización para traer la flota y arreglar el conflicto por su cuenta e Yrigoyen...

No, no creo que se hayan atrevido a eso. ¿Usted de dónde sacó esa información?

Me lo dijo Domenech, que era dirigente ferroviario.

Ah bueno, él lo sabría como cosa confidencial; yo eso no lo sabía. Me parece que Domenech exagera. Los ingleses no eran tan torpes. Pero de todos modos, la mentalidad de la vieja clase dirigente era de que estábamos en plena revolución social. La ley de alquileres, por ejemplo, yo me acuerdo de la oposición del partido socialista, defendiendo la ley de oferta y la demanda. Jacinto Oddone fue el que hizo la oposición, sosteniendo que había que dejar que triunfara la ley de oferta y la demanda.

El partido socialista es uno de los partidos ideológicamente más consecuentes e intransigentes. No falla una.

Ah sí, ideal, ideal, completamente. Es algo increíble. El otro día me contaban que Repetto lo invitó a comer a Jean Jaurès y él me decía que él o un tío de él había estado en la comida, en casa de familia y puso leche en la mesa y que, el francés, cuando le quisieron dar leche para tomar, se quería morir. Sí, Repetto era una especie de cuáquero, ¡yo no sé qué mentalidad! Además, no eran ateos, eran anticatólicos porque simpatizaban con los protestantes. Y la tendencia al vegetarianismo, a la austeridad. Yo una vez, le decía a un amigo: –Mirá, si yo me encontrara con el gobierno en las manos sin saber qué hacer, le daría las municipalidades a los socialistas porque son minuciosos, el control de los dineros a los radicales, porque son honrados; y para hacer cosas, a peronistas y conservadores que tienen imaginación, ¿eh?, porque lo que sobran, en los partidos, son gentes sin imaginación; son tipos todos pautados, viven de normas ¿eh?

Usted me decía que Yrigoyen...

Yrigoyen comprendió el contenido social y además la tarea nacionalista que cumplía el radicalismo. De ahí viene su política de neutralidad, su afirmación del 12 de octubre, su política del Congreso de neutrales, su posición en el asunto del saludo a la bandera de Santo Domingo. Ese es el aspecto nacional, y la política social hoy parece, vista a la distancia, tímida, pero se olvidan que el primer paso es el desvirgue. Es el paso difícil.

¿Qué pasó en la Semana Trágica, en función de su planteo?

Bueno, todo tipo que hace reformas sociales, se encuentra con tipos que quieren más. Predominaba en ese momento, en la FORA, la dirección anarquista que tiene un modo especial de razonar las cosas. Yrigoyen perdió el control, tal vez un poco más de severidad al principio, hubiera ahorrado después, pero Elpidio González quiso manejarlo. En fin, la Semana Trágica fue porque las demandas excedían las posibilidades de lo que podía dar Yrigoyen y porque la dirección era anarquista...

Ahora, también se piensa que influyó mucho el miedo a la revolución soviética.

¿Al contagio? No creo que Yrigoyen tuviera miedo al contagio. No creo eso no. Eso movía a Manuel Carlés, a la Liga Patriótica, manga de bandidos, con Dell'Oro Maini, que ya era secretario de la Asociación del Trabajo, de la que era presidente Joaquín de Anchorena, que era una organización de crumiraje. Traían a correntinos para trabajar de "carneros", en el puerto y tenían asesinos a sueldo. Ahí había habido tiroteo. Bueno, pero Yrigoyen tuvo que meter en vereda a los dos. Por eso, Dellepiane se hizo cargo de la jefatura, para meter en vereda a los de la Liga Patriótica y a los otros, y a los foristas. Porque, además, era una cosa incontrolable. Era un tiroteo incontrolable. No había organización yo creo, ni nada. Pero Yrigoyen comprendió que el programa radical era insuficiente, que había una rectificación de orientación cultural, una rectificación social y una política soberana que chocaba con la mentalidad de la mayoría de los viejos dirigentes radicales, más o menos académicos. Entonces el radicalismo se divide en dos corrientes, la que se llamó yrigoyenista, aunque Yrigoyen no aceptaba que se llamara así y la antipersonalista.

Durante la primera presidencia de Yrigoyen ¿qué dirigentes estaban en esa línea, en la yrigoyenista?

Bueno, desde luego Ricardo Caballero, los menos conocidos, los del sector popular y los del interior. Estaba el viejo Lencinas, Báscari, Vera, en Tucumán; en la provincia de Buenos Aires, el 90% de los dirigentes de los pueblos. Porque eso, más que nada, era ascendiente personal de Yrigoyen, porque Yrigoyen tenía un contacto personal directo. Durante la presidencia de Alvear hubo la división. Acá, en Capital, casi se dividieron por mitades, los comités; el comité de la Capital, los comités de barrio, quedaron con Yrigoyen. En contra se

produjo el entendimiento de los liberales del radicalismo con los conservadores liberales.

¿Usted en qué año ingresó al radicalismo?

Bueno, le voy a explicar eso. Yo era hijo de un hogar conservador, además tuve una formación totalmente liberal. Fui chico un poco precoz. Leí bastante de chiquilín, lecturas atropelladas, desordenadas. Creía en el "struggle for life" que triunfan los más aptos, era casi nietzscheano cuando era un chiquilín petulante; y me horrorizaba, como un oligarca, a pesar de ser económicamente modesto, ante el avance de la gente desconocida. Así tuve, con respecto al radicalismo, todas las prevenciones de un conservador; además, como le he dicho, cuando tenía 17 años, ya unificaba a la gente joven conservadora de Lincoln, así que pasé a ser dirigente. Todavía no tenía libreta de enrolamiento cuando era secretario de la 4ª sección de la provincia que presidía Luis Grisolía, de Chivilcoy. Y fui candidato a diputado "de relleno", en la elección provincial, también sin tener todavía libreta de enrolamiento. Pero, hacia el fin de la guerra del 14 y con nuevas lecturas y nuevas reflexiones, me entusiasmé con la revolución mexicana. Mientras estaba en esto de los conservadores, me iba tomando la revolución mexicana y a medida que la fui conociendo históricamente, no el 17 sino el 19 ó el 20; y la reforma universitaria, todo eso hizo revisar mi pensamiento político. Y fui cambiando, de mi posición liberal casi nietzcheana a una posición casi anárquica, casi anarquista; pero de pronto empecé a comprender que los fenómenos políticos, sociales e históricos no son librescos y empecé a comprender.

Por eso, creo que fue la revolución mejicana lo que más me impresionó, el fenómeno populista. Empecé a darme cuenta que en grandes líneas históricas, los pueblos se orientan siempre en sentido a su interés y empecé a ahondar, y entonces empecé, yo también, dentro de mí, un pequeño revisionismo histórico. Empecé a comprender a los caudillos, empecé a comprender a Rosas, a medias todavía, el fenómeno radical, y dentro del fenómeno radical, el fenómeno yrigoyenista, como fenómeno populista y me radicalicé. Ya estaba Alvear en el gobierno cuando entré al radicalismo, en el yrigoyenismo, en el que estuve y en el que me encontró la revolución del 30 y después seguí hasta la fundación de Forja.

¿Durante esos primeros años actuó en Lincoln?

Sí, en Lincoln.

Y en Lincoln, ¿cómo se distribuían conservadores y radicales?

Y bueno, conservadores eran los grandes estancieros y algunas familias que habían sido los empleados públicos de la época del conservadorismo y algunas familias de algunos estancieros radicados allí, chacareros fuertes.

¿Y clientela?

Y la clientela, los cocheros, los guapos, los cafishios, los gauchos peleadores, todos esos eran conservadores. Los radicales eran esos periodistas que se los cagaba a palos, aunque Lincoln es uno de los pueblos, donde los conservadores tienen buena historia. Lincoln, a principios de siglo, tuvo un caudillo conservador, Arturo Massey, hombre muy inteligente y muy progresista. Usted sabe que Lincoln tiene agua corriente y luz eléctrica desde 1900. Massey era casualmente el tipo de hombre que a mí me gusta para la política de gobierno. Parece que Massey consiguió que fueran de Obras Sanitarias para estudiar las aguas corrientes y Obras Sanitarias llegó a la conclusión de que las aguas de Lincoln no eran potables porque tenían flúor. Entonces Massey dijo: "Más vale aguas con flúor, que aguas con mierda", e hizo el agua corriente con flúor. Lo que posiblemente habrá provocado algunas enfermedades, creo que hay una enfermedad que provoca en los huesos el exceso de flúor en las aguas, pero se habrán salvado miles de tifus. Y así fue que, desde que tengo recuerdo, Lincoln tiene agua corriente y luz eléctrica; cosa que no pasaba en Tandil, donde recién vino en la época de Perón; ni en Junín, que también la tuvo en la misma época; ciudades mucho más importantes, más grandes, más antiguas, no tenían agua corriente.

¿Hasta qué año actuó en Lincoln?

Bueno, yo viví en Lincoln hasta el año 1917 en que pasé al Colegio Nacional, pero viajaba constantemente y actué hasta el 20-21; iba a Lincoln y volvía. En esa época estuve en el Colegio Nacional de Chivilcoy y hubo una huelga, estuve suspendido por dos años, yo todavía era conservador.

Ahí es donde empecé a desconfiar, porque hicimos una huelga en el Colegio Nacional, y usted sabe que *La Nación* y *La Prensa* dedicaron primera página, entera la página, durante dos días ¡a una huelga del Colegio Nacional de Chivilcoy! Porque la huelga era porque habían echado a los profesores conservadores y ahí empecé a darme cuenta cómo se manejaba el periodismo: que un asunto es para información de página 4, de página 5, 2 columnas o no, par o impar, arriba o abajo, según la importancia que le quieran otorgar. A este asunto le

dieron resonancia y nosotros, pendejos, nos creíamos que éramos muy importantes y que el país giraba alrededor de la huelga que habíamos hecho contra Yrigoyen. Y vinimos aquí, a Buenos Aires, nos reunimos con la Confederación de Estudiantes Secundarios, que presidía Roberto Noble –de ahí lo conozco– y entonces, con la Federación Universitaria, lo fuimos a ver a Yrigoyen. Fue Julio González, Julio Noble, no me acuerdo cuál otro. Fuimos a hablar con don Hipólito. Y de eso salió una versión, bastante deformada, para dejarlo en ridículo a Yrigoyen que se escribió en *La Nación*. Fuimos a la redacción de *La Nación*. Nos llevó Julio González; porque eso es lo curioso de la Reforma Universitaria y de la inteligencia de nuestro país. Yrigoyen hacía la Reforma y los reformistas andaban bien con los diarios de la anti-reforma. Claro, con los que hacen el prestigio. Eso es lo curioso, fíjese, todos los reformistas fueron anti-yrigoyenistas. Yo le puedo decir: yrigoyenistas fueron Guillermo Watson, Gabriel Del Mazo y Pablo Brilo, un hombre que prometía mucho, de Santa Fe, que murió muy tempranamente y algún otro, muy pocos. Los demás, todos fueron anti-yrigoyenistas, todos estuvieron en la revolución del 30 y todos estuvieron en la revolución del 55. Los hombres de la reforma universitaria no coincidieron nunca, en los momentos críticos, con la multitud. Evidentemente hay una falla, que es la formación cultural y una vez hecho el personaje, la necesidad de mantener el personaje, ese es el caso típico.

Ahora, por ejemplo, me escribió una carta Victoria Ocampo, muy graciosa, que yo se la contesto y una revista la va a publicar. Yo no tenía interés en publicarla, pero me doy cuenta, que es la primera vez que se ocupan de mí en el plano de los consagrados. Me doy cuenta que Victoria Ocampo me conoce recién, porque hay una superestructura, que los que no estamos en la línea (no importa que la línea sea izquierdista) los que somos populistas no tenemos difusión. *La Prensa* le publica a Luis Franco pero no le va a publicar a un populista; porque ellos saben que ese izquierdismo teórico no es peligroso para ellos. No es peligroso, porque es una discusión de allá, es un debate de allá y el debate de allá, saben que acá no prende. Lo saben por instinto, por sabiduría. Usted va a ver, lo muestran como tipo peligroso a Ezequiel Martínez Estrada, ¡qué va a ser peligroso Martínez Estrada! Martínez Estrada lo único que hacía era destruir la fe en el país. Pero si ustedes explican, como un fenómeno freudiano, la historia argentina, claro, ustedes no necesitan preocuparse de mí y entonces cuentan

con *La Nación*. Pero si el señor Martínez Estrada hubiera hablado de Mitre, íbamos a ver, o si hubiera ido a la raíz de los problemas pero, es claro; yo por ahí lo he escrito: "Él dice que porque unos gallegos violaron unas indias, entonces así somos los argentinos". Pero, en primer lugar, mucho más violaron los turcos, los mogoles, los hunos, los romanos, ¡los turcos si habrán violado! Ninguna historia se explica por las violaciones y él quiere estudiar a la Argentina por los 200.000 gallegos que violaron indias, ¿eh? ¿No es cierto? Es un modo de eludir la verdad. Usted analiza qué posiciones tuvo Martínez Estrada y se da cuenta de la falta de relación entre su terrible actitud de profeta bíblico y su función como empleado del correo: es el que hace la lista de los yrigoyenistas que hay que dejar cesante en el 30. Él la hace, después recibe el premio nacional de cultura; se compra un campo, viene el peronismo y lo jode, porque el campo está arrendado. Este es el asunto. Bueno, pero eso no tiene importancia. Lo que tiene importancia es la actitud de incomprensión para todo lo popular y uno tiene que preguntarse: en unos es incomprensión pero, en otros, es comprensión, comprender que decir ciertas cosas es suicidarse. Porque desde ese día no se sale más en la prensa.

¿No le mostré esto a usted? Bueno, cuando se publicó el plan Prebisch en 1955 escribí un librito contra ese plan, donde insinúo que el plan Prebisch no me parece de Prebisch, porque se da de patadas con el pensamiento de Prebisch. El año pasado, hice la segunda edición, ahora voy a hacer la tercera. Creo haber comprobado o por lo menos tener bastante intuición para suponer que el plan Prebisch lo hizo Katz, con Krieger Vasena, Cueto Rúa, Alizón García y otros, y que Prebisch dejó hacer, porque no tuvo tiempo de hacerlo, en la confianza que les tenía y que lo firmó en barbecho y que después no se atrevió a confesarlo. Bueno, Prebisch, publica en 1967, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*. Yo lo habré leído a fines del 69, cuando leo el prólogo, le digo a Jorge Sábato, que sabía que lo iba a encontrar a Prebisch en Europa, "mirá, decile a Prebisch, que se ha suicidado con el prólogo, que de aquí en adelante, ya no hay más retrato en primera página, ni grandes carteles, que saldrá perdido en una página interior, alguna vez, pero que se liquidó, por ese prólogo, porque el prólogo es prácticamente una confesión y un reconocimiento". Entonces, Jorge, a la vuelta, me dijo: "Dice Prebisch que le agradece la noticia..." y se reía. Pero ahora vuelve Jorge Sábato de otro viaje y me dice: "Traigo una cosa para usted, sorprendente, un libro con una dedicatoria de Prebisch, a un tipo que lo ha tratado muy feo: 'A mi enemigo no compartido'." Y me contó Sábato que Prebisch le dijo: "Pero, Jauretche, ¿cómo supo que me iba a pasar esto?" Porque, pobrecitos, no saben ellos cómo el aparato los eleva o los destruye. Pero el otro día me pasa una cosa muy curiosa, me encuentro con una reedición uruguaya de *Hacia una dinámica de desarrollo latinoamericano*, pero con gran sorpresa mía, no está el prólogo. No está el prólogo. Al aparato, no se le escapa nada.

Usted recién dijo que estuvo con Yrigoyen hacia 1920. A mí siempre me intrigó una cosa de Yrigoyen, por un lado, saber que era un caudillo, por otro lado, su estilo.

¿Al estilo se refiere usted? El estilo debía ser deliberado.

Y personalmente, ¿cómo era?

Le cuento una anécdota que me contó Fernando Saguier. Hacia 1897, por ahí, Yrigoyen le dice: "–Doctor, debe ir usted a Ayacucho a fundar el comité radical de Ayacucho". "–¿A quién tengo que ver, a qué amigo veo?" le dice Saguier: "–Ah, yo no conozco a nadie –le responde Yrigoyen y agrega–. Usted vaya y empiece a averiguar, véalo al cura, hágase amigo del cura, el cura sabe todo, conoce a toda la gente, viéndolo al cura, tenga esta prudencia: si el cura es español véalo nomás, porque es radical; ahora si es italiano, sea prudente, porque es posible que sea oficialista". Otra anécdota: me acuerdo una vez, en el año 26, para una campaña en Entre Ríos, yo sabía que los conservadores iban a apoyar a la fracción yrigoyenista contra la fracción de Laurencena, la franción anti-personalista. Al subir la escalera de la calle Brasil, nos habíamos cruzado con el dirigente conservador de Victoria que se llamaba Piaggio, que salía de lo de Yrigoyen. Entramos a hablar con don Hipólito y entonces nos dijo: Bueno, no los carguen mucho a los "del régimen". Antes tenemos que concretar la lucha contra éstos, Laurencena y esta gente; ellos tienen un partido –no sé cómo se llama– pero no los carguen mucho a esos del "régimen". No nos dijo que Piaggio había venido a entregarle los votos de los conservadores. No, era un político hábil. Usaba la picardía. Una vez nos contó lo que le pasó a Aibarogiel. Aibarogiel era un dirigente tucumano, que cayó en cierto momento en la privanza de Yrigoyen y fue a Tucumán y entró a manejarse como si fuera Yrigoyen mismo y tenía impresionadas a todas las fracciones, con tener las varas altas de Yrigoyen y entonces se las trajo, a las 6 ó 7 fracciones todas juntas, a la presidencia. Yrigoyen los hizo pasar, a todos menos a él. Le hizo

decir que esperase en la antesala. Entonces los otros conversaron con Yrigoyen y al ratito les dice: Yo tengo un amigo que anda por Tucumán, un negrito, como se llama, ai, ai, ai… Entonces uno le dijo: Aiba… –Aiba y algo más. Aibarogen, o algo así… Eso es, ¿cómo anda por ahí ese mozo? y lo liquidó. Cuando salieron nadie le daba pelota. Así manejaba. Ahora, eso sí, había un mito, como de un dios, de una gran respetabilidad. Había sido de una gran respetabilidad económica, socialmente también. Es curioso, no era un hombre de los altos círculos sociales, pero era muy respetado, y tenía mucha gente de la vieja clase. Como la imagen que nos han dado de Rosas, que tenía a todos: mucha gente de "los cuelludos".

Ahora, lo que llama mucho la atención, es cómo puede tener una imagen así, no hablando en público, por ejemplo.

Eso es lo increíble, son 30 ó 40 años de trabajo personal. Eso es lo increíble. Eso no se puede imaginar en esta época de televisión. No se olvide, además, que él empezó con un país de 4 ó 5 millones de habitantes, que cuando llegó al año 12, recién tendría, 10 y que de esos millones había 200.000 que tenían capacidad política. Yo diría que él debía de tener acción personal sobre más de 30 ó 40 mil personas, correspondencia enorme y tenía muchos hombres de confianza: Borzani, Arcos, él tenía 50 ó 60, tal vez 100 hombres que le servían de emisarios, que eran como si él dijera. Esos hombres trasmitían el mensaje, tal como lo habían recibido y la gente sabía que eran gente de una sola pieza. Él tenía un contacto permanente a través de emisarios, a través de correspondencia. Y el hombre de Famaillá, que recibía una carta de Yrigoyen o un mensaje personal, se sentía orgulloso y además todo Famaillá, sabía que Yrigoyen le había remitido un mensaje, se jerarquizaba él también.

¿Y cuándo escribía?... Ayer estaba leyendo justamente un telegrama que le mandó a Alvear.

Debían ser cosas muy cortas. Bueno, el telegrama que le mandó a Alvear está en el idioma de él, pero es bastante claro: "sumérjase en las aguas profundas", ¿eh?, eso en política internacional.

Es claro, pero realmente, podía haber dicho más.

Bueno, él decía, por ejemplo –eso se lo he oído yo, que no he hablado mucho con Yrigoyen– que la redundancia es necesaria en política, que hay que insistir sobre el mismo tema, tal vez porque no tenía prensa. Él había creado un lenguaje y los creyentes lo creían. Era, un poco, una religión política. Él le había dado un aspecto místico a la política, de ilusión: "la causa" contra "el régimen". "La causa" era la patria, era el país, era el pueblo; "la causa", eran todos los que no tenían expresión en "el régimen", el cual era una cosa sucia y turbia, de negociantes que administraban y manejaban una empresa. Había dado esas dos imágenes: el régimen era una empresa, el "régimen" era "falaz y descreído", el país como empresa, la causa del país falso. El otro día me decía un amigo que hay que "crear mitos para que la gente pelee". No se puede hacer pelear a la gente por las instituciones abstractas. Por ejemplo, ¿quién se va a hacer matar por el sistema métrico decimal? Bueno, lógicamente, eso es cierto, había creado el mito además y había recogido todas las revanchas del país, toda la gente que tenía revancha y entonces, usted sabe que "la causa" más que como es, es como uno se la imagina. Un caudillo, también, no es como es, sino como uno se lo imagina y creo, además, que el fenómeno "caudillismo", en nuestro país, es el producto de la existencia de esa super-estructura cultural que impide formar élites sustitutivas. Entonces, la multitud, que no se siente representada por élites directivas, no tiene otro camino que hacerse representar por caudillos. Ahora mismo, en el país falta eso, lo esencial. Fíjese: el ejército ocupó el poder, porque en realidad había una vacancia total de dirección, pero resulta que él está más vacante todavía. Lo que pasa que todo el aparato no ha dejado formar comandos de reemplazo, tiene que haber, pero no los hay. Entonces, hay un país nuevo que no tiene expresión, no tiene grupo dirigente.

¿En qué año se acercó usted a Yrigoyen?

Cuando fui a Entre Ríos, a esa campaña electoral, en el año 26.

¿Y cuándo ingresó al radicalismo como militante?

En esa época, entre el 25 y el 26, ya producida la división con los antipersonalistas.

¿Yrigoyen alguna vez le dio alguna explicación de por qué lo eligió a Alvear para sucederlo?

No, y yo he hablado bastantes veces con él, después de la revolución del 30. Eso, por ejemplo, que le conté, lo que me dijo de los oficiales del ejército, lo hablé muchas veces. Yo lo vi morir a Yrigoyen. Estábamos en un pasillo las pocas gentes que estábamos. La habitación donde él murió tenía una puerta que daba al pasillo y tenía unas cortinas y desde adentro, de vez en cuando, corrían la cortina para que viéramos la agonía. Y adentro estaba Isabelita, la niña Elena, el padre

Cuello, no sé si Elpidio González, y afuera los que estábamos en la casa. ¿Qué me preguntaba usted?

Si alguna vez le explicó por qué lo eligió a Alvear para sucesor.

No. No creo que se lo haya explicado a nadie. He conjeturado que lo eligió a Alvear porque necesitaba un gobernante que ajustara resortes administrativos y negara cosas que él no había podido negar; con el que podía llegar a estar enfrentado, pero que nunca haría fraude, ni ninguna de esas cosas porque era demasiado radical y demasiado caballero para hacerlas.

A Alvear le perturbaba el francesismo. Le voy a contar una anécdota graciosa. Nosotros hacíamos la "continuidad jurídica" en 1931 teníamos nuestra "continuidad jurídica" y estaba Ramírez García, el juez que acaba de morir hace poco, Homero Manzi, Garbellini, que después se quedó con el Comité Nacional y se hizo alvearista y habíamos ido un día al Hotel City, donde paraba Alvear y había un mozo, que era amigo nuestro, muy buena persona, un mozo que se llamaba Argerich Lahitte, cargado con dos apellidos, usaba bastón y cigarro y fumaba siempre cigarro de hoja. Buena persona, pero tenía esa debilidad de contacto con los personajes y entonces se pasaba el día en el City, en el hall y cada delegación que entraba, él entraba con la delegación; si venían diez delegaciones o quince, él lo veía a Alvear, diez o quince veces por día. Bueno, cuando entramos nosotros, también Argerich, se vino con nosotros y al ratito empezamos a discutir con Alvear y Alvear empezó a carajear, porque era muy carajeador y nosotros también, se armó una gran batahola. Entonces Argerich, se subió a una silla, agita el bastón y dice: "Doctor, yo no vine con ellos". Y Alvear le contesta: "Ya sé, boludo, vos entrás con todos los que vienen acá".

¿Usted vivió de cerca la campaña del 28?

Sí, actué en esa campaña... En esas campañas se aprende mucho. En uno de mis libros recojo esta anécdota que viví en Santiago del Estero, con motivo de las elecciones. "Era pleno verano... Al llegar a La Banda, descendió del tren el coronel De la Zerda, candidato a gobernador por los radicales antipersonalistas en Santiago del Estero. En el andén, una pequeña banda de música, disparos de bombas y el desganado y breve discurso de bienvenida. Después, vi salir de la estación al pequeño grupo de partidarios que se alargó en la calle en fila india, pegado a las paredes del norte, como si caminara por el hilo dentado de su sombra que mellaba la vertical solar. En el andén, levemente sombreado, quedamos solos el jefe de la estación y yo. El correspondiente perro pila había vuelto a estirarse bajo el banco, agotado por el esfuerzo de husmearme y en la punta lejana del andén, el auxiliar cachaciento entregaba el aro al maquinista.

—¿Puede ganar el coronel éste? –le pregunté al jefe.

—Vea, señor –me contestó después de una pausa–. Prestigio no tiene mucho y menos, su partido. Pero el hombre es muy trabajador. –Y para ratificarlo, después de tomarse un tiempo, agregó ponderativamente–: ¡Figúrese que no duerme la siesta!

Quedamos en silencio los dos. El santiagueño, absorto ante el fenómeno que acababa de señalar. Yo, rumiando la comprobación sociológica que acababa de hacer: la siesta como expresión del arrastre 'bárbaro' de las tradiciones hispanoamericanas y lo que podía significar aquel hombre símbolo, cuando, llegado al gobierno, la desterrara de las costumbres y ganando horas al tiempo colocara a Santiago del Estero en la ruta de la civilización europea. Pergeñaba 'in mente' un ensayo como para las columnas de *La Nación*, *La Prensa* o *La Vanguardia*, cuando, en el momento de volverme en dirección al tren, oí que el santiagueño –y ya se sabe que el paisano tiene dos tiempos– completaba su pensamiento: –La verdad, señor, es que no sé qué gana con estar despierto, porque, ¡como los demás estamos durmiendo...!

La dinámica del coronel De la Zerda me había perturbado hasta olvidarme del sol, de la temperatura y de las demás condiciones naturales que rigen la dinámica santiagueña. Tomaba como buen ejemplo el malo, el que no servía para el caso, pues las leyes del caso están dadas por la naturaleza, a la que no se puede escapar, ni aquí, ni en la India... Inútil decir que el coronel De la Zerda perdió la elección. Y lo que es más importante: las siestas.

Después, supe que Winston Churchill dormía la siesta. Adquirió la costumbre en Cuba, en su mocedad. Y puede ser que entonces los tilingos comiencen a ponderar sus excelencias."

¿Dónde más actuó en el interior?

Actué –en la campaña del 28– en los comicios de Santa Fe, en General López y en los comicios de Tucumán.

En vísperas de las elecciones del 28, ¿qué dirigentes importantes habían quedado con Yrigoyen?

Bueno, importantes así de fama, no había, porque la fama la hacen los grandes diarios.

Es decir, todos los nombres de fama estaban... del otro lado.

Claro, porque los diarios hacen las grandes famas. Por ejemplo, yo he contado, en algún libro mío, el caso de Ramón Gómez, que era un dirigente santiagueño, que fue ministro del Interior de Yrigoyen. Gómez era un poco fluctuante, de repente estaba con los antipersonalistas, de repente con Yrigoyen; cuando estaba con los antipersonalistas, era "el Dr. Ramón Gómez"; cuando estaba con Yrigoyen, era el "tuerto Gómez"; porque era tuerto (era el padre del pintor, de Gómez Gornet). Pero es así, a los que estaban con Yrigoyen los diarios les creaban una imagen. Mire, cuando la revolución del 30, yo estaba convencido que la representación parlamentaria radical había sido un desastre y tuve que revisar los diarios de sesiones de los dos últimos años y leerlos y era buena la representación radical. El cronista de la información parlamentaria, a los radicales los publicaba cuando estaban mal y a los otros, los publicaba cuando estaban bien, entonces un energúmeno como Porto, aparecía como un pensador y Giuffra, que era un jurista serio, aparecía como una bestia. Eso lo hacen siempre, ¿comprende? El cronista parlamentario le construye su figura al diputado.

Entre la Universidad y el Comité

En esa época –1928–, ¿la juventud universitaria era yrigoyenista?

Vea, eso es una cosa de la que conviene hablar. La actitud de la juventud universitaria guarda mucho paralelismo con lo que fue "el fubismo". La juventud universitaria fue anti-yrigoyenista, en general, empezando por los dirigentes reformistas. La Reforma fue más por Yrigoyen y su ministro Salinas que por los dirigentes estudiantiles. En realidad, Yrigoyen y Salinas vieron, aparte de los enunciados doctrinarios de los reformistas, la ocasión de asestar un golpe al prestigio intelectual de la oligarquía, al aparato organizado en la Universidad. Y en el impulso renovador, que venía de los jóvenes, encontraron el medio, pero la verdad es que ningún acto de la reforma se hizo, sobre todo los hechos de violencia, sin previa consulta al gobierno. En esta consulta actuaban los hombres vinculados al radicalismo, como Pablo Brilo, un dirigente muerto prematuramente, Diego Luis Molinari, Silvio Bonardi, Guillermo Watson y Gabriel Del Mazo. Pero la mayoría de los dirigentes estudiantiles tenían esa característica, sobre la que he insistido constantemente al hablar de la inteligencia argentina. Se nutrían de una literatura de importación más que de la observación de la realidad. No comprendían los movimientos populistas. Históricamente eran unitarios y además, y esto es fundamental, los instrumentos que hacían el prestigio estaban en manos de los liberales. Y los liberales –curiosamente, sigue siendo ahora igual– no les tienen miedo a los terribles revolucionarios, sino a los partidos populistas. Nunca le tuvieron miedo al declamante bíblico Martínez Estrada, ni tampoco a Luis Franco, a condición de que condenen a Rosas, a Yrigoyen y después a Perón, es decir a los movimientos populistas, que son los que pueden quemar *La Prensa* y que si no hacen más es porque no tienen clara inteligencia de otros incendios que tendrían que hacer.

Usted está viendo ahora, en este momento, los diarios que le dieron tanta difusión hasta a los cheques sin fondo de este infeliz de Uriburu, ¿cómo han explicado este asunto de un Sr. Francisco

Manrique, con una quiebra que perjudica al Banco Nación en 300 millones de pesos? Concursa y es deudor, no sólo de los aportes del "Correo de la Tarde" a la Caja de Jubilaciones, sino de los aportes descontados al personal. Algunos dicen ahora que ha pagado, bueno, ¿qué dicen los diarios?, ¿con qué recursos ha pagado? y entonces uno tiene que asociar, aparte de los intereses generales, la enorme masa de publicidad distribuida por el señor Manrique, con el pretexto de enterar a los jubilados de sus jubilaciones. Afirmo que lo que se ha pagado a los diarios es mucho más que lo que ha pagado Manrique y usted puede ir a ver la colección de los diarios y va a ver los avisos, avisos que caben en un cuarto de página, llevan 10 y 15 páginas (para cada nombre, dos centímetros de columna, cuando en cada centímetro de columna, caben 10 nombres). Por otra parte, como las Cajas tienen los domicilios de sus derecho-habientes no se justifica hacer publicidad periodística y esta publicidad se ha hecho en todos los diarios, grandes y chicos, de la Capital y del interior, en la radio, en la televisión... Es decir, hay prensa mala y prensa buena. No hay que olvidar que Yrigoyen tuvo prensa mala, como Perón. Y ahora también es evidente que Lanusse tiene mejor prensa que el anterior. Ahora, si usted vincula eso a los intereses en juego alrededor del gobierno, entonces los reformistas universitarios se afiliaban a los partidos anti-radicales, y además hacían las mismas bromas o los mismos chistes de *La Mañana* o de *La Fronda*. Los chismes y chistes de la oligarquía eran coreados por los izquierdistas. En esa materia, sólo conocí a un hombre, de izquierda y dirigente estudiantil que era discreto y reservado: Saúl Taborda. Taborda fue posiblemente el intelecto más auténtico que tuvo la Reforma Universitaria y oscurecido por lo mismo, nunca tuvo prensa... Así se explica este fenómeno que se repite después, en el 55, de que los dirigentes estudiantiles están juntos en las fuerzas conservadoras, en la revolución de setiembre.

¡Los reformistas! Le aporto nombres: Julio Noble, demócrata progresista; Roberto Noble y Julio González, socialistas; Deodoro Roca, sin actuación política. Y Palacios, desde luego. Palacios está en la revolución de setiembre, con reservas, pero en esto de la revolución, la reserva no vale.

Cuando empezamos con este tema, usted me mencionó un grupo de yrigoyenistas universitarios.

Bueno, sí era un grupo, pero ninguno tenía nombre ni prestigio, precisamente porque no tenían prensa. Ahora, ese grupo era el grupo

más combativo, eso sí, cuando venían los garrotazos y los palos, allá nosotros, y cuando los reformistas necesitaban apoyo del gobierno, nosotros. Y de hacer comentarios, ellos.

¿Usted entró al radicalismo a través de este grupo universitario?

No, no, yo entré al radicalismo solo. Empecé a actuar en la sección 10ª, dentro del yrigoyenismo, en una fracción opuesta a la de Savarese. La sección 10ª, esa que está detrás del Congreso... Pero, en realidad, mi actuación anduvo más cerca de los hombres que habían actuado en los comicios previos a la elección presidencial; gente del Comité Nacional, cerca de Torello y de Borzani, gente que manejaba el Comité Nacional.

Usted me empezó a decir que actuó en el año 1926, en las elecciones de Entre Ríos.

Sí, fueron unos comicios tranquilos. Después estuve, a fines del 27, en la elección de Tucumán, donde fue elegido Sorteis y después en la de Salta, que fue una elección brava y de ahí vine a la de Santa Fe, ya en la elección presidencial, o de gobernador, una donde hubo muchos muertos, donde murió el capitán Laurenz. A mí me tocó dirigir la elección en el sur, en el departamento General López, en Diego de Alvear, San Gregorio, Teodolina, Castellanos, en todos los campos que habían sido de Emilio de Alvear, creo que llegaron a ser 200 mil hectáreas, y en esos campos están todos esos pueblos que yo nombré.

¿Esa zona era antipersonalista o demócrata progresista?

Bueno, el departamento de General López, no. El partido Demócrata ya está muy caído para esa época. En General López predominaban los antipersonalistas. Gravitaban los amigos de Cepeda, ah, y el dirigente antipersonalista era Alcidez López, que actuaba en Venado Tuerto. En esa zona donde yo actué los comicios se hicieron pacíficamente.

Ahora, la elección esa del 28, es una de las más curiosas de la historia, por lo menos bastante sorpresivo el resultado, es decir, ¿ustedes esperaban que iban a ganar...?

Seguros, totalmente seguros.

¿Y quiénes eran los hombres que trabajaban con Yrigoyen, los de la Capital Federal, que iban a ayudar al interior?

Podría citarle a Borzani, Mario Cima, Ismael Viñas, Mario Jurado.

Le preguntaba esto porque habitualmente se dice que en esa elección hizo sus primeras armas un grupo de jóvenes radicales. Usted, por ejemplo.

Sí, en realidad fue una nueva promoción radical, porque la promoción juvenil anterior era de 1912, que ya había cumplido gran parte de su ciclo. Por otra parte, hubo un movimiento, un desplazamiento. Hubo en aquella época también aquel movimiento de intelectuales por el radicalismo, pro-candidatura de Yrigoyen, que lo encabezaba Enrique Larreta.

Estaba Borges, ahí.

Estaba Borges. También estaba Ernesto Laclau. Ernesto Laclau era un hombre bastante interesante y que prometía mucho, pero se casó y derivó hacia la vida privada. Ahora, fíjese esta fotografía, yo no puedo saber la fecha. Es una comida en el "Jousten". Se ve por la decoración, pero aquí hay una cantidad de personas cuya presencia no se explica, por ejemplo, Félix Ramírez García, sino por una razón radical, pero casi todos son literatos, éste es Petit de Murat, éste es Córdova Iturburu, se me ocurre que éste es Pondal Ríos. ¿usted no recuerda la cara de Pondal Ríos?

No.

Éste Marcos Victoria, podría ser; éste es Borges, acá estoy yo, éste es Hugo McDoughal; Macías, que es un argumentista de cine; éste es el chupamedias de Borges, ¿cómo se llama?, el analfabeto ése, pavote, ¿cómo se llama?... Peyrou; este rusito no sé quién es, éste se llama Rafael González, éste es radical también. Por eso, hay algunas personas cuya presencia no me explico, desde el punto de vista literario y yo, además, no iba nunca a comidas como ésta. Yo tenía, en general, repugnancia a esos ambientes de mariconería, de intriga.

Ahora, de todos modos, es bastante interesante de que, por lo menos, en ese momento haya surgido un movimiento intelectual pro-Yrigoyen, ¿no?

Sí, sí, eso lo va a encontrar en los archivos de *La Nación*, o si no, seguramente el que le puede informar bien, lo debe tener fresco, es Laclau, porque ese fue el momento de su apogeo y después de la revolución del 30, en que actuó bastante intensamente.

Dentro del radicalismo, yo lo he visto aparecer bastante, en convenciones.

Sí, durante tres años y después se alejó. En realidad, nosotros nos nucleamos alrededor de él, en general. Pero de todos modos, aunque usted lo considera un grupo intelectual, era un grupo de atorrantes, porque los intelectuales nos miraban con desprecio. Le voy a contar una anécdota. En la época de la candidatura de Frondizi, estábamos comiendo en un restaurante. Y bueno, no sé, me tocó a mí hablar y hablé. Estaba Frigerio en la mesa, me parece que Frondizi, era en el restaurante "La Emiliana". Después, los otros comensales me contaron que cuando salí, un periodista, que era amigo mío, dice: "Pero, Jauretche había sido inteligente". Y los otros miraron y le dijeron: "Pero, ¿y cómo? ¿no sabés?" "Yo creí que era una bestia, como era radical".

¿Comprende? La arquitectura mental de esa inteligencia que no entiende el país: lo consideran bruto a todo tipo que entiende al país. Cualquier tipo, con un quilombo en la cabeza, como David Viñas o qué se yo, se cree un gran ordenador mental, frente a un tipo que dice cosas simples y primarias, que son las que hay que saber. Confunden erudición con inteligencia; y capacidad de recordar, con capacidad de pensar. Pero, además, se mueven dentro del consenso general de esa inteligencia. Yo creo que José Hernández ha sido mirado así hasta hace pocos años, hasta que lo empezaron a descubrir, los de la inteligencia. En esta correspondencia con Victoria Ocampo, por ejemplo, ella me dice que recién se ha enterado de que Hernández es pariente de ella, cuando todos sabíamos que Hernández era de la familia Pueyrredón. Se ha enterado recién, porque seguramente recién lo ha tomado en cuenta a Hernández como escritor argentino. Lo mismo ocurre con Mármol, que era un mamarracho... ¡y esa increíble historia de la literatura de Ricardo Rojas! Nosotros tenemos muy poca literatura y muy buena, alguna; tenemos a Sarmiento y yo soy anti-sarmientista, pero Sarmiento es un prosista con toda la barba.

Pero Ricardo Rojas era radical.

Bueno, Rojas es un tipo que ha andado a remolque. La vida de Rojas es... Mire, yo resumiría el drama de Rojas. Es el drama del intelectual argentino: tiene que entregarse. Rojas escribió *La restauración nacionalista* y *Blasón de plata* que son sus mejores libros, con sentido nacional.

Y "El radicalismo de mañana".

Sí, pero ese está lleno de concesiones. Con *La restauración nacionalista*, Rojas, lo poco que había ascendido en la prensa, se fue a la mierda. Desapareció, tuvo que hacer méritos y entonces vino la *Historia de la literatura*, *El santo de la espada* y la fuga hacia el quichuismo.

Pero él, en el radicalismo, se jugó bastante.

Sí, sí, pero no entró a las cosas de fondo, nunca, en su tema, que era lo importante, porque Rojas como político, no interesa. Rojas interesa en el fenómeno de la cultura. Eso él lo vio en *La restauración nacionalista*, pero le dieron con todo, le cerraron, simplemente, lo silenciaron... Vea el asunto del premio Nobel a Houssay; Houssay no lo descubrió. El que lo descubrió fue Alfredo Biassotti. ¿Usted conoce cómo es la historia? Pero Houssay es el sabio que se presta para repetir si el petróleo sirve, si debe estar monopolizado, si debe ser libre. Ellos opinan y entonces, el aparato forma una cortina de grandes cerebros, astrólogos, astrónomos, que afirman lo que el aparato quiere; los manifiestos que ellos quieren; las declaraciones, es decir, que pertenecen a ellos. Y también aceptan de la izquierda, siempre que sea de esa izquierda abstracta que no se vincula al país real.

El objeto es eludir el análisis histórico real. El que habla de lo que es el mitrismo, termina siendo un escritor desconocido y deja de escribir. Porque el problema es esta tiranía del aparato de la cultura. No estriba sólo en que agrandó a uno y agrandó a otro, no, a los que frustró, eso interesa. Porque puede haber un terco como Jauretche, que a los 70 años sigue machacando, muy bien, pero la mayoría abandonó; la mayoría abandona, empieza a tener hijos, tiene que darle de comer a la mujer, se deprime, se desmoraliza. Quedan unos porfiados, como Scalabrini: Scalabrini estaba arriba, se puso en la posición nacional y se vino abajo y ya no tuvo más prensa y lo mismo les pasó a los Irazusta. A veces agarran a alguno, como lo han agarrado a un Irazusta y lo meten en la Academia, porque Irazusta se lleva bien y por eso lo meten en la Academia y se va a poner al mismo nivel, no digo de 4 ó 5 historiadores relativamente aceptables que hay en la Academia, pero hay una manga de Rebollos Paz que da miedo, cosa increíble.

Bueno, volviendo un poco al tema, el punto siguiente que me gustaría ver es la segunda presidencia de Yrigoyen. Usted sabe que hay dos versiones: la versión radical, según la cual Yrigoyen realizó un gobierno nacionalista avanzado y que por eso lo echaron y la versión contraria.

Bueno, yo creo que Yrigoyen, en el segundo gobierno, centró su política en el asunto del petróleo, pero Yrigoyen al llegar al gobierno en 1916, firmó su sentencia de muerte, porque debió haber liquidado todos los poderes. Nunca tuvo Senado. Por primera vez, iba a tener mayoría en el Senado en 1930, entrando los dos senadores de San Juan y de Mendoza, con cuatro senadores, para sancionar la ley del petróleo. La elección –fraudulenta es cierto– era el 7 de setiembre. La revolución fue el 6, creo que las fechas lo están diciendo todo. En momentos que iba a tener mayoría para sancionar la ley del monopolio del petróleo por el Estado, estalló el golpe. Puede ser una coincidencia, yo no quiero decir que el general Uriburu estuviera en el asunto, no, no actúan así las fuerzas imperiales. Las fuerzas apoyan, apoyan los diarios, vienen los generosos, los donantes de dinero. Yo me acuerdo cuando me movía en un anti-imperialismo, sin definición y sin haber estudiado la realidad argentina, como aprendí después, me movía en el anti-imperialismo anti-yanqui y del inglés no sabíamos nada. El inglés nos controlaba todo el país y los yanquis, en esa época vendían unos automóviles Ford, era toda la penetración yanqui en la Argentina. El país era completamente de los ingleses. Sin embargo, yo actuaba en la Alianza Continental, presidida por Arturo Orzábal Quintana y en la Unión Latinoamericana, presidida por Palacios. Hacíamos conferencias y teníamos dinero y prensa. Nos publicaban todo y había generosos ciudadanos que traían dinero y lo daban al movimiento y nosotros nos ocupábamos, entonces nos apasionaba lo que pasaba en el Caribe, por Sandino pero de los ingleses no hablábamos en absoluto, es decir que Inglaterra utilizaba el anti-imperialismo yanqui para impedir la entrada a sus posibles rivales. Pero cuando descubrimos las verdaderas raíces de quien gobernaba el país, nos llamaron "nazis". El descubrimiento se lo debemos a Scalabrini Ortiz. Aunque hubo otros, Scalabrini sistematizó las bases de un nacionalismo fundado en la realidad económica y no en la imitación de los primos pobres de la oligarquía, que buscaban cualquier sistema, desde el español al alemán, para restaurar una especie de sociedad en la que ellos iban a empacar y pasaban unos gauchos con aperos de plata y decían –adiós patroncito–, adiós m'hijo. Nosotros estábamos en otra cosa, y el radicalismo estaba en otra cosa.

Ahora, ¿usted estuvo cerca de Yrigoyen, esos dos años...?

No, yo estuve en la intervención en Mendoza, y después volví para dar exámenes y vino una huelga, en la facultad.

La intervención a Mendoza, ¿es ésa donde estuvo Balbín también?

Sí, también. Pero yo era un empleado secundario. Fui secretario del Consejo de Irrigación y al final, fui secretario de la División Industrias, que ya era más importante. Pero antes de terminar mi gestión vine aquí a dar exámenes y me topé con una huelga y me tocó estar en la dirección. De modo que cuando se produce la revolución

del año 30, una de las primeras medidas es suspenderme por dos años, con otros, de la Facultad de Derecho, así que tuve otra suspensión. Nosotros tomamos la Facultad, la asaltamos, echamos a Ramos que era el decano y lo nombramos decano, no me acuerdo si a un consejero estudiantil, creo que Emilio Viaro o Julito González. En esa época yo era un tipo que trabajaba en una changa 24 horas y después estudiaba 2 horas y daba examen, no cuando estaba preparado, sino cuando tenía plata para pagar los aranceles. En fin, una carrera livianita, como es la de Derecho, la fui dando a saltos de mata. Dormía noche por medio. Siempre he sido muy exigente en la cama y en el baño y es claro, dada mi escasez de recursos, no podía tener esas exigencias en las pensiones. Entonces me inventé eso de dormir noche por medio. Había un hotelito para hombres solos que debe estar todavía, se llamaba "La Oriental", en la calle Bartolomé Mitre; las piezas eran chicas, limpitas, buenas toallas, buen baño; entonces yo iba a acostarme a las 8 de la noche y me levantaba al día siguiente a las 12, porque la noche siguiente no dormía. A las 12, me levantaba, me desayunaba y hacía una cena fuerte a medianoche. Y estudiaba toda la noche, en una lechería de esas que uno se puede quedar gracias a un café con leche. Iba a la Facultad, primero a la biblioteca, después estudiaba, me pasaba por alguna pensión de amigos estudiantes y me recostaba en la cama de alguno de ellos, así, vestido, echaba una siestita de una hora. Y así había pasado, salteado un día y volvía a La Oriental y hacía así y era un régimen que andaba bastante bien. Y la cama costaba $ 3. Pero claro, a veces se me cansaba el cuerpo, entonces fue cuando viajé a Mendoza, por una temporada.

Yo le pregunté esto de si había estado en política, porque hay un episodio bastante importante, que es el triunfo del partido socialista independiente, en el año 30.

Claro, eso es del 30. Y bueno, sobre el desprestigio de Yrigoyen y sobre las campañas de las fuerzas conservadoras, mucha gente votó por el socialismo.

Claro, pero en algunos lugares, he visto también que se acusa a los dirigentes parroquiales de la Capital.

No, no, eso es injusto. Lo que pasa es que la gente no llevaba el apunte. Además, a medida que crecía el padrón de Buenos Aires, desde el punto de vista de la política externa del partido, poco representaban los dirigentes parroquiales. Los dirigentes parroquiales representan una fuerza para el orden interno, para ganar las elecciones internas; en el orden externo, la gente vota por quien se le da la gana y se afilia, a veces por sus compromisos, o a veces una parte de los afiliados somos realmente partidarios. Sobre todo, cuando las afiliaciones son masivas, como en el radicalismo.

No, no, lo que pasa es que hubo una campaña de desprestigio y es posible que Yrigoyen estuviera viejo, que hubiera excesiva lentitud, en el despacho administrativo. Vea, el otro día me parece que le dije, que bastaba en la provincia de Buenos Aires con hacer la estadística electoral de los distritos, para percibir cómo, en la hora de la marea radical, los distritos típicamente ganaderos que por una casualidad son los que se llaman los "coroneles" y "generales", se mantienen conservadores. Y cómo en la hora de la marea peronista, los distritos que eran radicales se hacen peronistas y los que eran conservadores, se hacen radicales.

En la capital ocurre lo mismo. Hay una parroquia que sirve de clave: Flores. Los radicales la llamaban "la quinta de fierro". Es la parroquia radical por excelencia. Pero cuando empiezan las campañas de información y a desprestigiarse el radicalismo, Flores se hace demócrata progresista y también socialista independiente y a veces socialista. Porque a medida que la pequeña burguesía y la clase media se distancian del yrigoyenismo, vuelca sus votos, indistintamente, hacia el socialismo o hacia otros, aunque le gusta más el socialismo. Lo mismo ocurre en la 20ª, el socialismo crece vertiginosamente en la 20ª cada vez que tiene que enfrentar al radicalismo, pero es porque los conservadores lo votan.

¿Cuál es la 20ª?

El Socorro, la del norte. Yo recuerdo siempre un cartel socialista que leí una vez y que decía: "En esta parroquia contrasta el lujoso palacio con el mísero conventillo". Bueno, hay un momento en que el palacio y el conventillo se juntan, pero es mentira que los socialistas vivían en conventillos. Los socialistas eran artesanos y gente más o menos acomodada. Es decir si usted toma la tonalidad social de una sección, va viendo cómo, a medida que la prensa va desprestigiando al yrigoyenismo, disminuye en una sección y en cambio aumenta en las secciones obreras. Por ejemplo, la 2ª, que era una sección típicamente socialista, en la 3ª, en la 4ª (la 1ª no, en la 1ª siempre hubo mucho radical, pero es otra cosa, la tradición criollista, la 1ª tenía toda esa zona de Mataderos, es otro factor). Bueno, la 15ª, es tan grande que hay que desmembrarla por barrios. Tiene por ejemplo, en la 15ª,

una zona netamente de la izquierda, la zona de Villa Real. Yo creo que el partido Comunista, en su época buena, pudo ganar elecciones si se hubiera reducido a Villa Real. Los socialistas tenían en Villa Crespo la sección judía. Los radicales, en la sección lindando con Palermo, Villa Ortúzar, la confusión social, casi le da a usted los predominios.

Me llama la atención el dominio del mapa de las circunscripciones, yo no lo conozco.

Ah, yo lo conozco totalmente. Bueno, le voy a explicar. Tengo mucha memoria topográfica. Yo conozco todo el país, hasta el punto de que cuando fui presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires, el tasador me miraba con los ojos así, porque él decía, tal campo, y yo decía, es así, es así, es así. Casi lo diría, no porque los haya visto, la capacidad de asociación que tengo… Tengo esa aptitud geográfica: a los seis días de estar en Londres me manejaba –no diré como en Buenos Aires– pero me manejaba muy bien; en París lo mismo; a mí me desorientan un poco las ciudades-puertos y las ciudades-valles, porque no tienen regularidad, pero pudiendo mentalmente trazarle una ordenada y una co-ordenada… Por ejemplo en París, trazo desde el Sena y la avenida de la Opera y la continúo y ya está. Londres lo mismo, con el Támesis, y desde la columna de Nelson hasta Oxford Street y después la continuación sur, ya la tengo.

Ahora, aparte de eso, un dirigente político de la Capital, debe conocerla así, en la punta de los dedos.

Sí, debe conocer totalmente. Yo no he sido dirigente, más que ocasionalmente pero conozco estas cosas. Sí, la 1ª ¿barrios obreros? Macanas. La 1ª tiene barrios que no son obreros. Una cosa es la 1ª de Vélez Sársfield, que es una primera de clase media; otra, es la primera de Liniers, también clase media, comerciantes; otra es Mataderos; otra las Lomas de Sacarelo, otra es Villa Lugano; son cosas completamente distintas. Y la 15ª más, porque la 15ª tiene Villa Urquiza, clase media; Villa Pueyrredón, mitad y mitad con obreros, porque están las grandes fábricas de tejido que después entraron hacia la provincia, está la Grafa, por lo pronto; Villa Real, ahí donde están la cárcel de Villa Devoto, es un barrio obrero, donde viven muchos comunistas, mucha gente de izquierda.

¿Los caudillos parroquiales son caudillos de toda la circunscripción, es decir, manejan todo?

Sí, pero tienen sus caudillos y es todo un engranaje hecho en muchos años de trabajo. Después hay muchas adulteraciones, por

ejemplo, las adulteraciones de las parroquias chicas. Se adulteraban, se hacían pases, entonces se traían votantes de otras parroquias y se hacía mayoría. Al fin, terminó en una técnica de manejo de las direcciones internas. Puede ocurrir lo mismo que entre los militares y los gobiernos de fraude, de exclusión. Primero, los caudillos eran modestos y elegían a los doctores, los doctores, una vez que eran diputados, se olvidaban de que los caudillos tienen compromisos y los trataban en menos. Entonces los caudillos se vieron obligados a ir, algunos de ellos, a la diputación y después, fueron todos, prescindieron de los doctores. Igual que los militares, que primero ponían testaferros, ponían políticos y después decían: ¿vamos a hacer el fraude para ellos? Vamos a quedarnos nosotros. Un poco eso es lo que pasaba en los partidos, con los caudillos, porque el caudillo es un hombre que trabaja brutalmente, una vez descubrí lo que es un caudillo de parroquia.

Me gustaría conversar un poquito sobre eso; es decir, cuál es la base del caudillo de parroquia.

La simpatía, desde luego, porque si no se tiene eso que llaman carisma desde luego no va. La simpatía, la autoridad, la palabra es una cosa personal, el prestigio personal y el servicio personal. El hombre que más ha representado ese tipo, el más representativo, ha sido Barceló. Ahora, Barceló puso al servicio de esa instrumentación, todo un sistema de corrupción en el gobierno, por el cual él disponía de influencia en los bancos, en los frigoríficos, para colocar personal; en los tranvías para colocar personal; en los teléfonos. Entonces, toda cosa que dependía del favor, tenía que pasar por él o su comando.

Bueno, el caudillo de barrio… Supóngase que yo soy caudillo aquí, de esta parroquia, bueno, durante esta conversación que hemos tenido, ya habrían llegado 15 personas a pedir cosas. Uno que viene a decirme: ¿Y Dr., ese empleíto? –Mirá, hablé con fulano, pero va a haber que hablar la semana que viene… Mentirle o decirle la verdad al tipo, pero uno tiene que tenerlo presente y además saber cómo se llama, porque eso es lo que no se perdona, ignorar a la persona. (Después le voy a contar una anécdota, con Pueyrredón). Y Fulano, ¿a vos qué te pasa? Y dice: –Tengo mi mujer enferma, qué sé yo. –¿Y qué tiene? –Y dicen que hay que operarla y yo no sé Dr., yo no quiero que me la opere cualquiera… Agarro el teléfono: –Ah, Hospital tal, che, tengo una mujer que tiene esto y esto, ¿hay cama ahí? –No, no hay. –Bueno, hay que conseguirle una cama… –¿Y quién me la puede operar? Fulano, yo te lo voy a hablar. Bueno, mandala a tal hospital,

hablalo a Fulano. –Fíjese Dr. la receta que me han dado, tengo que comprarlo, ¿vale mucho? –Bueno, esperá… Busco en unos armarios llenos de muestras gratis, de esas que los médicos del barrio me dan a mí.

Ah, los médicos se las pasan al caudillo.

Los médicos, amigos del caudillo, yo los "mangueo". A los primeros que "mangueo". Tengo un amigo médico y me tiene que mandar todas las muestras gratis. Y yo tengo ahí las muestras gratis. Y suena el teléfono: –Fulano, ¿Juancito está desde antenoche en la comisaría 15ª y no se le puede hablar, no dan pelota, dicen que lo van a meter adentro. –Bueno, ¿está Fulano? –No está, bueno. –Habla Sancerni, ¿qué pasa con Fulano? –Y está aquí, Dr. por orden del Juez, no sé, es que es medio retobado. –Sí, me han dicho que lo han metido al calabozo y que lo han incomunicado. –¿Por qué no lo han dejado hablar por teléfono? Bueno, che, hay que arreglarlo a ese muchacho, ¡déjense de joder! ¿Cuándo?, a las 6 de la tarde. Bueno, a las 6 lo van a soltar…

No es vida eso, vea, es la peor maldición que le puedo mandar a un tipo y esto lo digo ahora, pero a las 3 de la mañana, lo mismo y a las cuatro de la mañana lo mismo. El tipo que viene por el médico; el tipo que quiere la cama en el hospital; el tipo que cayó preso; el tipo que hizo un desfalco. Porque lógicamente, ante la ley seremos todos iguales, pero en la comisaría, no. Si yo caigo en la comisaría y quiero hablar por teléfono, me dejan; pero si yo voy de alpargatas, me dicen: –¿Teléfono? Andate a la mierda, metete adentro. ¿Es así o no es así? Es lo que Evita quiso hacer, comprende, reemplazar a todos los caudillos con un aparato, y ese aparato a Evita le funcionó bastante bien, porque a ella le tenían miedo, le tenían un miedo bárbaro. Y ella era una trabajadora infatigable que estaba todo el día encima.

Claro, pero además ella no delegaba.

Pero si usted delega en el aparato burocrático, se va a la mierda. Bueno, lo de Evita era así, vea, yo le voy a contar una cosa. Una mañana, entro al despacho de Evita (Evita a mí no me quería; en general, no quería a los intelectuales, a los que ella consideraba "cráneos". Tenía razón en no darle confianza a "los bochos", tenía razón, los intelectuales, lo han demostrado), y me quedo en el pasillo… Había mujeres con hijos cargados, embarazadas con hijos en brazos, sucias, enfermas, en fin, todo ahí, 30-40 sentadas, y ella atendiéndolas una por una, una por una. Ella operaba así, fulana venía y planteaba su

problema: marido borracho, quiere una máquina de coser para poder coser para fulano; entonces ella hacía el papelito y se lo daba a un tipo, éste salía y antes de que ella terminara ya tenía que venir el tipo, con la constatación de si era cierto o no era cierto; entonces Evita, se despedía de la mujer y la besaba en la boca, y le decía: –Pasado mañana va a tener solucionado su problema o fulano se va a ocupar de su asunto a ver si se puede arreglar. A veces, no se podía. Bueno, le digo lo de la despedida, por esto, Evita besaba en la boca a todas estas mujeres, al despedirse; ella se levantaba y la mujer la besaba. Y una vez había una mujer que tenía un abceso repugnante en el labio y estaba Castiñeira de Dios, el poeta, que fue chupamedias de Evita, en la punta de la mesa y Castiñeira para evitarle a Evita eso, se echó sobre el escritorio, se interpuso entre la mujer y Evita y dijo: –Señora yo le quería decir… Para dar una oportunidad, para que Evita evitara y Evita lo sacó y la besó en la boca. Pero cuando terminó la audiencia, lo llamó a Castiñeira y le dijo: –Castiñeira, nunca más vuelva a hacer eso, porque este es el precio que yo pago. ¿Sabía lo que hacía eh? No estaba poseída Evita. Bueno, y le voy a contar, yo estaba en el pasillo, como le digo y había un ordenanza que era un hombre de la 6ª, un punto de don Pedro Bidegain, un hombre de esos con voz ronca y él salía de una cocinita, salía con frascos, con leche caliente, con frascos para chicos, con chupetes y llevaba y traía frascos vacíos, porque le daban leche caliente a los chicos y a las mujeres. Y este hombre, un hombre de mostrador, de estaño, veterano de la parroquia, estaba haciendo esta función. Entonces, en una de esas que vino medio descansado, le digo: –Mirá, si te viera don Pedro, llevando el frasco. Me mira y dice: –Y Dr., Don Pedro comprendería, ¿cómo no ayudarla a esta santa? ¿Qué me dice usted? Tomaba un reo de barrio, un reo que había sido jugador de quiniela o levantador de juego, que a lo mejor, vaya a saber en las cosas en que había andado y que sentía la necesidad de ayudar en esas cosas que hacía Evita. Ella hacía otras cosas, desagradables, en fin, perturbaba mucho por cierto, pero hay que reconocerle, que no perturbaba tanto ella, sino los adulones, que son siempre unos hijos de puta.

Una vez ella mandó al Banco de la Provincia de Buenos Aires, cuando yo era presidente, una mujer de Avellaneda, que vivía en una casita y la quería comprar y lo mandó al vicepresidente del Banco, señor Manlio Olivari, un trepador y la mandó para que le compraran la casa, le dieran el préstamo hipotecario. Bueno, la casa no cabía en

el préstamo hipotecario, en fin, no era posible la operación. Entonces, yo le digo a Olivari: –Bueno, dígale "a la señora" que no se puede hacer. –No, yo no me animo a decirle que no se puede hacer. Bueno –dije–, yo se lo voy a decir. Fui a verla y le digo: –Señora, usted mandó una mujer, así y así, bueno, no se puede hacer la operación, porque no da margen de garantía. –Está bien, si no se puede hacer, no se hace. –No, le digo, como usted no me la mandó a mí, sino a él... Me dijo: –No, a usted no le mando porque no me quiero comprometer con usted. Yo no quiero deberle ningún servicio a usted... Justamente, la mandó a Olivari. –Ay, Jauretche –me dice–, y él no se anima a decirme que no. Estos alcahuetes, chupamedias, son los que nos van a joder, porque a estos hijos de puta, uno les manda a alguien para que arreglen un asunto si uno no lo puede arreglar y éstos, por miedo a quedar mal con uno, lo arreglan como sea... Y es cierto, el drama son los alcahuetes, los rufianes, eso es lo terrible. Imagínese, viene un tipo y me pide a mí que le cure el cáncer. Él cree que yo le puedo hacer curar el cáncer. Yo no le puedo decir no. No puedo matarle la ilusión de que no curo el cáncer. Bueno, le voy a mandar a fulano, y se lo mando a fulano para que me lo saque de encima, ¿derivarlo, no? Si el tipo es hijo de puta, se pone a curarle el cáncer. Es algo terrible estar en el gobierno.

Usted me decía recién que una de las cosas importantes para un caudillo era conocer el nombre de la persona y me habló de una anécdota de Pueyrredón.

Ah, es fundamental. Porque en el respeto y la admiración que el hombre tiene por el caudillo, cuenta también una valoración de sí mismo; él es alguien para el caudillo. Y si el caudillo le dice que no sabe su nombre, ¿qué es él para el caudillo? Gran parte del prestigio que Carlos Washington Lencinas tenía en Mendoza era que conocía, personalmente, a más de 10 mil hombres, sabiendo quién era la madre y los hijos que tenían, sabiendo detalles de familia. Entonces imagínese que Carlos Washington llegaba a un rancho perdido, ahí en General Lavalle, en medio del desierto, llegaba y le decía: Cómo le va fulano, ¿y la patrona?, ¿porque usted es casado con fulana?, ¿comprende? Y el tipo decía: pero, ¡el doctor cómo me tiene en cuenta! Bueno, cuando él iba y él era el que iba a ver al caudillo, el caudillo decía: –Entre, fulano... Por eso, el caudillo debe estar informado por su secretario, de quién es el que llega y hasta los menores detalles, haciéndolos presentes. Para el caudillo de barrio, no es tan grave: trata

de unas 2 o 3 mil personas, pero un caudillo de relieve nacional como Yrigoyen, imagínese. Claro que Yrigoyen hizo su construcción lentamente. Hay que imaginar un mundo anterior a la radio, al teléfono, a la televisión y a los modernos medios de comunicación. El mundo se movía con el ritmo de la tracción a sangre y también era posible, a través de un largo diálogo y de la correspondencia, crear vínculos, con un ritmo y en una acción de 30 años.

Bueno, lo de Pueyrredón es así: un día que yo iba para lo de don Honorio, acá en la calle Juncal, en el camino me encuentro con el doctor Juan Errecar, dirigente radical de Olavarría y le digo: –Voy a lo de Pueyrredón. –Dele mis saludos a don Honorio –me dice. Llego, lo saludo a don Honorio y don Honorio me dice: –Qué tal, amigo. Y le digo: –Dr. Pueyrredón, usted no sabe quién soy yo. –Sí, ¡cómo no! –No sabe, por eso me ha dicho "amigo", nunca le diga "amigo" a un tipo porque le está diciendo que no sabe quién es. Dígale "qué tal, fulano...". –¿Y si no me acuerdo? –dice. –Pregúntele cómo anda su asunto, todos tenemos un asunto y le hemos hablado al dirigente del asunto y entonces tal vez, al decirle del asunto, lo más probable es que el tipo hable y haga una referencia. Entonces, usted va a hacer una asociación de ideas, bueno y si no puede hacerse una idea, usted no tiene remedio... –Bueno –me dice, y se rió. –Le traigo saludos de Errecar –le digo. –Ah, Errecar, Errecar de Tres Arroyos –me dice, contento. –No, Dr. Pueyrredón –le digo–, Errecar es de Olavarría. Además Errecar es más conocido por "el vasco de Olavarría" por una comedia que se daba en ese tiempo, la daba Casseaux. Errecar es de Olavarría –le digo–. El que es de Tres Arroyos, al que usted se refiere, es Carricar. –Ah, cierto Carricar. –Y usted lo tiene que conocer, como político o como ganadero, en más de una feria se debe haber encontrado; alguna vez deben haber discutido algún lote de novillos. –Sí, sí, de Tres Arroyos es Carricar. –No, no, de Tres Arroyos, eventualmente, porque Carricar no es de Tres Arroyos, es dirigente de González Chávez. –Ah, de González Chávez. –Sí, pero en Tres Arroyos hay dos fracciones, a ver si conoce a alguno de los dos –le digo–. Son Maciel, en una y Rudi, en otra. Bueno no conocía nada...

¿Y nunca llegó a nada Pueyrredón, no?

No, pobre, no entendía.

No había caso para su ignorancia.

Era muy mediocre. Porque Alvear, que no era una lumbrera, tenía sus cosas personales. Yo estuve siempre en contra de Alvear, pero

había una cosa de personalidad fuerte y de dominio de los hombres, de aptitudes de caudillo… que no usaba, pero tenía las aptitudes, pero a Alvear le fallaba el pensamiento. A Pueyrredón no creo que le fallara nada, porque no tenía pensamiento.

Ahora, usted cuando me hizo la caracterización del caudillo, un poco todas las cosas que me dijo…

Bueno, el caudillo de la Capital es una cosa distinta del caudillo criollo. El caudillo de la Capital, no se olvide, es caudillo de una sociedad donde predominan, los descendientes de italianos. Los italianos tienen sus particularidades, como yo le conté la anécdota de Yrigoyen y el cura italiano, son más acomodaticios; el del interior es de otro tipo.

Ahora, lo que yo no veo claro, ¿cómo puede manejarse un caudillo cuando está en la oposición, por ejemplo, los radicales?

Ah, se maneja. Mire, yo no soy caudillo, pero yo tengo que hacer gauchadas todos los días, y yo tengo mis hombres en todas partes y donde se puede hacer algo, se puede hacer. Tengo un asunto en la comisaría y si no tengo en esa comisaría, tengo en otra, un amigo, para que hable, o un funcionario superior, o un jubilado que es amigo de todos ellos, tengo un amigo en todas partes, para las pequeñas cosas que uno hace, y algunas veces, en un Banco; es decir, no me emancipo de un metier, no puedo ya emanciparme. Mire, es una cosa terrible. Yo estuve preso una vez –porque bastantes veces he estado preso– en una oficina de la Guardia de Investigaciones. Y en la larga noche, aburrido, había un ropero, lo abrí y había unas carpetas, una biblioteca pelada, pero había unas carpetas y eran (es para hacer un cuento) las carpetas de la intervención al teléfono de Víctor Juan Guillot. ¿Usted se acuerda? Se suicidó por el asunto aquél, ¡pobre Guillot! Era la época en que se suicidaban, todavía, los políticos. Le habían intervenido los teléfonos y entonces las carpetas tenían los informes de la intervención: que a tal hora, llamado de fulano, que mengano y todas las conversaciones… Los amigos de Guillot le habían puesto una guardia para que no se suicide, porque sabían que se va a suicidar. Entonces hablaban a lo de Guillot: –¿Con quién hablo? Hablo con fulano, che, ¿está Víctor? Sí, está; no lo vas a dejar; no, va a venir fulano a reemplazarme, a tal hora vengo al estudio; bueno, fulano, va a estar en el estudio a esa hora. Lo tienen acompañado, no lo dejan solo en ningún momento. Y Guillot que anda buscando el hueco para pegarse el tiro. Los amigos no le dejan un hueco y él que anda buscando el hueco para suicidarse, ya tiene la resolución tomada. Y entre ellos, fíjese, aparecen las comunicaciones de los postulantes. –¿Y?, Dr. Guillot, ¿cuándo sale el nombramiento? Usted me dijo que para tal día. –No, mi hijo, esperá hasta dentro de 3 ó 4 días. Y lo sigue entreteniendo y engrupiendo. Y este tipo que anda con este terrible drama, que está dispuesto a pegarse un tiro, tiene que vivir para los postulantes. Podía mandarlos a la mierda, pero no… Era su hábito de político.

Ni siquiera en ese momento.

Ni siquiera en ese momento la clientela política lo ha dejado libre. Cada uno obsesionado con su problema del empleo, no piensan. Ahora, este problema del empleo, usted tampoco, lo puede entender, porque esto no es de hoy, a pesar de la mala situación económica porque atravesamos. Usted no puede imaginar lo que era la Argentina colonial; la Argentina que no había desarrollado la industria; la Argentina que añoran estos hijos de puta. Lo que era el empleo público para la clase media. No había otra perspectiva. O profesional muerto de hambre. Muchas veces, hoy el médico dice: –No se puede trabajar… Pero en la época en que yo era muchacho, a ningún médico recién recibido se le ocurría que podía quedarse en Buenos Aires. Todos se iban a la campaña, porque la gente no tenía capacidad para pagar al médico, no había clientela posible. No es que no hubiera enfermos, no había enfermos pagados. Bueno, el empleo público era la solución, la única solución. Las familias esperaban que el novio se emplease para casar a la chica. Bueno, yo siempre me acuerdo de un discurso, un episodio muy gracioso que me ocurrió en Plaza Italia. Estaba hablando, en el año 37 sería, y estaba hablando del drama de la clase media, del tipo que no era un peón, que tenía ciertos hábitos de higiene, de cultura, ciertas necesidades y además el estilo de vida de la época, que le exigía el cuello y traje planchado y que no tenía otro horizonte que el empleo público y si no, ser quinielero. Ahora usted entra a los cafés a buscar un quinielero y no encuentra. El otro día me dieron un dato de un caballo, recorrí todos los cafés de Buenos Aires, no encontré un tipo que me aceptara la apuesta. En cambio, en aquella época, yo entraba a un café y venían los levantadores de juego, en banda, en cada café había cuatro o cinco.

¿Tenían algo que ver con el Comité?

El Comité, lo que hacía, era sacarlos en libertad. Era un medio de vida porque no había otro medio de vida para el tipo que tenía el hábito de bañarse, de ponerse corbata, que no era un peón, ¿comprende?

No era tan dramático para el peón, porque vivía miserablemente y estaba acostumbrado, pero para el tipo así, de esta pequeña familia, era espantoso, o la carrera universitaria o el empleo público. La carrera universitaria, si los padres aguantaban; el empleo público venía del comité, de donde fuera… Yo hablaba en Plaza Italia. Contaba el drama de esa clase. Sí, no le queda otro camino que ser cafishio o quinielero al joven argentino. Y había un oficial de policía que cuidaba el acto. Yo decía: –Ahí está el señor oficial, que representa el orden en nuestra conferencia. Usted es un hombre que ha hecho una magnífica carrera, la policía; tiene una foja de servicios brillante, que lo acredita para futuros ascensos (y el tipo hacía señas, cada vez que yo lo elogiaba). ¿Y bien, qué pasa con este mozo, con este digno oficial? Pasa que cuando tenía 16, 17 años, consiguió entrar en la Escuela de Policía, se graduó en la misma y llegó a ser oficial y está haciendo su carrera. Pero vamos a suponer por un momento que este distinguidísimo oficial de la policía de la Capital, no hubiera podido entrar a la Escuela de Policía. Ahora, a los años que tiene, sin trabajo ¿qué sería?: quinielero. Ah, el tipo me quería matar. Decía: –Usted es un insolente. –No señor, yo estoy hablando de una hipótesis… Pero se enojó tanto que cuando bajé, viene un muchacho del barrio de Palermo y me dice: –Pero también vos, se la pegaste, porque los dos hermanos son quinieleros. Claro: no habían podido entrar a la policía, no habían conseguido empleo… Esa es la tragedia. Mire, la pobreza de esa época fue espantosa, porque con el pequeño desarrollo industrial que trajo la guerra del 14, la Argentina se había enderezado. Pero, después, vino la crisis, "el golpe", la miseria…

La caída de Yrigoyen

¿Para los radicales, el golpe fue bastante bravo? Es decir, ¿todos los que habían conseguido puestos a través del comité…?

Sí, echaron a muchos, sí. Bueno. Y muchos conservaron la mentalidad radical. Fíjese qué cosa curiosa. No sólo la guerra transformó la economía, no sólo el peronismo creó otro clima –evidentemente dignificó el trabajo, todo– sino que cambiaron las costumbres. Y el peronismo fue un poco el fruto de ese cambio de costumbres; y a su vez, el cambio de costumbres, también del peronismo. A su edad, por ejemplo, si a mí me daban un paquete de oro que tenía que llevarlo alzado, siendo un chico que se creía estudiante, no lo llevaba: era ofensivo. Teníamos que andar vestidos de cajetilla; yo usaba galera. Me acuerdo cuando venía del campo, si alguien me daba una valija, una canasta con factura de cerdo, yo se la regalaba al guarda, pero ¿bajar con una canasta con factura de cerdo del tren? Increíble. Y ahora, cualquier muchacho anda sencillamente vestido, así sea un niño bien. Han cambiado las cosas. Lo mismo, el trabajo. Mire, todavía la gente lleva el arrastre de esa mentalidad. Tengo un amigo periodista, no consigue trabajo. Y yo le digo: –Mirá, yo te voy a buscar uno (con mi viejo hábito de político), te voy a buscar, por lo menos, alguna cosa, para que tengas para el ómnibus, mientras te llega otro trabajo. Y le consigo un trabajo, para sábados y domingos, en una especie de ferias de esas, de boletero qué sé yo y no lo ha aceptado y se ha ofendido. Yo nunca pertenecí a esa mentalidad, yo he trabajado de mozo de café, he trabajado en todos los oficios, en la barraca Furman, de ayudante de clasificador de lana, tirando los lienzos; no he tenido esa cosa, llevada hasta ese extremo, de la jerarquía. Cuando en realidad es mucho más honroso, pero tal vez porque yo me hice una composición de lugar, yo había nacido con dotes de periodista, pero me di cuenta que de periodista, tenía que hacer el alcahuete del periodismo y yo quería ser libre; entonces me convenía ser mozo de café antes que periodista. Porque mozo de café, no comprometía mi libertad y, en cambio, sí periodista, tenía que escribir lo que estos hijos de puta me

hacían escribir y terminar, después, por acostumbrarme, sugestionarme y convencerme de que estaba bien. Porque este mismo muchacho, que es un tipo decente, que yo lo quiero mucho, que está bien orientado ideológicamente, va a un periódico y tiene que escribir lo que le encargan, aunque no le guste. ¡Ah, no! Yo, ajustando tornillos no comprometo mi libertad intelectual.

Bueno, estábamos viendo cómo era la sociedad y esto es un fenómeno muy curioso. Usted lo va a observar en los cesantes radicales y en los cesantes peronistas. Usted ha visto que no hay problemas de cesantes peronistas, que no hay peronista que ande buscando, porque al día siguiente de la revolución, el que era profesor de filosofía, puso un restaurante y el que era funcionario bancario, se compró un camión. Empezaron a trabajar de nuevo; el peronismo le había destruido los prejuicios pequeños burgueses, pero, además, la sociedad en transformación, lo había cambiado a él también. En cambio, el cesante radical es un personaje de teatro. Yo he estado en los dos terrenos, he conocido cesantes radicales increíbles, que murieron y vivieron en su ley, como cesantes radicales. Me acuerdo del secretario de la intendencia de mi pueblo, señor Arce, caballero en todo concepto, hombre recto, macanudo, inteligente, muy superior al medio, no podía concebir otra posición posible. Es decir, él vivía modestamente en una piecita, de una casa casi demolida, que le daba un amigo; tenía un baño, una cocina, esa piecita y un patio; y tenía su traje oscuro, que se ponía a la tarde. Llegaba yo al pueblo y "vamos a comer un asado a lo de Arce". Vamos a lo de Arce, comprábamos el asado, lo llevábamos, hacíamos el asado y a Arce le quedaba asado para dos o tres días. Y hacía algunas gestiones en el banco, en el correo, a los chacareros correligionarios que le regalaban unos pollos, que cambiaba por huevos. Y alguna vez despachaba una guía de hacienda, en fin, hacía algún trámite administrativo y le pagaban unos pesos; los suficientes para, a la tarde, con el traje oscuro, ir al café o al club, a sentarse a tomar un cafecito y no hacérselo pagar, sino pagar la rueda, una vez él, otra vez otro, con toda dignidad. Y debe haber vivido 15 años esperando... Así, en todas las provincias, en todas las localidades. El radical cesante consideró que tenía que volver al mismo lugar; era un problema de jerarquía. Y no podía ser. Para el peronista no hubo eso, porque había cambiado de psicología, habían cambiado los móviles, la cultura. A ningún peronista se le ocurrió sentarse a esperar que lo repusieran de gerente en otra sucursal o en la cátedra de la facultad tal

Algunos, a medida que se van produciendo acontecimientos que relajan la cosa, que no es tan tensa, vuelven, pero vuelven con un casi compromiso espiritual sin que les convenga, porque les va mejor en otros terrenos. Porque, es claro, fuimos a dar a un país, sobre todo el país del 47, 48 y 49, donde la ocupación era plena y donde había horizontes. Toda aquella leyenda de que los anglosajones eran más activos porque habían sido educados en el protestantismo... ¡Una macana! Cuando los argentinos tuvieron oportunidad de emular a los anglosajones se comportaron como anglosajones, era un problema de oportunidad. Y entonces ocurrió eso, con el peronismo no fue aceptada esa actitud radical. Con el peronismo, eso que hacía el caudillo, esa cosa de acercar la igualdad abstracta de la ley a la igualdad concreta, que es una mezcla de caridad y de equidad, eso es menos necesario, porque está el sindicato y hay muchas cosas más ahora. Por eso yo siempre he dicho que los que hablan del sufragio de Luis Sáenz Peña no comprenden el significado fundamental de ese sufragio universal. Que sin embargo está muy bien señalado por Dorrego y los demás diputados federales del Congreso de 1826, cuando se quiso imponer el voto calificado. La igualdad del sufragio, para los diputados federales, significa una jerarquización para los de abajo, tiene una cotización. Ellos hacían la guerra ¿y no podían votar? Entonces, el sufragio le da dignidad al ciudadano, porque por el hecho de que vota, ya hay que respetarlo. Y el comisario o Juez de Paz tienen que tener en cuenta lo que puede ocurrir con ese voto en contra. Pero, a su vez, los caudillos de los partidos tienden a protegerlo, a apoyarlo y a defenderlo, porque es un voto que hay que conquistar. Entonces, la libertad, la igualdad, la justicia de la retribución, todo eso que llaman demagogia, se constituye en arma que descansa en el voto. Cuando viene el fraude o la exclusión, el voto se desmerece y se desvanecen los efectos sociales tan importantes. Ahora, fíjese, en el peronismo, la misión del caudillo fue sustituida por la ayuda social del sindicato, por el dirigente sindical, por Evita. Jugaban otros factores y el peronismo no era pedigüeño, además. Es otra cosa fundamental porque correspondía a la época en que no había que pedir. Yo, en el Banco de la Provincia, debo haber nombrado 1.000 o 1.500 empleados, pero el Banco tomó más, el Banco creció; no creo que haya nombrado 200 peronistas, casi todos eran radicales, recomendados por mis amigos radicales. Pero no porque yo quisiera nombrar a radicales, sino porque los peronistas no pedían empleo. Los peronistas pedían un préstamo para comprar un

torno, para comprar un camión, para poner un taller, para poner un comercio. No tiraban al presupuesto, comprende, pero no tiraban al presupuesto porque había otras perspectivas más lindas. Más, le voy a decir, en mi época, se iban muchos empleados del Banco, había muchas vacantes porque abandonaban el trabajo bancario. Por el contrario, en la época en que yo era muchacho, dejar un empleo bancario para irse a la incertidumbre de la calle, ¡jamás! ¡Era loco el tipo! ¡Lo echaban de la familia! No, perder un empleo oficial y bancario, ni hablemos. El banco era, a pesar del sueldo miserable que pagaba, una garantía. Y, en un pueblo de la provincia de Buenos Aires, después de los profesionales, venían los bancarios.

Usted recién hablaba de la crisis del 30. ¿En la caída de Yrigoyen tuvo algo que ver eso?

Bueno, desde luego. Las dificultades de tesorería, de exportación, etcétera. Además, Yrigoyen, en ese gobierno, no contrató ningún empréstito, porque le cobraban un interés muy alto. Y aquí hacía tiempo que, en la Argentina, la balanza de pagos se equilibraba con empréstitos. Entonces, en ese gobierno de Yrigoyen no se contrató ningún empréstito. Esto provocó cierta devaluación monetaria. Bueno, Yrigoyen fue el que trajo también, el cierre a la Caja de Conversión, que fue muy combatido por los socialistas, que querían "la moneda sana", en función de la posición librecambista. En cambio, la moneda flaca es una forma de protección mejor que la llamada "moneda sana".

Claro, yo le preguntaba eso, en el sentido de si Yrigoyen, con su mentalidad política, era capaz de enfrentar la crisis del 30, que exigía unos planteos bastante novedosos.

No había fuerza política; y las fuerzas que querían enfrentarla eran los conservadores o Prebisch, Pinedo, con el punto de vista liberal, punto de vista tradicional.

Bueno, pero en el caso de los conservadores, por ejemplo, Pinedo era un hombre de formación liberal.

Tenía formación socialista y se hizo liberal. Bueno, el socialismo era liberal; en materia económica era liberal.

Esos hombres, se convirtieron en partidarios de la economía dirigida, en cierto modo.

Sí, toda la economía de la Década Infame es dirigida, pero está dirigida a favor de los intereses foráneos. Sí, Perón transformó esos instrumentos.

Por eso le digo, intereses foráneos, e intereses de ellos, como agentes de los intereses foráneos. Es decir, ellos fueron capaces de cambiar sus esquemas para la nueva situación.

Ah, sí.

¿Yrigoyen hubiera sido capaz?

¿Quién sabe? Pero Yrigoyen era muy realista, muy práctico. Lo hubiera hecho, como lo hizo. Yrigoyen había sido formado en la doctrina de la convertibilidad y sin embargo, cerró la Caja de Conversión. Yrigoyen fue creando su política sobre la marcha. He explicado, en otra charla, cómo el yrigoyenismo es una adecuación del radicalismo a un hecho nuevo, social, la aparición de las masas en la política argentina. Entonces, el programa liberal empieza a tener un contenido nacional y empieza la crisis, entre el ala anti-personalista y "el peludismo". La diferencia se hace realidad alrededor de la aceptación por Yrigoyen de que hay una nueva realidad argentina, a la que él pone los ojos. Ahora, esa nueva realidad argentina no está en su teoría, pero está en su empirismo; la va haciendo a través de una Ley de Alquileres que reniega del liberalismo; o el cierre de la Caja de Conversión que reniega de los conceptos monetarios de los liberales; en la política social obliga a los dirigentes de las empresas capitalistas a tratar mano a mano con los obreros.

Me acuerdo la indignación de los diarios, porque "el gallego" García iba en alpargatas a la presidencia. García era un anarquista del puerto e iba en alpargatas a la presidencia. A Yrigoyen lo ayudaron mucho los anarquistas. Una cosa que no he podido entender bien, nunca, es qué pasó en la semana de enero con los anarquistas; yo creo que los anarquistas se dejaban arrastrar por el temperamento. Porque Yrigoyen, siempre tuvo muy buenas relaciones con ellos.

Incluso, Domenech, me decía que él pensaba que todos los sindicalistas anarquistas, en el fondo, eran radicales.

Sí, sí, está bien. Puede que tenga razón, tiene razón, coincido. Por eso, la semana de enero... no la puedo entender. Tal vez se enloquecieron los anarquistas con las cosas de la revolución rusa y dejaron de gravitar los dirigentes.

¿Y algo de provocación?

No lo podría afirmar porque la Liga Patriótica, actuó a posteriori... Aparecieron los de la Liga Patriótica pero ya es otra cosa, porque no actuaron en los episodios obreros, sino más bien después, matando

"rusos", a los pobres judíos; el asalto al sindicato de choferes, por ejemplo, en la calle Bartolomé Mitre.

Con respecto a esto de la crisis del 30, estoy logrando que usted me dé su opinión sobre las distintas interpretaciones.

Bueno, es un colapso del capitalismo mundial.

No, yo me refería a ¿por qué cayó Yrigoyen? Por ejemplo, los adversarios de Yrigoyen hablan mucho del famoso clan radical.

No. Mire, el clan radical es una mentira, como muchas de las leyendas yrigoyenistas. El clan radical fue un invento de Alberto Hidalgo, peruano que estaba empleado, no sé en qué oficina. Él inventó ese mito, una organización secreta, pero no existió nunca. Lo que más se pareció es el grupo de exaltados, dirigidos por Sancerni Giménez, que el 3 ó 4 de setiembre se tirotearon con este compadrito que después lo mataron, hijo de un asesino, niño bien que después lo mató otro niño bien: Paunero. Se tirotearon, ahí frente al Círculo de Armas. No, el clan... Eso fue una ocurrencia de Alberto Hidalgo y los diarios alarmaron.

Claro, los conservadores siempre se acuerdan de las hordas salvajes de...

Pero ¡qué hordas! Es todo un cuento, el estudiante muerto... que no era estudiante, le pusieron un guardapolvo de estudiante, se lo llevaron a la Facultad de Medicina y lo velaron. Era empleado bancario.

Se menciona la formación de dos trenzas en el yrigoyenismo. Una de Elpidio González y otra de Enrique Martínez.

No, la de Elpidio y Martínez sería la misma y la otra, la de Oyhanarte, don Horacio.

Que habrían obstaculizado toda la obra del gobierno, la habían trabado.

Bueno, yo no creo que eso estuviese organizado, como se pinta. Pero evidentemente, la edad de Yrigoyen facilitaba la lucha entre grupos. Se señalaban dos tendencias: una, la de Elpidio González y otra la de Horacio Oyhanarte. Pero yo no sé en absoluto, que eso tuviese otra consistencia que una rivalidad apreciativa de la función de gobierno.

Porque, en general, se basan mucho en eso para explicar cómo el gobierno de Yrigoyen...

No se defendió. El gobierno de Yrigoyen no se defendió, porque mire, en la revolución de setiembre, hay cosas inexplicables de Yrigoyen que conoce el Ejército y ha tenido el dominio del Ejército!

esto no empieza en 1930. Hay un hecho que lo considero fundamental. En 1921 se ha constituido la logia "General San Martín", que dirige el general Justo. Yrigoyen lo sabe y no toma medidas. La primera exteriorización importante ocurre el día del aniversario del nacimiento del general Mitre. Ese centenario del nacimiento, en 1921, fue celebrado por *La Nación* y todo el aparato (la universidad, la escuela, los maestros, los diarios) no sólo como un homenaje a Mitre, sino como un enfrentamiento de Mitre con Yrigoyen. Mitre es "la civilización"; Yrigoyen, "la barbarie", esa es la repetición del esquema. Y todo el país se pone de pie en homenaje a Mitre; entre ellos yo, que hablé en dos o tres actos de homenaje a Mitre, porque en ese tiempo era conservador y liberal y tenía el más despectivo concepto sobre don Hipólito.

El día del homenaje amaneció neblinoso, casi lluvioso y una de las ofensas más grandes, que yo remarqué en los dos o tres discursos que pronuncié era que el gobierno nacional no dijo esta boca es mía, no adhirió al homenaje, ni se dio por aludido con el centenario del nacimiento del general Mitre, cosa que era una ofensa para toda la cultura argentina empezando, desde luego, por los maestros de escuela. Bueno, ese día el general Justo llevó al Colegio Militar, sin armas y lo hizo hacer formación de homenaje, en la calle San Martín, frente a la casa esa que le regalaron a Mitre, los proveedores del Ejército de la guerra con el Paraguay e Yrigoyen no tomó ninguna medida con el director del Colegio Militar.

Bueno, el general Agustín P. Justo y la logia avanzan y avanzan y esperan que Alvear impida el triunfo de Yrigoyen. Primero, hasta el año 26, creen que va a ganar la fórmula Melo-Gallo. Cuando se dan cuenta que pierde, se estrellan ante Alvear que no quiere hacer fraude, pero ya están en la conspiración. Yrigoyen asume el poder en la conspiración. Pero Yrigoyen, seguramente, cree que la conspiración va a fracasar, porque tiene confianza en los jefes de los regimientos, que son casi todos radicales. ¡Si él ha tenido todo el ejército en sus manos! Casi todos los regimientos tenían jefes radicales. Él cree en la disciplina del ejército. Él, que ha sido viejo conspirador, no cree que esta conspiración tenga importancia. Y cuando el general Dellepiane insiste, viene el choque de Dellepiane con González, pero González tampoco cree en la conspiración. Ellos creen en su vieja experiencia, no se dan cuenta que el Ejército es otro Ejército.

¿Y cuándo se produce ese cambio de un Ejército por otro?

Se debe haber producido durante la guerra del 14. Las dos guerras han tenido influencia en la formación mental de nuestro Ejército. Yo todavía he conspirado con los hermanos Bosch, pero aún los mismos que estaban en el Gobierno –sacando a Justo, que era un cachafaz– eran hombres que si daban su palabra, no se harían matar, pero no hacían lo contrario. Los que yo conocí en los confinamientos radicales –y hasta nuestros adversarios– trataban de no comprometerse, pero no hacían lo contrario de lo que habían dicho. Este descaro de ahora de quedarse en las posiciones, sabiéndose que lo van a nombrar, toda esta vergüenza que tenemos que presenciar. Había aspectos que forman parte de la característica medioeval del ejército; estaba formado en el valor personal, que supone cierto honor, cierta dignidad, porque el hampa tiene una dignidad, porque esto que hemos visto, no se ve ni en los prostíbulos ni en las timbas. No lo he visto. Yo no he visto un tipo de timba que eche una sota y diga un rey; ni he visto un tipo que venda una mujer rubia y entregue a una negra, eso yo no lo he visto; vendió la rubia, entrega la rubia, tiene "su" moral dentro de la venta de mujeres.

Creo que el alejamiento de los jefes, ya definitivo, del frente de combate va haciendo perder el sentido humano de la guerra que había en la conducción militar y que subsiste exclusivamente ahora en el espíritu de la aviación, donde el hombre es el que se juega y tiene que poner el cuerpo. Pero en el oficial aviador, no en el general de aviación. Porque ahora que toda la guerra es servicio de información, es decir, cosa ruin sin declaración de guerra y cuando se han derogado todas las leyes de la guerra… porque fíjese, hay cosas que uno no puede decir porque le dicen nazi, pero es espantoso: ninguno lo decretó pero, el que pierde paga. Así se derogaron todas las leyes de guerra para siempre. No hay que perder porque soy culpable. Usted supóngase que es presidente de Francia, entra en una guerra, y sabe que va a ser juzgado, si pierde y condenado. Y ganar o perder no depende de usted.

En el Ejército argentino –se dice– tuvo mucha influencia la formación prusiana de los oficiales.

No, no, porque si hubiera tenido mucha influencia la formación prusiana de los oficiales, no hubiera manejado la logia un tipo como Justo. Justo no era un hombre de formación germana.

Pero Uriburu, sí.

Uriburu, sí. Y había sido neutralista en la guerra del 14. Fíjese que coincide con Yrigoyen en la política internacional. Pero Uriburu era un zonzo; Justo no. Justo era un hombre de talento. Uriburu no entendía nada. Yo he contado, por ahí en un artículo, cosas muy graciosas. Hace unos años, cuando se hicieron unas publicaciones sobre la influencia del petróleo en la revolución del 6 de setiembre, el doctor Carlos del Campillo (*La Nación* 2-12-64) relató en una carta un episodio interesante. Nos cuenta que siendo secretario de la Corte Suprema existía un pleito entre la provincia de Salta y la Standard-Oil, con motivo de la inconstitucionalidad de un decreto dictado por el gobernador radical Cornejo, en 1929, que dejaba sin efecto una concesión a favor de esa empresa. Entonces, se enteró que estaba en trámite una transacción entre la compañía petrolera y la intervención federal, dictada en la provincia por la revolución de 1930. Como al doctor del Campillo lo unía una fuerte amistad con el general Uriburu fue a enterarlo de la transacción del proyecto, aconsejándole al Presidente provisional que no permitiera sacar el problema de la Corte Suprema. Como el general Uriburu no entendía la importancia de la información, tuvo que ser más explícito y explicó entonces que mientras el gobernador de la provincia necesitaba los dos tercios de la Legislatura para aprobar una transacción de esa naturaleza, al interventor (Ejecutivo y Legislativo al mismo tiempo) le bastaba con su sola voluntad. En consecuencia, resultaba muy sospechoso el apuro por transar, máxime, agregó, "cuando hay quienes dicen que la revolución de setiembre ha sido financiada por las compañías petroleras". "Parece que esta fue la primer noticia que el general Uriburu tenía de eso porque se levantó como leche hervida", dice del Campillo. La expresión de Uriburu, siempre afable, cambió y se le veía agresivo, furioso, usando un lenguaje imposible de reproducir. Cuando Uriburu se serenó y agradeció a Del Campillo la información, resolvió poner remedio: –Llamaré al interventor, que es un caballero y seguramente no ha tenido quién le informara cabalmente de lo que se trata. Más adelante, el mismo doctor Del Campillo informa que pocos días después, en el atrio de la iglesia de La Merced, el doctor José Rufino Lastra, le comentó: –No sé qué bicho raro le ha picado a "Pepe" Uriburu. El otro día, hemos ido a verlo con Horacio Beccar Varela, por el asunto de una firma vinculada a cuestiones de petróleo y a poco de exponer el asunto, nos interrumpió diciendo: –Vayan a la Corte Suprema. Y no hubo forma de explicar el asunto que motivaba nues-

tra visita. No nos dejó seguir hablando. Agrega Del Campillo que como él sabía "qué bicho le había picado", se rió mucho. Claro, Uriburu puede ser que no tuviera ni idea, pero los que movieron los diarios, los que movieron el ambiente, los que dieron plata, ellos lo sabían y los abogados que andaban por ahí, también. Bueno, él era un zonzo…

Existe otra experiencia parecida, con el general Reynolds, que era el jefe del Colegio Militar en 1930. La he recordado en un artículo que se llama: "¿Deben los militares hacer política? Del general Reynolds al general Uriburu": "Hace un tiempo el general Reynolds, decano de los generales argentinos, al enterarse de que el diputado Cornejo Linares había dicho en la Cámara que la revolución de setiembre de 1930 tenía olor a petróleo, publicó una carta en la que expresaba sorpresa, con todo azoramiento, ante el dicho del diputado. Treinta y cuatro años después del acontecimiento, el ex director del Colegio Militar, única unidad que participó en aquella revolución, tenía las primeras noticias de las relaciones posibles entre el petróleo y el golpe militar". Para mí, mucho más grave que las implicancias petroleras del 6 de setiembre y al margen de que fueran ciertas o no, es esto de que uno de los principales actores de un hecho histórico de gravísimas consecuencias para el país, viviese de tal manera en "la luna", y mucho más si se recuerda que como director del Colegio Militar estaba dentro de su función dirigir la formación del pensamiento de la oficialidad argentina. A treinta y cuatro años de los acontecimientos recogemos estos dos testimonios, de que los principales actores en el otro proceso setembrino, sabían tanto de cosas de gobierno, como de afeitar monos. La sorpresa de Uriburu entonces, como la de Reynolds ahora, documenta su honorabilidad personal pero, al mismo tiempo su ignorancia total de los problemas del Estado, pues es elemental que no se puede gobernar, sin tener noticias de que los grandes intereses económicos intentan actuar sobre los gobiernos. Ignorancias de esa naturaleza son, precisamente, las que esos intereses prefieren, porque para hacer sus maniobras ellos cuentan con distinguidos caballeros abogados, etcétera, que se encargan de aprovechar la ignorancia de los mandatarios o de los mandantes en el caso que dan la cara. Y mucho mejor, si el zonzo que se presta a que lo usen es honorable, porque su honorabilidad será una excelente cobertura para la porquería. Yo sé que muchos civilistas sacarán como consecuencia que es necesario evitar que los militares vayan al gobierno; a esta clase de civilista per-

tenecen, precisamente, los caballeros directores que utilizan los grandes intereses económicos y particularmente, los imperiales, para meterle el perro a los gobernantes de uniforme. Estos caballeros directores son generalmente los miembros más calificados del batallón de "empujadores", "regimiento de animémonos y vayan", que actúan como consejeros de los pronunciamientos militares, cada vez que hay que voltear un gobierno de tendencia nacional. Una vez conseguido su objetivo –derribar lo nacional– se preocupan del establecimiento del gobierno civil que lógicamente no lo pone el pueblo, sino los militares que ellos "empujan" y entonces se convierten en campeones de la liberalidad y vuelven a ser civilistas a todo trapo. Todo esto es de sobra conocido por todo el país, aunque me temo que no lo sea por los generales, como los de la referencia, que parecen estar ajenos a conocimientos e ideas, que forman el patrimonio común de los argentinos. La solución, pues, no consiste en lo que quieren los civilistas y es que los militares no se metan, primero, porque los militares se meten; y, segundo, porque ellos los hacen meterse, cuando les conviene. La solución consiste en que los militares aprendan política y en que, si se meten, se metan sabiendo que se meten, no de punto sino de banca. Se resuelve mejor que separando los militares de la política, metiéndolos en la política, es decir, enseñándoles política. Por lo menos tanto, como a los que no son militares, cosa que es elemental, porque al fin y al cabo, como dijo Clawsewitz, la guerra es la continuación de la política por otros medios. Y esto lo sabía muy bien Uriburu, que por añadidura era de formación prusiana. Sólo que ni les enseñaron, ni se les ocurrió saber, qué era eso de la política, pues en el ABC está lo económico y sobre todo lo económico imperial. Si no se sabe nada de esto, se corre el peligro de formar un patriota que corre para el lado de los tomates y sale sirviendo a los sin-patria, porque precisamente no sabe qué diferencia hay entre patriotismo y cipayería y esto no se lo van a decir los doctores y caballeros que los aconsejan. Esto sale del conocimiento de lo que es la política.

Me parece inútil aclarar que política no es politiquería, que es lo que habitualmente saben los políticos, creyendo que saben más que los militares. Algo de esto conocía el mariscal Montgomery, algunas de cuyas palabras conviene reproducir: "Los momentos más difíciles de mi vida militar fueron cuando ascendí a la más alta jerarquía y debía actuar con los políticos", y acota: "En la guerra uno gana o pierde, pero cuando uno lucha con los políticos, cree que está ganando y

por ahí se encuentra con que ha perdido todo; aconsejo a los jefes de futuro, de aire, mar y tierra, estudiar política y economía, si quieren ser dignos de su jerarquía castrense, ahora que conviene tener cuidado con el pensamiento de los mariscales de los imperios y no tomarlo al pie de la letra, porque lo que ellos defienden no es generalmente aquello que nosotros debemos defender".

Si la mayoría del Ejército no estuvo con el golpe en 1930 –como usted dice– lo cierto es que tampoco defendió al gobierno.

Tampoco. Se quedó pasiva.

¿Cómo es posible que el ejército se quede pasivo?

El Colegio Militar vino mezclado con civiles. Mire, yo le puedo describir desde el punto de vista técnico-militar, porque he estudiado bastante técnica-militar. Uriburu perdió la revolución y estaba convencido de que la había perdido. No pudo sacar más que el Colegio Militar; y se vino con el Colegio Militar, que venía mezclado con civiles. En fin, ante cualquier resistencia, el Colegio Militar se hubiera desbandado, porque la multitud civil hubiera arrollado las filas, que es lo que pasó en los episodios de la Plaza Congreso, que fue por unos malos tiros y se desbandó el Colegio Militar y la multitud arrolló. Es decir, Uriburu se vino a puro valor personal, jugándose él y sabiéndose derrotado y no lo pararon sencillamente. Eso fue la revolución de setiembre: fracasó. Yrigoyen tenía razón, no tenían fuerzas en el Ejército; pero faltó el ministro de Guerra decisivo, que supiera actuar en ese momento, aunque hubiese sido con solo un escuadrón de seguridad.

Pero, de todos modos, ese episodio es revelador de la posición del Ejército, muy extraña...

No, porque, en realidad, estuvieron esperando órdenes. Campo de Mayo estuvo esperando órdenes, todo el día 6 de setiembre; Avelino Alvarez, que creo que era el jefe de la Escuela de Artillería, tuvo bajo su control Campo de Mayo hasta dos días después; Francisco Bosch tenía el 8° de Caballería, de Ciudadela, que obedecía las órdenes del gobierno. Los cuarteles de Maldonado respondían al jefe del 1°, que era Regino Lezcano, que después lo mataron, radical. No sé quién estaba en el 3°. Así que ni Campo de Mayo, ni los cuarteles de Palermo, ni los de Ciudadela, ni el 3° Arsenal, se sublevaron. Estuvieron esperando órdenes (Cattaneo, Mosconi, Alvarez Pereyra, Sabino Adalid, Pomar, Severo Toranzo, Roberto Bosch). Las órdenes no llegaron. La falla fue arriba, en el comando. Fue en el ministerio

de Guerra. Elpidio González no atinó, eso es lo que no se sabe bien qué pasó.

Pero lo que pasa es que visto en perspectiva, 30 años después, uno dice el Ejército...

El Ejército se quedó esperando órdenes. No, el Ejército es eso, una máquina de órdenes.

Pero, uno no se imagina...

Vea, ahora último, en el despacho de Levingston, lo va a sacar el Comandante en Jefe, Lanusse. Pero Levingston cometió un error: tiene que matarlo a Lanusse de entrada, para que ya sepan que no tienen jefe los otros. Esperan órdenes, pero cuando se enteran que Lanusse no existe más para dar órdenes, que el único equipo que está en condiciones de dar órdenes es el del Presidente, se acabó... Esas cosas no se hacen a medias, comprende, no se puede ser Maquiavelo sin tener la decisión del Príncipe. Cuando hay que matar, hay que matar. O no se hace la operación. Dígame usted, ¿qué ocurre si Levingston lo hace matar a Lanusse, si ahí nomás lo liquida y sale la voz de que Lanusse ha muerto. Es posible que López Aufranc se subleve, porque tiene fuerzas suficientes, los otros aguantan todos las órdenes de él. Y como López Aufranc tiene que enfrentar a la Marina, tiene la batalla ganada Levingston. Es que no se puede ser Maquiavelo a medias, cuando se está decidido a jugarse la carta, hay que ir a jugársela.

Y no confiar en la palabra de honor.

No, estos tipos ya "se lo habían hecho" a Onganía y Lanusse ya "se lo había hecho" a Lonardi. No se olvide que Lanusse era jefe de la Escolta. Y sobre todo, confiar en un salame que se ha criado en el servicio de informaciones. No. El asunto del 6 de setiembre es muy clarito, faltó la orden. El Ejército no se mueve sin orden. ¿Comprende? Los teléfonos. Mire, le voy a contar una anécdota que contó un amigo, sucedió en España, entre altos bonetes del franquismo. Uno dijo: bueno, qué ocurre si mañana muere Franco... Y entonces, otro comentó: el que esté más cerca del teléfono, ése gana. Es decir, el que puede dar órdenes y tiene el teléfono a mano para las órdenes... Esperan órdenes. Porque el sentido caballeresco ya pasó. Le puedo contar anécdotas, por ejemplo, del radicalismo, de otra época. Sí, el capitán Viñardelo, de otra época; el capitán Viñardelo en la revolución del 4 de febrero de 1905, está de guardia en la penitenciaría y lo arrestan justamente unas horas antes del pronunciamiento. ¿Y qué hace el capi-

tán Viñardelo? Se pega un tiro para demostrar que en ningún momento él se hizo arrestar. Pero, eso era antes...

El yrigoyenismo consecuente

Sigamos hablando del golpe del 6 de setiembre de 1930.

La revolución del 30 fue teorizada por un grupo de nacionalistas, entre los cuales estaban Ernesto Palacio, los hermanos Irazusta, Roberto de Laferrere y otros más jóvenes que habían influido en el escaso pensamiento del general Uriburu, que era un hombre simplista. Él era un conservador tradicionalista, proclive a la posición nacionalista de entonces, que no entrañaba otra cosa que la restauración de ciertos valores culturales y formales y la resistencia al acceso a la política de los descendientes de inmigrantes, es decir del país real que empezaba a definirse con el yrigoyenismo. Políticamente, tenía la filiación más cercana en la Liga Patriótica, de Manuel Carlés. Es decir, era totalmente reaccionario: sostenía cierta apariencia de autonomía, en materia internacional, pero era también una autonomía bastante sospechosa porque tal vez estuviera mal explicada su posición. Uriburu había sido neutralista en la guerra del 14. Pero había sido neutralista por germanófilo, cosa muy distinta a la neutralidad de Yrigoyen. Bueno. Pronto los elementos nacionalistas fueron desplazados del poder por los conservadores y la presencia del doctor Matías Sánchez Sorondo, en el ministerio del Interior, caracterizó la tendencia del Gobierno hacia un gobierno conservador, más que conservador, reaccionario, que sólo tomaba del nacionalismo algunos aspectos; mientras el resto del ministerio estaba constituido por los habituales representantes del empresariado extranjero. Hagamos exclusión de Sánchez Sorondo, que en esa materia era un hombre de una foja más bien limpia, pero el resto era un ministerio de habituales entregadores, habituales consentidores de la política que predomina sobre el país. Esto tampoco los comprometía moralmente, porque estaban formados en esa ideología. Hoy un argentino que se entrega, es un canalla que se vende y quiere cobrar un precio. Entonces, los arreglaban con condecoraciones, con título de "sir", porque, al contrario, ser abogado de una empresa petrolera o de un ferrocarril era un título de honor para esa gente. Es decir, para juzgar la actitud moral de una clase, de un

grupo, hay que tener en cuenta el momento histórico en que eso ocu-
rre.

*¿Usted piensa que el grupo nacionalista de Uriburu no tenía nin-
guna fuerza?*

Nunca. Los nacionalistas nunca han tenido fuerza. Yo tenía un
amigo que murió ya, creo que era el único historiador inteligente que
le quedaba a la historia oficial, que era Luis de Elizalde. Y él decía que
los nacionalistas eran "los primos pobres de la oligarquía". Es decir,
los descendientes de las familias que habían sido desplazadas económi-
micamente y vivían en una especie de melancolía retornista; que se
disfrazaban con cultura, con ideología o con mil cosas más para darse
una pátina moderna. Pero, en el fondo, eran eso y los acontecimientos
posteriores parecen haberlo demostrado.

*¿Usted piensa que en el fondo no diferían demasiado de los libe-
rales conservadores?*

No, substancialmente no. Así, en cada situación crítica que se ha
creado, en que hay que decidir, ellos han decidido por los liberales.
Así, en el 55, contra Perón, por ejemplo. Estuvieron en el peronismo
y lo fueron abandonando cuando tomó sentido social, es decir, lo
abandonaban por lo bueno, no por lo malo.

Recuerdo que a fines del 54, fui invitado a una reunión en la casa
de Tedín, de Alberto Tedín. Y ahí estaba toda la plana mayor de lo que
se llama nacionalismo, si mi memoria no me engaña, estaba Marcelo
Sánchez Sorondo y estaban Goyeneche, Amadeo, Bonifacio Lastra,
todos los matices nacionalistas ya en conspiración contra Perón. En
esa oportunidad, me invitaron a participar de la conspiración, sabien-
do que yo estaba distanciado por algunos desacuerdos con la política
que en ese momento realizaba el general Perón. Entonces les dije: –A
pesar de mis diferencias actuales con la política del general Perón, yo
no puedo dejar de coincidir con la línea de fondo de su gobierno,
sobre todo porque el país en este momento no tiene otra alternativa: o
la oligarquía liberal o Perón. En cuanto a los nacionalistas, no son
alternativa, van a ser utilizados y al mes, dos meses, les van a dar una
patada en el traste. Porque a ustedes les ha ocurrido siempre. Eran
jóvenes y se comprende, inexpertos, lo rodearon a Uriburu y vinieron
los conservadores y les dieron una patada en el traste y los echaron a
los dos meses o tres meses y ya dejaron de tener gravitación. Vino
Perón hicieron lo mismo y fueron rápidamente desalojados, porque
Perón descubrió que eran "piantavotos"; y ahora, les va a pasar lo

mismo. La primera vez, eran jóvenes, casi adolescentes; la segunda
vez, eran hombres maduros y ahora, ya son hombres viejos, lo que es
evidente es que pelotudos fueron siempre... No saben en qué posición
están. Les he hablado con esta claridad –les digo–, porque yo no sólo
no voy a estar con ustedes, sino en contra... Pero, desde luego, creo
que si me han invitado es porque me consideran un caballero: tengan
ustedes seguridad de que yo no haré ningún uso de lo que aquí se ha
conversado. Y efectivamente ocurrió: Perón ya había perdido el
Ejército, cosa que yo ya se lo había dicho la última vez que lo vi, en
el 50, por confundir la doctrina peronista con la doctrina nacional. No
dejó margen para los no peronistas que eran nacionales. Y en el
Ejército, sobre todo, había muchos nacionales, no peronistas.

Ahora, volviendo al 30, usted como militante radical...

Yo, radical, estuve en la campaña del 5 de abril de 1931. Fuimos
los primeros que organizamos la provincia de Buenos Aires.

En ese momento, ¿todavía no había vuelto Alvear?

No, no, todavía no. Se formó una junta que estaba constituida, si
mi memoria no me engaña, por don Juan O'Farrell, como presidente;
en la que figuraban Roberto Parry, José Leiva, el doctor Viale; no
estoy seguro si el doctor Borda, Borda padre ¿no?; y algunos otros.
Esa junta organizó el partido en la provincia de Buenos Aires y lo pre-
paró para el 5 de abril.

*Y desde el punto de vista, así de afiliados, etcétera, la revolución
del 30, ¿les quitó gente o les aumentó gente?*

Bueno, yo no creo que la revolución nos haya quitado gente. La
etapa de desprestigio sobre la que se apoyó la revolución –tal vez, hija
de errores de gobierno, de lentitud de decisión, pero, más que nada, de
una magnífica y bien instrumentada campaña periodística– había pro-
vocado el decrecimiento del yrigoyenismo. Pero con la restauración
de los conservadores pasa lo mismo que en el 55. Ha sido Perón quien
lo explicó usando un adagio español que dice: "Otro que vendrá, te
mejorará". Mejora la imagen de los anteriores debido al fracaso de los
nuevos.

Eso es lo que le pasó a Onganía.

Claro, "otro que vendrá, te mejorará" le pasa a todos. Con el con-
traste, es evidente. Por otra parte, el radicalismo había caído, en el
orden nacional, por esa campaña de desprestigio, pero esa campaña no
había alcanzado a los gobiernos provinciales y sobre todo a los gobier-
nos comunales, que en la provincia de Buenos Aires son muy impor-

tantes. Allí, los dirigentes radicales –profesionales, miembros de la pequeña burguesía comercial o agraria de los pueblos– cuidaban su conducta, su administración. Eran más respetados que los dirigentes conservadores más prestigiosos. Además, no eran "el político profesional". Recién empezaba a producirse el político profesional. El radicalismo, como todo partido de gobierno, sufre las etapas de descomposición que el gobierno apareja. Pero yo me acuerdo, que en mi pueblo, cuando tocó elegir un diputado provincial, que después fue presidente de Legislatura y después diputado nacional, fue designado don José Víctor Noriega, que no era de Lincoln, ni conocía a nadie de Lincoln. Le estoy hablando del año 18. Había ido de comisionado a Lincoln, nada más y salió de diputado, sencillamente porque ningún diputado de Lincoln quería ser diputado, porque posiblemente sobreestimaban las condiciones que hacen falta para ser diputado. Después, claro, cuando la carne se colgó más corta del gancho o vieron el gancho más cerca, se dieron cuenta de que no era para tanto y aceptaron. Pero durante muchos años, ningún dirigente local aspiraba a representaciones y no se sentía con aptitudes parlamentarias.

En los caudillos de la Capital, ¿también pasaba lo mismo?

También, sí, sí.

Que recién al final empezaron...

Recién al final. Porque "los doctorcitos" que iban al Congreso se olvidaban del caudillo de parroquia que los había sostenido y no les prestaban la ayuda que los caudillos de parroquia necesitaban, para sus recomendados, para sus gestiones, para todas esas cosas. Se desprendían del problema por cuatro años.

Ahora, dígame una cosa, ¿cómo organizaron esa campaña?

Bueno, la campaña del 5 de abril se organizó así, sobre la base de lo que teníamos. La gente que constituía el Comité, la gente radical. En los pueblos se conocen todos, en los distintos lugares. Es fácil. El problema es tener un punto de referencia en cada pueblo. Los recursos financieros no necesitan ser muy grandes.

¿Por qué se decidió reorganizar el partido? ¿Qué es lo que había que reorganizar?

Bueno, el Comité Nacional había declarado su disolución. Entonces, esta junta se improvisó en una asamblea de dirigentes y fue aceptada de hecho, porque lógicamente las condiciones adversas hacen que la gente discuta menos. Ahora, la propaganda nos la hacía

el Gobierno, restableciendo a los viejos caudillos conservadores desprestigiados.

Los restablecía como interventores.

Los ponía como comisionados, con cierta prepotencia.

Le preguntaba sobre la campaña del 5 de abril porque he leído que se preparó medio subrepticiamente, como para no levantar la perdiz.

Sí, medio subrepticiamente; fue un trabajo muy personal, como se hace en la provincia de Buenos Aires, que es casi una federación de gente. Uno habla a uno, ese otro habla a 10, esos otros 10 hablan a 100, en fin, se ponen en contacto y se hace. Yo me acuerdo, por ejemplo, de una cosa que hicimos nosotros, más como broma, pero que era bastante efectiva. Para ese tiempo, el gobierno de Uriburu levantó la estampilla de correo de $ 0,05 a $ 0,10 y las cartas sin franqueo, tenían que pagar $ 0,50, suma ya muy importante en aquella época dada la pobreza general del país. Entonces y ésta fue una sugestión mía, nosotros pedimos a los dirigentes de la campaña las direcciones del mayor número posible de chacareros, de gente de campo, las direcciones para correspondencia. Y habremos recibido, qué sé yo, 30, 40, 50 mil direcciones; entonces les mandábamos un sobre con una faja adentro, donde decía: Voto por el Partido Conservador y le poníamos la dirección y no le poníamos franqueo. Entonces, cada chacarero que recibía una carta, pagaba el franqueo, porque se reciben tan pocas cartas en el campo que nadie se va a perder una carta. Con gran dolor, con gran desgarramiento, pagaban los $ 0,50 y adentro se encontraban con "Vote por el Partido Conservador"... Era una propaganda en contra de los conservadores, bárbara, porque los conservadores le habían hecho pagar la carta.

Es cierto que los conservadores estaban convencidos de que ganaban sin fraude.

Lógicamente, por eso convocaron a elección.

¿Sin fraude?

Sí, sí, ellos creían... No hubo fraude. Hubo la presión habitual en quien tiene el poder, pero la elección fue un comicio limpio y fue una sorpresa espantosa, para la gente del gobierno, y motivó la caída de Sánchez Sorondo del ministerio, la elección del 5 de abril fue más o menos como la de Perón del 46. La Unidad Democrática también creía que ganaba; si no, hubiera impugnado el comicio de entrada y se acabó. Yo me acuerdo que veía pasar los camiones con tropas que iban

a custodiar los comicios, y pasaban por los barrios del norte, por la calle Florida, y veía el público que los aplaudía y yo me reía porque decía: No saben que éstos le van a garantizar el comicio a Perón. Ellos estaban convencidos...

Dígame, ¿la candidatura de Honorio Pueyrredón tenía algún sentido dentro de la política del radicalismo?

Bueno, en cierto modo, Pueyrredón venía a ser candidato por haber sido ministro de Yrigoyen y haber mantenido la política internacional de Yrigoyen. Podía calificarse de yrigoyenista con relación a los elementos antipersonalistas que se reincorporaban al movimiento en ese momento. Pero no era un hombre de la entraña radical y en realidad me acuerdo que volvía bastante sorprendido de las giras al encontrar que todos los radicales no eran "negritos"; claro se encontraba con la burguesía de la provincia de Buenos Aires... El candidato adversario fue Santamarina... Claro, aquel era un ambiente ritualista que ya no existe, un ambiente formal: los actos públicos, con sus gorras blancas para los radicales y gorras coloradas para los conservadores; los teatros llenos de mujeres en los palcos. En cuanto a los discursos, en fin –Balbín conserva ese estilo– empezaban siempre: "Sea mi primer saludo para el conjunto de damas que como armonioso ramo de flores, adorna este salón; saludo la presencia de la mujer radical". Ese era el tipo de oratoria. Hay anécdotas curiosas de esas campañas, una campaña de gran oratoria. Yo prefiero contarle algunas humorísticas y otras bravas. Emir Mercader, por ejemplo, era como yo, hijo de una maestra de escuela pero, a todas las localidades donde iba, decía: Mi madre que enseñó las primeras letras en este pueblo. Emir tenía prestigio de haberse escapado de la cárcel de Ushuaia y era ovacionado enormemente, era muy querido. Recuerdo que, una vez, en Arrecifes, dijo: Recojo estos aplausos, pero no me quedo con ellos, los llevo para mi pobre madre dolorida que allá, en La Plata, pensaba en la helada noche polar de Ushuaia, mientras yo estaba allí. Mi madre que tal vez, los viejos de este pueblo la hayan conocido porque enseñó las primeras letras acá... Era una especie de Betinotti. Los oradores que andábamos en la gira nos sabíamos unos a otros los discursos, y recuerdo que en esa oportunidad le dije a Emir: –Mirá, la próxima vez que metás a tu madre, yo voy a hablar mal de ella, así que retirala de circulación... Bueno, eran bromas que nos hacíamos, ¿no? A veces se inventaban anécdotas. En Luján había dos dirigentes radicales, hermanos, Inocencio y José María Pérez. Estos dos Pérez eran

hermanos de un corresponsal de *La Nación*, mitrista, de Arrecifes, que había sido muerto por la gente brava del conservadorismo. Y los radicales, que eran expertos en enterrar difuntos, le pusieron gorra blanca al muerto, como se la pusieron a un socialista que mataron en Quilmes, famoso también. Los radicales se apoderaban de los muertos y los velaban. Y entonces, aparte de las cosas verdaderamente malas de los conservadores, había una hermosa leyenda creada... Estos hermanos Pérez se habían distribuido la política de Luján en esta forma. El primero, Inocencio, era siempre diputado nacional, dirigente del orden provincial y nacional y José María era el edil, era el intendente, el presidente del Concejo Deliberante, manejaba, diremos, el economato del pueblo. También en la oratoria de los actos públicos se distribuían igualmente el trabajo. Y mientras Inocencio hablaba de política nacional y de política internacional, José María hablaba de alcantarillas, de pavimentos, bibliotecas, barrido y limpieza, los temas que corresponden al orden edilicio. Y en uno de esos discursos, después de enumerar las cosas que estaban mal en la comuna hasta que llegaron los radicales y el retorno al pasado que significaba el pasado sin alcantarillas, sin cloacas, José María hizo una mención, porque no hablábamos en la plaza principal, sino en una plaza secundaria, al pozo que había en esta plaza. –Ustedes recordarán –decía– conciudadanos, el pozo de esta plaza, el pozo... Y la gente aplaudía. El pozo parecía que le evocaba algo y nosotros empezamos a preguntarnos qué era lo del pozo. Bueno, después nos explicaron que el pozo era una cavidad bastante grande, seguramente hecho con el propósito de hacer un jardín de esos hundidos que suele haber, como el que hay en la plaza Libertad acá, más abajo del nivel medio de la plaza, pero que no se había terminado, y se había convertido en un depósito de basura y además, parece que cuando oscurecía los muchachos y las chinitas aprovechaban para sus revoleos íntimos. Bueno, entonces, a Manzi, a Homero Manzi, que era muy bromista se le ocurrió inventar el mito del pozo de Luján. Entonces los dos hacíamos lo mismo que hace Emir Mercader con la madre. En todos los actos públicos hablábamos del pozo de Luján, hablábamos de los crímenes que se hacían en el pozo de Luján. Y se hizo el mito del pozo de Luján, y entonces la gente decía el "pozo de Luján", el "pozo de Luján"... Vio cómo es fácil inventar, nosotros hacíamos esas experiencias.

Y además de eso había matonaje y peleas en los actos.

No, en general no. Los conservadores estaban tranquilos porque creían que ganaban. No. No hubo violencia, como hubo más adelante.

Usted recién mencionó la vuelta de los antipersonalistas al partido.

Bueno, todo eso se hace alrededor de Alvear.

Incluso antes de que llegue.

Incluso antes de que llegue. Más aún, el acuerdo llega porque esa corriente predomina, así como se trata, ahora, de hacer la conciliación política. Entonces también se hizo una conciliación. La conciliación generalmente consigue que la parte nacional, más definida en su orientación, abandone su programa y ceda a los que están más cerca del liberalismo y poco a poco, el liberalismo se apodera del partido hasta que se produce la nueva división.

Ahora, ¿era una vuelta para tratar de acercar el radicalismo al gobierno o una vuelta para ser más fuertes en la oposición?

No, no, para ser más fuertes en la oposición. En ese momento era para ser más fuertes en la oposición.

Entonces los antipersonalistas que habían estado en el golpe abandonaban ahora...

Bueno, algunos. Unos se quedaron con Justo y llegaron a fundar el ala antipersonalista del justismo. Muchos no vinieron del antipersonalismo, más bien fueron los yrigoyenistas los que se antipersonalizaron. Es decir, tipos que habían aceptado, por ejemplo, esa junta de la provincia de Buenos Aires, entre los que yo tenía muchos amigos yrigoyenistas, pero no muy ortodoxos. El que más y el que menos tenía sus cuestiones con don Hipólito. Serían "lomos negros", diríamos, en términos rositas.

En el primer momento, ¿a alguien se le ocurrió discutir la jefatura de Alvear?

Nosotros, sí.

¿De entrada?

El grupo de la Capital formó la "continuidad jurídica". Sí, nosotros nos opusimos de entrada. Éramos la mayoría de los caudillos de parroquia.

¿La mayoría de los caudillos?

Sí, sí.

¿Y Sancerni?

No. Sancerni era neutral. Vea, le voy a decir quiénes estaban en esta posición. En la 1ª, ni Arbeletche ni Rabanal, que recién aparecían, pero estaban Pedro Ispa, Juan Bidegain, no Pedro, Pedro era el de la 6ª; Juan Bidegain; Grande Novoa, muchos caudillos de los pequeños barrios que forman las...

¿Rabanal, no estaba en eso?

No, no, Rabanal es de posterior aparición. Sería un caudillo menor en esa época. Rabanal creció más tarde, Arbeletche era el hombre fuerte y ése no está con nosotros. Bueno, en la 2ª, tampoco teníamos un caudillo neto, pero lo teníamos al escribano Poggi. En la 3ª, lo teníamos a Scarlatto; en la 4ª, al doctor Bregante; teníamos la mayoría de la 5ª, la casi totalidad con Joaquín Costa y con el viejo Pellerano; la casi totalidad de la 6ª con los amigos que habían sido de Pedro Bidegain. En la 7ª, no, Ortiz de Zárate, se fue con el grupo del City, era un grupo minoritario. En la 8ª, muchos grupos entre los cuales estaba el de Manzi y ahí seríamos mayoría seguramente, porque eran muchos grupos distintos. En la 9ª, también la gente joven de la 9ª; en la 10ª estaba Sabarese y el grupo opositor a Sabarese, que también estaba. En la 11ª, Martín Yrigoyen; en la 12ª, Giuffra y lo que es ahora López Serrot; en la 13ª, Juan Baldasarre, Fernández Castro; en la 14ª, estaba el grupo mayoritario que era de los hermanos Bruno y sus amigos; en la 15ª, también teníamos mayoría con José María Gutiérrez y Manuel Moreira; en la 16ª, también con Arnoldo Couto; en la 17ª, éramos la minoría con Franco; en la 18ª, éramos mayoría; en la 19ª, estaba Versa también y en la 20ª, Gabriel Cairufa.

De todos estos caudillos que usted me menciona, ¿cuántos mantuvieron la posición anti-alvearista por ejemplo, en el 36?

No, ya se habían volcado casi todos.

¿Se habían volcado casi todos?

Sí, en esa época, nosotros fundamos FORJA, porque ya habíamos quedado descabezados. Ahora, muchos de estos que he mencionado fueron peronistas, pero en política interna, ya no estaban en condiciones de ofrecer lucha.

La lucha en la Capital, ¿fue muy intensa, en esos años?

Sí, fue intensa y nosotros le obstaculizamos bastante a Alvear. Retardamos cerca de dos años la reorganización. El movimiento nuestro se llamaba "De la Continuidad Jurídica", y nosotros ganábamos la elección interna, pero se nos dieron vuelta uno o dos delegados y en vez de ungir nuestro candidato a presidente, fue elegido, por un voto

de diferencia, el doctor Carlos Noel. Entonces, como sosteníamos que había una irregularidad estatutaria en la elección de Noel, nosotros, que éramos la tendencia revolucionaria del radicalismo, fuimos calificados, periodísticamente, como "legalistas" y los otros, como "mayoritarios". Ahí nosotros actuamos poco tiempo.

Sí, en el Comité tuvo mayoría Noel, pero en la convención teníamos mayoría nosotros. El presidente era Guillermo Watson, que era de la tendencia nuestra y yo era secretario de la convención de la Capital. Pero pronto nos dimos cuenta que no tenía sentido la lucha interna y entonces, vino la fundación de FORJA, tomando como fecha de iniciación de los trabajos la resolución de la convención nacional que levantó la abstención antes del comicio (29-12-34 al 3-1-35). Nosotros sabíamos que estaba tramitándose el cumplimiento del tratado Roca-Runciman y que una de las condiciones impuestas por Inglaterra era "la pacificación del país" y la creación de un estado de legalidad. Por eso, no nos sorprendió cuando de pronto, a ellos les vino la furia por la legalidad.

Una singular prisión correntina

En esos años del treinta, ¿anduvo en las revoluciones radicales?

Sí. Desde luego, nuestro grupo era revolucionario y tuve participación en todas las actividades insurreccionales. Pero, casi esto es una cosa personal. Un poco cansado de la difamación que hacían los alvearistas, llamándonos "revolucionarios de café", quise tener participación activa y es así como, con Luis Dellepiani y Marcelo Bosch, nos fuimos por el Uruguay, al Brasil, a Santa Ana de Livramento, a incorporarnos a los efectivos que bajo el mando del teniente coronel Francisco Bosch, se prestaban a invadir el país como parte de una insurrección general. Pero el movimiento fracasó: sólo triunfó en San Luis, que fue tomada pacíficamente, por parte de la guarnición sublevada. Se luchó en Santa Fe, entre civiles, policías y militares, en Rosario y en la ciudad de Santa Fe. Me acuerdo de los hermanos Madero, muertos en la puerta de la jefatura, dos civiles muy valientes, al intentar tomarla. En Santa Fe se tomaron varias comisarías y hubo tiroteo, donde murió bastante gente. Nosotros llegamos a tiempo para participar en la entrada que se hizo hacia el Paso de los Libres, cruzando el río Uruguay. Teníamos una fuerza organizada sobre la base de 50 suboficiales y unos 300 hombres; sí, teníamos el material humano y varios oficiales. El material humano necesario para llevar ese efectivo de 300 hombres a 3.000 o 4.000, una vez en el territorio argentino. La gente estaba en un campamento, sobre las islas del río Uruguay, al norte de Uruguayana, en un campo de un estanciero brasileño, un amigo, que era el que proporcionaba vacas. En el lado brasileño se formó una tropa, mandada por el capitán Aguirre. Sobre la frontera de Misiones actuaba don Lucas Torres, un maestro de escuela, caudillo revolucionario de gran prestigio entre los misioneros, sobre todo entre los mensú que todavía había. Él tenía que entrar desde Brasil. La estrategia general de esta parte de la revolución era considerar una circunstancia geográfica muy particular que ofrece la Mesopotamia y es que a lo largo de la costa del río Uruguay, de Paso de los Libres al norte, existe una franja de tierra separada del resto del

país, por los esteros. De modo que, ocupando Misiones y el noreste de Corrientes, basta hacerse fuerte en este "cuello de botella", que existe entre el río Uruguay y los esteros, a la altura de Paso de los Libres, para poder formar una fuerza operativa que después pueda actuar en combinación con otras fuerzas que iniciarían la guerra civil en el interior del país. Entonces, el plan era tomar con nuestras fuerzas Paso de los Libres, defendida por el 11° de Caballería, en el cual teníamos amigos que tenían que sublevarse. Al atacarlo nosotros, el capitán Aguirre tomaba otra población que estaba defendida por un batallón de la provincia de Corrientes. Y por el límite misionero-brasileño, entraba Lucas Torres, remontando gente, para que de Misiones y del norte de Corrientes bajaran los contingentes que se iban a organizar en esa ciudad, donde ya se habían remontado las caballadas. Pero, dos días antes de producirse la invasión, el gobierno brasileño, ante la insistente reclamación del gobierno argentino, allanó el campamento donde estaban nuestras fuerzas. Y se lo llevó preso a uno de los jefes y a unos cuantos oficiales, entre ellos a Gregorio Pomar que había sido autor de la revolución, en Corrientes, de junio del 31. Se lo llevó al Brasil, a Bello Horizonte y se incautó de gran parte del armamento, de la munición y sobre todo, de la mayor parte de las armas automáticas.

Así, el 31 de diciembre, que fue el día que cruzamos, tuvimos que hacerlo con nuestra fuerza muy reducida y desorganizada. Bueno, sería largo de contar, la marcha, los combates que hubo... En fin, fuimos derrotados. Entre la ciudad de Paso de los Libres y el río hay un bañado muy grande y a través del bañado, los sobrevivientes nuestros se retiraron hacia la orilla y cruzaron el río a nado, o en botes que los venían a buscar desde la orilla brasileña. Y nosotros desde el bañado protegimos la retirada de ese grupo, pero quedamos aislados. Entonces nos internamos. En un momento determinado, fuimos vistos por un piquete de tropas que venían en camión; nos tuvimos que internar de nuevo en el bañado; el bañado donde estábamos fue bombardeado por los aviones. Pero, llegó la noche y salimos y el asistente de Roberto Bosch que era un gaucho de la zona consiguió caballos, para él, para Roberto Bosch y para el otro acompañante. Se fueron, y el resto del grupo, que éramos cuatro personas, quedamos junto al arroyo, escondidos. Entonces, los dos que sabían nadar, nos invitaron a bajar por el campo y cruzar el río Uruguay. Pero Navarro y yo, que no éramos buenos nadadores, pensamos que no teníamos capacidad natatoria para cruzar el río Uruguay y aunque la tuviéramos, nuestra deficiente condición iba a obstaculizar la salvación de los otros dos.

Entonces, resolvimos dejar que se fueran ellos. Y nosotros remontamos hacia el interior del río y después, resolvimos cruzar. Íbamos en busca del Miriñay, pensábamos bajar por el Miriñay, pero en el cruce, nos descubrió un estanciero apellidado Cabral y nos entregó a las fuerzas policiales. Así caí preso en la comisaría de Bompland. De ahí pasé a Paso de los Libres, donde me juntaron con otros presos. Y vino después el juez, Amado Sosa, juez federal, personaje extraordinario, que se necesitaría un libro para contar su historia. En realidad, Cabral nos entregó de la siguiente manera. Nos ordenó que nos dirigiéramos hacia la población de Bompland y nos entregáramos a la policía y nos dijo que él iba a vigilar, desde su estancia, que nosotros siguiéramos esa línea recta. Si nos desviábamos, iba a mandar un peón a Bompland, para que nos vinieran a agarrar. Nosotros dijimos que íbamos para Bompland. Simulábamos ser gente en busca de trabajo. Y mientras caminábamos en dirección a Bompland, yo le decía a "Navarrito": –Cuando pasemos aquella cuchilla, que ya no nos van a ver desde la estancia, doblamos a la derecha. Pero cuando pasamos la cuchilla, estuvimos a la vista de un centinela que había en un molino de Bompland. Nos deben haber visto, porque cuando torcimos a la derecha, en eso vimos venir un grupo de gente a caballo que nos apuntó con sus carabinas y nos tomaron presos y nos llevaron a la comisaría de Paso de los Libres.

Allí, en la comisaría de Paso de los Libres, la primera impresión fue muy desagradable. A mí me pusieron en el patio y me dijeron: –Recuéstese ahí. Había un recado. Era el recado de Tito Bompland, un compañero nuestro, que lo suponíamos muerto. Al ver el recado ahí, me quedé frío. Afortunadamente, sólo el caballo había muerto y le habían sacado el recado. El comisario que era un tal Bello tenía 3 ó 4 cadenas de relojes sobre la panza, que eran relojes de los muertos. En un alambre había colgado una oreja, que le había sacado a un milico misionero que había entrado muerto y entonces le había cortado la oreja como lujo. Este hombre volvió a Misiones, el milico este que le cortó la oreja y no volvió de Misiones más, porque pagó la oreja. Yo iba vestido con un mameluco, un overall de mecánico y tenía $ 100, de los que en aquella época se llamaban "canarios", que eran amarillos, como reserva, metidos en el doblez del pantalón, en la pierna del mameluco. Y tenía unos pesos sueltos, con los que lo hice llamar al turco de la esquina del boliche de la estación Bompland. Vino el turco

y le compré una camisa, una bombacha y unas alpargatas, de modo que me pude sacar el mameluco que estaba muy sucio y la ropa interior y se la mandé, con un chiquilín, a una paisana lavandera que vivía enfrente. Después que se había ido la ropa, me acordé que tenía los $ 100 en el doblez, que era la única plata que tenía… Bueno, le hice la cruz. A la tardecita, vino el chico a traerme la ropa y le digo: –¿Y cuánto es? –Nada, nada –me dice–. Nada, mi mamá es radical… Bueno, le di las gracias, pero enseguida agarré el pantalón para buscar los $ 100 y no estaban. Bueno, dije, se perdieron. Pero cuando estaba oscureciendo, vino el chico. Yo estaba recostado en el recado de Tito Bompland, como he dicho y me dijo: –Aquí le manda mi mama esto, lo sacó del pantalón, que no lo vaya a ver el comisario porque se lo va a sacar. Y eran los $ 100. A mí me emocionó porque la pobre paisana en su vida habría visto un "canario", un billete de $ 100. Claro, usted es joven y es difícil explicarle lo que eran $ 100, en aquella época y en aquel medio, donde los sueldos de un peón, de un mensual, debían estar entre $ 10 y $ 15, y los lavados serían moneditas.

Bueno, estuve dos días ahí, en esas condiciones, llegó un teniente que nos llevó a Paso de los Libres, al cuartel. Me sometieron a los interrogatorios y después me mandaron a la comisaría, junto con otros presos. Ahí estaba Luis Dellepiane, que había venido antes. Estaban Etchepare, estanciero de Azul; Llorente, un periodista de Azul, todos amigos míos; Zumalacárregui, de Paraná, todo el grupo que había entrado antes a Paso de los Libres, para establecer los contactos con los oficiales que estaban comprometidos. Pero ocurrió que los oficiales que estaban comprometidos, cuando se enteraron que la revolución había fracasado en el resto del país, que sólo había estallado en Rosario y Santa Fe con elementos civiles, se hicieron a un lado y los dejaron a éstos sueltos… Posiblemente los entregaron, la cosa es que cayó la policía y se los llevó a la comisaría, y ahí, en la comisaría, me los encontré. Al día siguiente, me pasaron del cuartel a la comisaría y me mandaron a un calabozo.

Yo estoy muy agradecido porque en el mismo calabozo había un leproso y yo tenía, no sé, un miedo espantoso a la lepra, era como una enfermedad. Pasaba el caso de subir a un tranvía y ver a alguien que tenía un estigma que yo suponía leproso y me bajaba, no podía viajar. Esa noche, se me curaron para siempre todas estas cosas. "Nada enseña tanto, como el sufrir y el llorar", dice Martín Fierro. Bueno, esa noche, tomé toda mi dosis necesaria para terminar con el temor a la lepra.

Ahora le cuento lo que era la comisaría de "Libres", en esa época. Usted no sé si vio un sainete que se dio hace mucho tiempo, que se llamaba "Ya tiene comisario el pueblo". Bueno, se queda atrás. La comisaría de Libres tenía un personal "desuniformado" de la siguiente manera: uno tenía sable; otro tenía machete; otro tenía daga; algunos de los vigilantes, tenían uniformes de conscriptos dados de baja, de rezago, algunos tenían alpargatas, otros tenían botas. En fin, salvo el hecho de portar un arma y una gorra, nada más los identificaba como policías. Y estaba el comisario y el jefe de la guardia. A la mañana siguiente, cuando me sacaron del calabozo al patio, conseguí que me prestaran un tacho, porque había andado tantas leguas, habíamos hecho, fácilmente, en dos días unas 15 leguas a pie y con temperatura de 39 a 40 grados, que necesitaba remojarme, especialmente los pies.

Aquel paraje se llamaba… No lo recuerdo bien, pero era un nombre autóctono… Se había salvado. Porque usted sabe seguramente que en materia de nombres, en la Argentina se ha macaneado demasiado. Los que tienen más nombres de calles son los socialistas. Hace poco, le sacaron el nombre de un coronel no sé cuanto a una calle de Buenos Aires y le pusieron, ¿cómo se llamaba ese socialista muy cuelludo, que fue concejal? Un hombre de segunda línea… Sí, Ruggieri, Silvio Ruggieri, así le pusieron… Pero el nombre de las calles se pone de una manera tan artificial. Comúnmente, se eliminan los nombres tradicionales, que tienen un sentido, que dicen algo. El otro día, un escritor amigo, cuentista, me comenta que él vive en Totoral. ¿Y quiere creer que a Totoral le han puesto Villa General Mitre? Un nombre tan lindo como Totoral… Y si Mitre nunca estuvo en Córdoba. Ahora, en cambio, vi en el camino de Cañuelas a Monte, una estancia que se llama "El Totoral". Entonces, la gente se desorienta. Yo he hecho la experiencia, por ejemplo, de cruzar el arroyo Pavón, con gente de cultura media y preguntarle: Che, ¿por qué se llamará Pavón? Y contestan: Será en homenaje a la batalla de Pavón. (!) Lo que la gente no se le ocurre es que la batalla, fue ahí, y por eso el nombre… Lo mismo en Oncativo, en cualquier lugar en que por casualidad está el nombre tradicional, creen que se ha puesto en homenaje a algo. Entonces, han distorsionado todo. La geografía y la historia no tienen parentesco. Como los nombres son falsos, además, conspiran contra la poesía.

contra la belleza, porque usted puede hacer unos versos diciendo "Punteando alborada salí del Tuyú", pero usted no puede decir "Punteando alborada salí de General Madariaga", no anda. Usted puede hacer unos versos hablando del Totoral, pero no puede hacer hablando del general Bartolomé Mitre.

Sí, no rima con nada.

No, no es cuestión de rima. No tiene sentido poético, pierde color. El nombre debe identificar la cosa. Usted, por ejemplo, ve la calle "San Martín" de Junín, y la calle "San Martín" de Chivilcoy y de Bahía Blanca. Usted sabe que es una calle central, pero no le dice nada, pero usted diga la calle Muñecas, en Tucumán. Yo sé la calle Muñecas, en Chile, por ejemplo. Muñecas, uno ubica, hay una identidad, nombre y paisaje se identifican. Pero aquí todo se llama Mitre o Sarmiento.

Toda una política.

Toda una política de desarraigo de la realidad del país. Es algo increíble. Bueno, que en Buenos Aires haya ocurrido, yo se lo perdono a los socialistas, porque Buenos Aires ha crecido tanto y no hay nombres antiguos. Lo que no perdono es que se cambien los nombres antiguos. Pero los nombres que ya están, la calle del Aguaribay está diciendo algo y además se identifica con algo. Florida es una calle que ya está identificada, a través del tiempo. Mire, la avenida Libertador que uno ya no sabe dónde es "Alvear", dónde es "Libertador", ya lo de Libertador hincha bastante las pelotas porque San Martín ya tenía lo suyo. Y la calle Alvear era nuestra Avenida Alvear del lujo, ya estaba hecha, ya la imagen de Alvear se perdía por la imagen de la calle y llega un momento en que el lugar es más importante que la designación.

¿Volvemos a Paso de los Libres?

Bueno, estábamos…

En la comisaría de Paso de los Libres.

Sí. Ahí me llevé una sorpresa. Oigo que el capitán sale al patio y dice: A formar los francos. Yo dije, bueno, van a formar los vigilantes que tienen franco. Y veo que los que forman, son los presos, algunos de los presos. Entonces, me entero de que ¡los presos tenían francos! que salían en libertad. Porque en Corrientes no había cárceles de encausados. Entonces, los encausados cumplen el período de proceso dentro de las comisarías y el comisario les da franco, posiblemente a razón de un 30% por día, que son vituallas que se traga él. Él tenía

comida para 20 presos, dejaba salir 6 ó 7, eran 6 comidas que se tragaba él. Los tipos salían en libertad y a la noche volvían y al día siguiente salían otros, salvo uno, que se emborrachaba y le daba por pelear a la policía. Así ese cuando volvía era "super preso", porque era preso por lo anterior y además por este episodio policial.

Le voy a contar algo de este personaje. Cuando se emborrachaba, gritaba: "El Dr. Llanos es el patrón del regimiento y yo soy el patrón de la policía…". El Dr. Llanos, de quien ya le hablaré, había peleado con los oficiales del regimiento, un tiroteo bárbaro, no se hirió ninguno, porque el tiroteo era como a una cuadra de distancia, pero ya tenía fama de que a los oficiales los tenía en el bolsillo. Entonces, el loco aquel se emborrachaba y repetía: "El Dr. Llanos es el patrón del regimiento y yo soy el patrón de la policía". Y cuando lo iban a buscar, los peleaba. Bueno y ahí ocurrió una cosa que es increíble. Entre los presos, estaba un amigo mío que es un personaje para la opereta, un muchacho que había sido secretario de José Benjamín Ábalos. Ábalos había sido ministro de Yrigoyen y había andado en todas estas conspiraciones y también estuvo en Paso de los Libres. Dormía, a veces, al aire libre…

Qué quiere decir, ¿dormir al aire libre?

Quedarse en una plaza, trasnochar, es decir hacer una vida bohemia, dar cierta sensación de irregularidad. El doctor Ábalos daba la mínima que puede dar un cirujano que está atado a la terrible disciplina de un hospital. Este muchacho era el secretario y había adoptado el uniforme de conspirador: andaba siempre de capa, sombrero aludo y un anillo obispal. Uno lo veía y se daba cuenta de que estaba conspirando. Además era muy gracioso, porque nosotros sabíamos cómo andaba la conspiración por el vino que tomaba. Parece que tenía un suegro con bastante plata que estiraba la bolsa, según las noticias de las perspectivas de poder que había. Entonces, este muchacho tenía debilidad por el "Chablis", cuando tomaba el "Chablis" era porque andaba muy cansado, pero cuando pedía semillón sabíamos que la cosa venía en serio. Bueno, este muchacho nos citó en Montevideo, cuando íbamos a incorporarnos, a Dellepiane, a Marcelo Bosch y a mí. Nos citó en el hotel Cervantes de Montevideo que era, en ese tiempo, de cierta categoría. Bueno, llegamos al hotel y fuimos al conserje y le preguntamos por la habitación. Él nos había dicho que preguntáramos por la habitación de don Félix de Gustiza, un nombre folletinesco, de conspirador. Entonces preguntamos por la habitación de don

Félix de Gustiza y el conserje le dijo al cadete: –Llevá a los señores a la habitación de Fourquet, que era el apellido real, que ya lo conocían todos. ¡Imagínese qué clandestinidad! Bueno, este Fourquet estaba entre los presos. El comisario era un señor Sanabria, tal vez el apellido le suene, porque el Sanabria de hoy es un gran plantador de arroz correntino. Y no sé si recordará, que hace 4 ó 5 años, secuestraron y creo que asesinaron al hijo de este hombre en Río de Janeiro, para sacar rescate. En ese tiempo, Sanabria era comisario, porque al hermano rico le interesaba controlar ciertas vigilancias, pues era contrabandista de arroz, del Brasil a la Argentina. Tenía una chacra experimental, cerca de Paso de los Libres, donde producía arroz, pero de esa chacra salía arroz en cantidad 10 veces más o 15 veces más que el arroz que producía y era el arroz brasileño.

¿Era negocio contrabandear arroz?

No, ahí viene el asunto. Descubrió que más negocio era plantarlo y ese fue el gran impulso de la industria arrocera correntina y entrerriana. Bueno, Fourquet empezó a hacer ostentación de riqueza, nos pedía a todos que le pasáramos la plata que teníamos, toda la plata, porque resolvió fugarse y lo conversó enseguida con el comisario y arreglaron la suma, pero en Paso de los Libres, al mismo tiempo que la comisaría, está el asiento de la Inspección Regional Policial. Y el inspector regional era un señor Lezcano, autonomista... En ese momento, en Corrientes, Numa Soto era el gobernador y el vicegobernador era Resoagli. Este gobierno había salido del Colegio Electoral por una combinación entre antipersonalistas y autonomistas disidentes, de don Ramón Vidal. Los antipersonalistas habían resignado su candidato a vicegobernador que era este doctor Llanos, de Paso de los Libres, de que le estoy hablando y los autonomistas habían resignado su candidato a primer puesto. Los cargos en el gobierno estaban repartidos proporcionalmente. En Paso de los Libres les había tocado, el comisario, a los antipersonalistas, que era Sanabria y el inspector general de zona, que estaba por encima de él, a los autonomistas, que era Lezcano. Lezcano se enteró de que Sanabria estaba acomodándose con un preso rico para hacerlo fugar y entonces le rodeó la manzana de la comisaría con gente y Sanabria no podía hacer la fuga. Entretanto, Lezcano denunció por irregularidades, ante el ministro de Gobierno, que era autonomista, al jefe de Policía, al comisario Sanabria y consiguió que lo suspendieran y le encomendaran, a él, la comisaría. Entonces, al hacerse cargo de la comisaría, enseguida entró

en conversaciones con Fourquet para hacerlo fugar pero Sanabria le rodeó con amigos la comisaría y no podía sacar al preso. Bueno, en eso llegó el juez y nos fuimos con él. Después que nosotros nos fuimos, se produjo la fuga, pero no la hizo, ni Sanabria, ni Lezcano, la hizo el doctor Llanos. Con la fama de guapo que tenía, una vez llegó el doctor Llanos, a la comisaría y le dijo: –Vea Fourquet, me han dicho que usted se quiere fugar y no puede, porque cuando se acomoda con Sanabria, se le cruza Lezcano y cuando se acomoda con Lezcano, se le cruza Sanabria. ¿Cuánto me paga a mí y yo lo fugo? Yo me voy a ir a Europa y lo llevo conmigo a Europa. –Macanudo, yo total no tengo nada que hacer. –Entonces, mañana tenga preparada su ropita –dice–, haga un bulto, que yo lo voy a venir a buscar. Esto no lo vi yo, me lo contaron. Llegó Llanos a la mañana y le dijo a Fourquet: –Agarre su bulto –y dijo–: señores, este hombre se va conmigo al Brasil y que me pare el que sea capaz, adelante… Y se lo llevó nomás. Nadie pudo pararlo y se lo llevó, lo cargó en un burro y se lo llevó al Brasil. Ahora, en el Brasil, a Fourquet, no tenía ninguna posibilidad de llevarlo a Europa, porque en ese momento estaba en tiempo del semillón, no en el tiempo del Chablis y se le escapó a Llanos y Llanos quedó plantado en el Brasil.

Bueno, en este interín, de las conversaciones de Fourquet y su fuga, llegó el juez federal, que era el doctor Amado Sosa. El doctor Amado Sosa nos saludó como a viejos amigos, leyó el sumario, dijo que no servía y lo rompió. Dijo: Vamos a empezarlo de nuevo. Entonces, nos hizo declarar a todos y todos éramos unos angelitos turistas, que habíamos caído de casualidad allí y no declaró ningún testigo, de manera de sobreseernos. Entonces, Sosa nos dijo: -Señores, si yo los sobreseo, el gobernador los va a poner a disposición del gobierno nacional y el gobierno nacional los va a mandar a Ushuaia como ha mandado a los otros. ¿Qué les parece si les decreto la preventiva hasta que termine el estado de sitio y se vienen conmigo presos a Corrientes? Allí alquilan una quinta, viven ahí y yo les pongo una vigilancia de apariencia para cubrir las formas y la pasan bien hasta que se levante el estado de sitio. Aceptamos la proposición y nos fuimos para Corrientes.

Eso, de puro gaucho.

De gaucho y de ideólogo, Sosa era comunista. Ahora va a ver. Llegamos a Corrientes. Fuimos en el tren jugando al truco con él, de primera, con dormitorio y todo. Supongo que por cuenta de la Justicia

Federal. Llegamos a Corrientes y alquilamos la quinta de Los Pérez que ya no existe ahora. En la época del peronismo, se hizo un barrio de casas para obreros. Era una quinta antigua, donde los Pérez tenían un stud. Los Pérez son los dueños del hotel Buenos Aires, un hotel tradicional en Corrientes y del hotel Castelar en Buenos Aires, que en ese tiempo era un hotel, todavía, sino de primera "A", de primera "B". Y nos instalamos ahí: Zumalacárregui, Etchepare, Luis Dellepiane y yo.

Al segundo día de estar, en esa quinta, yo estaba sentado en el jardín en un banco y entró un criollo de pura cepa. Y me dijo: "Doctor Jauretche". "Sí señor". "Yo me llamo Villanueva". ¿Cómo era el nombre de pila de Villanueva? ¡Tanto que lo quise! "Yo soy hombre 'de la idea'. He sido secretario del gremio de ebanistas, en Buenos Aires, y actualmente tengo aquí unas tías viejas que tienen un almacencito. Yo se lo atiendo. No es mío el comercio. Soy, en cierto modo, hombre de consulta de la clase obrera, acá; y supe que estaba usted con otros amigos presos y vengo a ponerme a su disposición, porque todo hombre libre es mi amigo y un hombre libre es un hombre que está preso". Bien a lo anarquista, ¿no? Un santo varón… Bueno, ese fue el primer amigo que hicimos, en Corrientes; y pronto arreglamos y nos íbamos a comer al almacencito de las tías que quedaba a unos trescientos metros de la quinta. Era una familia criolla antigua, donde había rastros de una antigua prosperidad, porque a pesar de la modestia de la casa había manteles de hilo y aparecían en la vajilla algunas piezas de plata. Sobria, comida sobria, muy bien cocinada y muy fina la conversación porque a los Villanueva no les gustaba que se empleara palabras groseras y había que cuidarse por el mismo afecto y respeto que les teníamos, sobre todo en materia social, era la gran castidad; se ponían coloradas si se hablaba de ciertas cosas. Él no decía que le desagradaba. Decía: "Pueden oír las tías, pueden oír las tías".

El juez federal venía a visitarnos y los domingos solíamos hacer asado, ahí mismo, o en la vieja quinta de Ferré, del que había sido gobernador, Pedro Ferré, situada sobre el Paraná, sobre las barrancas, un edificio curioso, una construcción en adobe… En toda la quinta no había ni un alambre, ni un clavo, todo era hecho a base de tiento, de ataduras, las bisagras, todo. La casa confortable, para el clima y muy bien situada sobre la barranca. Abajo había un desplayado de trescientos metros y se llegaba a un brazo del río, después venía una isla y después otro brazo más grueso del Paraná, al norte de la ciudad de Corrientes. El juez sabía traer, a esas fiestas, a las empleadas del juzgado y familias; era un asado nada más, se jugaba, a veces se bailaba. Eramos unos presos que estábamos en muy buenas condiciones.

Ahora le voy a explicar quién era este juez… Amado Sosa era hermano de Leopoldo Sosa, el jefe tradicional del partido liberal, de una de las familias de más cuño y más abolengo de Corrientes y hombre muy respetado, muy inteligente, se decía o se creía comunista. En realidad, era un gran humorista, con un gran sentido de humanidad. Yo no creo que haya habido, no sé si en el país, pero estaría por decir en el mundo, algún juez como él. Tan justo y tan informal, al mismo tiempo. Prácticamente, los contrabandos los dividía en grandes y chicos. Los chicos se absolvían, los grandes se condenaban, porque los chicos eran rebusques del pobrerío que rodea las grandes ciudades. Ahora, cuando los pleitos eran fuertes, él tenía largas tenidas con los apoderados abogados y los interesados en el pleito. Y cuando llegaba a una conclusión, decía: "Esta es la sentencia"; y la sentencia era justa, siempre. Y además, abogados y procuradores sabían que tenían que aceptar las decisiones, que si chicaneaban, los iba a embromar siempre.

Amado Sosa podía permitirse cualquier arbitrariedad, tal era el prestigio moral del que gozaba, unido a su prestigio social y entre otras cosas, ésta de ser comunista. Iba al club, seguramente, y repartía las estancias de sus amigos liberales, provocando el horror de todos éstos, diciendo: "A fulano, le voy a dar esto…". Quien sabe las cosas que hacía, se divertía siendo comunista, pero se movía como si lo fuera. Por ejemplo, estaba en una de esas entrevistas y en eso venía el ordenanza y le anunciaba que estaban los compañeros del partido. Entonces decía: "Señores, me van a tener que esperar media hora, porque vienen del Partido y primero hay que cumplir con el Partido". Y se iba y echaba un párrafo con los dirigentes comunistas. Por otra parte, era un tipo chupador, mujeriego y tenía todas las lacras de la vieja sociedad. Era casado con una Perón, padre de esa Sosa Perón que se nombraba en aquel tiempo de la revolución. No sé cómo viene el parentesco con Perón, pero las hijas de él eran sobrinas o primas segundas de Perón. Según yo oí allí, siendo estudiante, se casó con la hija de la dueña de la pensión. Porque las viejas de la sociedad correntina la llamaban a la mujer "la francesa"; la cosa es que se casó con la hija de la dueña de la pensión y se la llevó a vivir a Corrientes.

Y Villanueva, Fermín Villanueva nuestro amigo, el artista, le tenía un odio a muerte a Sosa, por corrompido, por mujeriego, por repre-

sentante de la burguesía, por la falacia de declararse obrerista, siendo expresión de ese medio, pero esencialmente por comunista. Todo lo otro se lo podía perdonar, el comunismo, no. Un anarquista perdona todo, menos el comunismo. Y era tradicional, según me contaban los amigos, que todos los primeros de Mayo hubiese un orador obligado que era Fermín Villanueva, porque era el patriarca de los trabajadores correntinos. Al margen de sindicalismo, socialismo, comunismo, Fermín era el patriarca. Había sido el primer organizador, respetado por su conducta, un hombre de una gran conducta; tipo extraordinario, de acuerdo a su moral y a su limpieza de alma, que después le voy a contar ingenuidades, por ejemplo, de esta gente que son increíbles. Y él lo odiaba a Sosa, pero todos los primero de mayo, si Fermín Villanueva era orador obligado, Amado Sosa, juez federal, marchaba a la cabeza de la columna. En primera fila de la columna del 1° de Mayo iba siempre el juez federal. Entonces, Fermín tenía un párrafo de su discurso, dedicado al juez federal y decía: "Está aquí, infiltrado en las filas de los trabajadores, un típico representante de la justicia burguesa y de una sociedad clasista y los miembros dirigentes, son culpables, como éste que está entre nosotros –y lo señalaba–, de que las calles de Corrientes estén llenas de criaturas que no conocen el nombre de sus padres". Y empezaba a acumular cargos contra la corrupción, "de que esté lleno de boliches", etcétera, etcétera. Ahí hablaba el protestante, el calvinista que suele haber generalmente detrás de los hombres de izquierda de aquella época. Y nos decía Fermín: "Y este canalla, Jauretche, este canalla, se ríe y me aplaude". El cinismo, lo enloquecía el cinismo de Sosa. Bueno, años después cuando me casé, fui en viaje de bodas al Paraguay y pasé por Corrientes y le hice un telegrama a Amado Sosa y otro a Fermín Villanueva, que eran mis amigos más queridos y al llegar al puerto y con gran sorpresa, me los encuentro a los dos. Yo esperaba encontrarlos, uno acá y otro cincuenta metros más allá, pero los veo tomados del brazo. Bueno, me entró una curiosidad bárbara. Pero esa curiosidad no me la podía satisfacer Sosa, porque Sosa era de amplia manga. Para él no había problema. Tenía que satisfacérmela Villanueva que era el hostil. Y al fin, lo consigo agarrar al lado mío y le digo: "¿Cómo? ¿Ahora es amigo de Sosa?". "Vea Jauretche –me dice–. Uno tiene que vivir para aprender. Yo no tengo nada en común con la ideología de Sosa, pero tiene un corazón, y lo que vale es el corazón en el hombre, las ideas son macanas". ¿Sabe lo que significa que un anar-

quista llegue a decir eso? Sosa lo había conquistado por el corazón. Amado Sosa, un corazón bárbaro. Yo tendría que contar tantas cosas del pobre Amado Sosa que murió en su ley, murió volviendo de una fiesta, en un accidente, al cruzar un puente... Se mataron él y los que venían con él.

Bueno, en esa seudo-prisión, a veces hacíamos salidas, como le digo, a la quinta de Ferré o a la de Pujol, donde vivían familiares de ambos gobernadores correntinos, con hijas muy bonitas. Íbamos de visita, tomábamos mate, después nos íbamos por los montes de la orilla del río. Nos íbamos a nadar al río y una vez casi me ahogué y una de las muchachas me sacó del pelo, cosa que a usted le parece difícil ahora, pero en ese tiempo yo tenía melena, era un precursor de Los Beatles.

Bueno, el 1° de mayo del año 34, sí, llevábamos cuatro meses de "duras prisiones" cuando Amado Sosa me mandó llamar al juzgado y me dijo: "Bueno Jauretche, yo creo que con la apertura del período de sesiones desaparece el estado de sitio". Entonces me dice: "Pida usted su excarcelación, su sobreseimiento que yo lo voy a decretar, pero al mismo tiempo, prepare un recurso de hábeas corpus, por si el Poder Ejecutivo intenta retenerlo". Era el modo como él hacía justicia. Me hizo hacer los dos escritos, entonces agarró el teléfono y le habló al gobernador: "Hola, ché, Numa, oíme bien, aquí está el Jauretche, que me pide el sobreseimiento y yo lo voy a decretar, ¿qué vas a hacer vos?" Entonces Numa, le dijo: "Lo voy a poner a disposición del Poder Ejecutivo Nacional". "Entonces, bueno, también ha preparado Jauretche un recurso de hábeas corpus y yo voy a declarar que el estado de sitio queda automáticamente levantado con la apertura del período de sesiones". En esa época, esto era una cosa muy discutida, porque es la época de Melo, que le llamaban el "Ministro de la Coma", que le puso comas a la Constitución. Leopoldo Melo descubrió una coma en uno de esos artículos, en la cual fundamentaba una cantidad de arbitrariedades y empezó a poner comas a la Constitución. Después se ha aburrido de ponerle comas. Entonces, siguió la conversación. El juez federal le dijo: "Bueno, decile a Melo, que Jauretche va a presentar ese escrito del hábeas corpus y yo voy a decretar que aquí no rige el estado de sitio; así que va a tener un juez federal que se va a pronunciar en contra de su tesis y esto que va a ocurrir con Jauretche, va a ocurrir con todos los presos que hay en mi jurisdicción, en estado de sitio, así que si no quiere tener un fallo en contra, que en

Corrientes ponga en libertad a todo el mundo". "Bueno –le dice–, ya mismo voy a hablar con Melo, y ya mismo pido la comunicación y le llamo". Y como a la hora, llamó Numa Soto para hablar con el juez federal y le dijo: "Bueno, dice Melo que le metás nomás, que en Corrientes no va a haber presos". Fíjese la pequeña historia. Cómo es la historia por dentro, ésa que sale toda aparatosa después: en Corrientes no hubo ningún preso por estado de sitio que siguió rigiendo en todo el país. En Corrientes dejó de regir de hecho porque había un juez federal, con pelotas y con prestigio. De modo que nos sobreseyó y quedamos en libertad y nos volvimos a Buenos Aires.

Como cosa ilustrativa de cómo era ese modo de vivir, resulta que los muchachos, algunos de los detenidos conmigo, se habían hecho la cancha, se les había hecho el "campo orégano" y ya empezaron a ir al cine de Corrientes, ya los diarios de Corrientes empezaban a hablar, de qué clase de presos, que nos dábamos la gran vida. Entonces yo me enojaba y decía: "No, no hagan exhibición, porque vamos a perder esta comodidad que tenemos". Pero una noche los vi que se preparaban a escondidas mías, para irse. Entonces me vestí de mamarracho y los dejé que salieran y cuando ellos salieron, buscando la puerta del frente, yo crucé la quinta en diagonal y salí unos ciento cincuenta metros más adelante, en una esquina, los esperé y cuando subieron al ómnibus para ir al centro, subí y me senté con ellos. Y empecé a conversar: "¿Y para dónde va? "Y voy con ustedes pero, qué ¡va a llamar la atención!" "Y si ustedes lo que quieren es llamar la atención, o se vuelven conmigo o voy con ustedes". Tuvieron que volver. Pero después de haber sostenido esta tesis, me pasa una cosa. Una noche, con Francisco Llorente, que era periodista de Azul, nos vamos al boliche de la esquina a tomar unas cañas, con el comisario y un soldado del escuadrón, que nos custodiaba y resulta que empezamos a tomar caña y cuando nos acordamos, nos agarramos "un pedo loco", comisario, soldado y los dos presos.

Este es un retrato de la sociedad correntina de esa época. Y en el pedo, nos fuimos a un quilombo, a un prostíbulo más o menos clandestino, comisario, vigilante y los dos presos, Llorente y yo. Y nosotros empezamos a gritar: "Viva Hipólito Yrigoyen", "Viva la revolución", "Abajo Justo", "Abajo Justo". Pero había dos empleados de investigaciones, en el quilombo. Entonces, nos quisieron llevar presos por el escándalo que hacíamos, pero, borrachos y todo, el comisario y el vigilante se dan cuenta que no les podían llevar presos a sus presos

y entonces los cagaron a sablazos a los dos empleados de investigaciones y yo no supe más. Pero, a la mañana siguiente, mis amigos, a Llorente y a mí, nos habían hecho un consejo de guerra, porque parece que se había armado un escándalo bárbaro, en los diarios: que los presos se van a los quilombos y arman lío. Amado Sosa nos mandó llamar, a mí y a Llorente, y nos dice: "Pero, che, qué cagada me han hecho, hay una bronca bárbara, ahí me ha hablado el gobernador y me ha pedido que los saque, que los mande a la cárcel y a la cárcel, no los puedo mandar; entonces vamos a hacer lo siguiente. Usted y Llorente se van a ir al Reformatorio de Menores, ahí hay comodidad...". Bueno, entramos al Reformatorio de Menores y el director del Reformatorio era un paisano, un hombre que no sé si llegaría a los dos metros, pero andaba cerca, un hombre enorme. Llano se llamaba, también. Es un apellido muy correntino y muy difundido en Corrientes el apellido Llano, en las distintas clases sociales. Y Llano me dijo: "Vea doctor, yo estoy en este puesto porque tengo 17 hijos y con lo que comen los chicos de la protección de menores, del Reformatorio, comen los 17 míos (tendría unos 40 muchachos, más los 17, morfaban todos), porque el sueldito no me da a mí para darle de comer a los 17. Así que elegí este cargo y además lo paga la Sociedad de Beneficencia, cosa que es bastante más regular, que si lo pagara el gobierno y yo estoy acá porque el doctor Vidal me consiguió este puesto. Yo soy hombre del doctor Vidal. El doctor Vidal es mi jefe y yo cumplo órdenes. Si el doctor Vidal me mandara, doctor, que lo degollase, yo con mucho sentimiento lo haría, porque eso se le puede mandar a hacer a un hombre, pero ni el doctor Vidal puede mandarme a mí que sea carcelero. De modo que usted está acá en su casa, entra cuando quiere y sale cuando quiere, es mi huésped". A este Llano ni su caudillo, el doctor Vidal, lo puede hacer carcelero; asesino, sí, pero carcelero no. ¡Qué personaje! Una riqueza increíble de personajes porque es la sociedad semi-feudal. Ya le expliqué, en otra conversación, cómo el ascenso social de la Argentina se explica a través de la estadística electoral. La primera etapa es radical. La última provincia que se hace radical es Corrientes porque es la que está en signo de evolución social más atrasado, no hay artesanado, no hay clase media, no hay desarrollo. Está la clase patronal, que es liberal y ciertos hombres de la clase patronal, caudillos políticos de los peores, que son autonomistas. Y entre ellos empieza a asomar el radicalismo, pero no alcanza, como en el resto del país, a desplazar a la vieja sociedad

¿Y por qué eligieron a Corrientes, para hacer la revolución?

Nosotros no elegimos a Corrientes. La revolución era en todo el país. Corrientes era el lugar que nos permitía entrar con las fuerzas organizadas desde el Brasil y tal vez porque el material para la revolución era más fácil sacarlo de ese lumpen-proletariado, que después fue peronista. Por eso, Corrientes no se radicalizó, definitivamente nunca, pero peronista sí se hizo, porque para el lumpen-proletariat es más accesible; no diría que es tampoco lumpen-proletariado porque ese es el orillero más bien, el lumpen-proletariado es un tipo de peonada que no ha llegado a la conceptuación obrera, pero que empieza a tener conciencia de sus intereses sociales y se disocia de la imagen patriarcal, que en Corrientes tiene una fuerza terrible, porque el patrón es una especie de Dios y como esto que estoy contando más hace a la Argentina social, que a la Argentina política, según los moldes establecidos, le voy a contar algunas referencias sobre esto. Del tiempo que estuve preso en el Reformatorio de Menores le voy a decir que más de una vez quedé preso, porque salíamos y llegábamos tarde en la noche, en la madrugada y el vigilante que hacía de imaginaria, se había dormido y teníamos que echar abajo las puertas de la cárcel, para que nos dejaran entrar.

Bueno, con respecto a eso que me estaba refiriendo, la relación patrón-peón es muy curiosa. Tal vez tiene características correntinas, distintas del resto del país, más parecidas a las del Paraguay, una cosa que está vinculada, posiblemente, a la mentalidad y a la cultura guaraní. Para el correntino, el patrón es una especie de pequeño dios al que él debe obedecer ciegamente, pero que está, a su vez, obligado a cumplir la función de pequeño dios. Si el peón descubre que el pequeño dios lo desprecia o lo injuria, es muy posible que lo mate al patrón. No le hace juicio, le pega una puñalada, no acepta que se le injurie y sobre todo, que se lo trate peyorativamente más allá de lo que es tradicional, del tuteo y eso. Salario y condiciones de vida son menos importantes. Después, la estimación de la vida para el guaraní, también es una cosa particular, que no está en nuestra escala de valores. El peón correntino viene y le dice al patrón: "Ché, patrón, anoche me peleé con mi mujer, arreglame". Y el patrón le dice: "¿Y qué sé yo, por qué se han peleado, cómo te voy a arreglar?" "Y para qué sos patrón?" Como es patrón, él tiene que arreglarlo. "Patrón, me ha salido un grano en la pierna, fijate qué grano tengo, che patrón". "Pero yo no soy médico". "¿Y para qué sos patrón?" Usted tiene que resolverle a él los problemas. Ahora, no vaya a decir delante de ese hombre: "Pucha, fulano de tal anda jodiendo, me parece que un día de estos le voy a tener que hacer castigar". Porque a la noche puede venir el peón y decirle: "Che, le pegué unos tacos a fulano". "¿Y por qué?" "Y vos dijiste que había que castigarlo". Así actúan... Me contaba uno de los Merlini –que tuvo obraje en el Chaco, posiblemente en el Chaco santafecino en el año 18, cuando la huelga grande de los ferrocarriles y él tenía peones correntinos y santiagueños– acerca de la tirantés entre santiagueños y correntinos. Esto tiene su campo de origen en la competencia entre el trabajo santiagueño y el correntino, en el obraje. Además ha producido una diferenciación. El santiagueño labra el poste o el durmiente; es trabajador de hacha habilísimo, un artista para labrar esa madera dura del quebracho. El correntino, en cambio, es volteador de monte –de leña y de carbón– y otras actividades de la madera. Hasta el punto que en las épocas de plena ocupación, usted le da un trabajo a un correntino y el correntino dice: "No, yo no hago ese trabajo, es de santiagueño". Y usted le da un trabajo a un santiagueño y el santiagueño le dice: "No, ese trabajo es de correntino, yo no lo hago". Es una cuestión de amor propio, de dignidad de oficio, porque el correntino mira peyorativamente el trabajo que hace el santiagueño y el santiagueño también mira peyorativo. Bueno, el santiagueño, contra la leyenda, es un trabajador de más rinde, más firme, más estable; el correntino padece, además, de una cosa típica del pueblo guaraní, el nomadismo: no puede estar mucho tiempo en un lugar. Bueno, este muchacho Merlini tenía obraje cuando vino la huelga grande del ferrocarril, no sé si usted la ha oído mentar, en el año 18, que duró como sesenta días. Yo me acuerdo, debe haber sido en el año 18 ó en el 17.

En el 17.

En el 17. Me acuerdo porque viajé en un único tren que corrió en medio de la huelga, de Lincoln a Buenos Aires, que iba con el upite fruncido porque éramos muy pocos los viajeros, pero yo tenía que venir a Buenos Aires a dar examen. Y se les había acabado la harina y no tenían cómo hacer pan en el obraje; y Merlini un día dijo, así, un lunes o un martes dijo: "Carajo, si esta huelga sigue, el domingo voy a tomar una máquina de éstas y nos vamos a ir a Santa Fe a buscar harina, que pase lo que pase"; bueno lo dijo, una de esas cosas que uno dice por jactancia. Y el domingo a la mañana se levantó y se encontró con todos los correntinos formaditos con sus Remington. Es un

Remington al que le recortan la culata y el caño, pelean con eso, lo sacan, tiran un tiro al aire y después atropellan con el cuchillo, porque el arma de fuego es para hacer una salva, no es para pegar, ellos le tienen fe al cuchillo. "¿Y qué es esto, che? "Y ché, patrón, vos dijiste que el domingo íbamos a ir a buscar, no tenemos harina, tenemos que ir a buscar la harina, vos dijiste que si el domingo no habían corrido trenes y no había harina, ibas a ir a buscarla a Santa Fe y vamos a Santa Fe y vamos a Santa Fe". "Ah, sí, sí", dijo. Me retiré y pensé un poco y dije si aquí yo no voy, me voy a hacer fama de cagón, voy a perder prestigio y ya no voy a tener más autoridad, no voy a poder evitar las peleas entre ellos y al final ya dejo de ser el patrón, a la mierda y me tuve que agarrar el tren y fuimos con ellos a Santa Fe, compramos varias bolsas de harina y nos vinimos. Desde Santa Fe, hicimos un viaje como de 4 ó 5 horas, pero salvé mi prestigio, si no, no podía seguir con el obraje, tenía que cerrarlo al día siguiente. Y a nadie se le ocurrió interceptarnos y además, nosotros éramos unos intrusos, no pasó nada. Bueno, yo digo que la sociedad correntina, lo mismo que la paraguaya, edificada sobre la base guaranítica, es muy curiosa. Fíjese el caso de los jesuitas. Hay un libro muy lindo de un cordobés que vive en Resistencia, Tissera se llama, que lo editó Peña Lillo, sobre el mundo de los jesuitas. Él dice que los jesuitas intentaron fundar una sociedad nueva, que quedara como distinta de la Edad Media y del mundo que iniciaba el capitalismo, una ciudad fundada en la ortodoxia religiosa. Lo cierto es que los jesuitas hicieron misiones en muchas partes del globo, pero las únicas que prosperaron fueron éstas y eso ha sido porque la cultura guaranítica encajaba en lo que los jesuitas se proponían. El guaraní es un colectivista natural, pero un colectivista no democrático. No tenemos que mezclar una idea con otra porque es un disparate, el que manda, manda, siempre que mande en beneficio. Él no tiene una idea de la propiedad privada, ni le interesa. Por eso Solano López encaja perfectamente en la sociedad guaraní; no hay afán de triunfo individual, hay un vivir colectivo. Es decir, los jesuitas no tenían interés en que los guaraníes aprendieran el mundo europeo, tenían interés de aprender ellos el mundo guaraní, para desarrollar desde adentro un tipo de sociedad. Y es claro, todos los que han hablado del imperio jesuítico han hablado desde el punto de vista de la mentalidad europea, sean conservadores, sean socialistas, se trate de Lugones y han encontrado la falla fundamental de la misión en que no desarrollaba la individualidad. Al contrario, las

misiones se proponían anularla Era una concepción de una sociedad colectivista, donde no es nadie la abeja y todos la colmena. En ese sentido, yo veo que Mao intenta crear una cosa así, es decir la existencia de un ser colectivo. Siempre me he preguntado: en el mundo de las abejas, el ser es la abeja o es la colmena. Es un aspecto que seña-la este muchacho que me parece interesante, pero evidentemente, la sociedad guaraní tiene una concepción completamente distinta al resto de las sociedades indígenas y españolas. Y siendo un pueblo nómade era un pueblo con una cultura. Desde hace muchos años, vengo diciendo que los pueblos bárbaros son conquistados por las culturas occidentales, pero los pueblos que tuvieran cultura no, por débil que haya sido esa cultura; la cultura se sepulta como el sapo bajo la piedra. Y usted la vuelve a encontrar. Hurgue en Bolivia y usted encuentra el incario. Lo encuentra en Perú. Lo encuentra en todas partes: en cuanto saca la piedra de la cultura occidental, rebrota una cosa que está latente; no ha habido compenetración, no ha habido absorción. Bueno, el pueblo guaraní no habrá sido una cultura completa, pero tenía esos elementos de persistencia cultural. Y así ocurre esto, que hasta en el incario hubo españolización. El mundo guaraní no se españolizó, el español, se guaranisó; su modo natural es el guaraní, aun el del tipo blanco. Ahora, en este viaje, mis compañeros que eran mi esposa y otro matrimonio hacían preguntas y notaban que los paraguayos, los más blancos paraguayos, los más españolizados, tardan en contestar y me decían: "Porque son tan lentos, debilidad mental". "No -les digo- traducen, tienen que traducir del español al guaraní y del guaraní al español, porque ellos piensan en guaraní; esa es la dificultad, piensan en guaraní". Yo he sido amigo de paraguayos muy inteligentes, uno de ellos, el que creo más inteligente que produjo el Paraguay en los últimos tiempos, que era Natalicio González, un personaje muy discutido, que fue presidente del Paraguay. Bueno, he sido muy amigo, era un hombre de una extraordinaria formación intelectual, pero la verdad es que yo siempre frente a Natalicio González me he encontrado frente a una muralla; hablaba con un hombre que era el hombre para afuera, pero nunca tuve la sensación del contacto con el hombre real. Lo que él me mostraba era la expresión occidental del guaraní, pero él era un guaraní y pensaba y se movía en dos tiempos, en dos puntos. Yo veía algo impenetrable, que me suele pasar también con los coyas, con los bolivianos. No así con los chilenos y con los peruanos de la costa, ni tampoco con los venezolanos, no con los cari-

beños, ni con los brasileños, porque es otra cosa. Aunque tal vez sea la influencia más visible de las culturas negras; no ha habido elementos de cultura, hay más bien una continuidad de rutina, de supersticiones, pero no una actitud. El guaraní es comunista de salida, ese es el problema.

¿Volvemos a lo ocurrido en Paso de los Libres?

Sí. La insurrección fracasó y cayeron presos todos los altos dirigentes radicales que no estaban en la revolución. Ellos fueron llevados a Martín García, en el mismo barco en que habían ido a Santa Fe y ahí hicieron una declaración en que prácticamente decían que los revolucionarios habían sido agentes provocadores. Entonces, yo me puse a escribir, en el ocio de esa "terrible prisión correntina", un poema gauchesco, con el objeto de publicarlo anónimamente, en recuerdo de los paisanos que murieron al lado mío, unos cuarenta o cincuenta que murieron en esa emergencia. Pero como lo he dicho, yo estaba preso junto con Luis Dellepiane; Luis era un hombre muy inteligente, de una vasta cultura muy siglo XIX, en el fondo tenía vestigios de la generación del 98 española, bastantes vestigios del medio siglo XIX, francés. Se había formado en eso. Era, por ejemplo, un admirador y un devoto de Anatole France, que yo también –curioso de lo que pasa con los libros– ahora intento leer a Anatole France y no puedo y cuando yo era muchacho creía que era la cumbre y ahora nadie lo puede leer.

Mi padre siempre me insiste para que lea a Anatole France.

Bueno, es inútil, no lo lea porque va a perder el tiempo. Yo, que he cambiado, no lo puedo leer más y para mí, antes, si Dios escribiera, tenía que escribir como Anatole France. Negaba a Dios con una calidad de humorismo y de ironía exquisita que ahora parece pueril. Es curioso, partía de la base de verdades que el siglo pasado consideraba irrefutables, era el cientificismo; se burlaba de cosas que hoy uno no las cree, pero se da cuenta que no son tan para burla, desde que las científicas también son para burla. Es decir, había una seguridad... Era la seguridad de la ciencia, la de la evolución, de que la vida era un camino ascendente y, ahora, ya no hay esa seguridad, ni esa certidumbre, ni se sabe siquiera si este ascenso no es descenso. Uno ve la bomba atómica y dice: ¿Subimos o bajamos?, ¿llegará el momento en que volveremos a empezar, como hace 50 mil años y se salvarán solo los que son capaces de prender fuego por su cuenta, algunos bárbaros que son los únicos que saben prender fuego?, ¿qué hacemos nosotros?

Bueno, y Luis, entonces, pasaba por detrás mío y aunque ya estaba reivindicado y jerarquizado el *Martín Fierro* en lo íntimo de la conciencia de la gente ilustrada de la época, eso era casi una concepción folklórica. Se hacía, pero no se creía profundamente. Bueno yo trataba de escribir a la manera de Martín Fierro, pero me he dado cuenta que es un error, porque no se debe hacer nada a la manera. Cada cosa pertenece a su época y Luis pasaba por detrás mío, por arriba de mi hombro leía lo que yo escribía y me decía: "Parece mentira que un hombre como vos, esté escribiendo estas macanas, rompelo". Y yo escribí ese poema bajo esa atmósfera tan propicia. No creía que valiera gran cosa, pero como mi objeto era ofrecer unas coplas anónimas para que las cantaran en las guitarras de la zona donde habían vivido esos paisanos, de Misiones, de Paso de los Libres, de Alvear, de Santa Fe, de Santo Tomé... Entonces, cuando tuve terminado el poemita éste, se lo mandé a Homero Manzi, pero más que nada, porque dije: ¿será tan malo como dice Dellepiane? Pero Dellepiane no entiende lo popular, se lo voy a mandar a Manzi, que sí tiene sensibilidad popular. Y entonces se lo mandé a Manzi, para que me diera él su opinión, si era una cosa tan mala como decía Dellepiane o si tenía algún valor y con gran sorpresa mía, Manzi me contesta que Borges –que en ese tiempo andaba mucho con Manzi y con McDoughal–, Borges lo ha leído y me pide que lo autorice a prologarlo. Entonces yo dije: bueno, Borges no era la cumbre que es hoy pero era más auténtico que ahora, y me pareció darle un golpe lindo a Dellepiane que había jodido tanto y entonces se lo mandé para que me lo prologara Borges y Borges hizo el prólogo. Que es muy gracioso, porque Borges después se debe de haber asustado del contenido político, porque tardó en entregarme el prólogo y al fin me lo hizo, pero lo hizo en el Uruguay y lo fechó en "Las Nubes", Salto Oriental, en una quinta que tenía Amorín, primo de Borges.

Apropiado para Borges, ¿no?, "Las Nubes".

Claro, entonces, hizo ese prólogo que es el de la primera edición. Para la segunda edición me hizo el prólogo Abelardo Ramos, así que tengo dos prólogos, muy divertidos por lo contradictorio de los personajes. Y es gracioso porque una vez Borges dio una conferencia –yo lo cito en *Profetas del odio*– sobre los gauchescos y menciona a todos –incluso a gauchescos muy malos– y al único que no menciona es al que él prologó.

¿Por qué no publica estos recuerdos como de "pago chico"?

Bueno, sí podría ser, tengo muchos recuerdos de "pago chico", pero es que yo tengo el propósito de escribir, no mis memorias, porque memorias escriben los hombres importantes, pero sí mis testimonios.

¿Como Victoria Ocampo?

Como Victoria, sí está bien. Un tipo que está un poco al margen de los hechos en sí, los ve. Y por más que yo he tenido una gran vocación política y he actuado siempre, siempre he sido un marginado, tal vez seré díscolo… Anoche, por ejemplo, me invitaron del colegio de Nuestra Señora del Huerto, a que fuera testigo, que sé yo padrino, en una competencia de preguntas y respuestas, con el Colegio Nacional Moreno, por televisión. Fui, pero no me pude aguantar cuando trajeron un número que eran los representantes de todas las repúblicas americanas –hasta los Estados Unidos, estaba representada por una chica vestida de texana–, pero no estaba Cuba. Y dije: "Esto es una farsa…". Y bueno, no me lo dejaron decir por televisión. Armé un escándalo bárbaro, pero no me dejaron decir que excluyen a Cuba. Bueno, yo soy un marginado, ya no me invitan más a una cosa de esas, tiro la bronca por cualquier cosa. Yo ocupo esa función molesta. Porque tengo una cosa que nadie me puede discutir: no hay en la Argentina un hombre más libre que yo. Digo lo que a mí se me ocurre y no hay interés que me comprometa y eso se paga, pero opino. No soy prisionero del dinero porque no necesito dinero. No vivo mal, pero podría vivir diez veces peor y no viviría mal. No tengo casi necesidades, automóvil no he tenido hasta ahora. De manera que esto hace que haya sido muy pocas veces actor. He sido empleado público, en la segunda presidencia de Yrigoyen, dos años; en el gobierno de Perón fui presidente del Banco Provincia de Buenos Aires cuatro años. Cuando no estuve de acuerdo con algo me fui. He tenido muy buenas relaciones con Perón, pero prácticamente cortamos las relaciones porque en un momento determinado, le dije lo que nadie le decía y ya el hombre se había desacostumbrado a mi franqueza. Traté con él mucho tiempo, dos años, fuimos íntimos amigos, pero yo siempre le dije al pan, pan y al vino, vino, es decir, como un amigo le habla a un amigo, aconsejándolo. Pero, después, los adulones… Era una cosa terrible, los adulones destruyen, porque no ayudan, no informan, y engañan. Vea, en una reunión de ministros, me acuerdo, Perón hace una pregunta y yo los veo a los ministros, todos empiezan a pasarse la pelota, nadie quiere dar su opinión. "Qué decís vos", le dice uno al otro y "usted qué dice" y se empiezan a pasar la pelota, porque saben que Perón es un tipo rápido de imaginación, rapidísimo y que no aguanta mucho sin hablar, sin opinar. Entonces, Perón da su opinión. Saben que si consiguen durante cinco minutos pasarse la pelota, Perón va a dar su opinión. Cuando Perón da su opinión, uno lo mira al otro y le dice: "Fenómeno, pero te das cuenta cómo las ve todas, pero qué talento, qué genio, cómo las comprende". Hijos de puta, a mí se me hinchan las pelotas… En esa, Perón tenía razón, la había visto bien, pero si la hubiera visto mal, era igual y hubieran dicho lo mismo. Y ese es el noventa y nueve por ciento de la gente que está en carrera. Bueno, yo nunca me preocupé de hacer carrera. Lo digo como elogio, porque para mí es más satisfactorio decir lo que se me ocurre que hacer carrera. Es una cuestión de gusto. A veces, pienso que para Cristo hubiera sido más duro, que lo perdonaran a que lo clavaran en la cruz, que lo perdonaran teniendo que transar.

Pero usted, a fuerza de ser un disconforme, ha conseguido que lo acepten como un disconforme.

Ah, sí, sí, pero nada más que como disconforme.

Pero que lo acepten.

Ah sí, al fin sí. Porque he vivido mucho y porque he sido muy porfiado pero, durante años, he hablado para círculos muy reducidos. He escrito para… en fin, no me puedo quejar, mis libros han sido siempre de circulación, no la de ahora, pero siempre han tenido circulación…

Del tratado Roca-Runciman al "Estatuto Legal del Coloniaje"

Cuando usted recupera la libertad, al poco tiempo, el partido Radical levanta la abstención. ¿Cómo se llega a esta decisión tan importante?

Para entenderlo, tenemos que retrotraernos al momento en que Alvear regresa a la Argentina. Después de la revolución del 30 y sobre todo, después de la elección del 5 de abril de 1931, se produjo la vuelta de Alvear al país y se constituyó "La Junta del City".

¿Alvear venía pensando en un entendimiento con Uriburu?

No. Es posible que los grupos dirigentes del partido, desde luego los que provenían del antipersonalismo y muchos del yrigoyenismo, vieran en Alvear la posibilidad de una salida para la revolución de septiembre, ante su fracaso comicial. Alvear estaba distanciado de Yrigoyen, difería con éste en la política internacional y en su gobierno se había rodeado de adversarios de Yrigoyen. Es decir, como ya lo hemos explicado antes, más que una cuestión con Yrigoyen, era con las definiciones programáticas y de gobierno que Yrigoyen había precisado ante la crisis. Alvear profesaba la formulación puramente liberal del radicalismo teórico, que no difiere sustancialmente con el programa de los conservadores sino que postula el cumplimiento estricto de la Constitución, la honestidad administrativa y el sufragio libre. Yrigoyen, en cambio, sustenta empíricamente, de hecho, una orientación que difería con la vieja orientación del partido. La presidencia de Alvear había sido, en cierta medida, la vuelta del radicalismo a aquellos enunciados doctrinarios prescindiendo de estos elementos sociales, económicos y políticos que había introducido Yrigoyen. Eso explica que el gobierno alvearista se distancie de Yrigoyen, pero no hasta el punto que lo empujaban. Alvear no estaba de acuerdo con la política de Yrigoyen, con la adaptación del radicalismo a una nueva Argentina. Él seguía perteneciendo a la vieja Argentina agropecuaria y tenía la conformación mental de ella, pero no hasta el punto de ignorar que la vuelta de los conservadores implicaba el fraude y la negación de toda posibilidad democrática. De modo que en el momento decisivo (1928) no produjo las medidas que los antipersonalistas y los conservadores le exigían. Dejó el comicio libre e Yrigoyen ganó la presidencia. Ahora, la nueva presidencia de Yrigoyen significó la profundización de la política iniciada en la primera y sobre todo para los intereses monopólicos y extranjeros era una amenaza. Al mismo tiempo, para la sensibilidad de la oligarquía gobernante, cualquier cambio en las condiciones sociales y políticas tenía el carácter de "revolución rusa". Eran incapaces de considerar, con un punto de vista prácticamente conservador, a la manera del "gatopardo", que "cambiar es asegurar la continuidad". De modo que es bastante lógico que los dirigentes medios del yrigoyenismo aceptaran la dirección de Alvear, en 1931, en la esperanza de que a Alvear se le abriría el camino del comicio. Por otra parte, el radicalismo yrigoyenista en el poder se había burocratizado, se había aficionado al poder. Bueno, los grupos que habían entendido, dentro del yrigoyenismo, la profundización social, económica y nacional del radicalismo, vieron el peligro del copamiento del radicalismo por la dirección que ya había sido desbordada por el avance. Esencialmente los grupos juveniles que nosotros alentábamos trataron de impedir la dirección de Alvear. Así, en la Capital, sostuvimos "la continuidad jurídica" del viejo partido, es decir, que había que "empezar de nuevo", pero desde el comité radical que existía el 6 de setiembre, presidido por Pablo Torello y nos apoyamos en sectores yrigoyenistas de barrio, en muchos de los caudillos de barrio y un poco, también, en Yrigoyen. Es la época en que lo frecuenté bastante a don Hipólito, después que volvió de su prisión de Martín García. Yrigoyen hacía un juego ambiguo a este respecto. Nos estimulaba a nosotros pero al mismo tiempo no se oponía a que Alvear presidiera la organización del partido, casi lo alentaba. En una palabra, mi opinión es que quería mantenerlo a Alvear, como un término de aglutinación, pero al mismo tiempo jaqueado para que no se consolidase.

Porque hay una frase, muy divulgada de Yrigoyen: "Hay que rodear a Marcelo".

Sí, en el primer momento. Ahora bien, lo tuvimos jaqueado bastante tiempo, fácilmente dos años. Nosotros representábamos la tendencia revolucionaria, pero el periodismo, hábilmente, a raíz de que nosotros habíamos hecho pie en alguna disposición estatutaria para impugnar la elección, nos llamó "legalistas", es decir, lo contrario de

lo que nosotros representábamos, porque nosotros estábamos en contacto con los sectores revolucionarios que había dentro del radicalismo. En esos sectores había militares que conspiraban, también sectores dentro del ejército y grupos civiles organizados. Cattáneo, Pomar, Adalid, Bosch, lideraban los grupos que se fueron formando, y hubo grupos civiles que combatieron, en algunas oportunidades, como Burgueño y sus amigos de General Belgrano, los que tomaron la comisaría de Sarandí, de Avellaneda, el grupo de los Kennedy, etcétera.

Ahora, usted personalmente, ¿le veía perspectiva a eso?

Bueno, muy inmediata no, pero creía necesaria la formación de una fuerza de cuño revolucionario nacional.

Es decir, a largo plazo.

Sí, más a largo plazo. Sin embargo, no descartaba la posibilidad de acción y eso explica mi concurrencia a Paso de los Libres.

Ahora, antes de seguir adelante me gustaría que me aclarara. ¿Qué pasó con los antipersonalistas, que en un principio pensaron volver al radicalismo?

Bueno, después se fueron nucleando alrededor del general Justo.

¿Algunos volvieron, sin embargo?

Sí, algunos volvieron.

Porque por ahí, en alguna parte leí, que hubo una gestión de Vicente Gallo, cuando se vetó la candidatura de Alvear.

Sí, tal vez a Gallo lo aceptaba Uriburu. No estoy seguro, porque el que se convirtió en árbitro de la situación fue el general Justo, con su logia "San Martín". Cuando se produjo el pronunciamiento de Pomar, en julio del 31 en Corrientes. Justo se conectó, a través de Alvear, con el proceso revolucionario y entonces lo extorsionó a Uriburu: si Justo se inclinaba hacia la revolución, Uriburu caía, y ahí Uriburu tuvo que comprometerse con Justo para la candidatura que a él le repugnaba. Porque Uriburu, desde el 5 de abril, estaba vencido y Uriburu buscaba salir de otra forma. Pensó en la candidatura de Lisandro de la Torre, pero a de la Torre tenía que imponerlo y de la Torre no aceptó eso, ni quiso conversar. Según se decía, se pensó en la candidatura de Gallo, pero el yrigoyenismo que había llegado a apoyar a Alvear, no lo apoyaba a Gallo y por otra parte, a mí me parece que Alvear tenía interés en la candidatura. Entonces el radicalismo proclamó la candidatura...

La candidatura Alvear.

Sí. La candidatura de Alvear. Pero no faltó el jurista –supongo que sería Leopoldo Melo– que encontró que no había transcurrido un período intermedio entre la presidencia anterior de Alvear y esta candidatura y lo planteó, con lo cual quedó excluido el radicalismo del comicio y se constituyó entonces la Alianza Democrática que llevó la fórmula De la Torre-Repetto.

En esa elección fraudulenta, los socialistas sacaron 44 legisladores. Yo alguna vez he referido, sobre este señor Palacios, que las dos veces que ha sido senador, lo ha sido por exclusión de la mayoría y se llena la boca de democracia. Palacios fue senador por exclusión del radicalismo y en 1961, por exclusión del peronismo. De Palacios hay una leyenda. Él se había creado una imagen. Es graciosísimo. Yo me acuerdo de mi sorpresa un día, en la Facultad, que lo tuve al lado y vi que era petisito. Yo siempre había creído que era un hombre alto. Él había creado esa imagen, y cuando lo vi petiso no lo podía creer, porque yo tenía la imagen de Palacios de un hombre alto, la voz engolada, parado sobre la punta de los pies. Creo que él fue una víctima de todo eso, a la larga. Es muy frecuente en política, él se embalsamó a sí mismo, creó una imagen a la que tuvo que ser leal toda su vida, el estilo literario, el estilo oratorio, el pensamiento...

La ropa...

La ropa, eso, andar vestido prisionero de convenciones; es decir, lo que le puede pasar a Los Beatles; su arte anticonvencional los lleva a una nueva convención: la convención de no ser convencional termina siendo una convención.

Una muchacha que fue secretaria de Palacios –que se peleó, después, con él, cuando la última candidatura, que se hizo castrista y después se hizo anticastrista– cuenta que antes de morir, Palacios le confesó que había sido prisionero de la imagen que había creado, porque después tuvo que vivir de acuerdo a la imagen. Es una cosa que pasa con mucha frecuencia en la vida pública.

Cuando se hizo la convención del 33 en Santa Fe, ¿ya habían aparecido, dentro del radicalismo, tendencias concurrensistas?

Sí, seguramente sí, no muy definidas pero era implícito que muchos querían concurrir al comicio en cuanto les dieran una oportunidad. Ahora, nosotros eso lo vinculábamos al tratado Roca-Runciman y a la serie de leyes que venían impuestas, porque el tratado Roca-Runciman le dio una cuota a la ganadería argentina a cambio de la cual la ganadería argentina entregaba una serie de concesiones

en detrimento del desarrollo del país. Es decir, el tratado Roca-Runciman y lo que yo llamo el Estatuto Legal del Coloniaje, trataban de cristalizar e inmovilizar al país para que siguiera siendo exclusivamente el país agropecuario. Lo que pasó fue que las dos grandes guerras y la crisis rompieron el esquema británico de la política del Río de la Plata y el país tuvo que hacer su proceso de industrialización porque tuvo que abastecerse. Ahora, es tal la irresponsabilidad de la gente que hizo todo eso, que no sé si usted ha leído ayer, en La *Nación*, una carta del señor Ezequiel Bustillo. Bueno, Bustillo, que fue ministro de Fresco y creo que fue diputado en la Década Infame, trata de desmentirlo a Alende. Alende ha hablado que Roca, en su misión, en Londres, dijo: "La Argentina forma parte virtualmente del imperio británico" y el señor Bustillo, dice que él ignora eso; ignora tantas cosas que además cree que Alende se está refiriendo al general Roca y hace toda una historia del general Roca.

El general Roca, alguna vez, dijo una cosa, no tan rotunda pero similar. Dijo: "nuestra mejor amiga es Gran Bretaña", ¿o algo así?

Eso es otra cosa, pero de todos modos es otra época también. Es decir, Bustillo no sabe bien quién ha dicho la frase ni a quién se refiere Alende, porque ellos creen que el fraude se hacía para que ellos fueran elegidos, no se dan cuenta de que ellos eran elegidos porque ellos eran instrumentos de otra cosa más importante que era la que aplicaba el fraude. Precisamente, cuando prácticamente la concurrencia al comicio es el restablecimiento del orden, la restauración de la democracia y la forma institucional, se quiere la legitimación de todo eso y por eso el radicalismo le dan el comicio.

Cuando ustedes empezaron a denunciar lo del tratado Roca-Runciman, era una cosa corriente eso o era un poco...

No, no se sabía, no. Pero empezamos a ver los proyectos de leyes que se remitían al Congreso. Algunas informaciones teníamos sobre los entretelones de la misión. Además hay que recordar cómo estaba integrada esa misión. La presidía el vicepresidente de la República "Julito" Roca. En calidad de embajador iba un funcionario de los ferrocarriles ingleses en la Argentina, a quien no hacía mucho tiempo le habían dado el título de Sir, "sir William Leguizamón" (Guillermo Leguizamón). Además, el que conoce cómo se ha movido la clase ruralista en el país, especialmente los grandes propietarios, sabe que por obtener una cuota de carne, ellos se suicidan. Porque son curiosos estos liberales, desde que ellos entraban "en cuota", prácticamente

limitaban su producción, porque si ellos producían más de la cuota, provocaban una baja de precios. La ley de la oferta y la demanda jugaba contra ellos, entonces "la cuota" importaba reducir la producción y ellos querían aumentar la producción. Pero la cuota era la estratificación, porque, en cambio, Inglaterra beneficiaba con la Coordinación de Transportes, a sus capitales ferroviarios y tranviarios. Especialmente, le interesaba más el tranviario, porque el ferrocarril ya no le interesaba sino como instrumento del dominio del país, del soborno, para la paralización del país en el desarrollo de su mercado interno, para que fuera un país de peones y señores de la tierra, nada más.

Entonces, fíjese, ésta es una cosa muy importante. La que se había dado cuenta de lo que iba implícito en el tratado Roca-Runciman, era la Unión Industrial, presidida por Colombo. La Unión Industrial hizo un mitin en el Luna Park, para protestar contra el tratado Roca-Runciman y de pronto, la Unión Industrial dejó de protestar, se calló la boca y adoptó la posición que hoy tiene. Es decir, hubo un cambio en la política de la Unión Industrial. ¿Qué fue esto? Es muy sencillo: el tratado Roca-Runciman contemplaba el interés de los grandes industriales, porque les daba limitada la producción. Por ejemplo, las juntas reguladoras limitaban la producción de vino, de azúcar, de yerba mate, pero todo esto, en función de un mercado que se reducía, es decir, se reducía en la medida en que la limitación de la producción provocaba desocupación, se reducía en el sentido de que la oferta diaria era menor. Entonces, los industriales prefirieron cambiar un mercado amplio en condiciones de competencia, por un mercado reducido en condiciones de monopolio, porque los ya constituidos en poderosos, se lo repartían entre ellos.

Es lo que pasaba con el cemento. Recuerdo que todavía, en el año 42, alguien que tenía interés en establecer una fábrica de cemento, me vino a ver, para que lo presentara en el Banco. Lo acompañé y el Banco informado por el Instituto del Cemento, informó que había exceso de producción de cemento en el país. Y del año 43 en adelante, durante 5 ó 6 años, hubo que importar grandes cantidades de cemento porque la producción era insuficiente. En realidad, no se quería la competencia. Eso es algo muy corriente; es decir, la Unión Industrial vendió las posibilidades de desarrollo industrial a cambio del monopolio para las ya existentes. Esa fue la política en que coincidieron los intereses industriales con los intereses ganaderos.

Entonces otra vez las leyes, la ley del Banco Central, por la cual las pocas facultades que a través del Banco Nación ejercía el gobierno nacional fueron pasados al directorio del Banco Central. Porque el Banco Central, que organizó sir Otto Niemeyer, gerente del Banco de Inglaterra –que vino expresamente para eso–, no tiene nada que ver con el de Miranda, porque aquel Banco Central era regido por un directorio donde tenía mayoría la banca particular. Con el Instituto Movilizador se sanearon las carteras de los bancos, en las que tenía enorme cantidad de deudas la oligarquía, desvalorizando la moneda. Es decir, se prorratearon las deudas de los bancos y el Instituto Movilizador se hizo cargo de los bienes que los bancos se adjudicaban, en pago, para realizarlos. En fin, se hizo toda una política tendiente a impedir el desarrollo del país, a través de esas leyes sancionadas apenas se levantó la abstención y que han pasado a la historia como el Estatuto Legal del Coloniaje.

Usted me dijo que a eso había que agregarle lo del impuesto a los réditos.

Ah, yo creo que sí, esa es una opinión que he ido desarrollando después. El impuesto a los réditos, en los países imperiales, se paga en el país y se paga afuera a medida que exportan la producción nacional industrializada; cada etapa paga réditos, ese impuesto se exporta. Aquí, en una exportación de productos primarios se exporta muy poco réditos, el escaso rédito que paga el productor agrario. En cambio, en el orden interno y sobre todo en un país que está en la primera etapa de su desarrollo industrial, donde los industriales son, en general, más que industriales, comerciantes, que improvisan la industria, no con el amor de industrializar la producción, sino con una especulación puramente crematística, el impuesto a los réditos suscita la necesidad de la evasión de las rentas grandes y entonces aparece el dinero negro. Toda esa parte de ganancia que hizo la industria nuestra se ha ido del país o se ha derrochado porque no puede reinvertirse, no puede ir a los bancos, y entonces disminuye el circulante que el banco puede poner en manos del deudor, al disminuir el encaje bancario; disminuye la reinversión y al mismo tiempo provoca gastos suntuarios de derroche, que no son útiles y sobre todo la demanda de moneda extranjera para colocar afuera. Es decir, que tiende a provocar una demanda exagerada de moneda extranjera provocando un drenaje, así que no sólo inutiliza como fuente de recursos, esa parte de las utilidades, para el futuro proceso de desarrollo, sino que, al mismo tiempo, dificulta la importación

de las cosas esenciales al aumentar el valor de la moneda fuerte de los países que producen las máquinas, las herramientas necesarias para el proceso de industrialización.

El impuesto a los réditos, ¿estuvo mal organizado de entrada?

No, no estuvo mal organizado. No sé si la política inglesa pensó en eso o fue la manía de imitar, de aplicar el impuesto como se aplica en los grandes países. Porque usted no debe olvidarse que el gran error de los liberales, que suele también ser error de los socialistas, es copiar.

Sí, los socialistas que son liberales.

No, no hablo de los socialistas de acá. El error de los ideólogos es olvidarse de las condiciones locales, transferir las soluciones. Es como si ahora viene un admirador de la reforma agraria cubana y dice: vamos a hacer la reforma agraria en la Argentina. Pero la primera cosa que hay que estudiar en la Argentina, no es la tenencia de la tierra, sino la existencia de agrarios y se va a encontrar con la gran sorpresa de que no hay agrarios.

No habría a quién darle la tierra.

Es claro. Un largo proceso ha creado incapacidad agraria en la multitud de origen rural, que se va hacia las ciudades donde tiene soluciones, o sea es otro el criterio que hay que usar. Es el criterio, más bien, de tecnificación, de estructuración, pero usted no resuelve nada con repartir tierras que no va a ocupar nadie. Porque el problema es que el agrario se vaya a trabajar al campo. De otro modo lo que hace es sustituir unos rentistas por otros. Bueno, posiblemente también en la introducción del impuesto a los réditos ha jugado la perfección con que, en cierta medida, eso funcione en los grandes países. Pero sin tener en cuenta que aquí tiene una incidencia distinta, porque nuestras condiciones históricas son distintas. Ese es el gran problema argentino: es el de la inteligencia que no quiere entender que son las condiciones locales las que deben determinar el pensamiento político y económico. Esta no es una cosa nueva. No hace falta ser marxista para entenderlo. Más aún, Marx no entendía las condiciones económicas de los países subdesarrollados; las entendió Lenin que hizo una ampliación del marxismo. Un maestro del siglo XIX, Federico List, criticó esa concepción de la división internacional del trabajo, según costos comparativos. Él explicó que los países que están en período de desarrollo, aceleran cada vez más ese desarrollo y lo profundizan con el libre comercio internacional, pero los que recién emergen necesitan

protección en las fronteras nacionales. El pensamiento de List promovió el desarrollo capitalista de Alemania y también de los Estados Unidos, porque List estuvo en los Estados Unidos e influyó en gran parte del pensamiento económico. Pero a nosotros nos han enseñado todo mal. Nos han enseñado por ejemplo, que la lucha entre Hamilton y Jefferson fue una lucha de orden institucional. No, era la lucha entre el capitalismo que surgía (Hamilton) y quienes tenían una idea agraria de los Estados Unidos (Jefferson) y ganó Hamilton. Nos han enseñado la guerra de Secesión como una guerra motivada por las lloronas páginas de *La cabaña del tío Tom*, no como fue, una lucha entre los fabricantes de camisetas del norte que querían el algodón para ellos y necesitaban consumidores de camisetas en el sur (y no esclavos, como querían los dueños de plantaciones) y a su vez, los fabricantes de camisetas de Manchester que querían el algodón para ellos; el rey algodón tiene más que ver con la guerra de Secesión que *La cabaña del tío Tom*.

Para eso estamos los historiadores, ahora, para...

Pero es que los historiadores lo han explicado de sobra, pero aquí no se ha explicado. Ni en la Facultad de Derecho ni en ninguna Facultad han explicado estas cosas elementales. Todavía, por otra parte, ese pensamiento es el pensamiento que sostiene Alsogaray, que sostiene Pinedo, porque fíjese, Pinedo ha sido socialista, después es el que funda la economía dirigida, porque es el ministro que impone las juntas reguladoras, el Banco Central dirigido por los bancos particulares y después, cuando ese dirigismo se nacionaliza (1946), Pinedo se hace liberal definitivamente. En el transcurso de 30 años, ha tenido tres pensamientos completamente distintos y opuestos, pero siempre ha coincidido, es decir, fue liberal como socialista y ahora es liberal como liberal. Siempre ha coincidido con los intereses dominantes.

Con respecto a esto del tratado Roca-Runciman, a mí me da la impresión de que hubo nuevas inversiones de capital inglés, más bien se trataba...

No, no, en absoluto. Se trataba de restringir inversiones de capital nacional, es decir, de parar nuestro desarrollo. Fíjese, la simple destrucción del colectivo y del ómnibus que fueron creaciones del capital y de los trabajadores nacionales. Me acuerdo del primer colectivo, que era de un gallego que tenía un automóvil viejo, que iba desde la Plaza de Mayo hasta la calle Corro. Era hasta humorístico, porque tenía un cartel que decía "Hasta Corro". Quería decir que iba hasta la

calle Corro, pero uno, que veía el coche todo derrengado, decía: El rengo hasta corre. Posiblemente llevara una línea regular, un sistema de acceso hasta el Hipódromo, que hacía tiempo que se hacía, para llevar colectivamente grupos de gente, desde Plaza Italia hasta el Hipódromo o alguna cancha de fútbol. Era una época de gran pobreza del pueblo argentino. Cuando usted veía una yiranta por la calle, en la Década Infame, detrás, treinta metros detrás de la mujer, yiraba un auto esperando que la mujer levantara un viaje, porque si ella levantaba un hombre, era un viaje hasta la amueblada. Entonces, tenía lo que le marcaba el taxímetro, más $ 0,50 por cabeza, que le daba la amueblada al chofer del taxímetro. La del colectivo es una organización curiosísima, fue cundiendo, así, espontáneamente, después que la municipalidad empezó a autorizar... Precisamente, esto es un fenómeno que yo seguí con mucha curiosidad, porque nunca he podido entender cómo diablos arreglarían la sociedad los anarquistas y esta es una creación anarquista. Todos eran viejos foristas gallegos, del sindicato de Resistencia, de la calle Bartolomé Mitre y organizaron un sistema de disciplina con horarios, con tareas, con controles, en libertad, es decir, sin reglamentaciones municipales, ni del Estado y con sanciones que ellos se aplicaban, de común acuerdo, de buena fe. Es el primer ensayo que he conocido de organización anarquista. El colectivo fue un instrumento extraordinario en Buenos Aires, porque transformó la ciudad y ha hecho de esta ciudad, posiblemente, la ciudad mejor comunicada del mundo. Porque usted, a cualquier hora que sea de la noche y en cualquier lugar de Buenos Aires, nunca estará a más de 10 ó 8 cuadras de un vehículo que lo transporte de un lugar a otro de la ciudad. En una combinación de dos vehículos, usted va a cualquier lugar, cosa que no ocurre en Londres, ni en París, ni en Roma, ni en Nueva York, ni en ninguna parte. Esto gracias a la flexibilidad de este pequeño vehículo, que por ser pequeño puede tener recorridos menos rendidores. Y se llegó a una verdadera organización del transporte que nos liberó del control del tranvía y del ferrocarril, que respondían a un esquema de una ciudad ya vieja. La extensión de la ciudad la hizo el colectivo, se fueron rellenando los huecos baldíos que había entre los barrios y entonces las compañías de tranvías, es decir, el grupo inglés de tranvías, resolvió la Ley de Coordinación. Los expropiaron, se incautaron de los colectivos y se los entregaron a la compañía de tranvías. Así como suena, dejaron desocupados a los colectiveros, a las empresas de ómnibus, una cosa terrible. Pasó a ser

de la Corporación de Transportes, digo, pasó a ser de la compañía de tranvías, que después se hizo Corporación de Transportes, cuando Perón la nacionalizó. Y después en el proceso, después del 55, los colectivos fueron entregados a los particulares, es decir, se volvió a como había empezado.

La otra cosa que a mí siempre me intrigó del tratado Roca-Runciman es qué pasaba con el capital norteamericano en esa época.

No había capital norteamericano.

Pero fíjese que en algunas ramas era bastante importante, por ejemplo en la electricidad.

Poco. Vea, del capital norteamericano, era del único que se hablaba hasta que Scalabrini denunció al capital inglés. Yo he actuado en la Unión Latinoamericana, que presidía Palacios; en la Alianza Continental, que presidía Arturo Orzábal Quintana. Teníamos abundancia de dinero para hacer actos, para publicidad, *La Nación*, *La Prensa*, pero era siempre contra el yanqui, nunca se hablaba del león inglés y en realidad el único que pastaba acá era el león inglés. Yo le digo a usted que el único capital norteamericano que había era la Ford, vendedora de coches.

¿Y el petróleo?

Bueno, la Standard. Ahí empieza la Standard, pero se hablaba de la Standard y no se hablaba de la Shell. Por ejemplo, en la revolución de setiembre "hubo petróleo". Evidentemente, las compañías petroleras quisieron oponerse a la ley de nacionalización del petróleo. Yrigoyen iba a tener mayoría en el Senado al día siguiente de la revolución porque el 6 de setiembre era sábado, y el 7 domingo, eran las elecciones en San Juan y Mendoza. Fraudulentas o no, venían 4 senadores que le daban mayoría a Yrigoyen. Él quería sancionar la ley del monopolio estatal del petróleo cuando lo volteó la revolución de setiembre.

Ahora, lo que a mí me llama la atención por ejemplo, es la política caminera de Justo.

Es cierto.

Que es casi antiferrocarrilera.

Así es, ¿no? ¿Qué fundamento tiene? Lo que recuerdo es que el director general de Vialidad era un productor de cemento, el ingeniero cordobés, Justiniano Allende Posse ligado al grupo Corcemar, productor de cemento. Habría que ponerse a estudiar, especialmente los

recorridos, porque las grandes líneas, son líneas paralelas, parecen de competencia, que facilitan el tránsito automotor, pero habría que ver.

Posteriormente, eso es bastante claro, la competencia.

Sobre todo después que se nacionalizaron, porque el gobierno que nacionalizó los ferrocarriles no tuvo el talento de comprender que no podía subvencionar el transporte automotor, porque la construcción de caminos está subvencionada con el impuesto a la nafta y el camino está hecho para competir al ferrocarril. Claro que se mantuvieron tarifas monstruosamente bajas, pero el concepto fue de que no importaba perder en el ferrocarril. Pero no hubo una dirección eficaz.

Los ingleses ya estaban perdiendo plata.

Vea, los ingleses ya no hacían mejoras en los ferrocarriles desde 1916. Las tarifas vigentes eran de la época en que el cambio de la libra era 16 pesos por peso argentino. Por otra parte, gran parte de los ferrocarriles, al limitarse la producción, perdían interés y los únicos que seguían siendo interesantes eran los destinados a las cargas del Litoral para los puertos, pero no habían repuesto un tornillo. Los críticos de la nacionalización de los ferrocarriles se olvidan de eso: que se compró en un estado que había que rehacerlo todo. Por eso, las pérdidas de los ferrocarriles no son tantas porque, en gran parte, corresponden a la reposición de capital. Además Inglaterra iba desvalorizando la libra, respecto del dólar, es decir, que el poder de compra de esas libras que nos debían, era cada vez menor y en tercer lugar, no nos las iban a pagar nunca, como no pagaron las de la otra guerra. En cuarto lugar, esa acumulación de divisas respondía a faltantes. Eso es lo que se olvida la gente, que esa acumulación correspondía a los cinco años de guerra, en que no había habido importación de maquinarias. En cuanto cambian las condiciones hay que importar. Entonces, las libras se van en gran parte en eso, porque es un ahorro forzado.

Cuando se habla del tratado Roca-Runciman, generalmente se dice que benefició a un sector de los ganaderos, a los grandes ganaderos, a los invernadores.

Sí, a los invernadores, desde luego. Porque la ganadería nuestra ha tenido intereses en pugna entre el criador y el invernador. El criador es el propietario de vacas, que hace terneros. El invernador es el que compra terneros y los hace novillitos y novillos. Es decir, las zonas de invernada no se corresponden con las zonas de cría. Todo el país es zona de cría, desde luego, los campos del Litoral, que no son de invernada y también la zona marginada de Santiago del Estero. Pero, la

invernada –pasturas especiales– es sobre todo en el norte y oeste de la provincia de Buenos Aires, sur de Santa Fe y de Córdoba. Usted puede decir, por ejemplo, que del Salado al sur bonaerense no hay campos de invernadas. Hay algunos manchones en Coronel Suárez, en fin, no hay invernadas. El Uruguay, por ejemplo, es un país que tiene muy pocas hectáreas para invernada, es decir que si quiere hacer novillos necesita un año, un año y medio, o más, que la zona de invernada para adquirir el mismo peso. Un ternero que usted compra, en la zona de cría, tardaría 3 a 4 años en ser un novillo. En cambio, a los dos años y un mes ya es un novillo en la zona de invernada. El criador vende el ternero al invernador y los grandes estancieros en general son invernadores. Además, hay clasificaciones de tipo, por ejemplo, a un ministro, a un hombre que el frigorífico lo quiere favorecer, le mejora la clasificación, la tipificación de la carne, por ejemplo, le pone "J". Yo he conocido gente que abajo del Salado vendían "J", pero era porque lo quería favorecer al frigorífico. Era el modo de comprar al hombre, clasificarle la hacienda en otra forma.

También es una cosa que tiene mucho que ver con la agricultura. Mucha gente no entiende cuando habla de la disminución de ciertas áreas agrícolas. Una gran cantidad de campos, los aptos para la invernada, hay que "hacerlos", hay que alfalfarlos, sembrarle las pasturas correspondientes, entonces, el campo bruto, originario, cuesta hacerlo, entonces se arrienda al agricultor, al chacarero por 5 ó 6 años. Después de 5 ó 6 cosechas, generalmente el contrato de arrendamiento antiguo contenía, en el último año, la obligación de entregarlo alfalfado. Es decir, ese campo que se alfalfó, ya no vuelve más a la agricultura por muchos años, hasta que se acaba la alfalfa. Entonces constantemente, la ganadería le va sacando campos a la agricultura. En general, las praderas alfalfadas o las que se llaman ahora praderas de pastos artificiales, esa son sacadas de la agricultura. Por otra parte, hay una relación constante entre agricultura y ganadería porque son incompatibles. En cierta medida, es cierto que el ganadero aprovecha los rastrojos, pero en general, donde yo siembre no tengo ganadería, donde tengo ganadería no siembro.

Es decir, para no confundirnos en materia agrícola ganadera, todo el aparato de engaño funciona de una manera muy hábil. Por ejemplo, se quiere decir que se produce menos y muestran las estadísticas del trigo. Sí, bueno, se produce menos trigo, pero se produce más maíz, se produce girasol, se produce lino. Hay zonas que en los últimos veinte años se han multiplicado, en la extensión y en los rindes, hay otros cereales cada vez más importantes: la avena, la cebada, los girasoles. Es decir, para hacer una estadística de la superficie de la explotación agrícola, no hay que hablar sólo del trigo. La disminución del trigo no quiere decir que haya disminuido la siembra, sino que una gran parte de la siembra deriva hacia cultivos de más rinde, de más interés. Porque el mercado triguero de exportación se ha hecho poco importante, prácticamente tenemos el Brasil y hasta por ahí nomás porque tenemos la competencia de los Estados Unidos que vende a pérdida.

Ahora, una cosa que yo no veo claro, ¿qué hace un ganadero de Entre Ríos o de Corrientes?, ¿a quién le vende?

Bueno, algunos invernan y otros, bueno, hay frigoríficos. En el sur está el frigorífico de Gualeguaychú, ahora hay muchos frigoríficos chicos además.

No, yo le preguntaba a partir de esta ordenación de 1933 de la cuota.

Bueno. Vendía al frigorífico de Gualeguaychú y si no a los invernadores de la provincia de Buenos Aires o de Santa Fe.

Es decir, sus clientes son los invernadores.

Sí, sus clientes son los invernadores aunque ellos también tienen algunas zonas de invernada. El frigorífico de Gualeguaychú cumplía una gran función, por eso lo trataban mal y le reducían la cuota. Sobre ese tema, el que le puede hablar con precisión es Irazusta.

Sí, algo me dijo el otro día, que finalmente, fue absorbido el frigorífico. Ahora, otra cosa, los frigoríficos en su 60%, en la Argentina, eran americanos, Norteamericanos.

Sí, pero una cosa es el negocio del frigorífico y otra la política de la carne. "Inglaterra –Scalabrini lo desarrolló muy bien– es base y arma del abastecimiento". Usted fíjese: hay un librito de Methol Ferré, un uruguayo, cuya lectura se lo recomiendo, que se llama *El Uruguay como problema*, que me parece que es lo más acertado que se ha escrito en el Río de la Plata, sobre política económica, con relación al problema del desarrollo y del subdesarrollo. Dice Methol Ferré que la Argentina, el Uruguay, el Canadá, Nueva Zelanda y Australia, tienen la particularidad de ser países proveedores de materias primas, pero que no tienen las características típicas del subdesarrollo. Y la explicación está en que son productores de materias primas alimenticias, desarrolladas sobre la base de la renta diferencial. Entonces, la

renta diferencial ha sido tan grande, que a pesar del derroche, la dilapidación y la no reinversión de los propietarios de la tierra, ha dado una capacidad impositiva, y a pesar de que el gran margen se lo han llevado los ingleses, estos países tienen una capacidad impositiva que le ha permitido tener una organización educativa, policial, de transportes, de un nivel aproximado a los de un país desarrollado.

Pero, ahora se entra en crisis, porque la renta diferencial ha desaparecido como factor. En los grandes países imperiales, la agricultura y la ganadería se trabajan a pérdida con subvención, la paga la industria la subvención, entonces ya no interesa la alimentación barata. Antes, en el siglo pasado, la alimentación barata proviniendo desde el Río de la Plata, Canadá y Australia era una subvención al salario. Ahora, prácticamente el salario industrial y la utilidad industrial subvencionan a la producción rural. Entonces, nosotros hemos desaparecido, es decir, vamos perdiendo ese mercado. Methol Ferré explica las condiciones particulares del Uruguay. ¿Qué ocurre en el Uruguay, "la tacita de plata", "la suiza americana"? Battle y Ordóñez, sin darse cuenta del problema o dándose cuenta, se incauta de una gran parte de la renta diferencial por medio del impuesto. Entonces, la clase terrateniente uruguaya no puede dilapidar, como dilapidó la clase terrateniente argentina. Ahora, ¿qué hace Battle y Ordóñez, con esa incautación? Si hubiera sido un socialista o un hombre con una misión de destino, esa parte de la incautación la hubiera dedicado a reinvertirla en la generación de una nueva economía o en la preparación de una política a través del Río de la Plata con la Argentina para integrarse económicamente. Pero Battle y Ordóñez simplemente redistribuye –a través de las pensiones y de los empleos administrativos– lo que le ha quitado a la clase terrateniente y crea una enorme burocracia y un aparato que permite al Uruguay vivir, estirar su prosperidad. Así se explica ese fenómeno catastrófico de la explosión uruguaya actual, porque nosotros nos quejamos porque tenemos 7 millones de personas en el Gran Buenos Aires sobre una población total de 25 millones, pero el Uruguay, sobre 3 millones y medio, tiene dos millones doscientos mil en Montevideo.

Claro, ahora es un país que ha reventado. Por eso se ha hecho explosiva la crisis social.

Desde el sótano de FORJA

Bueno, ¿usted salió en libertad a fines de 1934?

No, a fines, no... En mayo de 1934.

Entonces¿ participó en la lucha interna del radicalismo con motivo del levantamiento de la abstención?

Estaba acá, pero no era convencional nacional. Creo que le dije que fui secretario de la convención de la Capital Federal, cuyo presidente era Guillermo Watson.

Y esa convención de la Capital, ¿se mantuvo contra Alvear?

Sí, se mantuvo hasta que terminó su período. Después, el 2 de enero de 1935 se produce el levantamiento de la abstención porque así lo decide la convención nacional del partido. Nosotros sosteníamos que el levantamiento de la abstención no se había hecho para pacificar al país, sino para sancionar el "Estatuto Legal del Coloniaje", impuesto por el tratado Roca-Runciman, dándole legalidad con la participación de todos los partidos.

Como efectivamente ocurrió.

Claro, y aún hubo radicales que votaron, por ejemplo, la Ley de Coordinación del Transporte. La votaron los representantes de Entre Ríos, por lo menos uno, Aguirre Zabala, que era senador. Sí, en ese debate habló Palacios, quien pronunció un lindo discurso contra la Coordinación, que se lo escribió Raúl Scalabrini Ortiz.

¿Sí?

Sí. Pero Palacios –yo no lo perdono– cuando murió Scalabrini no tuvo una palabra de recuerdo.

¿Qué hicieron ustedes frente a la decisión del partido de levantar la abstención?

Fundamos FORJA. Si le interesa, le puedo leer unos párrafos de un discurso mío referido a esa fundación.

Me parece bien.

«En esa hora incierta, FORJA nació en la soledad de lo argentino. La desviación del radicalismo había dejado sin respaldo la esperanza de una voluntad creadora. Vinimos a constituirla, constituyéndonos en

custodia de la bandera abandonada, cuando la indefensión de lo nacional tendía a agravarse, porque en la ausencia de un cauce argentino, sonaban voces extrañas dividiendo la unidad de Patria y Justicia, como proposiciones opuestas e inconciliables.

»Un sótano fue la encrucijada donde se encontraron aquellos hombres perdidos y aislados… Los veo entrar, uno por uno, tímidamente, con temor de una nueva desilusión. Cada uno tenía en sus manos una partícula de verdad, una inquietud fragmentaria, un rayo de esperanza y comenzaba a balbucearla con miedo de que esa verdad suya no fuese comprendida ni compartida. Estábamos allí los que veníamos de la recia militancia radical y revolucionaria. Como se ha dicho: "un puñado de hombres con una desgarrada bandera".

»Percibimos, desde el primer momento, que toda acción política supone la realización de dos aspectos: adecuación al medio social de los fines que se persiguen y organización de la fuerza capaz de dar cumplimiento a esos fines. Dedicados a construir el pensamiento de la Joven Argentina, no caímos jamás en el prejuicio intelectualista. No hemos sido, ni lo seremos, trabajadores de un ideal abstracto, ni propietarios envanecidos de las fórmulas de nuestro destino. Nada inventamos, ninguna proposición deslumbrante ofrecimos, Simplemente, nos pusimos a rastrear los senderos de la realidad, ocultos bajo la rastrillada que tapó los caminos de lo argentino. Interrogamos al pasado, para obtener la respuesta del futuro, no para volver a él en melancólica contemplación o para restaurar formas abolidas, sino para que nos enseñase cuáles son los métodos con que se defrauda el presente e impedirlo. Interrogamos al presente para que nos dijera la voz auténtica de su expresión, silenciada por el estruendo de las sirenas portuarias y para buscar, en él, los puntos de apoyo de la realidad actual, útiles en la construcción del futuro. Los buscamos en la geografía, en la política, en la economía, en la cultura, en todos los ámbitos y sobre todo, en el hombre argentino, destinatario de nuestro esfuerzo.

»Mientras construíamos para afuera, tuvimos que construir para adentro, para adentro de FORJA y para adentro de cada uno de nosotros. Fue empresa de humildad la nuestra. Cada uno tenía al llegar su propia visión del mundo, su propia fórmula, su propia solución. Hubo que resignar toda vanidad intelectual, ajustar el tono de cada instrumento a las exigencias del conjunto… Todos teníamos por delante algún árbol que impedía ver el bosque, pero en la comunidad de la

esperanza argentina, logramos ordenar el paisaje para darnos una visión integral del panorama.

»Nuestros contrincantes en el terreno de la inteligencia tenían a mano la gruesa artillería de las doctrinas importadas. Desde Marx y Adam Smith hasta los corifeos del estado totalitario, todo estaba a su disposición en volúmenes y volúmenes. Nosotros andábamos apenas con el arco y la flecha de nuestros primitivos elementos. A cada interrogación que se nos formulaba, teníamos que dar una respuesta y había pocas en nuestro carcaj. Ellos, en cambio, no tenían más que estirar la mano hasta los estantes de las bibliotecas para extraer la fórmula de la farmacopea internacional. Parece paradójico, pero ahí estaba nuestra fuerza. Habíamos descubierto que el peor enemigo del enfermo era el médico. Desentrañando la trama de nuestro coloniaje económico, que fue nuestra primer tarea, descubrimos que él se asentaba sobre el coloniaje cultural. Descubrimos que ambos coloniajes se apuntalan y conforman recíprocamente. El coloniaje económico daba los puntos de apoyo al cultural y éste, a su vez, era la forma de penetración y estabilización de aquél.

»¡La traición de la inteligencia! Esa es la primera en el orden de las culpas, y la primera que debíamos evitar. No es ella un tema nuevo. No en balde la revolución Mejicana se hizo al grito de ¡Abajo los científicos!, que también pudieron articular nuestras montoneras federales y nuestras multitudes radicales. No es una traición deliberada y consciente, corresponde, mejor, a la actitud de rastacuerismo de los pueblos jóvenes, deslumbrados por el espectáculo de las civilizaciones maduras. Se alimenta con la pedantería y la suficiencia que prefiere el brillo de la exposición doctrinaria al oscuro trabajo de la investigación sobre la realidad y se construye sobre el desprecio de lo propio, hijo de aquel rastacuerismo. Hay que estar al servicio de esa traición para lograr las primeras planas periodísticas, los éxitos de librería, los triunfos de la cátedra. Renunciamos a ello.

»Esa tradición intelectual viste bien y presenta una apariencia deslumbrante, recubierta por el oropel de las vestiduras ajenas… En uno de los primeros documentos de FORJA hemos dicho: "Los primitivos conquistadores cambiaban a los indígenas el oro puro de sus montañas y sus ríos, por los abalorios de cristal traídos en sus carabelas; lo mismo hacen los modernos conquistadores, sólo que los abalorios de cristal están constituidos ahora por doctrinas y teorizaciones, en las que se fundamenta nuestra desunión y la indefensión argentina, que es

su consecuencia...". Hasta entonces, se había procedido así: dada tal doctrina es necesario que la realidad se someta a ella. Nosotros nos propusimos, si era posible, que dada nuestra realidad, resultase una doctrina que sirviera a nuestros intereses y no a los ajenos. Hasta entonces, habíamos ido al almacén a comprar con el "manual del perfecto comprador", pero escrito por el almacenero.

»Empezamos entonces por estudiar, libres de anteojeras, algunos problemas de nuestro presente y de nuestro pasado. De su conocimiento resultaron conclusiones que siguen dando frutos. Del conjunto de muchas de estas conclusiones han resultado puntos de vista generales que, ahora, sí, permiten deducciones propias y auténticas, que siempre comprobamos en el terreno de los hechos

»Claro está que este método exige humildad y paciencia en el investigador, pero en FORJA no hay lugar para vanidosos ni apresurados...»

¿En FORJA ingresó todo el grupo antialvearista de la Capital?

No. Al principio, una gran parte del "legalismo", entró. Pero cuando vieron que nosotros no íbamos a participar en las luchas internas, sino que nos poníamos en una hosca posición de resistencia, que íbamos a una lucha de fondo, su vocación electoralista era muy fuerte y se fueron yendo. Casi toda la parroquia se nos fue yendo.

Muchos de los que se fueron o que no entraron en FORJA tuvieron afinidad ideológica, de modo que FORJA actuó sobre gran parte del sector intransigente del radicalismo, construyéndole el pensamiento y la sensibilidad. FORJA, como grupo, era reducido, pero tenía simpatizantes y partidarios en sectores del radicalismo, del nacionalismo, en sectores indefinidos, es decir, era un pensamiento que se estaba formando en el país. Es muy posible que nosotros hayamos contribuido a formarlo, pero que también nos hemos formado en función de ese momento histórico. Alguna vez he anunciado humorísticamente la teoría biológica de las ideas, o sea, a veces nosotros creemos que un grupo de hombres ha sembrado un pensamiento y a lo mejor, no son más que los primeros infectados por la enfermedad. Después simplemente contagian. Porque es curioso, fíjese, yo le digo que en el año 36, 37, 38, nosotros dábamos 2 ó 3 conferencias callejeras por día, con gente o sin gente. Nos habíamos impuesto esa disciplina de no abandonar nunca la tribuna. Siempre me voy a acordar de un día, en la esquina de Monroe y Cabildo, que era un día de invierno –3 grados bajo cero y soplaba un viento espantoso– y los 3 ó 4 concurrentes que habíamos ido a acompañar al orador, estábamos de la pared que protegía el viento y el orador hablaba y hablaba solo, no había nadie en absoluto, pero la disciplina era esa, aunque no hubiera nadie...

¿Y en otros actos, tenían más?

Fue un fenómeno curioso. Esto es importante como observación, no de FORJA, sino de cómo se forma una mentalidad política. Tal vez en el 39 hablábamos con 50 ó 60 espectadores. Cuando llegábamos a 200, nos considerábamos satisfechos. A los únicos que habíamos convencido, me parece, era a los soldados del escuadrón de seguridad, porque claro, había dos soldados por acto y como hacíamos 2 ó 3 actos por día, al cabo de seis meses ya todo el escuadrón había desfilado por nuestros actos y había oído dos o tres veces las conferencias.

Pero de pronto, empiezo a notar una inusitada afluencia de público. Los permisos de los actos esquineros se gestionaban en la mesa de reuniones públicas de la policía, que en ese tiempo estaba a cargo de Fernández Bazán. Entonces, al observar este crecimiento violento de la concurrencia –porque pasábamos de los cincuenta espectadores a los quinientos, y de los doscientos a los dos mil, así de golpe, un público que aplaudía y que se incorporaba, que "vivía" con los oradores–; entonces, sorprendido por lo brusco del cambio, quise hacer una experiencia. Como había hecho una relación amistosa con Fernández Bazán, le decía: "A ver los actos que tienen pedidos los otros partidos". Entonces me informaba: Comité Nacional del Radicalismo, por ejemplo, en Cabildo y Obligado, el martes; yo pedía el miércoles para FORJA; partido Socialista, plaza Once, el lunes, yo pedía el martes... Los grandes partidos realizaban los actos con muchos preparativos. En esos actos hablaban diputados nacionales o en actos socialistas dirigentes conocidos. Los diarios de la tarde, especialmente, traían el anuncio a grandes títulos "Habla el diputado Tal" y qué sé yo y *La Nación* y *La Prensa* les daban una abundante información política. Eran "partidos serios". Además, el comité de barrio o el centro del barrio pegaba carteles y el acto empezaba con la concurrencia de por lo menos 100, 150 partidarios del barrio; nosotros, en cambio, no teníamos gente conocida, hablábamos muchachos desconocidos, los diarios no nos publicaron ni el uno por ciento de la información. Publicaban mucho más a los nazis que a nosotros, porque a los nazis les podían decir nazis... Nosotros no teníamos recursos, así que nuestro anuncio era simplemente ir a la mañana temprano del día del acto.

entre dos árboles, a colgar un cartel: "Aquí FORJA - Hoy, tal hora", y a la hora del acto llevábamos el micrófono con unas baterías, en la plataforma de un tranvía, iban 15 ó 20 muchachos que constituían la guardia del acto por si había alguna agresión y se hacía la tribuna con algunos cajones de cerveza pedidos al almacén de la esquina.

Pero lo que pasó fue lo siguiente: que nosotros empezábamos –como le digo, con esos 20 muchachos de guardia– y de repente se iba juntando gente, se iba juntando gente. Cuando nos acordábamos, superábamos lejos el acto socialista, el acto radical y de pronto teníamos dos mil personas, donde seis meses antes no habíamos juntado cincuenta. ¿Qué pasaba? Se estaba produciendo un cambio en la opinión y los temas que nosotros tocábamos interesaban, y no interesaban los temas de los partidos.

El país se estaba yendo de las fuerzas tradicionales. Quería otro idioma, otro lenguaje, otros temas. Eso estaba presagiando a Perón, es decir, al tipo que agarrara y embocara por ahí, que capitalizara eso. Nosotros no tuvimos aptitudes, ni capacidad, ni medios. Perón tuvo la radio; así como los otros tenían los diarios, Perón tuvo la radio… Yo, en esa época, había leído una novela policial donde un personaje dice: Algún día, en algún país, se van a enfrentar los diarios y la radio y yo voy a poner mi patria por la radio. Sí, Perón tuvo, desde luego, un aparato que nosotros no teníamos y además, creó una imagen. Pero además, él tomó esa multitud, y esa multitud se acercaba a la tribuna de FORJA. No porque fuera forjista, sino porque le hablábamos un idioma que era el idioma del momento, es decir, era un país nuevo.

Así fue. Una vez Viñas, no sé si David o Ismael, escribió un artículo, donde dice: "Nosotros, la generación del 45, nos equivocamos". Y yo le contesté, en algún periódico: Es una jactancia de Viñas creerse él la generación del 45. La generación de estudiantes del 45 se equivocó, pero los obreros del 45 no se equivocaron, ni los cadetes, ni los galleguitos de tienda, ni los tenderitos; se equivocaron los estudiantes por su posición intelectual que los separa del país. No sintieron al país. Bueno, las razones son largas; pero no tienen derecho los estudiantes, ya que Viñas parece expresarlos a ellos, a creerse que ellos son la generación joven del 45. Son sólo una rama de la generación joven. Porque ahora mismo (1971) veo todos esos estudiantes que están peronizados, pero es un peronismo que ellos han inventado y que tiene muy poca conexión con el país real. Todos estos grupos se van a encontrar con la sorpresa de que el país no los va a seguir, porque ellos están en planteos que no son de acá, porque sienten más Cuba que un problema santiagueño, así como Victoria Ocampo siente más a Stravinsky que a Canaro. Desde el punto de vista absoluto, tienen razón, pero los puntos de vista no son absolutos, son siempre relativos cuando se trata de política, son relativos al medio en que las cosas se van a producir. La verdad abstracta no interesa. Es la verdad concreta de ese momento y aquí. Le voy a contar una anécdota que muestra cómo es ese país nuevo, con inquietudes nuevas y que corresponde a una realidad nueva. Yrigoyen descubrió al llegar al gobierno que ese radicalismo que había llegado no era el radicalismo que él había construido y se adaptó. Perón es muy posible que haya venido influenciado por algunas cosas del fascismo italiano, no del nazismo, pero tuvo la habilidad de darse cuenta que eso no andaba acá y se adaptó al país y lo vio porque no tenía las anteojeras de los otros partidos, porque era vivo, inteligente. Se puso a la cabeza de un hecho que era "el hecho", el surgimiento de una nueva masa obrera, el cambio de las relaciones económicas internacionales, la distinta situación del mercado interno con respecto al mercado mundial. Todo eso Perón lo vio y lo vio rápidamente, conversando conmigo, con Miranda, con otros y vio la cosa, precisamente porque Perón no era fascista ni antifascita; era realista.

Usted no tiene idea de cómo, acá, en esa época, los problemas exteriores dominaban totalmente. Los problemas de la guerra excluían. Usted no podía hablar de la Argentina porque la cuestión era entre nazis y democráticos y antes había sido con la guerra española. Usted era leal o franquista y el problema argentino no tenía importancia frente a eso. Yo me acuerdo que Juan Juarbes, un muchacho del partido nacionalista de Puerto Rico, me decía: Bueno, las izquierdas deberían estar con nosotros y están teóricamente, pero cada vez que les reclamamos apoyo, como Puerto Rico es el culo del mundo, siempre hay una cuestión más importante que Puerto Rico y la razón de esa cuestión está en que China… que la URSS… que esto, que lo otro y resulta que a Puerto Rico –que es el culo del mundo– no le toca nunca, como es lógico.

Bueno, aquí nosotros éramos los portorriqueños y nadie se ocupaba de Puerto Rico, pero ni de los de adentro. Le cuento otra anécdota. El día de la proclamación de la fórmula Perón-Quijano, frente al Obelisco, andaba yo viendo la multitud y en eso lo encuentro a Gregorio Pomar, a "Goyo" Pomar, que es un militar radical, revolu-

cionario, muy amigo mío, que yo quería mucho, padre de estos Pomar que actuaron en la revolución. Estaba Goyo muy impresionado: "Pero, este loco –dice– cómo junta gente, ¿será posible que pueda hacer una buena elección? El gentío es bárbaro...". Le digo: "¿Una buena elección? Les va a ganar la elección". Y se fue como un pollo mojado, deprimido por lo que había visto. Bueno, al domingo siguiente era la proclamación de la fórmula Tamborini-Mosca, en avenida de Mayo y 9 de Julio, cuatro cuadras más abajo, fui a curiosear y lo encontré a Pomar y estaba contento, y me dice: "Che, pero este acto me parece más grande que el del otro día, fijate vos, cuatro por metro, tantos metros, el cálculo que hacemos todos". Le digo: "Déjese de joder, Goyo, con los cálculos por metro. ¿No ha visto que este es un mitin de viudas tristes, que estos son todos viejos y que aquellos eran todos pendejos? Y así, la carrera la tienen perdida ustedes". Cada muchachito que había allá era un activista, cada uno ha pintado el letrero, se ha puesto una gorra... El peronismo era una cosa individual y colectiva, nadie respeta a nadie, nadie obedece a nadie, salvo a Perón, pero al mismo tiempo hay una adaptación al fenómeno colectivo muy curioso, psicológico, que ha debido ser el fenómeno de nuestras guerras gauchas, cosas por el estilo, algo que yo no lo puedo desentrañar, pero lo cierto del caso es que era un enfrentamiento de generaciones, en la base del asunto y ellos no lo vieron, y de temas. Los temas que movían a la gente que estaba en Avenida de Mayo y 9 de Julio no tenían nada en común con los temas que movían a la otra gente; unos eran actuales, otros inactuales. Y ese es el asunto, porque es muy curioso, vea, yo creo que tengo una sensibilidad muy especial para conocer la opinión pública que la he ejercitado, tal vez, porque casi siempre me ha tocado ser minoría dentro de grandes movimientos. Entonces siempre sondeando, es decir, he estado en contacto con el gran movimiento y al mismo tiempo en la soledad de la minoría, que tiene que estudiar y que no se conforma. He sido siempre un marginado del peronismo, un marginado del radicalismo, siempre he sido un marginado, ya estoy acostumbrado y además, creo que me siento más cómodo. Porque estoy en la línea principal y tengo la libertad de criticar. Ese día de la proclamación, fíjese, porque es algo tan particular. Ese día de la proclamación de la fórmula Perón-Quijano había venido un grupo de la Alianza que serían trescientos muchachos, con manos en alto, en fin con todo. Durante toda la tarde, desde las 5 hasta las 8 de la noche, ese grupo desfiló entre la multitud peronista, esos

trescientos tipos desfilaron por entre la multitud, pasaban por entre la multitud, la multitud les habría paso, los aplaudía, se volvía a cerrar, pero ni uno solo de la multitud se incorporó. Los aceptaban como colaboradores, pero no estaban en eso y distinguían perfectamente. Es una sutileza la distinción, pero enseguida ellos sensibilizan la cosa diferente. Yo diría que el peronismo es un movimiento de tipos que cada uno tiene una concepción particular de la política y del país y cree que el jefe tiene esa concepción particular. Ese es el fenómeno del caudillo.

¿FORJA se dirigió más a los pequeños grupos que a las multitudes?

Bueno, sí, a los que podíamos tener acceso. Sin embargo, ahí, por ejemplo, Juan José Hernández Arregui dice que no tuvimos contacto con el campo obrero. Es un poco inexacto. Recién en los últimos tiempos de FORJA es posible observar desarrollo industrial, la migración del interior y el cambio de composición de la masa obrera. Los dirigentes gremiales, hasta el año 40, 41, 42, son sindicalistas, socialistas, comunistas, anarquistas, algunos radicales, en fin, distintos grupos de la Unión Sindical, de la Confederación del Trabajo, de la FORA. Y Perón capta la desaparición de todas esas direcciones sindicales ideológicas que corresponden a un momento en que no se había incorporado esta masa.

Me decía que Hernández Arregui les decía que no tenían vinculación con los dirigentes sindicales.

Es cierto, los dirigentes sindicales pertenecían a una formación intelectual anterior a la nuestra. Pero, sin embargo, ya iba apareciendo una nueva formación sindical, sobre todo en las industrias más nuevas sobre cuya base operó Perón. Por ejemplo, en el sindicato del vidrio, el secretario general del sindicato del vidrio, Lázaro Caparrós, era dirigente nuestro de barrio, del barrio de Varela y Avenida del Trabajo y casi todos los dirigentes del vidrio eran hombres vinculados a FORJA y ese fue el primer gremio que lo apoyó a Perón.

Libertario Ferrari, ¿estaba?

Libertario Ferrari, de Trabajadores del Estado (ATE) era afiliado de FORJA. Venía del radicalismo a pesar de que como su nombre lo indica, el padre debe haber sido anarquista. En "portuarios", un hombre que fue mucho tiempo del sindicato, era Egibogi, secretario también de uno de los gremios del puerto. No, no había una ausencia. Lo que no había era un público gremial para nuestras ideas, que era el que

iba a hacer el gremialismo nuevo. Ese fue el talento de Perón: darse cuenta que había que armar una nueva estructura gremial porque la estructura gremial anterior era inexistente y no tenía contacto en la nueva formación. Y esa fue la genial intuición de este tipo, que yo creí que era un grave error cuando pidió la Secretaría de Trabajo. En la Casa de Gobierno casi todos los enemigos de él se cagaban de risa; y yo mismo, acostumbrado a ver lo que era el Departamento de Trabajo, decía: Pero, ¡qué mierda va a hacer con esto! Y él lo vio, lo vio o le vino de chiripa y se consiguió hombres de prestigio sindical. Gay y muchos dirigentes legales; yo no sé qué filiación anterior tenían, como Montiel, cervecero, pero "viejos" agarró unos cuantos.

Muchos ferroviarios.

Ferroviarios, bueno ferroviarios, sí porque había muchos radicales entre los ferroviarios.

Y socialistas, también.

Repartidos, entre socialistas y radicales, socialistas más bien en La Fraternidad.

No, pero digo que se hicieron peronistas, muchos socialistas.

Bueno, él recibió apoyo. Entre esos, vinieron Bramuglia y Borlengui. Éste vino con su sindicato. Claro que ellos no vinieron para incorporarse a Perón. Ellos vinieron para joderlo a Perón. Porque desde el punto de vista de un socialista o de un dirigente gremial antiguo, este coronel era un "loquito lindo" –como uno que había en Chile que se llamaba Marmaduke Grove– y agarraba la Secretaría de Trabajo y había que sacar ventaja para el gremio. Con ese criterio, para mí, Borlenghi fue a sacar ventajas para el gremio, pero resulta que el partido lo echó y ya no le quedó más remedio y Perón lo enredó en las piolas y ya no pudo volverse atrás. Entonces, tuvo que seguir adelante. El partido echó a gente y la obligó a hacerse peronista porque el partido, ni siquiera estaba diremos en lo social, o en lo gremial, digamos, estaba en la cosa pueril del nazismo y la democracia. ¡Es una cosa increíble! Vea, yo he hablado con muchos políticos durante toda la época que traté de hacer los contactos para Perón, durante el año 44. Viajé por todo el país. Hablé con Balbín, pero nunca lo pude sacar del esquema nazismo y democracia. Yo le decía: "Pero, déjese de joder con eso, eso no es una cosa de acá...". En el fondo es la aparición de un país nuevo generado por la guerra. Fíjese que esto es un hecho fundamental: los dos grandes movimientos populares argentinos se producen con las dos guerras, paralelamente, el 16 de Yrigoyen es la guerra del 14, el peronismo del 45 es la guerra del 39. Es decir, el cambio de condiciones históricas que originan las dos guerras facilita un proceso de cambio en el país, de incorporación de las masas. Ahora, no hay que olvidar que en la Argentina, a pesar de la tradición democrática de que hablan, las masas aquí han gobernado muy poco tiempo, han gobernado del 16 al 30 y del 46 al 55 y el resto, no.

Si eso es como usted dice, resultaría que FORJA surgió antes de que estuvieran dadas las condiciones.

Es posible. Se empezaban a dar, es claro. Nosotros nos movíamos sobre el pensamiento básico del yrigoyenismo, tratando de dar las definiciones más claras y mientras nosotros nos movíamos, el país iba cambiando. Por eso, tal vez, nosotros nacimos porque el país necesitaba eso que digo de la teoría biológica. No generamos nosotros, sino el país nos generó a nosotros, como lo generó a Perón.

Antes de que llegara Perón, ustedes, supongo, deben haber tenido contactos con otros grupos, también disidentes, por ejemplo los sectores nacionalistas.

Los nacionalistas querían contacto con nosotros, pero nosotros no queríamos tener contacto con ellos, porque nos marcaban como nazis y teníamos que defendernos como leones.

Todos los nacionalistas eran vistos como nazis.

Y nosotros también. Los judíos, por ejemplo, los judíos todavía nos hostilizaban por no ser pro-judíos y nunca hemos sido anti-semitas.

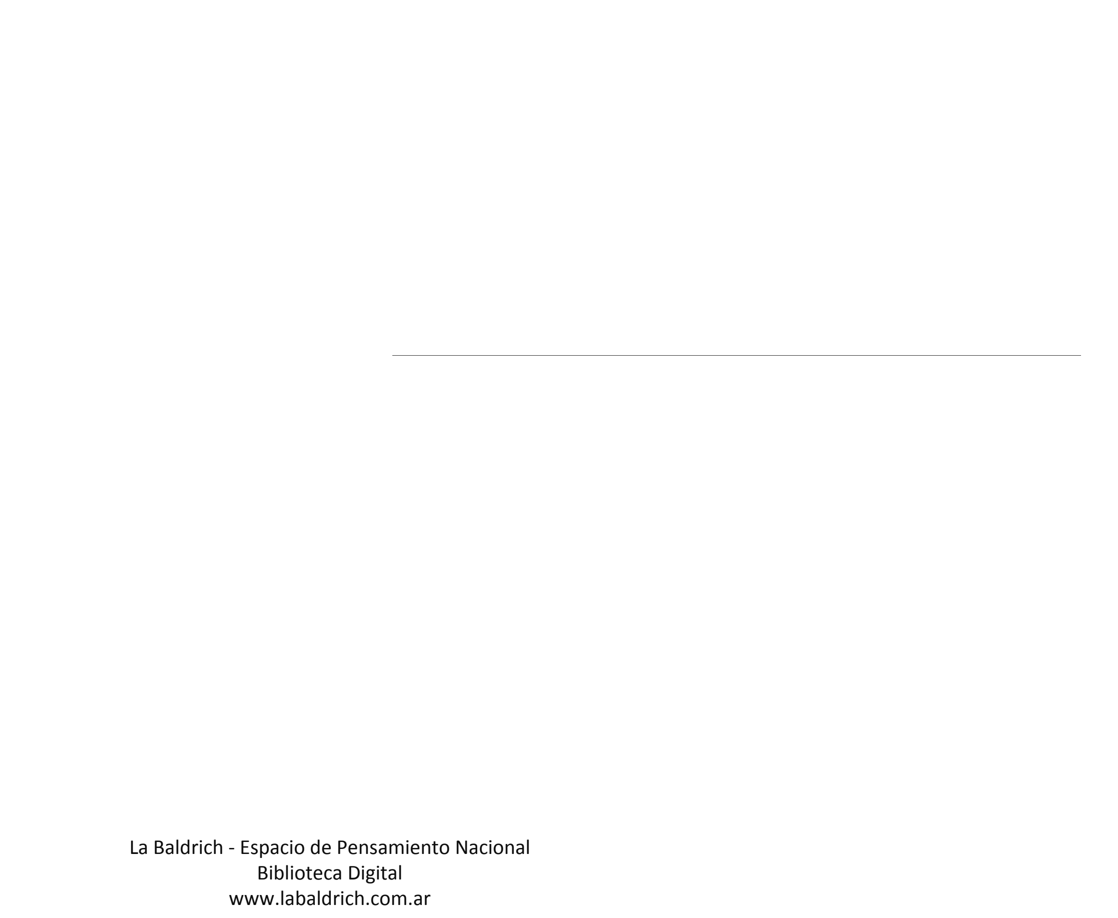
Yo le pregunto por los nacionalistas, porque me da la impresión que dentro del nacionalismo, hubo toda una evolución desde el 30 en adelante.

Bueno, en el nacionalismo, es claro, la Alianza Libertadora Nacionalista fue haciéndose popular y en la medida en que se iba haciendo popular, tenía aspectos de cosa nacional. Ahora, cada vez más la Alianza fue desprendiéndose de la cosa nazi. Porque el nacionalismo es una composición de cosas muy dispares. Lo que se llama el nacionalismo expresa a "los primos pobres de la oligarquía", que son los de clase alta resentidos; son tipos de apellido, de tradición social y que no tienen plata.

Los Irazusta, podrían ser un ejemplo de eso.

No, ellos no son de clase, ellos, además, tienen plata, han heredado fortunas.

Pero en el 30, parece que no tenían.



¿Cómo?

Y, por ejemplo, tapaban los afiches con las denuncias que hacía Del Río. La CADE le regalaba 50 mil carteles a la Liga Contra el Cáncer, de doña Herminia Casares y otras 50 mil al doctor Fernández Verano, ese de la profilaxis de la sífilis. Ellos tenían un pegador de carteles de propaganda y éstos estaban muy agradecidos y entonces cuando nosotros pegábamos un cartel contra la CADE, la CADE tenía un inspector de calle, llamaba al pegador y nos tapaba los carteles esa misma noche. La empresa pegadora que nos tapaba los carteles con la Lucha Contra el Cáncer, es decir la CADE, aparecía haciendo beneficencia, e impidiéndonos hablar a nosotros. Teníamos que cuidar los carteles... Nosotros, para pegar un cartel, teníamos que juntar moneditas y después que habíamos hecho el sacrificio, a la mañana no veíamos un cartel, porque todos los habían tapado con afiches de Fernández Verano o de la señora de Casares. Bueno, a Ventafrida, la Unión Telefónica le hacía lo mismo. Fíjese las pequeñas cosas que tienen estas empresas, de habilidad, todavía nos tapaban con una cosa filantrópica.

¿Ustedes hicieron campañas con el asunto de la CADE y las concesiones?

Sí, muy violentas.

¿Cuánta gente del partido radical estaba, digamos, metida en el negocio ese?

Los concejales, pero el responsable fue Alvear. Precisamente el primer incidente que yo tuve con Frondizi fue por eso. Frondizi estaba dando una conferencia contra los concejales que habían coimeado y yo lo interrumpí y le dije: "Usted ha estado ayer con el doctor Peco a protestar contra los concejales y Alvear les ha dicho: 'esto lo he ordenado yo', y usted le sigue tirando a los concejales y no al presidente del partido". Porque, posiblemente, la CADE le proporcionó fondos para la campaña y porque, además, tenía la idea que permitía agarrar esos fondos, porque creían que las empresas privadas debían hacer eso. Porque ese modo de actuar del señor Alsogaray o del señor Pinedo tiene esa ventaja, de que proporciona los medios para propagar vidriera y permiten enriquecerse. Fíjese el desparpajo de Pinedo, por ejemplo, esa vez que dijo en el Senado que efectivamente el proyecto de coordinación del transporte, que había propiciado como ministro, lo había preparado como abogado y había recibido 10 mil libras, que en aquel tiempo era un honorario fabuloso ¡10 mil libras!

Ahora, usted con Alvear, ¿no tuvo más vinculación personal después que se fundó FORJA?

Cuando FORJA, ya no, no... Después ¡pobre Alvear!, cuando esa vez le tiramos con todo en el salón "La Argentina".

Ah, ¿ustedes fueron?

Sí, en la Convención Nacional. Pero antes tuve mucho trato con don Marcelo, que era un personaje interesante de la vieja Argentina. ¿Le conté la anécdota en el City, cuando íbamos nosotros, los de "la continuidad jurídica?

¿El que entraba con todas las delegaciones?

Ah, sí, sí. Siempre tengo alguna anécdota de Alvear que no las puedo olvidar. Una vez que le hice el cargo de que su posición no era revolucionaria, me dijo: "Sí, sí, mucha revolución, pero después lo meten preso a uno". Y yo le dije: "¿Y qué le hacen a usted tres o seis meses de prisión?" "Ah, sí, no es nada para usted que tiene 30 años. Está bien, pero yo que tengo 60, a lo mejor, son los últimos seis meses...". Después, ahora, de viejo, me doy cuenta que efectivamente tres meses a los 30 años no es nada y a los 60...

El pobre Alvear la ligaba por cosas en las que no creía.

Claro, claro, en el fondo él era un liberal crudo.

Creo que Félix Luna cuenta que estaba indignado cuando lo metieron preso por una de las revoluciones radicales, indignado porque estaba preso y...

Es claro, lo metían sin que él tuviera nada que ver.

El hecho de que ustedes estuvieran en la convención del salón "La Argentina", ¿indica que todavía mantenían la lucha interna?

Bueno, no concurríamos a los actos pero manteníamos contacto y actuábamos como radicales. Hasta esa asamblea de FORJA, en que triunfó la presión de gente joven que no quería afiliarse... Porque este es un fenómeno. Al principio de FORJA la gente aunque no fuera radical, se afiliaba al radicalismo para afiliarse a FORJA, pero, después, los nuevos no querían saber nada con los viejos y entonces, los jóvenes no se afiliaban, si tenían que ser radicales, y en el estatuto de FORJA estaba esa obligación. Entonces, ahí hizo crisis una diferencia de orientación que había dentro de FORJA, y se fueron Luis Dellepiane, Gabriel del Mazo, los hermanos Bosch y otros. Tuve que hacerme cargo de la presidencia, yo no había querido ser nunca presidente de FORJA, porque a mí me gustó siempre más ser eminencia gris.

Es decir, Dellepiane se fue porque...

El pretexto fue porque modificamos el estatuto de FORJA. En una asamblea derogamos la imposición que exigía ser afiliado radical, es decir que ahora se podía ser afiliado de FORJA, sin ser radical. Es decir, dejamos de pertenecer al movimiento radical. Antes, FORJA intentaba recuperar el radicalismo por función histórica. Ahora, FORJA ya comprende que el radicalismo no da más, ese es el problema, que ya está agotado.

En esa época ¿empezaba a crecer, a hacerse fuerte un movimiento intransigente en todo el radicalismo?

Sí, pero nosotros entendíamos que la legitimación de la legalidad creada por el Estatuto Legal de Coloniaje lo inhibía a ese movimiento. Nosotros teníamos esperanza de que llegaran a nuestra posición. Ahora, gran parte del sector intransigente se nutría de nuestras ideas, de nuestras conversaciones, eran el grueso de nuestros "paqueteros", de los simpatizantes, de los que recibían paquetes de publicaciones, los distribuidores. Y nos valíamos mucho de los intransigentes porque nosotros no queríamos formar núcleos prematuros desde el interior, porque es una cosa que hay que tener cuidado en política. Si en una localidad, usted se apura por formar un núcleo va a encontrar la gente, pero si usted empieza mal en esa localidad, después no prospera. Es decir, siempre hay un díscolo que está dispuesto porque no sirve para nada –generalmente suele ocurrir eso– o si tiene potencial de futuro, por eso hay que tener cuidado. Porque enseguida uno encuentra un corresponsal, pero resulta que es un tipo que no se llevaba bien ni con dios, ni con el diablo, es un individualista y usted, para hacer un movimiento tiene que buscar los tipos que no son individualistas.

Ustedes en ese momento, cuando todavía de Perón no se sabía nada, ¿qué perspectiva le veían a eso?

Ninguna. La de formar un pensamiento en el país. Ahora, nosotros estábamos ahí, eso es lo que Perón tampoco entendió de nosotros... Para nosotros fue tan asombroso ver las cosas que vimos, que nosotros pensábamos que las verían nuestros nietos. Claro que también teníamos que pensar que la historia camina a mucha más velocidad ahora, claro, la aceleración del ritmo de los tiempos. Lo que antes demandaba veinte años hoy se hace en dos años. Por eso, muchas veces, a los hombres de mi edad se les escapan las medidas del tiempo. Yo, más o menos los pesco, las tengo que mirar de afuera, no las siento porque mis medidas del tiempo son antiguas, es otro el ritmo histórico. En la

época de mi infancia todavía la historia se medía con el ritmo de la tracción a sangre. Desde el origen de la especie humana hasta este siglo, el ritmo de la historia ha sido el ritmo de la tracción a sangre. Fines del 19 y del 20, en adelante, el ritmo es el de la máquina y la máquina a una aceleración que vamos a ir del automóvil al cohete estratosférico. Hay una aceleración mucho mayor, eso en el transporte, pero eso, también, en las demás actividades de la vida. Las cosas se comunican con rapidez, se traducen, se gastan y quedan viejas. Vea, yo estoy viendo, por ejemplo, el proceso del hippismo. ¿Qué ha ocurrido en cuatro años? El hippismo empieza como movimiento de rebelión en busca de la libertad ¡poco tiempo después se ha transformado y es un método más convencional que el convencionalismo anterior, porque hay que disfrazarse de hippy y pensar como hippy, aunque no se piense, y ya está hecha la convención y entró ya en descomposición porque siendo un movimiento de liberación, es hoy un movimiento de esclavización a la droga. Bueno, en mi juventud, hubiera necesitado 30 años para hacer este proceso, que acá se está viendo hace 4 ó 5 años, no aquí porque aquí no hay hippismo, pero sí en Estados Unidos.

Volvamos a FORJA, para concluir la reunión de hoy.

Bueno, FORJA intentó inicialmente desplazar al alvearismo de la conducción del partido Radical, pero no lo logró. Intentó luego constituir una organización política propia fuera del partido Radical y también fracasó. Pero triunfó en la tarea de formar una conciencia argentina, en la pedagogía política de "Ver el mundo desde aquí"... En un discurso, a principios del 40, recuerdo que dije: "Como el personaje de Molière que hablaba prosa sin saberlo, el país es ya forjista, aunque no lo sepa... No es jactancia ni vanidad alguna lo que me lleva a sostener nuestra primogenitura en la obra argentina. Es necesidad de impedir su estafa... Hemos sembrado para quienes sepan inspirar la confianza que nosotros no logramos. No importa, con tal que la labor se cumpla".

Es decir, Dellepiane se fue porque...

El pretexto fue porque modificamos el estatuto de FORJA. En una asamblea derogamos la imposición que exigía ser afiliado radical, es decir que ahora se podía ser afiliado de FORJA, sin ser radical. Es decir, dejamos de pertenecer al movimiento radical. Antes, FORJA intentaba recuperar el radicalismo por función histórica. Ahora, FORJA ya comprende que el radicalismo no da más, ese es el problema, que ya está agotado.

En esa época ¿empezaba a crecer, a hacerse fuerte un movimiento intransigente en todo el radicalismo?

Sí, pero nosotros entendíamos que la legitimación de la legalidad creada por el Estatuto Legal de Coloniaje lo inhibía a ese movimiento. Nosotros teníamos esperanza de que llegaran a nuestra posición. Ahora, gran parte del sector intransigente se nutría de nuestras ideas, de nuestras conversaciones, eran el grueso de nuestros "paqueteros", de los simpatizantes, de los que recibían paquetes de publicaciones, los distribuidores. Y nos valíamos mucho de los intransigentes porque nosotros no queríamos formar núcleos prematuros desde el interior, porque es una cosa que hay que tener cuidado en política. Si en una localidad, usted se apura por formar un núcleo va a encontrar la gente, pero si usted empieza mal en esa localidad, después no prospera. Es decir, siempre hay un díscolo que está dispuesto porque no sirve para nada –generalmente suele ocurrir eso– o si tiene potencial de futuro, por eso hay que tener cuidado. Porque enseguida uno encuentra un corresponsal, pero resulta que es un tipo que no se llevaba bien ni con dios, ni con el diablo, es un individualista y usted, para hacer un movimiento tiene que buscar los tipos que no son individualistas.

Ustedes en ese momento, cuando todavía de Perón no se sabía nada, ¿qué perspectiva le veían a eso?

Ninguna. La de formar un pensamiento en el país. Ahora, nosotros estábamos ahí, eso es lo que Perón tampoco entendió de nosotros... Para nosotros fue tan asombroso ver las cosas que vimos, que nosotros pensábamos que las verían nuestros nietos. Claro que también teníamos que pensar que la historia camina a mucha más velocidad ahora, claro, la aceleración del ritmo de los tiempos. Lo que antes demandaba veinte años hoy se hace en dos años. Por eso, muchas veces, a los hombres de mi edad se les escapan las medidas del tiempo. Yo, más o menos los pesco, las tengo que mirar de afuera, no las siento porque mis medidas del tiempo son antiguas, es otro el ritmo histórico. En la

época de mi infancia todavía la historia se medía con el ritmo de la tracción a sangre. Desde el origen de la especie humana hasta este siglo, el ritmo de la historia ha sido el ritmo de la tracción a sangre. Fines del 19 y del 20, en adelante, el ritmo es el de la máquina y la máquina a una aceleración que vamos a ir del automóvil al cohete estratosférico. Hay una aceleración mucho mayor, eso en el transporte, pero eso, también, en las demás actividades de la vida. Las cosas se comunican con rapidez, se traducen, se gastan y quedan viejas. Vea, yo estoy viendo, por ejemplo, el proceso del hippismo. ¿Qué ha ocurrido en cuatro años? El hippismo empieza como movimiento de rebelión en busca de la libertad ¡poco tiempo después se ha transformado y es un método más convencional que el convencionalismo anterior, porque hay que disfrazarse de hippy y pensar como hippy, aunque no se piense, y ya está hecha la convención y entró ya en descomposición porque siendo un movimiento de liberación, es hoy un movimiento de esclavización a la droga. Bueno, en mi juventud, hubiera necesitado 30 años para hacer este proceso, que acá se está viendo hace 4 ó 5 años, no aquí porque aquí no hay hippismo, pero sí en Estados Unidos.

Volvamos a FORJA, para concluir la reunión de hoy.

Bueno, FORJA intentó inicialmente desplazar al alvearismo de la conducción del partido Radical, pero no lo logró. Intentó luego constituir una organización política propia fuera del partido Radical y también fracasó. Pero triunfó en la tarea de formar una conciencia argentina, en la pedagogía política de "Ver el mundo desde aquí"... En un discurso, a principios del 40, recuerdo que dije: "Como el personaje de Molière que hablaba prosa sin saberlo, el país es ya forjista, aunque no lo sepa... No es jactancia ni vanidad alguna lo que me lleva a sostener nuestra primogenitura en la obra argentina. Es necesidad de impedir su estafa... Hemos sembrado para quienes sepan inspirar la confianza que nosotros no logramos. No importa, con tal que la labor se cumpla".

Radicalizar la revolución y revolucionar al Radicalismo

Es hora de hablar del 4 de junio de 1943.

Bueno. Hacia el año 40 había cundido un profundo escepticismo político en el país. La masa había perdido su fe en el radicalismo, a quien había lesionado profundamente el escándalo de la CADE y después, la política de colaboración y acercamiento con el gobierno. Esto es más visible durante el gobierno de Ortiz y este escepticismo fue creando una actitud popular que consideraba a la política como carrera por puestos, prebendas y cosas peores. Además, la prédica política de los partidos de orientación ideológica y la totalidad del periodismo habían ido dejando, en segundo lugar, las preocupaciones por los problemas nacionales para privilegiar las cuestiones internacionales. La guerra de España había creado una escisión en dos frentes, "republicanos" y "rebeldes", como se llamaba entonces a los bandos en lucha y la gran mayoría del país simpatizaba con los republicanos, pero sin el calor que ponían los dirigentes de todos los partidos y la prensa. Era simpatía de no embanderamiento. Cuando llegó la guerra del 39, eso ya excedió todos los límites. Toda la maquinaria de difusión se puso al servicio de la causa de las naciones aliadas y a su vez, los sectores presuntivamente nacionalistas, se embalaron en simpatías pro-nazis. Pero todo este ruido y este barullo era alrededor de la minoría intelectualizada, es decir de las minorías ideológicas. La prensa y la actividad política no reflejaban los verdaderos estados de opinión. Se repetía, un poco, lo que había ocurrido en la primera guerra con Yrigoyen. La totalidad o la casi totalidad de los comandos, en los distintos partidos, estaban unificados en el apoyo a una política pro-aliados, que tal vez contase con simpatías de las masas populares, pero no una simpatía que la llevase a querer que la Argentina se embanderase o interviniese. Ocurrió en la guerra del 14, entonces, que la neutralidad fue apoyada por la mayoría de los desconocidos, mientras los conocidos estaban en la política de la beligerancia. En esta guerra, ocurría lo mismo: fraudulentos o no fraudulentos, conservadores,

radicales antipersonalistas y radicales víctimas del fraude y socialistas y comunistas y todas las tendencias eran belicistas y reclamaban nuestra intervención en la guerra. Pero las masas, que tenían seguramente más simpatía por los aliados, no la llevaban hasta el punto de querer comprometer nuestra política internacional. El presidente Castillo se empeñó en la neutralidad, seguramente viendo las ventajas económicas que el país experimentaba con esto y tal vez, obedeciendo a convicciones íntimas. Desde luego, en el gobierno de Castillo, a pesar de su origen espurio, se inician ciertas tomas de posición económicas de carácter nacional que permitieron aprovechar la guerra para la sustitución necesaria de importaciones que la misma guerra hacía imprescindible. No hay que olvidar que Castillo echó las bases de la Marina Mercante. Digo esto para señalar que la atención pública visible, la propaganda y la agitación se habían desviado del tema político interno para irse hacia el tema político internacional. En la Argentina, el problema era el problema de la guerra y no el problema de los argentinos. Para mí, esto no era novedoso, porque yo lo había vivido en la guerra del 14, con la diferencia que lo había vivido de la vereda de enfrente, formado en el liberalismo, educado con la historia y la escuela sarmientina. Hijo de una maestra, desde la infancia yo era de un individualismo y un liberalismo total, casi diría de un individualismo que era nietzcheano. Recién hacia el año 1918 o 1919 y a través de la revolución mexicana, empecé a tener otra visión del fenómeno político y del destino particular de América Latina y dentro de él, del nuestro. Pero durante la Primera Guerra también yo estuve tomado por el mensaje aliadófilo. Volviendo al centro del tema, quiero recordar una entrevista que tuve con el presidente Castillo, en 1942, cuando yo ya dirigía el movimiento de FORJA. Me llevó a hablar con Castillo el doctor Ramón Carrillo, que políticamente era de origen conservador, pero compartía algunos de los puntos de vista nacionales de FORJA. Supongo que Castillo me llamó considerando que posiblemente nuestros puntos de vista forjistas serían más objetivos que los del sector nacionalista que lo apoyaba. Y me interrogó sobre la neutralidad, diciéndome que él hacía del movimiento de la neutralidad el punto de partida de su posición en la historia. Evidentemente, estaba preocupado en especial, porque un tiempo antes, en un discurso, el presidente de Chile, que creo que era José Antonio Ríos, había pronunciado un discurso muy agresivo para la neutralidad argentina. Entonces, yo le dije que la estructura de los cuadros políticos del país

no correspondía a la realidad del país y que él no podría mantener la neutralidad, si no conseguía "barajar y dar de nuevo" en política, porque los comandos de todos los partidos, los de "la concordancia" que eran los oficialistas y los de la oposición, radicalismo, socialismo y comunismo, todos eran rupturistas, porque había un divorcio total entre los comandos y la masa. Los comandos representaban posiciones antiguas que en esta materia internacional no correspondía a la posición neutralista de las bases de todos los partidos. Le dije que había que provocar una crisis en los partidos, para que se reordenaran las fuerzas según la voluntad de las bases. Y posiblemente, esta crisis provocaría también la ruptura de los partidos y una nueva configuración de fuerzas políticas. Me preguntó cuál era el procedimiento y le dije: dividir al radicalismo. El radicalismo lleva, dentro de sí, dos tendencias perfectamente diferenciadas: una de origen yrigoyenista, representada en la estructura política formal por los intransigentes y presuntivamente acaudillada por Sabattini; y la otra, representada por los del comité nacional. La primera tenía un punto de vista muy parecido al de FORJA, menos concreto, pero ésa era su línea de orientación y se nutría, en gran parte, de nuestro pensamiento en los problemas actuales y desde luego, era neutralista. En cambio, la otra, estaba con el viejo pensamiento liberal y europeizante, que había caracterizado toda la política de este cuño. Entonces, Castillo me preguntó cómo podía ser esa solución para dividir el radicalismo. Terminando con el fraude –le digo–, porque es lo único que une, en el radicalismo, a estos dos sectores inconciliables. Es decir, su enemistad con el poder, que ustedes sustentan contra la voluntad del pueblo. Dejando llegar el pueblo al poder, la unión del radicalismo no tiene objeto porque lo que lo une es el fraude. Usted tendría, por lo pronto, que intervenir la provincia de Buenos Aires que es el eje del fraude y producir una serie de hechos que dieran la certidumbre absoluta de que el fraude ha terminado. Entonces, me dijo: Pero eso sería traicionar a los partidos que me han llevado al poder, a "la concordancia". Bueno –le digo–, yo le ofrezco la oportunidad de pasar a la historia como el nuevo Sáenz Peña y como el presidente de la neutralidad, es decir con una estatua de doble volumen y usted me contesta con un compromiso de orden politiquero, que además rebela que usted no ha prestado atención a las bases de sustentación de su poder. "La concordancia" no existe. Es una ficción política hecha sobre el fraude y el fraude existe porque el Ejército lo tolera y lo facilita. Usted reposa sobre el

apoyo del Ejército y el Ejército también es neutralista y no lo va a dejar construir una nueva presidencia, porque a usted, todavía, en esa materia, le tiene confianza. Tal vez en el neutralismo del Ejército gravitasen todos los sectores no afectados por la mentalidad colonial, cierta simpatía en grandes sectores por los nazis, pero más que por los nazis, por los alemanes, por la formación prusiana de nuestro Ejército. Porque, a nuestro Ejército, generalmente, el que le vende los cañones, le hace la cabeza. Nosotros hemos tenido un Ejército afrancesado con Ricchieri; un Ejército germanizado después de Vélez, del ministro Vélez; y volvió a afrancesarse con Dellepiane.

Una pregunta, ¿mientras vivió Justo, él dominaba las tendencias aliadófilas y neutralistas?

Le contesto, continuando el relato. Entonces, le agregué que el general Justo no había incurrido en el error de creer que era presidente por la Concordancia. Conocía bien el origen de su poder y sabía que los partidos de la Concordancia eran beneficiarios del fraude, no los instrumentos del gobierno; que eran el aparato formal de la ficción política en que ha vivido casi siempre la democracia argentina, la llamada "democracia argentina". Entonces, el general Justo controlaba, como hombre del oficio y jefe de la Logia San Martín, el manejo del Ejército. Una vez restablecido el Ejército en los cuarteles, trajo un ministro de Guerra de gran eficiencia disciplinaria que era el general Manuel Rodríguez, que ha quedado como modelo propuesto a la admiración de todos los ministros de guerra, porque cumplió aquello de "la función específica"; es decir, metió al Ejército en los cuarteles y lo disciplinó, para que fuera testigo impasible de lo que hacían los fraudulentos que por el Ejército se habían metido en el gobierno. Eso lo llaman "misión específica". Ese Ejército que había creado el gobierno hizo todas las entregas de la Década Infame. Justo conocía bien al Ejército y donde "la misión específica" no era suficientemente hábil, utilizaba el soborno para mantener el Ejército encuadrado. Pero Ortiz y después Castillo, su sucesor, decidieron ignorar que era el Ejército el que los tenía en el poder y creer en la ficción política democrática de que los sostenía la Concordancia.

Así se planeaba toda la política, tanto la internacional como la económica y la futura sucesión presidencial, en que ya estaba Castillo planificando; esa candidatura que iba a ser la de Patrón Costas después, al margen y sin consultar al Ejército. Yo le dije, entonces, que tenía la certidumbre de que el Ejército no iba a ser impasible ante la

nueva formulación que se proponía hacer y que iba a salir de los cuarteles e iba a acabar con "la misión específica". Yo, en realidad, no conocía ningún hecho, salvo ciertas inquietudes que llegaban a FORJA: la existencia de oficiales inquietos, la aparición de un modo de pensar distinto en el Ejército, pero conjeturaba en función de la lógica de los acontecimientos. No sé si Castillo tendría alguna noticia, porque se interesó mucho en esa observación y me dijo: ¿Qué conocimiento tiene usted de todo eso? Yo, absolutamente, ninguno –le digo– pero conjeturo, es una cosa completamente lógica. Justo cuidó que el Ejército que era la fuente de su aparente poder democrático, no quisiera en un momento determinado decir: y si soy la fuente, por qué no soy el poder; pero eso le va a ocurrir a usted, porque usted y Ortiz, aunque con distinto criterio de gobierno, han prescindido del pensamiento del Ejército, se han tomado ustedes en serio lo de "la misión específica" y no es así, el poder de ustedes proviene del Ejército, no de la Concordancia. La concordancia es más que una ficción… Bueno y ahí terminó la conversación. Sé que Castillo, después de su caída, comentó, este anuncio que dicen es el único que había tenido del cambio. Y hasta me dijeron que había escrito algunos apuntes en los cuales recordaba esto, peor nunca he tenido conocimiento concreto de ello.

¿Lo acompañó la Concordancia en su política neutralista?

Muy poco, casi toda la concordancia estaba en la política belicista. Lo que pasa es que nunca se planteó conflictivamente, pero todos los dirigentes de la concordancia eran también belicistas: Santamarina, todos eran belicistas. Bueno, haya o no sonado la flauta por casualidad, lo cierto es que las cosas ocurrieron como digo y la verdad es que se conspiraba en los regimientos. Andaba Menéndez con sus eternas revoluciones. Por otro lado, seguían los Bosch, con su revolución radical.

¿Y después de la muerte de Justo?

Había una mayor inquietud en el Ejército. Yo particularmente lo sabía por la demanda de cuadernos de FORJA que teníamos para la oficialidad. A raíz de esa demanda, tuve la primer noticia de la existencia de Perón. Había en la calle Oro, en el piso inferior al que vivía Homero Manzi, un departamento de dos oficiales, uno se llamaba Quiroga y otro Sarmiento –llegaron los dos a generales, según mis noticias– y para ellos, Manzi nos retiraba, de cada publicación, un paquete de folletos y éstos le dijeron que especialmente tenían interés

que le llegaran a un mayor Perón, del que hablaban con admiración como la figura futura del Ejército. Por otros conductos, también oí versiones sobre la existencia de este personaje, calificado con muy alto concepto en los cuadros como jefe de una organización cuyo nombre no alcancé a conocer hasta después del golpe, jefe nominativo o de hecho o inspirador. Tan es así que empecé a hacer averiguaciones sobre quién era este hombre y recuerdo que un jefe de más grado y edad que Perón –cuyo nombre no tengo presente– para darme idea de lo respetado que era este oficial dentro de los cuadros, me contó, que en una oportunidad, en Esquel, después de unas maniobras, en una mesa grande de oficiales, se empezaron a contar aventuras amorosas, como era lógico, entre hombres jóvenes. Había, en la mesa, oficiales hasta el grado de capitán y este capitán Perón no contó ninguna. Entonces, alguien le pidió que contara algo y dijo: "Yo no tengo nada que contar, porque no he conocido otra mujer que mi esposa". Con esto, el jefe no me quería hacer el elogio de la castidad del oficial, sino mostrarme el respeto que le tenían los camaradas, porque normalmente y entre camaradas de ese grado y esa edad, lo normal es que cada uno se cuente alguna de Don Juan y que, en cambio, quien conteste lo que contestó Perón sea objeto de bromas y chistes pesados. Aquí, al contrario, los que habían contado, se sintieron abochornados, disminuidos, tal era la autoridad que tenía entre sus camaradas ese joven oficial. Bueno, esta noticia y lo que dije anteriormente sobre que aquellos jefes que le hacían llegar nuestras publicaciones, fue todo lo que supe de Perón.

Cuando se produjo la revolución del 43, deben haber actuado fuerzas muy disímiles en el movimiento. Así, el caso del general Rawson, que apareció a la cabeza, creo que simplemente porque llegó a la mañana más temprano a Campo de Mayo y era el general de más antigüedad que estaba presente, cosa que tiene mucha importancia en los cuadros castrenses. Porque reveló, de inmediato, no tener ni la menor noticia de lo que estaba en juego. Era rupturista y constituyó un gabinete de viejas figuras oligárquicas. No alcanzó a durar 24 horas.

Ese José María Rosa, que aparece en el gabinete, ¿quién es?

Es el padre del historiador. Bueno, a Rawson lo sacaron al día siguiente. Quedó Ramírez, ministro de Guerra, que en presencia de un movimiento militar que no podía controlar resolvió controlarlo desde adentro y se pronunció. Y así, el ministro de Guerra de Castillo…

Él, ¿no era originariamente del grupo?

No, él no era del grupo.

Porque no sé si usted recuerda esa acusación que le hace Castillo el día anterior a la revolución, de estar preparando su candidatura a la presidencia con los radicales.

Es muy posible. Él toma contacto cuando ve la revolución y se da cuenta que no puede oponerse a la misma, resuelve acaudillarla y entra en contacto con los dirigentes radicales del comité nacional. Esto le va a explicar una cosa que yo tardé bastante en explicarme. La primer noticia que nosotros tuvimos del movimiento en Campo de Mayo, dos o tres días antes, fue por el teniente coronel Gregorio Pomar, que estaba con el comité nacional, con quien habíamos estado en las conspiraciones, aunque en constante desinteligencia porque él se acercaba a los alvearistas y nosotros, en las conspiraciones, habíamos estado con la tendencia nacional revolucionaria, representada por los hermanos Bosch y por Sabino Adalid, un hombre de mucho prestigio militar, en su época, de gran talento militar, de gran carácter y gran moral. Pomar, dentro de ese movimiento revolucionario, estaba más próximo a la gente del comité nacional, al alvearismo, a pesar de haber sido yrigoyenista.

¿Quién había quedado en el comité nacional, después de Alvear, presidiendo?

No me acuerdo cómo era la composición de la autoridad, pero estaba el grupo de Boatti. Y Ramírez empezó esa política de acercamiento a los radicales del comité nacional. Perón era secretario de Guerra y representaba la tendencia, digamos, nacional. En esos primeros tiempos de la revolución del 43, producida ésta, caído Rawson e instalado Ramírez, hubo una lucha sorda.

Estábamos en que Ramírez había entrado en tratos con el comité nacional.

Sí, pero, claro, ahí algo se me quedó atrás. Que nosotros supimos por Pomar. Pomar nos informó de la fecha de la revolución lo que revela que él la conoció a través de alguien, seguramente el comité nacional y nos invitó a que participáramos. Nosotros reunimos en el local de FORJA, en la calle Lavalle, unos 300 jóvenes, que salieron con boina blanca, al punto de la cita, que se nos había dado, que era la plaza del Congreso. Ahora, los otros grupos conspirativos estaban desconcertados completamente, porque –yo lo he referido en *Los profetas del odio*– los Irazusta, esa misma madrugada, me invitaban para un movimiento, en el que estaba el general Menéndez. Esa misma

madrugada, algunos de los muchachos nuestros, que a su vez mantenían vinculaciones con los Bosch, con los que nosotros habíamos roto hace tiempo, no concurrieron, porque se sentían vinculados a otro movimiento que negaba la existencia de éste.

O sea que el movimiento de Menéndez, ¿era otro distinto?

Era otro, sí.

Porque, el otro día, me contaron que era el mismo y que él se había quedado esperando para que lo fueran a llamar, para encabezarlo.

No, no, era otro. Puede ser que estuviera conectado… Pero, no, no. Él no. Ramírez tuvo una influencia muy importante y estuvieron prácticamente tres sectores: 1) Ramírez, en evidente concomitancia con gente del comité nacional del radicalismo, que sugería que podía llegar a ser candidato; 2) el ala del GOU, representada por Perón en la subsecretaría de Guerra; y 3) ciertos sectores del nacionalismo, cuyas expresiones debieron ser Enrique González, en la secretaría de la Presidencia de la Nación y posteriormente, el general Perlinger en el ministerio del Interior.

Estos eran ajenos al GOU.

Creo que sí. Bueno, de inmediato, vimos nosotros la posibilidad de que se realizara la revolución que postulábamos a través del Ejército, en unión de la intransigencia radical, ala que tenía nuestro pensamiento. Para conocer esto empecé a hacer unas exploraciones, inmediatamente después de la revolución. Y pronto me di cuenta de que los dos hombres más capaces que había en el movimiento eran el coronel Enrique González y el teniente coronel Perón.

¿Me disculpa una pregunta? Ustedes creo que fueron el único grupo que sacó una declaración de adhesión, ¿es así?

Sacamos una declaración sí, de apertura a las posibilidades de una revolución nacional. Sí, sacamos el 4 de junio, invitando a la gente, junto con la salida de nuestros 300 hombres con gorra blanca. Dijimos que se había derrocado al régimen y que contemplábamos "con serenidad no exenta de esperanza, la constitución de las nuevas autoridades nacionales".

¿Y el nacionalismo, por ejemplo, del tipo Sánchez Sorondo?

Bueno, el nacionalismo se adhirió de hecho, no con una declaración, poco a poco. Y ya lo digo, no sé si Sánchez Sorondo sea lo representativo de ese nacionalismo, porque era muy heterogéneo, pero la mayoría de esos nacionalistas terminó replegándose.

Le digo esto, porque él tiene un libro que se llama "La revolución que anunciamos" y un poco se identifica con la revolución del 4 de junio.

¿Quién? ¿Marcelo?

Sí.

Bueno, pero a posteriori. Sí, más o menos todos vieron esa revolución, todos creyeron que esa revolución era la suya.

Polifacética la revolución.

Es claro, había de todos los matices. Por eso la historia de la revolución, entre el 43 y el 17 de octubre, es la historia de la lucha entre esos matices. Precisamente, esto es importante, es la lucha interna dentro del poder. Perón se reservó la subsecretaría de Guerra, en la cual él tenía el control de la estructura del Ejército, del movimiento de oficiales, es decir, tomó una llave fundamental. Y Perlinger tenía el ministerio del Interior, que podíamos llamar la llave política, mientras González, en la secretaría de la Presidencia, tenía la llave de la Presidencia, debido a la superioridad de sus aptitudes sobre las de Ramírez. Pero González no se acercaba a la solución política a base del comité nacional y en su línea general, estaba en una posición más bien nacionalista. Yo llegué a la conclusión que entre González y Perón estaba el juego, porque eran los dos hombres más capaces. Y traté de conocerlos y ocurrió una cosa muy curiosa, los conocí simultáneamente. El contacto con Enrique González lo hicimos Homero Manzi y yo, en Villa Devoto, en la casa de Leopoldo Lugones, hijo. Con González hemos conversado posiblemente, entonces, desde las 11 de la noche hasta la madrugada; salimos de lo de González, nos fuimos a comer al "Tropezón" y a las 8 de la mañana estábamos en la subsecretaría de Guerra, hablando con Perón. Nuestro contacto con Perón era un viejo forjista y viejo revolucionario radical, combatiente, hombre lleno de virtudes y de gran ejecutividad: el mayor Fernando Estrada, íntimo amigo de Perón y uno de los dos hombres que he conocido que se tuteaba con Perón, el otro era el general Filomeno Velazco. No he conocido otros que se tutearan con Perón. Hablamos con Perón en la subsecretaría de Guerra, dos horas o tres, y salimos con Manzi a balancear, en un café, las posibilidades, orientaciones y lo que veíamos en cada uno. Los dos estuvimos de acuerdo en que González y Perón eran los hombres más capaces que se veían en el movimiento. Pero que Perón era de vistas más largas, más profundas y de una gran sensibilidad política.

Discúlpeme que lo interrumpa, lo vio a Perón recién entrado en la vida política, en el 43, ¿había algo de peronismo en ese momento?

Nada, en absoluto. Perón era un desconocido.

Pero digo, en él, ¿había algo que anunciara lo que iba a ser su posición política popular, etcétera?

Bueno, sí, sí, él entendía que la guerra había transformado totalmente al país y al mundo y que la presencia de las masas obreras era ya definitiva en los pueblos y particularmente en la Argentina. Él percibió, además, muy rápidamente, que el mundo del trabajo era completamente distinto del que habían conocido los otros movimientos de trabajadores, sindicalistas, socialistas, por la incorporación de masas totalmente vírgenes, en una industria también casi virgen, nacida con la guerra: la industria sustitutiva. Y que el poder de decisión popular, estaba esencialmente en esas masas. Eso lo percibió Perón enseguida, tan es así, que pidió la secretaría de Trabajo, que se creó para él.

Ahora, fíjese que desde la secretaría de Trabajo, él trató y dialogó mucho también con los viejos dirigentes.

Déjeme que le siga explicando. El grupo de Ramírez y los otros grupos se reían de lo que Perón pedía. Era el antiguo Departamento de Trabajo, instrumento ineficaz, sin prestigio, que no había cumplido ninguna función en esa materia. Perón, entonces, empezó a desplazarse en dos alas, una multitudinaria, es decir, la gente de trabajo directamente; y trató de llegar a esa masa, por los agentes naturales, los dirigentes intermedios. Algunos tomaron contacto con la oportunidad que se les ofrecía. Fue el caso de Borlenghi, con su Sindicato de Empleados del Comercio; el caso de Bramuglia, entre los ferroviarios; el caso de Gay, de la Unión Sindical, quizá el más prestigioso dirigente obrero de esa época; el caso de Montiel, que creo que era de los cerveceros. En fin, hubo viejos dirigentes que entraron.

Usted tuvo contacto con alguno de ellos.

Bueno, nosotros teníamos contacto, porque teníamos algunos grupos obreros. En realidad, recién la nueva masa obrera empezaba a tener una idea político-económica distinta a la de los viejos dirigentes sindicales... En esa época, yo actué muy intensamente. Produje un folleto que se llamaba "Radicalizar la revolución y revolucionar al radicalismo", que era la contestación a una carta que me había dirigido José Benjamín Ábalos, y que le hice llegar a todos los dirigentes de la tendencia intransigente. Y recorrí todo el país tratando de promover el apoyo del ala nacional del radicalismo, que era la intransi-

gente, a la gestión, no sobre la base de una candidatura –porque no sé si Perón tenía pensado, ser candidato o ser Presidente–, pero, por ahora, estaba en la revolución. Algún éxito tuve y muchos grupos radicales, por mi camino o por otro, se acercaron a Perón, pero no logré producir ese movimiento como movimiento masivo. Entró gran parte del movimiento de renovación de la provincia de Buenos Aires, con Leloir, en aproximación a Perón. Yo intenté, en esa época, convencerlo a Balbín, pero nunca pude apartarlo del esquema nazismo-democracia. En cambio, casi todo el radicalismo intransigente de Santa Fe, cuya figura más representativa en ese momento era el doctor Coulen, de Rosario, Alejandro Greca y Pedro Murúa, de Santa Fe.

¿Usted había hablado con Perón sobre esa posibilidad?

Todo esto yo lo hacía de acuerdo con Perón. Todas las mañanas, de 8 a 9, estaba con Perón. Tenía una tarjeta que decía "Audiencia permanente en el ministerio de Guerra". Pero nunca se hablaba en el sentido de hacer peronismo sino en el sentido de hacer una revolución nacional. Recorrí todo el país y tuve éxito con muchos radicales como Tanco, en Jujuy, me parece que Orfila, en Mendoza; hablé con gente en Tucumán, en todas las provincias y en la provincia de Buenos Aires y en la Capital especialmente, entraron muchos dirigentes locales, es decir, no en una política pro-Perón, sino en una política pro-revolución. Nosotros tratábamos de provocar la definición nacional de la revolución. Perón, en ese momento, posiblemente, en materia política, aspiraba a entrar dentro del sector de la Unión Cívica Radical y si quería ser candidato… En fin, era una cuestión de hecho, no se podía planificar porque estábamos precisamente en el "barajar y dar de nuevo" que yo le había propuesto a Castillo.

¿Y con Frondizi, habló?

No, Frondizi, no, porque Frondizi no estaba en la tendencia yrigoyenista. Estaba en la tendencia mayoritaria de la Capital. Entre tanto, fue entrando mucha gente del radicalismo, pero lo que puedo decir, sí, es que yo di la cara. Frente a la acusación masiva de nazismo, que era el argumento, porque no había forma de sacar de los comandos políticos esa idea y frente a la timidez de los intransigentes, que estaban de acuerdo pero no se animaban a dar el paso, yo di la cara. Durante mucho tiempo, viajé, casi cada dos fines de semana, a Villa María a hablar con Sabattini. Él empezó a insinuarle a hombres de provincia que se acercaran a Perón. En ese sentido, el que puede decirlo con claridad, creo que es Picayo, de Mendoza; y el que fue gobernador de

Córdoba, Auchster. Pero Sabattini no se decidía a tirarse al agua. Sin embargo, el acercamiento a la revolución y la simpatía por la revolución, iba ganando terreno, poco a poco, dentro del ala intransigente del radicalismo, mientras Perón, crecía en el campo obrero, un crecimiento paulatino, porque fue una lucha cada vez más definida y más violenta entre el Poder Ejecutivo y la subsecretaría de Guerra y la secretaría de Trabajo, que llegó a tener momentos difíciles y álgidos. Ahora, la política de Perón era la de estorbar a los del ministerio del Interior, a causa de Perlinger, ministro y su subsecretario, señor Bonifacio del Carril, con quienes estaba enfrentado.

Usted recién me dijo que González era una figura muy importante.

Sí, pero se alejó. No sé cómo se produjo el desplazamiento de González, pero se alejó. Tal vez haya sido por razones de salud porque él tuvo un reumatismo muy embromado. Estuvo sin proveer mucho tiempo la intervención a Buenos Aires y a raíz de la provisión de ésta, se produjo algún choque entre Perlinger y Perón, del que resultó vencedor Perón, Perlinger fue eliminado. Entonces, Perón proveyó el ministerio del Interior con un hombre de su línea que era Teissaire. Ahora, el almirante Teissaire, en el ministerio del Interior, significó mi desplazamiento de los contactos políticos con los radicales, porque Teissaire, más político práctico y preocupado más del nucleamiento que de la orientación, tomó gente de todos los sectores radicales especialmente y así ya se incorporó Quijano, que provenía del alvearismo y otras figuras de distinta orientación del radicalismo. Pero de todos modos, las cosas estuvieron así hasta los días de octubre. En ese momento Sabattini rompió sus contactos, seguramente informado de la disidencia en el Ejército, según mis datos por el presidente del comité nacional, que era hombre de Sabattini, Gabriel Oddone, que tenía cierto parentesco con el general Quaranta, que fue uno de los jefes del golpe que lo desalojó a Perón.

El 17 de Octubre

Así llegamos a los días cruciales de octubre de 1945.

Efectivamente. Los sucesos de octubre precipitaron la definición política de las masas, al margen de todos sus conductores anteriores y el 17 de octubre Perón se encontró con que toda su siembra, especialmente, su siembra en el campo obrero, había dado frutos y ya no tuvo necesidad de contactos políticos de ninguna naturaleza. Había nacido un nuevo movimiento político que era más fuerte que todos los partidos juntos, como se vio después en la elección del año siguiente. Por otra parte, yo me había alejado de la dirección y de Perón. Estaba como simpatizante, lejos y me retiré de la acción política, a la que volví ante la exigencia del sector radical de la junta renovadora, que me propuso para candidato a senador para la Capital, en elección interna, elección que gané, pero que Perón anuló porque contrariaba su propósito de hacerlo vicepresidente a Quijano. Mi grupo de la capital lo tenía a Antille como candidato a vice y en el puesto que yo iba a ir fue Diego Luis Molinari, afortunadamente para mí.

¿Por qué "afortunadamente"?

Y porque habría sido muy duro ser senador. No. ¡Ser legislador con Perón! ¡Dios me libre! Yo siempre he querido conservar la libertad.

¿Qué grupos había dentro de la junta renovadora?

Los grupos provenientes del radicalismo éramos fácilmente la mitad del radicalismo y sobre todo, su parte más joven. Así, el más caracterizado era el de la junta renovadora de la provincia de Buenos Aires. Después, en Mendoza, entró gran parte del radicalismo con Picayo a la cabeza, que fue gobernador. En San Luis, entraron la mayoría de los radicales. En Córdoba, una gran parte, con la candidatura a gobernador de Auchster. En Entre Ríos, con la candidatura a gobernador de Maya, que era afiliado de FORJA. En Salta también con un afiliado de FORJA, Lucio Cornejo Linares, hijo del último gobernador yrigoyenista caído en el 30.

Ahora, ¿por qué me dijo usted que su candidatura a senador hubiera perjudicado a Quijano?

Porque los convencionales que nosotros elegíamos estaban con la candidatura de Antille para vicepresidente. Por eso, la lista de diputados y senadores que sostuvo nuestro grupo fue vetada por Perón, de hecho. Nunca hemos sabido el motivo, seguramente porque había sido redactada en las bases.

Problemas similares tuvo Perón con el partido laborista.

Bueno, ya entramos a la estructura del comicio del 46. No habiendo entrado un sector uniforme del radicalismo, se tuvo que formar, además, otro partido con los laboristas. Perón formó tres partidos, el laborista donde estaba representada esencialmente la parte sindical del movimiento; la junta renovadora, que era la parte radical; y el llamado partido independiente que era un rejunte de ex conservadores, independientes; sobre todo cuando ya después del 17 de octubre prácticamente la candidatura de Perón se convertía en candidatura oficial. Claro, entraron muchos radicales que antes no estaban, pero en realidad los hombres del pasado fuimos comparsas, porque se había formado un movimiento nuevo que, salvo en su programática, para los que la habíamos tenido, no tenía nada que ver con el viejo país.

Le preguntaba por este asunto de la elección del 46, porque, por ejemplo, Gay dice que el partido laborista pretendió, por lo menos en su comienzo, mantener su independencia y su personalidad.

Todos tratamos de mantener nuestra personalidad, pero Perón nos pasó a todos por arriba. Eso nació así, fue un movimiento y es la única forma de hacer un movimiento, si no hubiera sido la cosa más heterogénea.

Pero, de todos modos, había bastantes peleas internas, ¿no es cierto?

Sí, pero, en definitiva, Perón decidía todo. A Gay lo desplazaron rápidamente. A todo hombre que significaba algo capaz de representar una tendencia, una orientación distinta…

¿Qué pasó en el Ejército?

Bueno, esos son los días de octubre. Eso necesita también una explicación. En determinado momento de la jornada de octubre, el general Ávalos, que había sido de los más firmes sostenes de Perón, lo enfrentó. Había un malestar en los sectores nacionalistas del Ejército provocado por la declaración de guerra de la Argentina. Yo también estuve distanciado de Perón a raíz de eso. Tuvimos un perío-

dico en esa época: "La Víspera". Nosotros nos habíamos constituido en club, en la calle Florida 374. Se llamaba "Club Argentino", que era el centro de operaciones de la gente de FORJA. Precisamente no le pusimos el nombre de FORJA, porque era un centro de estructuración de la gente que estaba entrando en la corriente de este movimiento nacional... Después, he comprendido que en la declaración de guerra, Perón tuvo razón porque la guerra había terminado. Prácticamente, no significaba la entrada a la guerra y la presión norteamericana y rusa era tan grande que podía romper la cortina de la resistencia a la intervención extranjera que existía en el resto del continente. El momento era trágico, decisivo y la agresión norteamericana se fundaba en la supuesta posición nazi de la revolución argentina. Entonces, la declaración de guerra no fue, en los hechos, una declaración de guerra sino un gambito para sortear la presión norteamericana, aligerarla. Efectivamente, la declaración de guerra rompió la unanimidad que Estados Unidos estaba consiguiendo en los países que constituyen la OEA, ahora. Y reconozco que mi posición neutralista a ultranza, en ese momento, era contradictoria con los factores que habían determinado nuestra neutralidad. Nosotros no habíamos sido neutralistas como otros, por simpatía hacia el grupo nazi, sino por afirmación del interés argentino. Si en ese momento, el interés argentino exigía esa maniobra, nosotros debíamos ser leales con el interés argentino y no con una posición dogmática, desde que nuestro neutralismo no era dogmático sino que era contingente a las necesidades y conveniencias del país para evitar la intervención. Después, con los años, he comprendido que Perón realizó la única maniobra que podía impedir o dilatar el acto agresivo que unificaba a todo el mundo contra la Argentina. Pero eso le había enajenado la voluntad de los nacionalistas, en el Ejército. También se había trabajado mucho con la influencia de la familia Duarte, y la crisis se hizo sobre una cosa muy pequeña, que fue el nombramiento de Nicolini como director de Correos. Ese fue el pretexto aglutinante. Lo cierto es que el general Ávalos, movido por Campo de Mayo, por la oficialidad joven nacionalista de Campo de Mayo, presionó y exigió el retiro de Perón. Y Perón se retiró.

Usted quiere decir que Ávalos encabezó un sector?

Era el jefe de Campo de Mayo.

Sí, pero ¿que encabezó un sector hostil a Perón por ser nacionalista, él?

No, él no, la composición de los cuerpos de Campo de Mayo que lo empujaron.

Muy interesante, porque habitualmente se dice lo contrario.

¿Qué?

Se dice que eran los militares democráticos.

Es completamente falso. Le voy a demostrar cómo es el asunto. Esto ya forma parte de la historia minúscula del 17 de octubre, de la que he tratado de hacer una recapitulación. En los días que sucedieron a los episodios del 8 de octubre, se produjo un fenómeno de toma de posición del pueblo argentino. Las masas obreras tomaron rápidamente posición empujadas por la gravitación que habían adquirido con Perón en la secretaría de Trabajo, con las mejoras positivas que habían logrado, por la constitución de nuevos comandos en los sindicatos que correspondían a la renovación total de los cuadros obreros, con la incorporación de la masa obrera nacida con el proceso provocado por la guerra y por el fenómeno de migración de multitudes del interior hacia el trabajo asalariado, los campesinos que pasaban a ser obreros industriales. Quiere decir que en los meses que precedieron a la jornada de octubre, la masa obrera había tomado una conciencia política que la vinculaba a la suerte de Perón. A su vez, la vieja clase terrateniente estaba enardecida por cosas que hoy resultan pueriles, como el Estatuto del Peón, y más que nada por la aparición en la escena política y de gobierno de sectores que no pertenecían a los universalmente aceptados dentro de ella. En realidad se producía, además, del movimiento obrero, una especie de enfrentamiento entre la Argentina conocida y la Argentina desconocida, era como si los estratos inferiores o considerados definitivamente inferiores, por los viejos sectores conocidos del país, hubieran tocado de pronto el primer plano de la escena, cosa que inquietaba del mismo modo a la derecha que a la izquierda.

Este es un fenómeno que yo lo vinculo esencialmente a lo que llamo la superestructura colonial del país, es decir, la formación mental a base de ideologías importadas. Cuando Ghioldi dice "libros o alpargatas"; o cuando Sanmartino dice "aluvión zoológico" es la reacción de quienes aún perteneciendo a partidos ideológicamente de motivación popular, se encuentran ante un desconocido que es el pueblo, que no acepta la ordenación de los estadios directivos antes considerados como los únicos posibles. Es decir, un representante de los partidos conservadores está enfrentado a un representante de los par-

tidos comunistas o del partido socialista o del partido radical, pero partiendo de la base de que en todos esos sectores hay una común inteligencia: son los aptos para gobernar, mientras que el resto del país son los descalificados. Es un poco la repetición de aquel fenómeno de rivadavianos y federales. ¿No sé si usted lo capta?

Sí.

Y eso explica, eso de la opción de "libros o alpargatas", que no es una opción de "libros o alpargatas", es una opción entre los que usan zapatos y quienes no han podido usar más que alpargatas, entre los que han leído libros y los que no han leído libros. Pero no es que un sector reivindique la alpargata como sistema de gobierno, sino la pretensión de la alpargata de gravitar en el destino del país, de los hombre de alpargatas, que no aspiran a ponerse la alpargata, sino a comprar botines y libros también, más adelante, en el orden natural de las cosas. Ahora, lógicamente, el sistema nuestro de formación de las clases dirigentes no concebía que al país pudieran gobernarlo otros que los conocidos, los conocidos de acuerdo al orden de jerarquías intelectuales establecido en la sociedad tradicional. En ella el dirigente comunista es un hombre al que tal vez haya que fusilarlo por comunista, pero respetable porque tiene una cultura.

Precisamente le voy a contar una anécdota ilustrativa, de vísperas del comicio de febrero del 46. Quince o veinte días antes, voy a mi pueblo, a Lincoln, y lo veo a mi hermano que era dirigente del movimiento nuestro en Lincoln junto con el doctor Cané. Y le pregunto a mi hermano: Fulano, ¿con quién está? Me dice: con la Unidad Democrática. Mengano, ¿con quién está? y le menciono diez nombres y todos están con la Unidad Democrática. Entonces, le digo: Entonces, la Unidad Democrática gana aquí. No –dice– le ganamos lejos, porque todos los conocidos están de este lado y los desconocidos están del otro lado y los desconocidos son muchos más. En fin, es la Argentina innominada y desconocida que se pone en movimiento y que no tiene valores consagrados.

Ahora usted había empezado a hablarme del Ejército.

Sí, vamos a volver al 17 de octubre, porque estamos haciendo una aclaración marginal. Bueno, el 17 de octubre, todo ese país innominado se puso en movimiento. Los miembros de la clase patronal, la burguesía, que era tan producto, como el nuevo sindicalismo, de esta realidad histórica de una Argentina nueva, relativamente industrializada y que salía del esquema del país agro-exportador no tuvo conciencia

de que era esta nueva realidad la que la creaba y adoptó la pauta de la vieja clase terrateniente que era relativamente lógica, por razones de prestigio.

Esto lo he analizado como "los tres fracasos de la burguesía", en un capítulo de *El medio pelo en la sociedad argentina*: los factores por los cuales la burguesía no comprendió que el peronismo, más que representar la insurgencia y la clase obrera, representó la entrada a la Argentina del capitalismo y la creación de las clases correspondientes al capitalismo. Es decir, expresó eso, que ya había empezado a aparecer durante el gobierno de Castillo, porque el proceso fue hecho por la guerra, porque las dos guerras han tenido influencia: así como la del 14 facilitó el proceso yrigoyenista, la del 39 produjo un efecto político-social nuevo que fue el peronismo. Le he hecho esta introducción a las cosas del 17 de octubre y como referencia al asunto del Ejército, porque hay un episodio que me ha referido Darío Alessandro, ex director del Banco de la Provincia, ex intendente de Rojas y ex diputado provincial, un hombre de grandes valores intelectuales y morales, poco conocido por su humildad. Usted recordará que toda la oligarquía festejó la caída de Perón, en esa especie de pic-nic monumental que se hizo en la Plaza San Martín, donde toda la gente que se creía "bien", concurrió a festejar la caída de Perón, a pedir la entrega del poder a la Corte y se pasaron el día ahí, en una especie de pic-nic, que Juan Pablo Oliver describió en un artículo cuyo título es muy gracioso "Le dejeuner sur l'herbe" (Desayuno sobre el césped). Bueno, Pedrito Quartucci, el actor, se asomó a un balcón del Círculo Militar y colgó un cartel que decía "Se alquila"; un grupo de mujeres lo atacó al teniente coronel Molinuevo –conozco a algunas de las actoras–, "las niñas" se sacaban los zapatos y con los tacos de los zapatos le pegaban hasta que cayó ensangrentado al suelo y el almirante Vernengo Lima, como expresión de la Marina, desde el balcón del Círculo Militar, dijo aquello de "yo no soy Perón" marcando la actitud de la Marina. Bueno, Darío Alessandro se encontró, esa tarde, poco antes de que se produjera el tiroteo, con el entonces mayor Felipe Lavalle, de civil y acompañado por otros civiles. Y allí se enteró que eran oficiales nacionalistas de Campo de Mayo, que presenciaban horrorizados esos sucesos. Porque ellos, al provocar la caída de Perón, no pensaron en replantear la vuelta a la vieja Argentina y más aún, como militares y con espíritu de cuerpo, veían que esa gente de la oligarquía volvía, volvía contra el Ejército. Después de esto supe,

por el mismo Felipe Lavalle, actualmente retirado, que se volvieron a Campo de Mayo y explicaron, a la oficialidad que había provocado la caída de Perón, la consecuencia inesperada que la caída tenía y según parece, la reacción de toda esta oficialidad fue retirar el apoyo al general Ávalos. De modo que el general Ávalos, en la Casa de Gobierno, se encontró de pronto con que le faltaba el colchón. Ahora, lo que hicieron, el 12 de octubre, los representantes de esa burguesía industrial recién nacida, tiene algo que ver porque en la euforia de la caída de Perón, no hubo fábrica en donde no se colgaran carteles injuriosos para los obreros, diciendo "el aguinaldo se lo cobran a Perón", "los aumentos se los cobran a Perón", "las vacaciones se las cobran a Perón", "el feriado pago del 12 de Octubre cóbrenselo a Perón", provocando la reacción popular. Siempre se trató de hacer una historia rectilínea del 17 de Octubre y es imposible porque es un encadenamiento de hechos distintos, que se conjugan. Yo, la única explicación del 17 de Octubre, la he encontrado en Lope de Vega, "todos a una Fuenteovejuna". El 17 de Octubre fue una "fuenteovejuna"; nadie y todos hicieron el 17 de Octubre. Lo hizo Evita, lo hizo Mercante que se movió con mucha intensidad; indiscutiblemente lo hizo Cipriano Reyes, que actuó con eficacia; lo hizo Colon apoderándose prácticamente del balcón de la Casa de Gobierno y del auditorio de la Plaza de Mayo; lo hicieron los cañeros de Tucumán, que desde el día 15 estaban en movimiento. Es difícil explicar cómo se hizo el 17 de Octubre.

Lo hizo Perón.

No. Perón era ausente completamente. Estaba en el Hospital Militar, no, no. Fue una cosa surgida de la masa. Por ejemplo, el 16 de octubre a la tarde viene a verme un dirigente de FORJA, de la célula que teníamos en Gerli oeste. Se llamaba Pedro Arnaldi, obrero albañil especializado en la construcción de chimeneas, cosa que es un arte. Arnaldi era forjista, pero el 16 de octubre me dice: "Nadie ya es radical, ni socialista, ni comunista, ni conservador, allá en Gerli, es decir, en Lanús, todo el mundo está con Perón, es peronista y ha ocurrido porque hemos esperado hasta el último momento una solución nacional y lo que vemos es el restablecimiento de la oligarquía. Entonces es Perón o la oligarquía". ¿Y quiénes son?, le pregunto. Me dice: "Los obreros, los vecinos, el almacenero, todo el barrio; y mañana, dicen, el barrio se viene al centro". Él hablaba por un barrio de Lanús. ¿Qué hago?, me dice. Agarrá la bandera y ponete al frente, le digo. Y al día

siguiente, Arnaldi, que era caudillo de 25 hombres, entró al frente de 10 mil hombres por el puente de la calle Vélez Sársfield.

La fisonomía política del país cambió bruscamente; lógicamente, no cambió ese día, ya estaban creadas las condiciones y ese fue el episodio. Recuerdo que más adelante, en vísperas de las elecciones de febrero del 46, me encontré por la vereda de Harrods, en Florida, con un dirigente radical de "4 de Junio", es decir, Lanús, Figarol y le dije: Y ché, ¿cómo va a ir la elección en Lanús? Me contestó: "Vamos a ganar fácil, los radicales". Le digo: No, no es así. ¿Vos lo conocés a Pedro Arnaldi (un caudillo de zona, conoce a la gente). "Sí –me dice– es un mozo que tiene un grupo de FORJA, ahí por Gerli oeste". Sí –le digo–, bueno, en este momento Arnaldi es más importante que vos. Se río... Lógicamente, el 24 de febrero ganó Arnaldi, ganó ese grupo, esa masa de hombres nuevos. Arnaldi fue presidente del Concejo Deliberante y después desapareció, porque no era un político, ni tenía aptitudes ni finalidades políticas y era peyorativamente considerado por cualquier dirigente político del pasado. Cambió toda la fisonomía del país.

Ahora, esa misma tarde, el 16, vino a verme, ahí en el Club Argentino, en la calle Florida, este muchacho que ya murió, Libertario Ferrari, que era delegado de la CGT, de ATE, y me dijo: "Nosotros tenemos mandato de votar en contra de la huelga general y si nosotros votamos en contra, la huelga pierde". Yo le dije: "Hay que votar la huelga, cualquiera sea el mandato, porque además la huelga está en la calle, pero además porque está en juego, por muchos años, el destino del país". Y conforme a mi indicación, Ferrari y su compañero, votaron la huelga general. Fue 21 votos contra 19, pero la verdad es que antes de que la CGT declarara huelga para el 18 de octubre ya la huelga se había producido. La proclama de la huelga la redacté yo y como no teníamos papel, se hizo en un papel de embalaje; la escribió a máquina el doctor Cerrutti Costa. Pero pensaría mal cualquiera que creyese que esta decisión de la CGT tuvo otro significado mayor que el formal, porque ya el 16 estaba el país en huelga general, todo el país. Y empezó esa marcha increíble, gente que vino desde La Plata, columnas que vinieron a pie, desde todos los ángulos y se producía en todas las provincias el mismo fenómeno. Así en esto de "todos a una", ha habido mil matices, que a mí se me han escapado y estoy citando algunos de los factores que determinaron esa explosión colectiva, que tuvo mil focos. Tuvo también importancia fundamental el general

Velazco. El general Velazco le indicó al coronel Mujica –que acababa de ser relevado como jefe del 3° de Infantería con asiento en Arsenal– que fuera y tomase el regimiento, cosa que hizo y esto explica entonces que los piquetes del 3° de Infantería, que cuidaban los puentes y los tenían levantados, bajaran los puentes sobre el Riachuelo; además, Velazco se fue a la policía y la tomó de hecho. Se instaló en el hall y la policía le obedecía a él. El jefe de Policía, que creo que era Mittelbach, estaba en su despacho, creyendo que dirigía a la policía cuando desde el hall, la estaba manejando Velazco que le interceptaba las comunicaciones. De modo que hasta los agentes de policía, que por otra parte tenían su corazoncito, se plegaron al movimiento y marchaban muchos de ellos en las columnas revoleando los cascos.

¿Los agentes de policía?

Sí, muchos se plegaban. Se llenó la Plaza de Mayo. Se llenó sobre una corriente que duró todo el día y Buenos Aires se convirtió en una especie de fiesta, de columnas que desfilaban con banderas, que recorrían la ciudad y yo he señalado en *Los profetas del odio*, la particularidad de esta revolución, de este movimiento multitudinario, que no rompió ni una lámpara de luz, ni una vidriera… Fue una fiesta de alegría. El pecado más grande que cometieron fue aquél que provocó la indignación de la señora de Oyuela, porque se lavaban "las patas" en la fuente de la Plaza de Mayo, cansados después de haber caminado 15, 20 kilómetros y 30 y 40, algunos, 60, los que venían de La Plata, dos días caminando, iban y ponían los pies en el agua; esto da hasta tema para la literatura. Y aquí lo recuerdo a Eduardo Colon, porque Eduardo Colon se instaló con altoparlantes en la Plaza de Mayo y yo no sé cómo, en determinado momento, apareció en el mismo balcón en que estaba Farrell, aparecía y desaparecía contemplando la multitud, prácticamente se apoderó del balcón y manejaba los coros y los gritos de la multitud. Después, Ávalos fue al Hospital Militar a buscarlo a Perón. Y yo creo que, y acá viene la conexión con lo que dije sobre los oficiales de Campo de Mayo, que Ávalos se encontró en la imposibilidad de seguir sosteniendo su posición, lo que impuso la llegada de Perón a la Plaza de Mayo y lo demás ya es conocido, ya es de público conocimiento.

Ahora, pienso que todavía queda por profundizar sobre qué pensaba el Ejército, de ese momento popular.

Yo creo que lo vio con simpatía, porque la oficialidad estaba muy conectada con el golpe y además, estaba en una posición nacional y

además, no quería ser más instrumento de la trampa, como lo era desde el 30. Ahora, evidentemente, también Perón se había hecho caudillo del Ejército, de un gran sector del Ejército; él representaba el orden y representaba la revolución, al mismo tiempo. Porque el proceso de formación peronista es un proceso curioso, es una revolución popular y al mismo tiempo, oficialista. No tiene los inconvenientes de un oficialismo en contra, porque es la revolución que salió al encuentro del pueblo y el pueblo fue al encuentro de la revolución. Era el fin de una época y el principio de otra y eso es lo que no han comprendido los antiperonistas. Ese es gran error, el gran error no es haber sido antiperonista, se puede tener desacuerdos en cuestiones tácticas y estratégicas, hasta en cuestiones programáticas, pero, desde ahí borrón y cuenta nueva y había que empezar otra historia. Pero la oposición quiso restaurar la historia a nivel, qué sé yo, en el mejor supuesto de 1930 y ya este país era otro país y creo que sigue siendo el problema sustancial.

Me parece que usted usó una fórmula muy justa, que es que la revolución fue al encuentro del pueblo y el pueblo al encuentro de la revolución.

Sí, si, fue una coincidencia.

Quiere decir que no es ni solamente una cosa, ni solamente otra.

No, no, fue todo, es claro y se adaptaron. El pueblo adaptó su pensamiento a esta realidad militar que venía con la revolución y el Ejército adaptó su pensamiento a esta realidad popular que surgía. Es decir, el Ejército tuvo que aceptar muchas cosas, como Perón también, porque también hay que ver quién es Perón. Es muy posible que Perón, en algún momento de su formación haya simpatizado, no creo con el nazismo, pero sí con alguna forma del fascismo italiano. Él había vivido en Italia mucho tiempo, pero cuando Perón tomó contacto con las masas argentinas, con la política argentina, se percató enseguida de las particularidades del fenómeno político social argentino y adaptó su pensamiento a esa realidad nueva, que se iba creando y que él, en cierta medida, iba creando, pero la creaba porque se puso en esa realidad y caminó para ese lado. Perón aprendió y aprendía con velocidad porque era muy inteligente. Por ejemplo, sobre la vieja política argentina creo haberle sido muy útil para informarle, pero le aseguro que pronto sabía más que yo. Y tenía ciertas aptitudes revolucionarias que los hombres ya formados no tenemos, una capacidad para no sor-

prenderse de nada, para aceptar hechos nuevos y para adaptarse a la realidad.

Conozco la historia argentina, desde el 55, más o menos cuando empecé a informarme y en consecuencia, veo cómo funciona el Ejército desde el 55 y no puedo entender cómo el Ejército pudo adoptar una posición popular, en algún momento.

Bueno, porque es otro Ejército éste. En el 55, barrieron el viejo Ejército. El viejo Ejército era nacionalista y su nacionalismo lo llevó a comprender fenómenos nacionales porque tuvo la suerte de tener mentores en ese momento, como Perón. Pero, después del 55, se limpió todo el Ejército, se limpió toda capacidad de comprensión. Imagínese un ejército en que la soberanía llegó a ser mala palabra, palabra prohibida. Usted mire lo que se ha enseñado en las escuelas, vea "Educación Democrática", vea el programa de Educación Democrática. Bueno, este Ejército fue formado así ahora, pero aquel Ejército había sido producto de una maduración de ideas que quizá se está produciendo en este momento en el seno del Ejército. Porque rotos ciertos límites muy poderosos, son muy evidentes las contradicciones de la política tradicional con el pensamiento político que debe tener un Ejército.

Y el espíritu de cuerpo, que es lo que yo veo como una traba más grande.

Bueno, el espíritu de cuerpo lleva a una solidaridad con enunciados que los hacen los generales. Además, el Ejército es un Ejército de paz y un Ejército de paz es un ejército burocrático. En una institución en la cual se supone que el punto de partida es el riesgo de la vida, nuestro Ejército está formado por gente a quien se le enseña a pensar en el retiro y en la seguridad futura. Están excluidos del Ejército, como en todo ejército de paz, por razones de orden y de buena conducta, el jugador, el aventurero, el mujeriego y el mérito es para los muchachos juiciosos que no son generalmente los que acostumbran a asaltar trincheras. Por eso, cuando un ejército entra en guerra, tiene que pasar rápidamente su cuadro de paz a los servicios auxiliares y hacer sobre las trincheras a los combatientes. Yo digo que si Montgomery no se hubiera encontrado con la guerra no habría pasado de coronel; un ejército de paz es un ejército de buena conducta y se convierte en una institución policial en cuanto el orden se hace su objetivo y sobre todo, cuando se ha enseñado que la Argentina no tiene problemas de fronteras y cuando la Argentina carece de política

internacional. Es decir, no hay tampoco, en el Ejército, la idea de una gran Argentina y en esa época la idea de la gran Argentina había penetrado en el Ejército.

Usted lo dice por los hechos posteriores o porque tiene referencias directas de cómo estaba el Ejército en ese momento.

Y sí, había muchos oficiales. El nacionalismo había penetrado mucho en el Ejército. Era un ejército que tal vez hubiera sido nazi si la historia no se hubiera dado en contra del nazismo; pero hay ciertos puntos de partida que prevalecían, por ejemplo, la idea de nación. Por supuesto, también hay influencias contrarias. Nosotros tenemos una formación cultural que también se insinúa en el Ejército, en función de la cual las formas son más importantes que el ser. Para los unitarios, la patria no existía, existía "la civilización", la patria era "la civilización". Reducir el país en grandeza y en extensión a cambio de "civilizarlo" era su programa y lógicamente trataron de reducirlo a la pampa húmeda, fácil de incorporar al mercado mundial, con su producción agropecuaria, en la época de la renta diferencial y prescindir del país difícil, donde había una población autóctona de formación hispánica, de formación indígena, donde había mestizos. Era más fácil tomar las pampas despobladas y llenarlas con europeos para hacer un país de europeos en América. Después, descubrieron que los europeos se hacían americanos, que empezaron a ser americanos y a pensar de otro modo.

Por otra parte, en el Ejército no había elementos oligárquicos de las viejas familias. Los pocos elementos de origen social oligárquicos son los que estuvieron con Menéndez el 4 de junio, con Alzaga… En fin, en el Ejército no había gente de buena familia. Eran de la pequeña burguesía. De la clase media provenían sus cuadros. Después, les han dado un status falso, que ha hecho un ejército de "medio pelo", en gran parte, el muchacho hijo del almacenero que se casa con la aristócrata provinciana y va a Salta y va el 20 de febrero y sin darse cuenta ahí empieza a sentirse miembro de la sociedad y asimila el status, pero en general el sentido del oficial de Ejército es bastante democrático, con respecto a lo popular, cosa que no pasa con el de Marina, donde le han dado una educación señoril. En la Marina se han tomado las pautas sociales de Inglaterra donde todos los oficiales vienen de la familia del gentleman. No se puede ingresar a las escuelas navales sin pertenecer a un cierto status. En fin, no se podía. Ahora se ha de poder.

Yo le preguntaba porque tengo la sospecha de que en el 45, el Ejército debe haber tenido bastante miedo de meterse en un movimiento popular, aunque estuviera de acuerdo.

Bueno, un poco fue arrastrado, claro. Pero el Ejército respondió a la línea porque Perón les dio, además, sensación de soberanía, afirmación de personalidad. Existía una agresión yanqui permanente. Porque eso es una cosa que ustedes ignoran: en qué medida la Argentina fue bloqueada, fue un bloqueo total. Mire, esta es una revista de Dolores, donde fui a dar una conferencia y encontré un artículo de un radical sobre "la nefasta obra" de Miranda y le voy a contestar. Ese programa que acaban de aprobar radicalismo y peronismo (en *La hora del Pueblo*) es el programa de Miranda, programa mínimo con otros nombres, con la comercialización y la producción en una sola mano y la nacionalización de los depósitos, que es obra de Miranda. Es decir, los radicales no saben ni siquiera que han aceptado ese programa.

¿Usted está de acuerdo con eso que se dice que Perón hablaba dos lenguajes diferentes?

Es probable. Todo político habla dos lenguajes diferentes. Si yo voy al Jockey Club a sostener determinada tesis, la voy a sostener en forma que la puedan comprender alguno del Jockey Club, porque yo no voy al Jockey Club a tomar el té, yo voy al Jockey Club a sacar alguno de ahí.

No se trata de expresarlo de distinto modo sino de decir cosas radicalmente diferentes.

No, cosas radicalmente diferentes no las decía. No, le quitaba gravedad a las cosas que los otros le daban gravedad. Es que la actitud de resistencia era increíble. Vea, ayer nos estábamos riendo en un tambo. Estaban ordeñando. Y yo decía: Usted se acuerda (había un hombre de edad, por eso se acordaba) la reacción que provocó en todos los tamberos, la obligación de hacer un tinglado para ordeñar. Antes se ordeñaba a la intemperie, pero ¿se explica la reacción que hubo, agresiva, violenta, porque los obligaban a hacer un tinglado para ordeñar? Cosa que le convenía al tambero, no sólo por las comodidades. Bueno, él podía ser el propietario del tambo y que él no ordeñara, que ordeñara el peón del tambo, pero de todos modos, evidentemente se perdía leche, porque no se ordeñaba con prolijidad, prácticamente sobre agua sucia y otras cosas. ¡Es increíble! Además, así como los patrones pegaban esos carteles que provocaban la reacción de los obreros,

Braden provocaba la reacción patriótica de los militares. En fin, Perón tuvo la suerte de tener los enemigos que podían provocarle el apoyo del Ejército. La intervención de Estados Unidos fue brutal. La presencia de Braden en los actos políticos y la sumisión de la oligarquía a Braden era algo repugnante.

Por poca sensibilidad nacional que se tenga, es algo increíble lo que fue eso. Sí, en el campo obrero Perón absorbió las masas obreras. La única resistencia seria fue la de los sindicatos comunistas con Peter. A Peter creo que lo tuvieron preso, el de la carne. Pero los sindicatos comunistas, a su vez, actuaban según la política de la URSS. Así que por ahí estaba la URSS de acuerdo con los Estados Unidos que mandaban acá, por ahí dejaban de estar. Cuando vino Cheveleff, primer representante ruso acá, cambió la política de Rusia con la Argentina, por ejemplo. Yo me acuerdo que "Orientación", que era el órgano del partido Comunista, en la época de FORJA, en el año 39, publicó un título que decía "Una posición de Forja que favorece el fascismo: la neutralidad" y al número siguiente decía: "La neutralidad es la única política que puede tener la Argentina", porque se acababa de hacer el pacto Berlín-Moscú.

III

Y la yapa...

1. Serie de notas: Las dos caras del Liberalismo argentino: Progreso y Antiprogreso

2. Opinión pública y democracia

Las dos caras del liberalismo argentino: progreso y antiprogreso

Serie de artículos publicados en la revista "Imagen del país", entre mayo y noviembre de 1967.

I

En mayo de 1967 participé de una mesa redonda, en la presentación del libro *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, de H. Ferns y en la noche, en una de televisión. En las dos, los interlocutores recurrieron, en defensa del sostenimiento de la economía tradicional de intercambio de materias primas por productos elaborados, a la justificación de la política liberal de la división internacional del trabajo con el socorrido argumento de que esa política es la que construyó el país actual, pues todo lo que tenemos, desde medios de transportes a casas-habitaciones, de institutos de cultura y medios de expresión a instituciones jurídicas y sociales, es el resultado de la aplicación de aquella política.

Se trata de una pueril argumentación, pero que puede tomar de sorpresa al lector o el oyente no avisado. Por lo pronto hay una respuesta en el interrogante que el mismo Ferns plantea: *"Los que no ven la historia como una serie de desarrollos inevitables y les atrae la especulación sobre las consecuencias que hubieran tenido otro giro de los acontecimientos, tienen que preguntarse si, después de la caída de Rosas, no había llegado la hora de la clase mercantil urbana, y si, sin presión extranjera, esa clase no hubiera podido construir en las orillas del Río de la Plata una comunidad como la que construyeron los*

Nota: Para facilitar la comprensión del texto, se han suprimido las acotaciones demasiado coyunturales que Jauretche agregaba habitualmente en sus notas periodísticas.

norteamericanos en los Estados Unidos después de la Guerra Civil: una potencia industrial y financiera en expansión no trabada por poderosos intereses rurales".

¿Qué sería ese progreso que tanto los envanece si en lugar de habernos adscriptos como los norteamericanos del Sur a la política de Gran Bretaña cumpliendo el sólo objetivo de construir la granja dependiente, se hubiese realizado la hipótesis que plantea Ferns paralela a la de los norteamericanos del Norte: "Argentina, potencia industrial y financiera en expansión no trabada por poderosos intereses rurales", por naturaleza, dependientes. ¿Qué sería por comparación ese progreso de que se jactan frente al del país potente que pudimos ser?

Contestarán que lo que ellos muestran es un hecho y que lo que aquí se dice es una hipótesis, y estarán acertados.

Pero no lo estarán en cuanto les contestemos que la hipótesis no se realizó precisamente por la afirmación del hecho, que tendía a evitar nuestra grandeza al asignarnos una función exclusivamente apendicular.

Saliéndonos de esta discusión en el terreno del posibilismo, vamos a ver en qué consiste el mérito y el valor de lo realizado, de ese progreso del que se jactan.

Signos positivos y negativos del progresismo

Principiemos por decir que en ningún momento se discute la labor de promoción y desarrollo correspondiente a la política liberal. Desde que se hizo política de Gran Bretaña, más que considerarnos mercado de colocación de capitales o de venta de mercaderías, asignarnos la función de granja abastecedora, estuvo implícito promover el progreso.

Pero aquí está el "quid" de la cuestión.

Promover el progreso en el sentido de hacer la granja implica recíprocamente impedir el progreso en cuanto el país intenta ser otra cosa que granja.

Así, el llamado progreso liberal tiene dos caras: es progresista en cuanto necesita la inmigración, el puerto, el ferrocarril, la vivienda, el Código Civil, el alambrado, el refinamiento de las haciendas, la paz interior, en fin, todos los elementos que contribuyen al desarrollo de

una producción agropecuaria barata como suministro colonial. Pero es antiprogresista en cuanto impide el desarrollo de la producción industrial propia, el manejo nacional, aun de esa misma producción agropecuaria, de los medios de transporte y comercialización, de la dirección financiera por medio de la banca, de la diversificación productiva y del estímulo de las zonas cuya producción no interesa, y de todo lo que conduce al asentamiento de una sociedad diversificada de alto nivel de vida y cultura técnica, cuyo desarrollo importa el surgimiento de un país con propios intereses, más fuertes que los vinculados a la estructura colonial dependiente y un mercado de consumo interno en constante crecimiento que fija por el costo y el consumo un valor de adquisición que la metrópoli no desea pagar.

Planteada así la cosa se ven las dos caras del supuesto progresismo liberal: es progresista en cuanto promueve nuestro desarrollo en un solo sentido y para consolidarnos en el estadio de productores de materias primas. Es elemental que no lo seríamos con el indio y el desierto, sin el Código Civil, sin el puerto, sin el ferrocarril, sin las ciudades, sin el grano, sin las carnes y sin la sociedad humana construida para esas formas de producción. Quiere decir esto, simplemente, que el progreso de que se jactan como prueba de la utilidad nacional de la política liberal, sólo prueba que este progreso fue dirigido exclusivamente para dirigir esa política, es decir, para producir en las condiciones exigidas por el país dominante, pues si no hubiéramos progresado en ese sentido hubiera fracasado el desarrollo colonialista; se trató, precisamente, de estructurarnos exclusivamente como granja para que cumpliéramos la función asignada y hubiera sido absurdo suponer una política liberal de la división internacional del trabajo, sin una propia política del progreso para adecuarnos a la función de abastecedores de materias primas. Desde que teníamos que cumplir una función dependiente dentro de la economía liberal, el progreso consistió en ponernos en condiciones para cumplir la función.

Consolidación del antiprogresismo

Pero al mismo tiempo ese progreso era el medio de consolidar los intereses vinculados a esa función; es decir, de impedir que se realizace un progreso que tuviera en cuenta otras funciones, las que corresponden a una nación integrada que se realiza soberanamente para sus

propios fines. Y es aquí donde aparece la cara del anti-progreso, porque las fuerzas y los intereses creados en la dirección colonial, en la medida que se desarrollan, se convierten en instrumentos locales destinados a impedir el progreso en otro sentido.

Preocupación de esos intereses dominantes –cosa que he analizado en *El medio pelo de la sociedad argentina*– fue también cuidar que las capitalizaciones no absorbidas por su propio aparato exterior, no actuaran en ningún momento como competidoras de ellas, sino como auxiliares, y le tocó entonces al capital nacional, que lograba acumularse, en lugar de ser competidor del capital extranjero, concentrar su actividad exclusivamente en la promoción de esa exclusiva forma del progreso: el de la granja y el de la infraestructura correspondiente a la misma. Esa capitalización fue dirigida exclusivamente a mejorar la producción de las materias primas y a acondicionar el país al sistema dirigiendo su inversión a sus aspectos complementarios cuando la acumulación excedía las necesidades de la inversión granjera: a bienes de uso no susceptibles de importación: consumos no importables e inversiones fijas exclusivamente de servicios.

Pero al margen de las consideraciones que corresponden a etapas pasadas de la vida argentina, la cuestión se plantea hoy en términos que corresponden a nuestra realidad actual.

Eso ayer. ¿Y ahora?

Ya no se trata de saber si la política liberal del pasado fue progresista o antiprogresista. Se trata de saber si lo es ahora y si el mantenimiento de las condiciones que promovieron el supuesto progreso de que se jactan los liberales se dan hoy. Y aquí ellos no tienen respuesta posible.

En presencia de una población que excede los 25.000.000 de habitantes y en un mundo que no se resigna a la escasa participación en lo que se llama modo de vida occidental, que excluye a los habitantes de los países productores de materias primas y consumidores de manufacturas importadas, ¿tienen los liberales soluciones que proponer al margen de las que propusieron en el pasado? ¿Pueden siquiera continuar el limitado progreso que significó la colonización, es decir, la creación de las condiciones de la granja? ¿Pueden seriamente proponer la política propuesta desde 1853 en adelante, para un país que ya

no cabe en el esquema de productor de materias primas exclusivas? No tienen respuestas sino sobre la base de condenarlo a ser un país miserable y sin destino.

Y aquí está claro lo que tal vez no fue claro para los primeros liberales que pudieron creer que construían una nación cuando construían una colonia. Entonces, alucinados con el progreso a corto plazo y rápido, malbarataron todo destino de grandeza tomando por el atajo que las condiciones históricas hacían accesibles. Pero no hay atajo y el camino está cerrado. Persistir en él es un acto consciente para condenar a la Argentina a ser un país sin destino para sus habitantes y para su potenciación.

Por eso habrá que reiterar siempre este recuerdo que traigo sistemáticamente: los alucinados fundadores del liberalismo creyeron ilimitado el progreso fácil bajo el signo agropecuario del Litoral, y así pudieron creer en aquella Argentina que declamaban de los "cien millones de argentinos conducidos por la azul y blanca ante el trono del Altísimo". Sus descendientes ya no tienen alucinaciones y no sueñan en una gran Argentina. La quieren pequeña, pequeñita, porque todo progreso desborda el mínimo continente de la Argentina agropecuaria, donde no hay lugar no para los cien millones del futuro, ni siquiera para los veinticinco millones de hoy.

Ya no hay alucinación: juegan a la Patria chica consciente y deliberadamente y así el mismo progreso del pasado, que invocan para reivindicarlo, se vuelve contra ellos como una acusación, porque ahora proponen directamente lo que no pudo estar ni siquiera en el espíritu de aquellos alucinados.

II

La oligarquía sustituto de la diplomacia

Una vez que se crearon las condiciones para que el desarrollo se hiciera solo en el sentido que le interesa a Gran Bretaña, los intereses que surgieron de esa forma de desarrollo, tomando el manejo de la política son los encargados de cuidarle el sistema al imperio dominante.

Volviendo a Ferns, su libro sintetiza cómo una vez constituida la estructura de la oligarquía territorial, ella se convierte en el agente

natural de la política colonizante desde que identifica sus intereses con la misma.

Dice Ferns (pág. 293 y 294): "*La diplomacia británica fue aquí –el período que va de 1824 a 1862– una diplomacia enderezada a terminar con la diplomacia*".

No puede ser más acertada esta síntesis de una política. Por eso agrega a continuación:

"Luego, una larga sucesión de ministros y encargados de negocios británicos que no se distinguieron por nada particular, pudieron manejar sin dificultades las relaciones de la Argentina y el Reino Unido".

Ya no hizo falta la diplomacia; creado el sistema de intereses locales estos intereses gravitaron y decidieron, como hubiera gravitado y decidido el gobierno inglés cuya presencia no hacía falta. No fueron necesarios los diplomáticos porque la política inglesa la hacían directamente los gerentes de los intereses creados en el país o los titulares de los intereses locales subordinados a la política exclusivamente agroimportadora.

Por eso Ferns nos explica: "Luego una larga sucesión de ministros y encargados de negocios británicos que no se distinguieron por nada particular, pudieron manejar sin dificultades las relaciones de la Argentina y el Reino Unido; *pero los acuerdos y arreglos importantes llevados a cabo después de 1862, hasta que tornó a resucitar el mercantilismo en la década de 1930, fueron la obra de hombres de negocios que trataban directamente con las autoridades públicas argentinas y con los hombres de negocio argentinos.* Después de 1862, hubo varias ocasiones en las que la diplomacia política amenazó suplantar a la diplomacia comercial; pero en verdad esto nunca llegó a ocurrir durante la época en que prevalecieron las decisiones descentralizadas a la que nosotros llamamos el sistema de laissez faire".

Resumiendo: la diplomacia actuó hasta que se crearon las condiciones de poder de los grupos económicos internos beneficiarios del sistema de la división internacional del trabajo. Es decir, hasta que fue imposibilitada la hipótesis de "la creación de una potencia industrial y financiera en expansión", como dice Ferns. Asegurada esta imposibilidad por la creación de "poderosos intereses rurales que trabaron esa expansión", estos mismos intereses cuidaron de que la política colonialista se afianzase definitivamente configurando el progreso del país, no a medida de los intereses del país sino a medida del progreso

de esos intereses locales en cuanto estos son medios de ejecución de la política promovida por Gran Bretaña.

Esto no excluye alguna excepcional intervención directa, como también lo dice el autor. Tal podría ser el caso cuando el Dr. Manuel Quintana, abogado del Banco de Londres, amenaza a Bernardo de Irigoyen, ministro de Relaciones Exteriores con el bombardeo del puerto de Rosario por la escuadra británica si no se resuelve favorablemente a los intereses que representa un conflicto bancario con el gobierno de Santa Fe. Pero esta excepción es ejemplar para confirmar la regla, ya que este mismo Manuel Quintana será poco tiempo después Presidente de la República Argentina, lo que demuestra en qué medida se han afianzado los grupos económicos que responden al Imperio, y la desaprensión con que pueden manejar el país sin que éste lo perciba como efecto de la colonización pedagógica que obnubila su inteligencia.

¿Acaso mucho después Federico Pinedo no ha sido reiteradamente ministro de hacienda a pesar de haberse reconocido autor, por el precio de diez mil libras, del proyecto de Coordinación del Transporte que apoyó como ministro?

Como se ve, creados los intereses solidarios con la dependencia colonial y los instrumentos culturales para ocultar ésta y proponerla como progreso y política nacional, no hace falta la presión diplomática.

¡Hasta cuándo!

El mismo Ferns nos lo dice en la cita de más arriba: "Hasta que torno a resucitar el mercantilismo en la década de 1930".

Ferns señala como fecha aquella en que el abandono del patrón oro y el sistema de triangulación del comercio internacional comienza a ser sustituido en el mercado mundial por la política de los convenios, los acuerdos, en una palabra, la regulación del mercado mundial por los distintos países metropolitanos. No se trata del mercantilismo tradicional pero puede considerarse una forma de ésta ya que desaparece el libre juego supuesto por la economía liberal de la división internacional del trabajo.

(En las relaciones interimperiales y en las de las metrópolis con la periferia hace mucho que no existe el sistema liberal de intercambios, lo que no impide que se nos adoctrine con el mismo en los editoriales de los grandes diarios en cuyas informaciones perdidas nos enteramos de las medidas proteccionistas y de los subsidios que ellos implican

mientras impugnan toda intervención del Estado en la política económica de las colonias y semicolonias.)

En el orden interno argentino la fecha de 1930 trae otras connotaciones que si bien se vinculan a la inauguración de ese mercantilismo están estrechamente unidas a un cambio en la dirección económica interna. Se trata del momento en que el país ha empezado a exceder con su desarrollo las posibilidades de contención para las que bastaba la simple no intervención del Estado. El país, a pesar de todo, tiende a diversificar su producción, aparecen nuevas formas que ya no pueden ser contenidas con el simple libre de juego de los intereses creados, y una población en crecimiento que excede los marcos previstos para el país agropecuario.

En ese momento y mediante una revolución, los intereses de la dependencia toman el poder político desembozadamente y van a pactar con Gran Bretaña, no ya el simple juego de la división internacional del trabajo sino una política de contención del desarrollo nacional. **Estamos en la década infame, y se sanciona el Estatuto Legal del Coloniaje como consecuencia del tratado Roca-Runciman, en el cual la gente de la Sociedad Rural pacta a través de un gobierno fraudulento en el tratado Roca-Runciman la limitación a toda posibilidad de progreso del país.**

Los liberales fundan entonces la economía dirigida. Mediante esta economía dirigida –dirigida en contra del país– la política del progreso se quita la máscara y denuncia su verdadera naturaleza anti-progresista.

III

En la primera nota de esta serie hemos enunciado cómo es perfectamente conciliable la tesis del progreso, como realización de la oligarquía liberal en la etapa agropecuaria del país, con la de su significado como anti-progreso, en una concepción general de nuestra política económica, pues acelerar el desarrollo para la creación de las condiciones de la granja agropecuaria sacrificando el desarrollo equilibrado y general, tendiente a una integración económica del país, era la política lógica para constituirlo como granja abastecedora: *el progreso era la inversión imprescindible que tiene que hacer cualquier*

estanciero o chacarero país que el campo produzca. Lo mismo ocurre con la colonización económica. En este caso hay que proveer una legislación apropiada, una estructura de la propiedad, del transporte, de los puertos, de los centros urbanos, de la organización estatal, de los brazos, etc. Pero la mínima, pues el objetivo no es la prosperidad de la colonia y sus habitantes, sino su acondicionamiento a la función de abastecer barato y abundante. Más al caso cuando se trata del abastecimiento alimenticio.

En el momento del pleno desarrollo de la economía liberal y la división internacional del trabajo, el país en acelerada industrialización –en este caso Inglaterra– necesita los brazos propios que están en la producción rural, en la industria, porque en su balance le conviene proveerse de materias primas afuera y transformarlas adentro, para vendérselas transformadas a los que les proporcionan las materias primas. Conoce perfectamente aquello que Prebisch llamará después «relación adversa de los términos del intercambio», es decir, que los precios de las manufacturas se irán incrementando en progresión geométrica mientras sólo se incrementan en progresión aritmética los de las materias primas, de modo, para decirlo de una manera sencilla, que si una locomotora cuesta el equivalente de X toneladas de trigo, carne o lana, pocos años después será doble o triple el número de unidades materia prima que harán falta para comprar la misma unidad industrial, con lo que la ampliación del margen entre unas y otras será siempre en beneficio de la metrópoli.

Recuérdele usted al sostenedor de la tesis del progreso liberal este contrasentido aparente: mientras la política británica se preocupaba de poblar la pampa húmeda desierta con inmigrantes y de acelerar el desarrollo de la economía ruralista de la misma, tendía en las propias islas británicas a despoblar sus campañas en beneficio de las ciudades. (Y recuérdelo también cuando oiga a las lloronas por la supuesta despoblación de nuestros campos como consecuencia de los movimientos demográficos originados en nuestra industrialización). Es que a Gran Bretaña le conviene que los campesinos del otro lado del mar sean lo más campesinos posibles mientras sus propios campesinos pasan a ser obreros industriales.

La política moral de Gran Bretaña en Gran Bretaña y aquí

Tiene usted, lector, una idea de la Inglaterra rural cubierta de magníficas "pelouses", de bosques, de campos de golf, de grandes castillos con inmensos parques destinados a la caza del zorro y en donde sólo alternan como ejemplos de producción rural las cabañas destinadas a surtir de reproductores a los países con destino agropecuario. Es una imagen bastante apropiada de la Inglaterra de fines del siglo XIX hasta la última guerra y por cierto muy distinta a la de la Inglaterra campesina actual, preocupada de mantener su población rural y aumentar su producción agropecuaria. También muy distinta a la de la Inglaterra campesina anterior a la expansión del liberalismo y al gran desarrollo industrial, que estaba poblada de agricultores y ganaderos: la "pequeña Inglaterra", añorada por Chesterton.

La imagen de los castillos y las cacerías del zorro, etc., es la de la Inglaterra del siglo XIX que despobló deliberadamente el campo, pues le era mejor negocio importar alimentos que producirlos, de modo que a medida que abandonaba la producción agrícola la estimulaba en los países que debían proporcionárselo a precio bajo.

Ahora la cosa está bien clara: promover el progreso rural de los países que debían sustituir su producción agrícola y en la misma medida que abandonaba la suya por la producción industrial. En una palabra, dar a las colonias la forma de progreso que a ella le era conveniente.

Uno de los primeros trabajos que Raúl Scalabrini Ortiz produjo en FORJA se tituló: "Argentina base y arma del abastecimiento británico", desarrolla este tema.

Admiremos la sabiduría de la política inglesa que con los productos industriales exportaba teorías. Exportando la división internacional del trabajo como idea para los coloniales, Inglaterra aceleraba la importación de materias primas, los alimentos baratos, que permitían mejor salario real y mejor aprovechamiento de la mano de obra propia. Y admiremos también su continuidad. Desde que Cobden depositó sus sabios consejos en la amplia oreja de don Domingo Faustino Sarmiento –tan orgulloso de haberlo oído y aprendido de él–, su célebre fórmula "Inglaterra será el taller del mundo y la América del Sur su granja", el plan fue rigurosamente aplicado con la colaboración de nuestros "progresistas" liberales. Tanto que Winston Churchill lo ratifica 100 años después, como lo he recordado tantas veces. En efecto, en el momento más dramático de la vida británica, cuando la victoria alemana parece segura y Londres parece que va a ser arrasada por la aviación enemiga, y cuando la suerte de las armas depende de la intervención de Estados Unidos en la guerra, el jefe del gobierno británico da sus instrucciones a lord Halifax que va a negociar en Washington la alianza que será su salvación. Le dice ("Memorias", de Churchill, ed. Boston): "Respecto de la América del Sur ceda en todo menos en los países productores de carnes ovinas y bovinas". En esto, y sólo en esto, admite negociar.

Con lo dicho está claro que bajo el signo de Gran Bretaña se realizan dos políticas progresistas paralelas: la metropolitana de industrialización; la colonial de abastecimiento, es decir, Gran Bretaña será fábrica y Argentina granja: más claro, echarle agua.

Son las dos puntas de la división internacional del trabajo.

Consecuencias locales de tal política

Pero este enunciado tiene un contenido mucho más amplio. Para que esa división internacional de las tareas se cumpla de manera efectiva no sólo es necesario el país dependiente sea granja. Es necesario, además, que no sea otra cosa, pues cualquier desarrollo interno de integración económica en otro sentido conspira contra la función establecida en el esquema. Con vistas al mercado interno es necesaria una estructura que no facilite una expansión acelerada del mismo, para lo cual hay que limitar su producción a la zona de geografía adecuada al destino reservado y esto implica desarrollar el progreso en una sola dirección, pero también en un solo espacio: en el que debe producir las materias asignadas, es decir, en la pampa húmeda. Cualquier expansión en el resto del país puede crear un mercado interno consumidor.

Además el régimen de la propiedad y la producción tiene que estar organizado con vista a la exportación y en lo posible a un solo mercado, por donde aún ese mismo progreso agropecuario debe estar poco diversificado y mantener una estructura social que impida el encarecimiento de la mano de obra provocando costos mayores, pues los costos mayores los absorbe el mercado interno y se traducen también en diversificación. De ahí el monocultivo y el régimen de propiedad de la tierra, pues el ideal es una sociedad campesina sobre la base de

grandes propietarios y peones de "pata al suelo" y a lo sumo con colonos que no se consoliden económicamente, pues su consolidación amenaza una construcción social de mejores consumos. Es cierto que un progreso más general importa un posible mercado más abierto para las manufacturas importadas, pero importa el peligro del surgimiento de una industria propia competidora de la metropolitana. Importa también la posibilidad de una diversificación tendiente a la búsqueda de otros mercados por el desarrollo de actividades que no son las que se solicitan, como ocurriría también de integrarse el desarrollo económico hacia otras zonas de producción, que creando mercado para su consumo o para otros países aumentan la demanda de la producción destinada a la metrópoli, creándole competencia.

Conviene aquí no olvidar que el negocio de importación es subsidiario, porque el esencial es el del abastecimiento.

También ha de tenerse en cuenta siempre que hasta las inversiones son subsidiarias, cosa que también ha hecho notar Scalabrini Ortiz. Así el negocio de los ferrocarriles es negocio que interesa, pero en los países coloniales el transporte no tiene una finalidad en sí mismo: es esencialmente un medio de estructurar la provisión de las materias primas a la metrópoli. Por consecuencia, al plantearse un ferrocarril lo importante es que éste sirva a esa política, por lo que en cambio es inconveniente un ferrocarril que ponga en vinculación zonas de producción que no están destinadas a esa finalidad; en este caso se sacrificaría la política general aplicada a la dependencia a un interés muy secundario, el del negocio ferroviario en sí, que con ser bueno sería perjudicial para el plan general.

IV

La renta diferencial, clave rioplatense

En el momento de escribir estas líneas me llega a las manos el borrador de un excelente trabajo del escritor uruguayo Alberto Methol Ferré titulado "El Uruguay como problema. Ensayo Histórico".

Sobre el tema que estoy tratando de "Progresismo y antiprogresismo", Methol Ferré, desde la otra banda, define con precisión las particularidades del Río de la Plata que corresponden a ese progreso de ayer con qué se quiere impedir el progreso de hoy señalando sus límites, comunes a una y otra orilla del Plata y también nuestra ambigua situación –desarrollo, subdesarrollo–, que se vincula a ese pasado progreso y explica sus alcances. Transcribiré, porque hay conceptos sustanciales que son ambivalentes para nuestros países. Se está refiriendo a la expansión agropecuaria comenzada en el último cuarto del siglo XIX.

"Dentro del mercado mundial uniconcéntrico las zonas ganaderas constituyen un sector privilegiado. Su destino ha sido distinto al clásico de las explotaciones coloniales. Australia, Nueva Zelanda, Argentina, Uruguay, se erigen como testigo de un aparente mentís a la idea de un imperialismo industrial expoliador. Son zonas agropecuarias en que el progreso ha sido indudable. Allí se ha generado sin cesar una inmensa acumulación de riqueza cuyo ejemplo más chirriante era la opulenta oligarquía porteña. La nuestra más pequeña, fue más sobria y decorosa. La razón es sencilla: por su propia índole la sencilla explotación ganadera –provista de campos fecundos y baratos– exigiendo la inversión mínima posible de trabajo social, y hasta de inteligencia social, engendraba zafra a zafra la más alta producción de excedentes, con una demanda europea creciente por el bienestar y el ascenso del nivel de vida, en que confluían la industrialización, el saqueo colonial y el poder, de los sindicatos." (Se entiende que en la metrópolis)

Y agrega:

"No soy experto económico, pero desde hace años he insistido en el papel absolutamente decisivo de nuestra renta diferencial agraria. No se trató de arrancar una *plusvalía* al trabajo, de acuerdo a la altura técnica de una sociedad dada. Se ha sostenido que somos hijos de un gigantesco rendimiento del trabajo rural, pero lo cierto es que el rendimiento estaba más del lado de la naturaleza que del hombre..."

"La ganadería fue en el Río de la Plata una especie extraordinaria de *automación biológica*, una maravillosa cibernética natural. Por eso, con las necesidades en alza del mercado consumidor europeo y el transporte a vapor y frigorífico, Argentina y Uruguay se beneficiaron de una enorme renta *diferencial* a su favor. Los bajos costos permitían soportar bien los cortes de *tijera*. El Río de la Plata generó así, sin mayor esfuerzo, ni sacrificio social, la más alta renta agraria. Esto le permitió disponer, sin necesidad de una revolución industrial propia, de un enorme sistema de servicios y un nivel de vida que sólo parecía posible en los grandes centros industriales. Esta es la muy notoria sin-

gularidad rioplatense: una sociedad agropecuaria, exportadora de materias primas, con consumo y hábitos de sociedad industrial. Su *subdesarrollo* no impedía adquirir un nivel *desarrollado*. Así, las excelentes oportunidades que brindaba a las *actividades terciarias*, a los agricultores, a la industria liviana, atrajo lo principal y más numeroso del crecimiento vegetativo y la marea inmigratoria."

Desarrollo en el subdesarrollo

El análisis no puede ser más realista: desarrollo en el subdesarrollo. Un desarrollo parcial que en la Argentina está remitido exclusivamente a esa pampa húmeda de condiciones paralelas a la Banda Oriental, pero que excluye de sus efectos al resto del país, en el horizonte geográfico, y que alcanza en el horizonte social a la parte de población, particularmente la de origen inmigratorio, vinculada a ese desarrollo parcial.

De ese desarrollo parcial surge un desarrollo político que es también parcial. Sigamos al mismo autor:

"En ese contexto nació el Uruguay batllista". Y la Argentina de Yrigoyen con que "las clases medias obtendrán la primera victoria histórica en América latina, durante la segunda década del siglo XX".

"Al antiguo reinado del liberalismo oligárquico, le sucede un liberalismo popular, con gesticulación socialista, un radicalismo que guarda ciertas analogías fraternas con su tocayo francés. Con Batlle e Yrigoyen se trataba de la democratización de la renta diferencial. No se intentaba un cambio de estructuras, sino de una mejor distribución de la renta agraria".

"Había que hacer al pueblo partícipe de ello. Es en un marco de exhuberante renta agraria que ascienden las clases medias rioplatenses. Son las primeras en obtener en América latina el sufragio universal y acceder a la participación del poder no por la violencia sino por pacíficas vías electorales. Las reivindicaciones tuvieron un tono esencialmente distributivo. Toda la cuestión se centraba –como aun entre nosotros (los uruguayos)– en la distribución democrática de la renta agraria. Había un excedente suficiente como para conformar o subsidiar a la mayoría, sin afectar las bases del sistema que determinaba el control de la producción por la oligarquía terrateniente y comercial ligada a la exportación". (Agrego yo y los cortes de tijera que hacia el aparato imperial instalado con frigoríficos, monopolios, servicios públicos, etc.). "Medidas de seguridad social, salarios, estatismo, un cierto proteccionismo a la industria liviana incipiente. Así, el Uruguay inauguró el *Welfare State* en América latina. Singular Welfare State sin industria con pies de barro, pasto y pezuñas".

(Ya en otro trabajo mío he advertido esta singularidad del batllismo que creando pensionistas del Estado y por un sistema de legislación social pareció haber llegado a un perfecto *Welfare State* por la expropiación de gran parte de la renta diferencial, a través del Estado mediante el impuesto.)

Pero todo esto se termina cuando desaparece la renta diferencial en la estructura económica contemporánea, o no deja margen; y además cuando ese margen tiene que ser mucho más amplio para tolerar el aumento de población y de nivel de vida no vinculado a la población agraria en cuyo ámbito no cabe.

Methol Ferré dice que ese esquema válido hasta hace treinta años es hoy un sostén imposible, cosa evidente, pero que pretenden ignorar quienes invocando un tipo de desarrollo pasado no quieren comprender que ese progreso que mentan melancólicamente es ya imposible y anti-progreso en cuanto las fuerzas por él generadas se oponen a la transformación. Con la renta diferencial se desarrolló un progreso que estaba preñado de este antiprogreso, porque no podía correr más que hasta los límites espaciales e históricos que ésta le fijara cuando el país vendió la primogenitura: la posibilidad de una economía nacional integrada, excluida con el desarrollo unilateral de la pampa húmeda.

La ventaja argentina

Añade Methol Ferré que en la Argentina este agotamiento de las posibilidades de la economía agropecuaria se planteó con virulencia a partir del golpe militar nacionalista de 1943 y del coronel Perón. "Pero allí emergen, dice, dos nuevos protagonistas en escena: la burguesía industrial y el proletariado, potente, organizado, moderno. Aquí, el Uruguay limitado por la estrechez de su mercado interno, no puede emprender por sí mismo una industrialización de largo aliento y su enorme estructura *terciaria* asiste hoy impotente, al desfondo de su excedente agrario. *Nos estamos devorando las entrañas*, clama el actual Presidente Gestido. La conformidad uruguaya de ayer es su

parálisis de hoy, aunque, crece el miedo del país por sí mismo y la agitación cunde. Se verá, dentro de poco, a estas clases medias abocadas a una inédita aventura latinoamericana: no descender de su nivel de vida. He aquí un problema sin igual en América latina. El drama es el descenso, no el ascenso".

"La índole específica de nuestra renta diferencial permitió una campaña despoblada y la más intensa urbanización de América latina. Pero, a su vez, esa urbanización subsidiada por la renta diferencial no revirtió sobre la estructura general del país con ímpetu renovador, sino que se enquista en sí misma, resultando en su conjunto una política económica de despilfarro de esa renta diferencial".

Poco digo aquí, pues lo más lo dice Methol Ferré. Creo que es lo honrado transcribir cuando alguien lo ha dicho de manera mejor que lo que uno puede hacerlo. Además tiene para el lector la ventaja de que el Uruguay es el conejo sobre el cual se hace la experiencia, y basta establecer las diferencias y analogías para que lo dicho alcance toda su aplicabilidad a nuestro caso tan parecido, salvo en la existencia del movimiento de 1945 y las mayores posibilidades de fundar una economía de otra raíz que la exclusivamente agropecuaria.

El Uruguay es en pequeño una imagen de nuestro país reducido a la pampa húmeda, pero además los liberales nos lo han propuesto siempre como ejemplo de la perfección lograda por el progresismo agropecuario. Conocer el agotamiento de sus posibilidades es conocer el agotamiento de las posibilidades de aquella economía fundada en la renta diferencial, que nos fue común. Pero ahora con la diferencia de que nosotros hemos ensayado algo para salir de ella y en ese ensayo y su promoción están las posibilidades de una fundamentación económica y social que para el Uruguay no es posible dentro de su estrecho marco. La geopolítica opera adversamente para la condición insular que hasta ahora fue el punto de partida básico de lo uruguayo. Nosotros tenemos otra geopolítica y otro ámbito espacial y humano hacia el que tenemos que marchar.

Al margen pues de si el pasado fue progreso o no lo fue, y aun aceptando que lo fue a expensas de una estrategia que sacrificaba el progreso permanente, lo cierto es que ya no se puede caminar sobre aquellos rieles. Sólo una minoría extranjerizante por sus intereses y por su mentalidad y los intereses extranjeros a que ella está adscripta, pueden seguir pateando sobre el clavo lo hagan con zapatos de

civil o con botas de militar. En ambos casos debajo del calzado está la pezuña.

V

La economía de *desarrollo* en el *subdesarrollo* como hemos llamado a la paradójica situación del Río de la Plata y Australia, señalada por Methol Ferré, que impidió los violentos efectos del coloniaje en estos países, se fundaba en el bajo costo de la producción agropecuaria y en la baratura del transporte marítimo. No hacía falta tecnología, ni mayor inversión de capitales, ni un intenso trabajo social porque era la naturaleza y no el hombre el que proveía con su rico suelo fértil, con sus lluvias regulares y por consecuencia la facilidad de las cosechas y la abundancia de los pastos. Este bajo costo establecía una renta *diferencial* con respecto a la europea que daba margen para una relativa tranquilidad social, la existencia de una clase ociosa dilapidadora propietaria del suelo y la organización extranjera de transportes, acopio y comercialización y escasa elaboración –el frigorífico– que sacaba la parte del león. También daba margen para la creación de una amplia infraestructura exportadora en que consistía la inversión capitalista más importante, y para un aporte impositivo que permitía el desarrollo de los servicios a niveles muy por encima del de los países coloniales típicos como la India, África, el Caribe, etc.

En plena expansión del liberalismo la política metropolitana inglesa tendía a eliminar la propia producción agropecuaria prefiriendo importar los alimentos básicos para traspasar la mano de obra agrícola a los suburbios industriales de la ciudad, sabedores desde el principio, los conductores de los grandes países, de aquella *ley de la relación adversa de los términos del intercambio* que nuestros economistas de cabecera descubrirían sobre el lecho de agonizante de la renta diferencial.

Pero después de la Primera gran guerra mundial, y definitivamente después de la Segunda, como señala Ferns, presenciamos el ocaso de la división internacional del trabajo en esta materia, y la reaparición de la economía mercantil. La Argentina lo advierte en los acuerdos de Ottawa y es así como mendiga su inclusión en los mismos con el tratado Roca-Runciman negociado en la "Década Infame". Se trató entonces de evitar la diversificación de la producción argentina, cre-

ando un sistema de regulaciones que la limitaba reduciendo las posibilidades del mercado interno a cambio de algunas preferencias en el precio de las carnes. En una palabra, de detener el progreso de una manera legal, estatutaria, para que el país se estancase en lo ya obtenido al llegar a su nivel máximo de productor agropecuario de alimentos.

Ese nivel máximo está dado en gran parte por haberse cubierto el hinterland de la pampa húmeda, pues el aumento de productividad circunscripto a esa zona ya exige una política de inversiones y de trabajo social que vulnera aquel amplio margen de la renta diferencial en que se había fundamentado la privilegiada situación. Pero además ocurre otro hecho en las políticas metropolitanas.

La renta diferencial pierde eficacia

Ahora las metrópolis por la tecnificación, la producción en serie, y más con la automación y la cibernética, no necesitan absorber con la industria toda la mano de obra rural. Por motivaciones de orden político-social desean frenar la despoblación rural y por razones de orden estratégico quieren asegurarse su propio abastecimiento alimenticio. Además, la creación de grandes circuitos económicos, como el Mercado Común Europeo, necesita reservar a los países de producción agropecuaria la colocación interna de su producción recíproca, para establecer un sistema de compensaciones entre producción industrial y primaria. El nacionalismo económico, que se decía terminado, se profundiza en sus efectos ampliando su espacio con la creación de verdaderos bloques que equilibran sus partes para una autarquía de conjunto.

Este es el hecho. Los profesores exportados, sus discípulos cipayos de los países coloniales, que pasan por expertos –esos que empiezan entre los sobrevivientes antiguos con Pinedo y se continúan por los Krieger Vasena, Cueto Rúa, Alemann, Verrier, y su maestro-director, el del "Economic Survey", los "condotieri" tipo Alsogaray, o los aspirantes como Coll Benegas, siguen mintiendo la existencia de un supuesto mercado libre internacional, con triangulaciones y toda la literatura para zonzos que conocemos. Pero el hecho positivo, es que todas las metrópolis han creado un cinturón de protección de su mercado interno proveedor de alimentos. Por un lado como en los Estados

Unidos, donde la *mosca del Mediterráneo* y la *aftosa*, cumplen su función, se subvenciona la producción agrícola, con subvenciones cuyo importe supera, en muchos casos, el costo rioplatense de producción, y se añaden trabas aduaneras que hacen imposible la importación. Esto ocurre en los Estados Unidos, como se ha visto últimamente con la protección de los productos lácteos de origen doméstico y ocurre en el mercado clásico de nuestras carnes: en la Gran Bretaña, donde se ha subvencionado en tal forma la producción, que cada día es menor el tonelaje de carnes a importar. ¡Y esto particularmente cuando se trata de aquellas carnes exquisitas que nuestra técnica agropecuaria había logrado a través de la selección de las razas y con preciso destino a ese mercado, de manera tal que asoma en el horizonte la sola perspectiva de mandar a congelado, o a lata o a conserva todo el orgullo de la ganadería argentina!

Pero, además, Inglaterra postula la entrada al mercado común y tarde o temprano lo logrará, tal vez desprendiéndose de la pesada carga de los dominios, para quienes asoma un destino paralelo al rioplatense.

¡Parece mentira que haya que insistir en estas verdades elementales! ¡Que todavía se hable de libre juego, de costos y de división internacional del trabajo, cuando el *Mercado Común Europeo prefiere pagar internamente 1.200 dólares la tonelada de carne, inferior a la que el Río de la Plata ofrece por 470 dólares la tonelada!*

Diagnóstico acertado. ¿Pero los médicos...?

¿Cuál es la reacción de los apóstoles del librecambio, de los liberales a macha-martillo? Porque esto de que paguen 1.200 dólares por lo que ofrecemos a 470 es totalmente definitivo. Frente a esta constatación, ¿confiesan que hay que buscar otro camino? ¡No! Pretenden seguir pateando sobre el clavo y en lugar de afrontar el hecho tal como es, se descargan en un rencor histérico sobre De Gaulle, buscando en el episodio y en la anécdota el derivativo que les permita seguir con la mentira y con la elusión de una realidad correspondiente a la estructura económica del mundo actual.

El presidente del Uruguay, Gestido, dijo no hace mucho tiempo: **Nos estamos comiendo las entrañas**. Y es así nomás. Para no comérnoslas nosotros, aquí en Argentina, de 1945 en adelante, se fue ensa-

yando empíricamente una economía nacional que se fundaba en la integración y diversificación de la producción para apoyar nuestra economía en la apertura de otros mercados –fuera por los tratados bilaterales, fuera por el desarrollo de la Marina Mercante–, y la creación de relaciones inter-latinoamericanas, y fundamentalmente por la expansión del mercado interno para la configuración de una economía no dependiente.

Pero lo que dijo Gestido en el Uruguay lo acaba de decir Onganía en la Argentina.

¡Sí! Lo ha dicho en su discurso del banquete de camaradería militar del 6 del corriente mes de julio:

Sabemos que la Argentina campestre, la Argentina fácil, el país de las vacas y del trigo ha quedado atrás.

Rodeado del equipo liberal tradicionalista que tiene a su lado para la gestión de gobierno, el general Onganía ha puesto el dedo en la llaga. Sabe cuál es el problema.

Pero no basta hacer el diagnóstico.

Hay que acertar con la medicación. Y el médico es el Sr. Adalbert Krieger Vasena, discípulo del director del "Economic Survey", uno de los tantos pontífices de la economía que ya no puede funcionar.

VI

Hemos visto cómo al desaparecer el precio como factor determinante de nuestra venta de productos agropecuarios en los mercados tradicionales, toda la economía fundada en la renta diferencial se viene al suelo, y con esto la estructura del país exclusivamente agropecuario y abastecedor de materias primas alimenticias a las metrópolis imperiales, pues queda apretado entre los dos brazos de una pinza.

Por un lado es insuficiente para contener una población que se expande en dos dimensiones: en cantidad porque hemos pasado de los 10.000.000 de habitantes, que era el punto de población óptima para esa economía, a los 25.000.000 actuales que exceden en 15.000.000 lo conveniente para nuestro país según las ya muy reiteradas citas de Hueyo y Fano (un habitante cada cuatro vacas); en calidad, porque las exigencias de un mejor nivel de vida multiplican aún más las necesidades de esa población en crecimiento. Así volver atrás significa no

sólo retrotraer la población a 1910, sino también a sus bajos índices de consumo.

Pero a esta necesidad interna que obliga a replantear la producción, es decir a diversificar y a industrializar, conforme al contenido humano del país –si se mira sólo desde un ángulo inmediato– y a la posibilidad de un gran destino si se mira con una perspectiva patriótica de gran empuje, se suma ahora que ni siquiera es solución retrotraer la situación a la época de las vacas gordas que constituye el sueño de los liberales, y el mentido objetivo de los expertos económicos del coro estable que desde 1955 se turnan en el ejercicio de la dirección.

Reiteramos: mientras la economía industrial de las metrópolis tuvo entre sus fundamentos el abandono del agro para concentrar los brazos en la producción industrial, prefirieron importar las materias alimenticias; el precio bajo de la producción ultramarina de éstas (léase Río de la Plata y Australia) les aseguraba ese mercado. Pero desde que el precio de costo no es el que determina la estructura de los consumos de las metrópolis sino una política de fomento a la producción agropecuaria doméstica, los abastecimientos ultramarinos sólo tienen una función supletoria. A medida que aumenta la producción doméstica de las metrópolis se va reduciendo el margen para importar que sólo se mantiene en algo por el crecimiento de los consumos metropolitanos en razón del mejor nivel de vida; la necesidad de comprar para las metrópolis ya no equilibra en ningún caso la necesidad de vender de la producción argentina. Nuestros productos sólo tienen entrada marginal, en cuotas supletorias que permiten graduar la demanda frente a una oferta mayor. ¡Y a los expertos económicos no se les ocurre otra solución que aumentar nuestros saldos exportables a esos mismos mercados, que al comprar no tienen en cuenta el precio de costo y que sólo compran, como se ha dicho, suplementariamente y de manera que ellos determinan, pudiendo jugar a voluntad con nuestras ofertas!

El costo agropecuario de las metrópolis es dos, tres o cuatro veces mayor, pero la protección aduanera y la subvención compensan esta diferencia porque el país industrial subvenciona su agricultura y ganadería. Y no sólo los subvencionan para el abastecimiento del mercado interno sino que en casos como el de Estados Unidos subvencionan para practicar dumping internacional, como ocurre con los cereales. El importe de la subvención surge precisamente de la venta de artículos industrializados en un mercado mundial abierto que los expertos

liberales del mundo colonial se preocupan de mantener así, predicando la ficción de los libres intercambios para que lo practiquen los países zonzos que son los que tienen los Krieger Vasena, los Cueto Rúa, los Alemann, los Verrier como continuadores de los Pinedo, o los Alsogaray, un experto con cañón propio.

Conjuntamente con esos expertos la prensa liberal difunde las mentiras que son convenientes a su política. Sin embargo a veces se les escapan algunas constataciones de hechos que la contradicen.

La Nación del 23 trae una nota de su corresponsal en Londres, Luis María Bello, quien empieza por hablar del verano inglés e imputa la disminución de nuestra importación de carnes al sol británico, de este verano que hace a los ingleses consumidores de sandwiches. Así dice que "el *chilled* argentino es la víctima sacrificada en el altar del dios-sol". "Calor, éxodo en masa de veraneantes, cierre de cantinas en las fábricas y extraordinario consumo de sandwiches y aves frías, corresponden a un fenómeno estacional con directa influencia sobre nuestros envíos".

Pero no es cuestión de que nos conformemos con que llegarán las nieblas, y no puede menos de reconocerlo.

Así dice después: "Sin embargo, no es muy seguro que la ausencia de sol favorezca en el futuro la exportación de carnes argentinas al mercado británico. Han entrado a jugar otros factores negativos –bien entendido negativos desde nuestro punto de vista– dados por el aumento de la producción local y la concurrencia de la carne irlandesa".

"Las estadísticas demuestran que Inglaterra está recorriendo a buen paso el camino que conduce al autoabastecimiento. En 1965, la producción local alcanzó un total de 785.000 toneladas de carne. El año pasado llegó a 1.139.000 toneladas, y la de 1967 se prevé que tocará el nivel de 1.185.000. Sólo ahora se ha puesto en movimiento el plan de expansión ganadera preparado por el ministro de Agricultura, de modo que es teóricamente probable el progresivo aumento de la producción en tiempos venideros". Agrega, más adelante, que los envíos de carne argentina no han disminuido correlativamente, pero reconoce que los precios de las carnes argentinas han sufrido una depreciación del 15%.

El corresponsal de *La Nación* ratifica lo que acabamos de decir: aumento de la producción doméstica. Con esto la carne argentina, se hace prescindible y su oferta presiona sobre un mercado sin apremio

comprador y por consecuencia, baja el precio. Pero no baja el precio de la mercadería manufacturada, que por el contrario aumenta, tanto por su aumento internacional como por el mayor costo que resulta para el consumidor argentino de lo importado, en razón de la baja de la divisa originada en esa baja de nuestros productos (¡Y todavía algún solemne idiota andará diciendo que no existe la relación adversa de los precios del intercambio!)

Continúa el corresponsal hablando de las perspectivas y nos dice: "Los especialistas saben que cuando el producto cae a niveles bajos, resulta problemática la recuperación de precios, salvo la aparición de fenómenos climáticos o económicos que produjesen un enrarecimiento. En este caso particular, la recuperación del precio de la carne no será muy satisfactoria, estímase, si los aportes de la Argentina, Inglaterra e Irlanda prosiguen con el ritmo actual".

Pero no nos ilustra el corresponsal sobre las subvenciones al agro, que es donde está el secreto de ese plan del Ministerio de Agricultura británico, y no nos cuenta cómo ha terminado la Inglaterra de los parques, los cotos de caza, los prados de esmeralda, porque se ha llenado de chanchos, tambos, criaderos de aves, etcétera, que producen a mucho mayor costo que la mercadería argentina, pero en una economía en que el costo es político y no económico. Pero confesar eso es confesar que la economía liberal ya sólo existe en los países de los zonzos, uno de los cuales es aquel en que se publica *La Nación* para ayudar a que nos "vengamos zonzos" solos y con ayuda, y grandes de ninguna manera.

Así es como el corresponsal, después de constatar estos hechos, saca las consecuencias inversas para consumo de los lectores argentinos.

Dice que, "habida cuenta de estos hechos y de lo que ha pasado con el Mercado Común Europeo, podría conjeturarse que empieza para nuestro campo el período de las vacas flacas". Por el contrario, afirma que "los especialistas entienden que la Argentina debe seguir levantando o manteniendo los actuales niveles de exportación de carne". ¿Especialistas en qué? ¿Son tarados los especialistas para sacar conclusiones al revés? Nada de eso; son muy inteligentes servidores de las metrópolis y especialmente los que por aquí tenemos, corresponsales y diarios incluidos. Sencillamente, son cipayos.

La cita de esta correspondencia londinense me la traigo para mostrar su contradicción entre el diagnóstico y el remedio. Es la misma

contradicción que hay entre el discurso de Onganía en que dice que terminó el país de las vacas y el cereal, y aquel discurso en que nos propuso ajustarnos el cinturón para tener más saldos exportables de vacas y cereal.

El problema que tenemos por delante no es un problema técnico: es un problema de mentalidad; los llamados técnicos pertenecen a la mentalidad anti-nacional y nunca posibilitarán una política de conjunto porque ésta tiene que revisar todos los fundamentos de su técnica que es la técnica del colonialismo. Que se vaya Krieger Vasena y venga Alemann o Alsogaray o Cueto Rúa o Verrier, es lo mismo, porque lo que el país necesita es precisamente eliminar esa mentalidad anti-nacional. El que elige sus expertos tiene que saber distinguir entre nacional y anti-nacional y no andar buscando las recetas un día en doña Lola y otro día en doña Petrona, porque siempre los expertos lo van a ilusionar con soluciones fáciles. Y las soluciones que el país tiene por delante son difíciles.

El país necesita una revolución precisamente porque están agotadas sus posibilidades dentro de los viejos esquemas. Los intereses creados de la estructura perimida son fuertes y pretenden seguir vegetando sobre la agonía de las viejas posibilidades. Un cambio de situación exige cirugía y no es con vaselina y buenas palabras que vamos a parar esos intereses.

VII

Contemporáneamente con la aparición de la nota sobre la situación de la carne argentina en el "mercado tradicional", aparecen en *La Nación* (12 de agosto de 1967) las declaraciones hechas por el Sr. Humberto Volando, vicepresidente de la CAP, a su regreso de Europa.

Reproduzco la parte pertinente:

"Acerca de la relación comercial con el Reino Unido subrayó que las perspectivas no son buenas, dada la caída de los precios en ese mercado por diversos motivos, entre los que señaló la excelente producción británica y la de otros países de la comunidad –Irlanda, por ejemplo, en lo que va del año envió casi 40.000 toneladas contra 16.000 en el mismo período del año último–, la restricción de sus ventas al continente, *subsidio a los productores* y grandes envíos ovinos de Nueva Zelanda".

"Recordó que las exportaciones de carne argentina solamente alcanzan al 10%, volumen muy inferior al que en otras épocas reclamaba el mercado británico, cuando nuestros envíos llegaban a cubrir un 35% de la demanda. Esto demuestra que la tasa de autoabastecimiento crece en dicho país y que llega en la actualidad a un 80%".

De qué manera no juega el precio internacional en este mercado resulta de lo que dice sobre los internos de Gran Bretaña, que son de 51 centavos de dólar por kilo vivo –bastante más del doble que aquí– y se aproximan a los del Mercado Común que calcula en 63 ó 64 centavos de la misma moneda. Concluye por esto en señalar que el proceso del autoabastecimiento *será cada vez más irreversible*.

La economía mercantil sucede a la liberal en el mercado internacional

Con esta cita no hago más que subrayar el tema sobre el que vengo insistiendo. Desde Ottawa, y ahora ya definitivamente en Inglaterra, en el Mercado Común Europeo y en los Estados Unidos el comercio internacional no se rige más por el precio. Ningún gran país practica ya la economía liberal con su mercado abierto de intercambio regido por los costos, y así el liberalismo es sólo una mercadería de exportación para los países ultramarinos regidos por cipayos que difunden esas zonceras para trampa de los zonzos. Así el mismo periódico en que se filtran informaciones como la que cito, pero que son difíciles de encontrar para el que no tiene el ojo habituado y se pierde en la maraña de las noticias preparadas, en su columna editorial, en el grueso de la información, en las firmas de prestigio que publica y en los profesores importados tipo von Misses cuyas conferencias difunde, es el encargado de introducir la confusión. Y este tipo de periódico es sólo una expresión del aparato de la superestructura cultural designado a colonizarnos pedagógicamente. Este tema es el que trato en "La Yapa" de *Los profetas del odio* y que aspira a ser una guía para el lector argentino, para el oyente de radio y televisión y para el juicio que se merecen los personajes orquestados, que, desde el arte a la ciencia, son el producto de un prestigio elaborado por esos instrumentos para que contribuyan a ocultar la verdadera naturaleza de nuestras cuestiones.

Perdóneseme la digresión que tiene por objeto mostrar cómo el argentino, una vez ejercitado su conocimiento de la *pedagogía colonialista*, puede encontrar hasta en sus mismos instrumentos los elementos de juicio que necesita. Toda la cuestión consiste en saber a quién sirven y leerlos u oírlos como quien mira el revés del tapiz, pues allí están a la vista las puntadas y los fines perseguidos.

Me estoy concretando al tema de las carnes porque ellas son clave en la economía argentina. Desconocer el papel que juegan en nuestra historia es lo que ha llevado al general Onganía a la contradicción que resulta de sus discursos: aquel en que dijo que teníamos que ajustarnos el cinturón para exportar más y este de la comida de camaradería de las Fuerzas Armadas en que habló del final del país de las vacas y los cereales.

Seguramente está más cerca de la verdad en esta última posición y ésta es la situación que tenemos que analizar.

Mercados tradicionales y nuevos mercados

Decir que se acabó el país de las vacas necesita una corrección. Significa simplemente que ya no se puede especular con el futuro de nuestras carnes en función del mercado tradicional para lo que me basta remitirme al reportaje del Sr. Volando.

No significa de ninguna manera que haya que dejar de producir carnes; significa que hay que reorientar la producción de la carne en función de los mercados de sustitución. Ese mercado existe y potencialmente es mucho más grande que el tradicional. Sólo que hay que abrirlo, lo que requiere otro tipo de carne, otras formas de producción e industrialización, otras vías de transporte, otra estructura comercial a la que hay que ir llegando paulatinamente previa aceptación de esta evidencia. Porque los mercados posibles –toda la parte del mundo que carece de las suficientes proteínas– carecen de la cadena de frío para nuestro enfriado, de materias industrializadas para pagarnos de una estructura comercial correspondiente a la de los mercados tradicionales y de los medios de transporte correlativos.

De tal manera se requiere un intervalo de tiempo grande para el acomodamiento de nuestras carnes a las posibilidades exportadoras de sustitución, pero ese acomodamiento no puede hacerse en la producción, en la industrialización, en el comercio y en el transporte, sin un

previo acomodamiento mental. El país ha sido gobernado durante cerca de 100 años por la gente de la carne, que ha ejercido prácticamente el poder político y maneja la superestructura cultural. Esta gente no quiere entender que las estructuras de los mercados tradicionales en función de la cual se fundó nuestra producción se cierra con la apertura de una *nueva economía mercantil*. Si hubiera sido capaz de comprenderlo ya en 1930, con Ottawa, hubiera empezado a buscar otros caminos. Por el contrario se sistematizó en cerrarlos todos, sacrificando el resto del país a la prórroga de una situación cada vez más difícil, y arrastró en el tratado Roca-Runciman a los intereses de los grupos industriales representados por la Unión Industrial, que se plegaron al destino chiquito que le asignaba al país la Sociedad Rural, incapaz de comprender el cambio operado en el mundo y el paulatino angostamiento del cauce comercial de la carne con los mercados tradicionales. Prefirió someterse a cuotas a tentar la aventura del mercado mundial, con la misma concepción geopolítica de los mandos militares que prefieren hacer de la Fuerza Armada un apéndice policial y no un instrumento de la grandeza argentina y de los internacionalistas que proyectan en el país políticas externas, en lugar de proyectar en el mundo nuestra propia política.

Perspectiva agrícola

Pero si las perspectivas inmediatas son de disminución progresiva de nuestro mercado externo de carnes en tanto se va creando su sustitución, no ocurre lo mismo con los cereales, oleaginosas, etc.

Es cosa sabida que un aumento en la dieta de los pueblos en infraconsumo se manifiesta en primer término por un aumento en el consumo de aceites y farináceas. La incorporación de proteínas es posterior, primero, por su mayor costo; segundo, por los hábitos de consumo populares. El primer ascenso en los consumos populares corresponde a aquellos renglones y así es curioso observar cómo asciende la curva estadística del consumo de pan a medida que mejoran las condiciones, hasta que logrado un punto mejor, aquél en que ya las condiciones permiten la incorporación de otros alimentos con la diversificación alimenticia, baja el consumo de pan porque comienza a ser reemplazado por alimentos de calidad superior a medida que se integra la dieta.

Con eso quiero decir que las perspectivas agropecuarias son más propicias a la agricultura que a la ganadería y a ello habrá que correrse en los años inmediatos, máxime si se tiene en cuenta que el desarrollo de la economía agropecuaria doméstica en las metrópolis les hará necesario contar con nuestros granos para suplantar la alimentación de su ganadería subsidiada.

Las perspectivas inmediatas, pues, para nuestro comercio exterior tradicional, fundado en la sola exportación de materias primas alimenticias, son desfavorables en lo inmediato y cualquier mejoramiento circunstancial será sólo transitorio pero no permite considerar la hipótesis de una política de expansión sostenida. Todo lo contrario.

Mientras continúa la actual política económica de las metrópolis, cuyos signos son todos de agravación, nuestras carnes sólo actuarán supletoriamente y en razón de cuotas parciales, y la mayor oferta que hagamos conspirará contra los precios de un mercado que los manejará en la medida de su carácter prescindible u ocasional. De tal manera a la relación inversa de los términos del intercambio se sumará la necesidad de vender obligadamente, sobre todo si se excluye el poder adquisitivo interno que es el que mantiene los precios de la producción. Así nuestra única política posible frente a la restricción de la demanda no es la promesa de ofrecer más carne, sino la amenaza de comérnosla para que tengan que asegurarse la cuota supletoria.

Es cierto que como en el caso de España hay países que pueden recibir parte de nuestras carnes en las formas actuales de producción e industrialización, pero la perspectiva del enfriado no puede ampliarse mucho porque se requiere una estructura de frío organizada como la de Gran Bretaña. Precisamente ya se verá que para proveer esta calidad en los nuevos mercados posibles tiene que formar parte de nuestra política de las carnes una política del frío en los países que la recibirán.

La hipótesis favorable, está en la producción agrícola de más fácil e inmediato acceso a los grandes mercados de poblaciones en infraconsumo y también por la mayor demanda de granos que los mercados tradicionales de carne tendrán que sostener precisamente para el desarrollo de su ganadería doméstica, pues allí el sostenimiento tiene que complementarse con granos y esa es una de las razones de la renta diferencial en países que ni disponen de pastos baratos y grandes extensiones cerealeras ni pueden prescindir de la estabilización invernal.

VIII

La política de conservación de los llamados mercados tradicionales obstaculiza el desarrollo integral del país. La tesis de esta gente ha sido la de mantener el bajo costo de producción y las normas tradicionales exportadoras e importadoras porque cualquier modificación amenaza con la pérdida o alteración de la demanda tradicional.

Pues bien: con lo ya dicho está bien claro que los mercados tradicionales han dejado de ser mercados apetecibles; que la restauración de la economía mercantil en el orden internacional, con la protección y la subvención a la producción doméstica, excluye el precio como factor determinante de la relación comercial pues no es la baratura lo que determina la adquisición de la mercancía sino la necesidad supletoria de la producción interna en crecimiento, lo que permite al mercado tradicional reducir sus cuotas de importación muy por debajo de la oferta, con lo que provoca una mayor caída del precio, y en el mismo sentido, elegir en el tiempo el momento más favorable para la compra.

Si en el apogeo de nuestra economía ganadera nuestros suministros respondían a las necesidades de un mercado de consumo en crecimiento organizado sobre su base –éramos la base alimenticia de la Gran Bretaña– ahora, el mercado de consumo tradicional tiene por base los suministros locales. Los nuestros son prescindibles, graduables y de oportunidad determinada por el comprador que no tiene urgencias. En tal situación, un aumento de nuestra producción de carnes que se traduzca en un aumento de oferta al mercado tradicional, sirve para voltear el precio, ya que la urgencia es ahora del vendedor y no del comprador. Igualmente, una disminución del consumo interno implica una mayor oferta internacional. Con esta queda bien claro que la tesis de *disminuir los consumos para aumentar las exportaciones*, conspira contra el valor de las mismas, cosa que por otra parte se viene repitiendo desde 1955: a mayor volumen exportado menor precio unitario.

Con esto queda bien claro que *lo único que defiende el precio de las carnes en el mercado tradicional es la disminución de la oferta*, es decir, que el precio sube cuando comemos más carne y baja cuando comemos menos. En consecuencia la diversificación de los mercados y la ampliación del mercado interno son las únicas defensas de la pro-

ducción ganadera. Por lo mismo, levantar el nivel de vida interno mediante la industrialización y el alto salario significa defender la producción ganadera. ¡Justamente todo lo contrario de lo que sostienen los apóstoles de los mercados tradicionales!

Estructura *tradicional* de la ganadería

Esta es una verdad elemental. ¿Cómo se explica entonces que las entidades que dicen representar el interés de los productores de carne y los técnicos de la misma sostengan lo inverso, es decir la economía primaria agro-importadora que conspira contra la defensa del precio que está en el mercado interno ampliado por la industrialización? ¿Cómo se explica también que sea constantemente perturbada la conquista de otros mercados limitando las exportaciones a los mismos, cada vez que el mercado tradicional parece interesado en comprar. Porque no hay que engañarse: la conquista de nuevos mercados supone una continuidad de los suministros, una paulatina afirmación en los mismos, que requiere que el suministro sea regular y en crecimiento, y no esté constantemente sometido a interrupciones que atienden sólo a las exigencias del viejo mercado, interesado en pujar contra cualquier corriente compradora, externa o interna y que lo deje solo como mercado supletorio.

Esto nos lleva a la necesidad de analizar la estructura de nuestra producción de carnes y sus relaciones con el mercado tradicional, pues lo que aparece como representante de nuestra producción ganadera es también una estructura tradicional que no quiere modificarse de acuerdo a las nuevas exigencias del comercio de carnes.

La ganadería argentina se fue adaptando a las necesidades del mercado tradicional que estableció los tipos de carne y el modo de industrialización correspondiente a las necesidades de su importación. Los cabañeros en una tenaz labor fueron elaborando las razas que ese mercado reclamaba. El tipo de hacienda se adaptó a la exigencia del frigorífico que a su vez se adaptaba a la exigencia del consumidor extranjero. Entre nosotros, la ganadería no se desarrolló por la adaptación de la hacienda al medio geográfico, sino a la inversa; por la adaptación del medio geográfico a la hacienda que se quería crear. Por consecuencia lo que determinó la calidad de nuestros campos y determinó el valor productivo de los mismos era su capacidad para producir el tipo de carne reclamado por el mercado británico. Esto provocó en primer término una concentración de la ganadería en las zonas óptimas para la producción de esas carnes, y siendo esas carnes las que cubrían también el suministro del mercado interno fue haciendo el gusto de éste, también para el mismo tipo de producción. A su vez se fue estableciendo la distinción entre campos de cría y campos de invernada, y una muy clara separación entre los productores de carne, en criadores e invernadores. Los que producen el ternero, dentro de las razas determinadas por las exigencias del mercado tradicional, y los que lo completan haciendo el novillo que el frigorífico reclama.

La Sociedad Rural que expresa, según creen los ganaderos, la política de todos, en realidad expresa la de los cabañeros e invernadores. Ambos tienen interés en mantener la actual estructura de producción en haciendas y campos. (Un interés mal entendido mirando a la distancia, porque se aferran a un mercado en declinación.) Pero su modificación, su sustitución por otros mercados obligaría a los cabañeros a modificar toda la estructura de sus cabañas, lo que implica una crisis de las bases sobre las que ellas están establecidas. Y respecto de los invernadores ellos saben que ante una demanda de nuevos tipos de carne se ampliaría enormemente el hinterland ganadero del país y que el criador no dependería ya en la medida que hoy, del invernador.

Incongruencias ruralistas

Porque invernadores y criadores tienen intereses encontrados como que están en los lados opuestos del mostrador: al invernador le interesa el ternero barato y al criador el ternero caro.

El invernador no es el más alto escalón de la producción, como se dice; *es el más bajo escalón de la comercialización.*

Esencialmente es un comerciante en cuanto compra el ternero que va a vender como novillo, y sólo productor en la medida que le aumenta kilos. Está más cerca del frigorífico que del criador, pues prácticamente es una gente de compras del frigorífico, que aparece como productor en la media que prepara las carnes para aquél. Si la baja de los precios lo castiga en los kilos que el animal aumenta bajo su cuidado, lo beneficia en el precio del ternero y además le exige menos giro y no está apremiado por la necesidad de vender del criador que debe dar lugar a las nuevas pariciones. Si detiene las ventas

hace más kilos pero no está obligado a entrar a plaza con la premura del otro.

Como se ve hay intereses encontrados. En una época la Confederación de Sociedades Rurales representó a los criadores mientras la Sociedad Rural a los invernadores; era lógico que la representación fuera distinta ya que los intereses eran encontrados en gran medida. Pero desde hace muchos años prácticamente la Sociedad Rural unifica a todos los ganaderos.

Son cosas que suceden aquí por la confusión que introducen entre los propios interesados los expertos y la amplia publicidad periodística. Lo mismo pasa con la Unión Industrial que desde el tratado Roca-Runciman se acomodó con la Sociedad Rural para dar este fruto libre-empresista que es ACIEL, y eso explica que la Unión Industrial sea una prolongación de aquella en el acomodo entre unas cuantas firmas industriales poderosas, que están conformes en parar el progreso del país a condición de mantener para ellas las cuotas de producción de un mercado repartido. Prefieren un mercado pobre en monopolio a un mercado grande en competencia y con esa mentalidad conducen la política industrial.

Estas son incongruencias sólo explicables por la confusión que introduce en el pensamiento de los productores el aparato de la superestructura cultural que analizo en *Los profetas del odio y la yapa*. Me bastará recordar para mostrarlas, que siendo yo presidente del Banco de la Provincia comprobé que la "Cámara de la Bicicleta", representaba conjuntamente a importadores y fabricantes, y lo que tardaron estos últimos en percibir el absurdo de la situación.

Cabañeros e invernadores se aferran al mantenimiento del mercado tradicional. Su esquema es el que lo llevó a Onganía a la tesis de su primer discurso: *disminuir el consumo interno para aumentar los saldos exportables*. No tiene nada de extraño que seis meses después Onganía haya descubierto lo falso de la tesis ante la inevitable y continuada disminución de la demanda tradicional posible.

Entonces es lógico que haya dicho que se acabó *el país de las vacas y del cereal*.

Sólo que este concepto requiere una rectificación: lo que se acabó es el mercado tradicional de las vacas y el cereal. En cambio no puede pensarse que ello haya ocurrido definitivamente en un mundo cada vez más necesitado de proteínas animales y también de granos porque podemos seguir siendo país de vacas y cereales, pero ahora en función de los mercados mundiales y no del limitado mercado tradicional. Sólo que a éste nos ciñe la actual estructura de una producción hecha exclusivamente por ese mercado. Si es lógico que los intereses que expresan esa estructura se aferran a la ilusión del mercado tradicional esto no es lógico para el país, que tiene ahora que organizar su producción agropecuaria para el mercado de sustitución que es el mundo.

Esto supone una transformación de toda nuestra producción ganadera y cerealera en razón de que la perspectiva anterior termina y empieza una nueva.

IX

Me propongo demostrar que la transformación de nuestras formas de producción tradicionales no se limita al desarrollo industrial y a la diversificación imprescindible para que constituyamos un país de gran población y alto nivel de vida. En estas notas voy a salirme de la opción país agrario y país industrial, o de la complementación del primero que es como se encara habitualmente el tema, y como debe ser.

Me voy a encerrar en la primera alternativa: la de país agrario para mostrar cómo aún dentro de esa economía primaria de producción es necesario cambiar totalmente toda su infraestructura, y ahora, no solamente por las razones de interés propio, nacional correspondiente a nuestro desarrollo, sino por razones externas, de mercado internacional, que hacen cada vez más precaria nuestra situación en el mismo mientras apuntamos al mercado tradicional, y a una economía de la carne organizada exclusivamente en vista de éste.

Es que contra lo que creen los que hablan de *recuperación, restauración*, etc., con la imagen ruralista de *un paraíso perdido de vacas gordas* al que hay el propósito de retornar, las causas que han modificado el mundo del comercio de carnes no son exclusivamente internas. Ellos suponen que ha existido una política antirruralista, pro-industrial, que ha perjudicado la producción ganadera y como no se apean de este punto de vista falso, no miran las modificaciones que ha habido en el mundo y que han alterado la composición del mercado internacional y su modo operativo. Aleccionados por la "pedagogía colonialista" que siembra la prensa y todos los medios de información, y crea el clima para que *con revolución o con "regímenes democráticos"* continúen manejando nuestra economía el coro estable y

rotativo de los Cueto Rúa, Verrier, Martínez de Hoz, Krieger Vasena, Alison García, etc., que continúan la política del coro estable de la generación anterior que encabezaba Pinedo, ignoran un hecho fundamental que señala el historiador Ferns, y al que ya me he referido.

En 1930 con los acuerdos de Ottawa, Inglaterra abandonó la economía liberal de intercambio fundada en el precio para volver a la economía mercantil y organizó su consumo de carnes en función política. Se hizo un mercado cerrado entre Gran Bretaña y los dominios, en el que el interés de la comunidad británica desplazaba al precio como factor determinante de las importaciones metropolitanas. Aquí está el lejano antecedente del actual Mercado Común Europeo del que tanto hablan nuestros supuestos ruralistas teóricos, disimulando que antes que Europa lo organizaron Gran Bretaña y sus dominios.

Es que los motivos que habían determinado el abandono del agro doméstico para concentrar la mano de obra en la industria y que generaron una situación de privilegio para el Río de la Plata, con la baratura de su producción emanada de la renta diferencial, han desaparecido. Inglaterra va a reconstruir su industria agropecuaria doméstica y la importación –que ha sido la base de alimentación del pueblo británico– es sometida a cuotas simplemente supletorias, y que serán menores a medida que aumente la producción de la isla. Este sometimiento a cuota hace que la política imperial reserve las cuotas para sus dominios. Ya estamos en la presencia de la economía mercantil del siglo XVIII que se restaura, prescindiendo del precio que es la característica de la economía liberal.

El tratado Roca-Runciman: cuota de carne a cambio de atraso

El tratado Roca-Runciman se produce con perfecta comprensión de este cambio en la política británica de las carnes, y el gobierno del general Justo negocia con Gran Bretaña que la Argentina tenga el tratamiento favorable de un dominio y pueda entrar con su cuota en el mercado de importación inglés. El tratado Roca-Runciman es una capitulación en virtud del cual los ganaderos argentinos tendrán su cuota de importación, como si fuera un dominio británico, pero las condiciones que se le dan al país, son mucho más gravosas que las impuestas a los dominios y que desde luego éstos no aceptaron. Como

contrapartida de asegurar una cuota a la carne argentina se establece no sólo el privilegio de determinados frigoríficos y exportadores, sino que se regula toda la economía argentina para que siga siendo importadora de manufacturas británicas al mismo tiempo que el desarrollo industrial del país para impedir la creación de un mercado interno poderoso que compita carnes.

En el Manifiesto inicial de FORJA analizamos como el Banco Central, la unificación de los impuestos internos, las Juntas Reguladoras, las diversas coordinaciones de transportes, las concesiones eléctricas, la misma creación del impuesto a la renta constituyen concesiones hechas por el país a la política imperial a cambio de la cuota de carne que si no sería exclusiva para los dominios. Todas esas medidas internas estaban dirigidas a impedir el desarrollo de un capitalismo nacional y el subsiguiente de un proletariado con poder de compra, es decir, a regular nuestro desarrollo manteniendo al país en el estado económico de un país productor de materias primas.

(Ya anteriormente se ha señalado cómo la Unión Industrial, con don Luis Colombo que había sido un verdadero luchador por la industria se opuso al tratado Roca-Runciman, para abandonar bruscamente esa posición y plegarse al mismo y a su política antiindustrial que han proseguido desde entonces todos sus dirigentes del primer plano. Esto se explica de la siguiente manera: se asocia con cuotas internas a las industrias ya establecidas que manejan la Unión Industrial, y se les impone limitar su producción a cambio de una política que paralice las posibilidades de competidores internos. Así la Unión Industrial consigue para sus grupos más representativos un mercado pobre pero en monopolio, que prefiere a un mercado rico pero en competencia. No importa que haya menor consumo de vino, o de calzado, o de cemento, siempre que no haya nuevos fabricantes de vino, de calzado o de cemento; se distribuyen las cuotas entre los ya establecidos asegurándoles que no habrá más competidores en ese mercado pobre ya distribuido, y que con la cuota asegurada no habrá necesidad de nuevas inversiones de capital exigidas por el progreso técnico. Esa fue la contraprestación interna que dio la Argentina para ser admitida con una cuota de sus carnes en el círculo cerrado de la economía mercantil imperial que sustituye a la llamada economía mundial de libre competencia.)

El Mercado Común Europeo no es otra cosa que Ottawa, hecha por los países del continente, y se limita a reproducir la estructura mer-

cantil que se dio entonces el Imperio Británico, esta vez entre un conjunto de naciones. Toda esta reclamación contra el Mercado Común y la imagen enemiga de De Gaulle que siembran los pontífices del liberalismo es una farsa. De Gaulle no hace otra cosa que lo que hizo Gran Bretaña en su momento, y la Europa del Mercado Común nos da cuota, como nos la dio Gran Bretaña en Ottawa después del tratado Roca-Runciman. Pero no nos imponen las capitulaciones ni nos integra como uno de sus dominios en el imperio continental. Si los economistas del coro estable no lo dicen no es porque lo ignoren sino porque siguen mintiendo sobre la existencia de un mercado mundial regido por el precio.

Perspectiva del mercado tradicional y los nuevos

Desde este punto de partida; el conocimiento de la naturaleza política y no de precio de nuestros mercados tradicionales es imprescindible para enfrentar nuestro problema agropecuario. El mercado tradicional no ofrece ya para nuestras carnes otra perspectiva que la de las cuotas supletorias cuya variación está determinada por su propio juego interno: la carrera entre el aumento de la producción doméstica de los mercados comunes, el imperial británico o el continental europeo y el alza de los niveles de vida con su aumento de demanda es la que rige nuestras perspectivas para el tipo de producción que tenemos organizado para mercados de alta calidad de consumo.

Las perspectivas pueden ser de leves disminuciones o aumentos en función de esa carrera pero no contiene soluciones masivas para la expansión de nuestro mercado exportador.

Si se entiende esto hay que apuntar a otro lado en razón de esta realidad.

Ese otro lado está constituido por lo pronto por nuestro mercado interno y en el futuro por el inmenso mundo necesitado, de las proteínas de las carnes, que comprende los países del Mediterráneo, los continentes asiático y africano y toda Latinoamérica, pero todo esto supone organizar nuestra producción para un nuevo tipo de consumidor menos exigente en calidad y más en cantidad que el tradicional; la apertura de esos mercados lo que supone promoción, financiación y transporte propio ya que los tradicionales no nos han de brindar el suyo para abrirles la competencia. Necesitamos una marina mercante

dirigida a los puertos de destino de esa producción y que trabaje a pérdida hasta que los intercambios hayan tomado el volumen correspondiente. Necesitamos para la promoción un sistema de tratados bilaterales porque los medios de pago que poseen esos mercados deben consistir en productos que hasta ahora se acarrean por la intermediación de los países opuestos al surgimiento de esta corriente, es decir, los mercados tradicionales, de que los nuevos mercados nos liberarán. Y una financiación bancaria adecuada a esas transacciones bilaterales. Y al mismo tiempo ir adecuando nuestra producción de carnes a las calidades mucho más inferiores que esas demandas buscaran, así como también una estructura de industrialización que ya no podrá ser la frigorífico tradicional que supone una red receptora de que los nuevos mercados carecen.

A nuevo mercado, nueva estructura de producción

Pero sobre todo necesitamos redistribuir nuestras zonas de producción ganadera. Hasta ahora la ganadería óptima que tenemos reclama también las tierras óptimas. Las razas de nuestra ganadería exigen la misma tierra que exige la agricultura y las famosas alternativas de nuestra extensión sembrada –dejando aparte los eventuales factores climatéricos– hacen que el precio-cereal y el precio carne la determinen porque a mayor cantidad de novillos corresponde menor siembra desde que vaca y arado operan sobre el mismo suelo que se debe distribuir entre ellos. Todo aumento en la población vacuna lleva implícito una disminución de la cerealera y viceversa.

Nuevos mercados internacionales demandarán nuevas formas de producción y nuevas formas de producción cambiarán la actual distribución de nuestras tierras según el régimen de explotación.

X

Creo que estamos en condiciones de recapitular lo dicho anteriormente.

Durante toda la vigencia de la economía liberal del Río de la Plata, organizado como abastecedor de materias primas, pudo por la baja de sus costos –renta diferencial– ser la base del abastecimiento británico

en cuanto Inglaterra abandonaba el campo prefiriendo los más bajos costos de los alimentos importados. La razón de esto era que necesitaba la mano de obra campesina en las ciudades para su expansión industrial, y además porque el bajo costo de importación le permitía incrementar el *salario real*. Como exportadora de artículos industriales se beneficiaba de los términos adversos del intercambio que también correspondían al cambio de manufacturas por alimentos.

Pero desde 1930, convenio de Ottawa con los dominios, Inglaterra vuelve al mecanismo de la economía mercantil, construyendo un circuito cerrado con sus dominios. Estados Unidos defiende su producción agraria de la competencia externa por la protección –cuando no por el invento de disposiciones sanitarias como la aftosa respecto de las carnes enfriadas o congeladas, o como la mosca del Mediterráneo respecto de la fruticultura–; y ha de recordarse que Estados Unidos es un continente entero, es decir, un hinterland económico-político completo.

A su vez, más tarde, presenciaríamos la constitución del Mercado Común Europeo. Todo esto es lo que Ferns designa como retorno a la economía mercantil, es decir el fin de los principios del intercambio mundial, que son las bases del liberalismo internacional, con lo que el precio deja de ser la base de los intercambios. Ahora es el interés político y en función de éste comienza la reconstitución del agro doméstico de los países metropolitanos. Ya se ha señalado cómo cambia la imagen de Inglaterra rural-aristocrática con sus parques, canchas de golf y praderas de tarjeta postal, por la imagen de una Inglaterra rural con chanchos, vacas y ovejas. Es en cierto modo la vuelta a la pequeña Inglaterra de las aldeas y las alquerías, añoradas por Chesterton.

Pero la constitución de este agro doméstico supone costos de producción muy superiores al de los alimentos que se importaban del mundo colonial, particularmente del Río de la Plata. Y esto a su vez presupone primero la protección aduanera, y luego la subvención directa; la consecuencia inmediata para el Río de la Plata es que las adquisiciones en su mercado se ajustarán a cuotas. Ya no vale nada ofrecer barato. Estando condicionada a cuota el dueño de esto determina la cantidad y la oportunidad de la demanda, con lo que ofrecer más de lo que ésta reclama es voltear aún más el precio.

La producción en serie, la aplicación de las nuevas formas de energía, la automación, y por último la cibernética, y razones estratégicas de defensa militar obligan a las metrópolis a mantener y crear un nivel

agrario propio, pues además la oferta de mano de obra urbana ya resulta excesiva.

En síntesis, el *mercado tradicional* es cada vez eso sólo: una tradición y aumentar la producción de carnes en el Río de la Plata con destino a la exportación al mercado tradicional es contribuir a agravar los efectos de la ley y de los términos adversos del intercambio.

Si la Argentina se hubiera conservado conforme a la idea restauradora de los que quieren *recuperar* la vieja economía que añoran los liberales los resultados hubieran sido catastróficos. La producción de carnes se ha podido mantener exclusivamente por el crecimiento del mercado interno, es decir por el aumento compensatorio de su demanda originado en el crecimiento de la población y en el alza de su nivel de vida, y esto es un efecto exclusivo de la industrialización y aun de la misma diversificación de su producción real.

Contrariamente a lo que se enseña a los ganaderos, a quienes se le presenta la modernización del país como nefasta para sus intereses es esta transformación industrial, la transformación de los peones de pata al suelo en obreros, el surgimiento de una nueva clase media, y una nueva burguesía consumidora, el factor sustancial sobre el que reposa su prosperidad.

Resta esperar que *nuevos mercados sustitutivos de los tradicionales* amplíen las posibilidades de venta en el exterior creando competencia a la reducida demanda administrada con las cuotas compradoras de los mercados tradicionales. Sólo obtendremos estos precios razonables cuando podamos decir que no estamos en condiciones de cubrir la cuota: nunca cuando ofertemos más que lo que ella reclama. Parece una perogrullada decirle esto a los campeones de la ley de la oferta y la demanda, pero ellos se hacen los *burros* cuando hay que aplicarla a nuestro comercio internacional: parece que la ignoraran.

(Tal vez esta síntesis sea redundante con lo ya dicho, pero es imprescindible ratificar los conceptos para evitar el confusionismo que introduce a través de toda la información y la doctrina *la colonización pedagógica*. Porque usted lector, después de leer estas líneas tendrá que alimentarse con las informaciones que le suministran los organismos coloniales de información y opinión y las cámaras de comercio y sociedades de toda índole que nos ponen una venda sobre los ojos.)

Mientras agobernó la oligarquía, los técnicos liberales ignoraron o simularon ignorar la transformación del comercio internacional con el

retorno a la economía mercantil que se señala. Pero bajo el gobierno de Perón, y con la clara visión de Miranda se tuvo una noción real de las nuevas condiciones mundiales del comercio.

Se principió entonces por saber que la base de la defensa de nuestra producción de carnes era el consumo interno, cuyo aumento, por otra parte, coincidía con el desarrollo industrial generado por la guerra y promovido por la nueva política y el ascenso social que era paralelo y al que se acompañaba con una política de justicia distributiva, apoyada en la consolidación sindical que hacía pesar el interés de los trabajadores en la solución de los problemas, facilitando recíprocamente el aumento de los consumos internos. Pasamos de ser un país de consumidores de pata al suelo a un país que incrementaba la capacidad de consumo de los peones convertidos en obreros industriales, transformación en que la corta vista de los liberales no comprendía la recíproca consecuencia del mejoramiento de las condiciones de vida: la ampliación del mercado que era su única defensa de fondo. Así el mediopelismo de la clase industrial improvisada vio en el sindicato un enemigo, en su incapacidad de superar la visión del conflicto de fábrica por sus efectos beneficiosos en el mercado; a su vez, la propaganda colonialista dirigida a los productores rurales, hizo que vieran en la industria (que les daba mercado defensivo), el enemigo de un supuesto mercado ilimitado que era el tradicional. Gran parte de los industriales y la mayoría de los productores agrarios manejados por la *pedagogía colonialista* –que deliberadamente ocultaba el cambio de las condiciones del mercado mundial– se empacaron en las pautas ideológicas del viejo país proveedor de materias primas alimenticias, y así vieron el enemigo justamente en la constitución de la nueva sociedad, que era la tabla de salvación de sus productos y sus precios.

La política iniciada desde 1946 en adelante partió del conocimiento de la realidad y si en el orden interno apoyó la economía rural en la expansión de su propio mercado, en el orden externo creó instrumentos para adecuarse a las nuevas condiciones mundiales.

Principió por unificar a través del IAPI la compra de gran parte de la producción rural y por el control de cambios aseguró que las divisas fueran aprovechadas para acelerar el desarrollo.

Los márgenes que tomó el Estado fueron los márgenes que antes quedaban en manos exclusivas de los exportadores; sólo que éstos eran públicos y los de los exportadores secretos, y la propaganda colonialista hizo creer a los productores que esos márgenes de comercialización se le sacaban a ellos y no a las que hasta entonces habían ejercido la comercialización. No comprendieron que el IAPI los unificaba como vendedores frente al comercio de exportación que aún dentro del mercado interno imponía sus propios precios unificados. No comprendieron que el precio unificado del IAPI era principalmente defensivo de la producción y no como había ocurrido hasta entonces, con el precio unificado de los compradores particulares que se repartían el mercado en convenios propios.

No comprendieron tampoco que la unificación en una sola mano de la exportación permita graduar la oferta y diversificarla en el mercado exterior provocando la apertura de nuevos destinos.

(Aquí corresponde un señalamiento. Se puede decir que un país es libre cuando vende SIF, y dependiente cuando vende FOB, porque un país que vende FOB se encuentra con un comprador dentro de su propio mercado interno, unificado frente a la oferta dispersa. En cambio un país que vende SIF dirige la oferta hacia mercados múltiples y diversificantes, con lo cual amplía la demanda.)

El complemento necesario de esta política de dirección comercial fueron los tratados bilaterales, que permitían distribuir la oferta en el mundo, y eran los puntos de partida de la diversificación exportadora.

Cuando vino la Revolución de 1955, una de sus primeras medidas, paralela a la destrucción del IAPI, fue la derogación de esos contratos bilaterales. La increíble estupidez, sino criminalidad, de esa política, se puede sintetizar en dos hechos: a) Se convirtieron nuestras deudas en cuentas corrientes que aseguraban mercados regulares a medida que se cubrían con productos los saldos deudores, por las exportaciones y su transformación en deudas vencidas y exigibles que constituyeron el principio de la actual monstruosa deuda externa, ya que a nivel 1955 la Argentina no tenía deuda externa.

En un trabajo "El Plan Prebisch. Retorno al Coloniaje" (publicado en diciembre de 1955), el lector encontrará la correspondiente documentación sobre este hecho. Sólo me resta documentación sobre este hecho. Sólo me resta repetir algo que dije entonces: "Ningún comerciante, ni el griego que me vende cigarrillos en la esquina, haría lo que hicieron estos tecnócratas: transformar un saldo deudor en cuenta corriente en deuda exigible cerrando la cuenta. No lo habrían hecho ni los Krieger Vasena, ni los Verrier, ni los Alemann, ni los Cueto Rúa turnantes si se hubiera tratado de sus propios negocios. ¿Por qué lo hicieron cuando se trató de los negocios del país?

b) La respuesta es que querían volver a la triangulación del comercio internacional, al patrón oro y demás principios teóricos de la economía liberal. Pero no podían ignorar –tan burros no son– que ya estábamos en plena economía mercantil. Conocían la política iniciada por Inglaterra en el tratado de Ottawa en la época en que eran aprendices, y su maestro Pinedo y el resto de la *compañía Bella* mendigaba la cuotita, y comprometía con el tratado Roca-Runciman y el "Estatuto Legal del Coloniaje" el futuro desarrollo del país para frenarlo, a cambio de la misma. Pero además adelante de ellos se estaba en los pasos iniciales del Mercado Común. ¿Podían ignorar que el Mercado Común es al fin y al cabo un tratado bilateral de efectos polivalentes, es decir, múltiples, pero en el cual el comercio se regla políticamente y no por el precio? ¿Pueden todavía ignorarlo cuando ofrecen carne a 470 dólares y el Mercado Común prefiere pagar la propia a 1.200 dólares la tonelada? Diciendo acomodar el comercio del país a las normas internacionales hacían justamente lo contrario. Nos ponían indefensos a disposición de la economía mercantil de los países metropolitanos.

¿Cómo Miranda, que era según ellos un simple almacenero, conocía la realidad del mercado mundial y lo ignoraban estos sabios? La respuesta es muy fácil conociendo cómo se mueve el cipayo y para qué... si no que me den otra explicación. En materia de carnes esta política fue perfectamente congruente y perseguía una sola finalidad: por la paralización del desarrollo industrial y la diversificación, provocar la disminución de la capacidad adquisitiva del mercado interno, a la vez que por la supuesta ignorancia de que estamos en la economía mercantil, impedir que adaptáramos nuestras normas de comercio a esa realidad, para que continuáramos siendo el mercado abierto sin dirección que interesaba a esas metrópolis.

Elemental, doctor Watson, diría Sherlock Holmes. ¿Pero cómo lo iban a comprender los ganaderos manejados por las pautas tradicionales si no lo entendían los industriales que debieron ajustarse a otras pautas? Esta incapacidad para comprender los verdaderos intereses de cada grupo económico es un efecto de esa colonización pedagógica. Y la aberración de los industriales es también producto de lo mismo sumado a la adopción de pautas de comportamiento ideológico por los mismos, que he analizado en *El medio pelo en la sociedad argentina.*

Opinión pública y democracia

En vísperas de unos nuevos comicios del Régimen, con las habituales balandronadas de los entregadores del radicalismo que no pelearon, pues precisamente se hicieron electoralistas para no pelear, y con las habituales profesiones de fe democrática de los conservadores que harán el fraude, escribo para «Forjando» estas cortas reflexiones sobre la suerte de la democracia en el mundo.

El escenario de la Provincia de Buenos Aires, en estos momentos, las facilita. En el destino de su pueblo teniendo por únicas opciones la mentira de unos y la violencia de los otros, se refleja la suerte de los pueblos todos.

Regímenes de violencia como los establecidos en los países totalitarios imponen la voluntad de núcleos dirigentes a las masas sin apelación posible al querer de éstas. En el campo opuesto la suerte de los pueblos no es mejor, a poco que se analice. A la dictadura de los cabos y sargentos de la gran guerra reemplaza, en los países llamados democráticos, la dictadura de los grupos financieros. Los efectos son los mismos aunque el modus operandi de las imposiciones sea otro más sutil, menos perceptible pero no menos eficaz. Va de unos a otros la diferencia que media entre el asalto a mano armada y la estafa.

Mientras los totalitarios reprimen toda formación y toda manifestación de la conciencia popular, los cabecillas de la plutocracia impiden, por el manejo organizado de los medios de formación de las ideas, que los pueblos tengan conciencia de sus propios problemas y los resuelvan en función de sus verdaderos intereses.

Grupos capitalistas tienen en sus manos la universidad, la escuela, el libro, el periodismo y la radiotelefonía. No necesitan recurrir a la violencia para reprimir los estados de conciencia que le son inconvenientes. Les basta con impedir que ellos se formen. Dan a los pueblos la oportunidad de pronunciarse por una u otra agrupación política, pero previamente imposibilitan materialmente la formación de fuerzas políticas que respondan a las necesidades populares y cuando ellas

existen, tal como existía entre nosotros la Unión Cívica Radical, movilizan para el soborno sus cuantiosos medios económicos, como lo hicieron para provocar el levantamiento de la abstención radical y la coparticipación de los dirigentes en los crímenes contra el pueblo y la Nación.

Monopolizados los grandes medios de formación de la opinión pública, medidas policiales y administrativas, como las limitaciones al derecho de reunión y a la circulación postal entre nosotros, perfeccionan la sutil tiranía de los financieros.

Un director del trust eléctrico, o de cualquier otro trust, tiene hoy en sus manos el control de todas las noticias, de todos los editoriales, de todos los comentarios periodísticos. Desde sus despachos sale debidamente controlado el material informativo con que ha de nutrirse el ciudadano. De su visto bueno depende el buen nombre de un candidato, de un partido, de una acción cualquiera.

El ciudadano tiene la ilusión de que elige y sólo se limita a escoger entre la reducida lista que los financieros han decretado apta para el consumo popular. El político y su partido lo saben y sabe por consecuencia que antes de someterse a la elección popular ha de tener el visto bueno de los financieros, y este visto bueno se obtiene a cambio do la entrega de los intereses populares.

Cuando el día del comicio llega, el pueblo no elige sino dentro de la opción que los financieros le proporcionan. Y allá en su despacho el director sonríe mefistofélicamente. Le ha dejado al votante la suerte de Bertoldo: discernir cuál es el árbol donde lo ahorcarán.

Entre tanto arrecia la grita de los intereses electorales contrapuestos; amenazas de unos, fraudes de otros.

Esto ocurre aquí y en cualquiera de las llamadas grandes democracias. Mientras en los países totalitarios el pueblo es un esclavo sin voz ni voto, en las «democráticos» es un paralítico con la ilusión de la libertad al que las pandillas financieras usurpan la voluntad hablando de sus mandatos.

Es que la democracia está en crisis porque no ha sabido adecuar su aparato jurídico a las realidades económicas de la hora. Esta crisis proviene de que el Estado no ha sabido limitar el poder de la finanza, sino que ha sido limitado por ésta. ¡Y qué decir entonces de los países, como el nuestro, donde la finanza, a sus males propios, une el de ser extranjera!

Proponemos un auténtico ideal democrático. El sometimiento de las fuerzas de la finanza al interés colectivo. El Estado que queremos debe ser fuerte para hacernos libres. No el Estado totalitario cuyo fin es ahogar al hombre para realizarse, sino el Estado que ahoga la tiranía del dinero para realizar al hombre, y así, en el terreno de la formación de la opinión pública, la solución democrática consistirá en sustituir la libertad de empresa periodística o radiotelefónica, que es la libertad de los grupos plutocráticos para hacer su prensa o su radio e impedir toda otra, por la libertad de prensa sólo lograble cuando ella no tenga que depender de los intereses capitalistas.

Entre la libertad condicionada al interés de los privilegiados y la tiranía totalitaria que se ofrece como contrafigura está la libertad, como única. solución y entre la dictadura de los plutócratas y la dictadura de los cabos y sargentos está, como única solución democrática, la soberanía del pueblo que necesita sí, libre manifestación de su voluntad, pero también libre formación de su conciencia.

Solución ésta que requiere una Argentina liberada, ya que como dije antes, la finanza es extranjera. El problema que en los países plutocráticos es un problema puramente interno, entre nosotros está vinculado a la existencia de una soberanía Nacional auténtica. Necesitamos liberar a la Nación para liberarnos dentro de ella

ARTURO JAURETCHE

17 de noviembre de 1941, en "Forjando", periódico forjista de la localidad de Rojas, provincia de Buenos Aires

ÍNDICE

Esta edición que fue encargada especialmente por Ediciones Corregidor, con el auspicio de Nueva Dirección en la Cultura, en el marco de la realización de la muestra: Basta de Zonceras. Jauretche llega a La Rural y el año Jauretchiano, constituye la primera entrega productiva de una empresa argentina recuperada por sus trabajadores.

Se terminó de imprimir en
Chilavert Artes Gráficas Coop. Ltda.,
Chilavert 1136, Buenos Aires, en noviembre de 2002

El fallecimiento de Arturo Jauretche –producido el 25 de mayo de 1974– dejó trunco el relato autobiográfico que había iniciado en 1972 con *Pantalones cortos* y que alcanzaba aproximadamente hasta 1920. Sin embargo, en su archivo personal se han encontrado algunos materiales que permiten reconstruir aspectos importantes de su vida, correspondientes al período 1920-1945. Ellos se integran con testimonios de sus primeras experiencias al radicarse en Buenos Aires para desarrollar sus estudios en la Facultad de Derecho y un extenso reportaje realizado en 1971 donde Jauretche aborda cuestiones políticas, nacionales y personales y que permiten reconstruir buena parte de la época y de su propia vida.

Este libro reproduce ese material, como así también algunos escritos de don Arturo, aparecidos años atrás, en revistas y periódicos ya olvidados y de difícil acceso, pero que alcanzan notable vigencia en estos días.

Ediciones Corregidor se complace en poner a disposición de los lectores este material, en su casi totalidad inédito, como homenaje a Arturo Jauretche.

NORBERTO GALASSO

www.corregidor.com